



UNIVERSIDAD VERACRUZANA



CENTRO DE ESTUDIOS DE LA CULTURA Y LA COMUNICACIÓN

DEFINIR LA PALABRA, DEFINIR EL MUNDO
PROYECTOS CULTURALES LEXICOGRÁFICOS DEL SIGLO XV HISPANO

Tesis que para obtener el grado de Maestro en Estudios de la Cultura y la Comunicación

Presenta

CARLOS ROJAS RAMIREZ

Directora

Dra. Norma Esther García Meza

Xalapa de Enríquez, Veracruz

Octubre 2017

DEFINIR LA PALABRA, DEFINIR EL MUNDO
PROYECTOS CULTURALES LEXICOGRÁFICOS DEL SIGLO XV HISPANO

*a mi familia: Andrea, Carlos y Luis
a Norma, por confiar en el proyecto
a Mariana, por todo el amor*

Agradecimiento

Detrás de cada palabra escrita aquí pervive el recuerdo de una charla, una clase, alguna conferencia o una lectura. Hoy no puedo recordar exactamente quién me recomendó leer a tal o cual autor, quién me sugirió alguna idea para desarrollar o quién simplemente me alentó a que continuara explorando ignotos rumbos de investigación.

En cierto punto, todos los maestros que tuve durante el posgrado (Norma Esther García Meza, Celia del Palacio Montiel, Elissa Rashkin, Raquel Paraíso, Claudia Morales, Soledad de León, Alfonso Colorado, Rafael Figueroa, Fernando Fabio, Homero Ávila, Carlos Casas, Bernardo Pérez) son citas al pie, referencias, párrafos o paráfrasis que rezuman en las maneras en que este trabajo fue imaginado y escrito. Por ello, quisiera dedicarles esta investigación en muestra de agradecimiento y por haber sido aquella segunda voz desde la cual escribo.

Dedico este trabajo también a mis compañeros del Centro de Estudio de la Cultura y la Comunicación, los de mi generación (Eréndira Esperón, Ariana Landaburo, Gabriela Crespo, Mauricio García, Daniel Castillo, Luis Enrique Romano, Azamat Méndez y, especialmente, a Diana Mata y Jorge Rosendo) y los de generaciones pasadas (Alexia Ávalos, Espinosa y Cecilia del Mar). Con ellos pude compartir impresiones, libros, ideas y argumentos sobre un diverso campo de saberes. Una convivencia cada vez más difícil de obtener fuera del ámbito académico.

A Irlanda Villegas, Édgar Valencia y Miguel Figueroa les agradezco encarecidamente su apoyo. Todos sus conocimientos, su experiencia y su profesionalismo constituyen para mí un baluarte y una identidad intelectual. Por ello, les dedico esta investigación, fruto de su paciencia y del tiempo que me han dedicado.

Cada vez entiendo más la retórica de las dedicatorias cuando la palabra tiempo es mencionada. A mi familia y a Mariana, en ese sentido, les agradezco por todo el tiempo y la paciencia que me tuvieron. Fueron días que no regresarán, pero que están traducidos aquí, por siempre, en palabra.

A Roman catholick, un Romano católico, un papista, uno que pretende ser Christiano y va contra la ley de Christo; el enemigo del género humano, el que quema, mata, destruye y consume a todos los que no son enemigos de Dios como ellos; y si no díganlo los de México, que en quatro años mataron, quemaron o ahorcaron veynte y dos millones de aquellos inocentes, y dizen que hazen servicio a Dios, vean qué barbaridad, y véase el obispo Casas o Casau, en su relación.

PEDRO PINEDA, *Nuevo diccionario español e inglés e inglés y español*, Londres, 1740

El diccionario, pues, más allá de lo que convencionalmente parece ofrecer, está retratando el mundo y lo está mostrando y expresando con la fuerza que da la espontaneidad de lo no programado y asistemático. Archivo y memoria, el diccionario entendido como un objeto cultural permite conocer la vida de los pueblos y dejar constancia de su singular recorrido por el tiempo.

Francisco Javier Pérez

El diccionario no solamente informa, sino que también forma y estructura, ya que es testigo callado de la manera en que la sociedad ve y organiza su realidad.

ELIZABETH HEYNS

TABLA DE CONTENIDOS

Introducción	8
<i>Teoría y metodología para la interpretación cultural lexicográfica</i>	18
1. Propósito.....	18
1. 1. Cuatro núcleos teóricos para la comprensión lexicográfica	20
<i>El núcleo filológico de la lexicografía</i>	20
<i>El núcleo lexicográfico de la lingüística aplicada y la metalexigrafía</i>	22
<i>El núcleo etnolingüístico y sociolingüístico de la lexicografía</i>	26
<i>El núcleo emergente</i>	31
1. 2. Elementos para una teoría interpretativa cultural lexicográfica: más allá de las palabras	36
1. 3. Historias y lexicografía.....	42
1. 4. El sentido <i>cultural</i> en la interpretación lexicográfica	48
1. 5. Hermenéutica y teoría fundamentada para el ejercicio comprensivo y la generación de teoría	52
1. 6. Ideología y diccionario.....	58
El problema disciplinario como reducto de la ideología	68
1. 7. Memoria.....	76
1. 7.1 Memoria y diccionario	77
1.7. 2. La memoria lexicográfica.....	81
1. 7. 3. Características y tipos de la memoria lexicográfica.....	83
1. 7. 4. Construcción y función de la memoria lexicográfica	86
2. Metodología para la interpretación lexicográfica.....	92
2. 1. Preliminares de metodología cualitativa: hacia la escenificación de la cultura lexicográfica.....	92
2. 1. Metodología de la interpretación: hacia la comprensión del objeto cultural lexicográfico	97
3. Análisis del discurso para las fuentes lexicográficas	100
Una cura lexicográfica: el <i>Universal vocabulario en latín y en romance collegido por el cronista Alfonso de Palentia</i> (1490).....	109
Hacia la autonomía lexicográfica: el concepto de diccionario de Elio Antonio de Nebrija..	128
Un vocabulario en romeraje: la apuesta lexicográfica del <i>Vocabularium ecclesiasticum</i> (1499) de Rodrigo Fernández de Santaella.....	151
Las voces que pueblan el diccionario: a propósito del Vocabulario anónimo de 1500 (<i>ca.</i> 1438-1528).....	159
Los proyectos culturales lexicográficos del siglo XV hispano: a manera de conclusión	174

Dedicatorias e imágenes.....	184
Bibliografía.....	191
Anexo 1: prólogos.....	200

Introducción

Para muchas personas, el diccionario es el texto sagrado. Lo que diga el diccionario, lo que traiga el diccionario, existe. Lo que no esté en el diccionario no existe. Pertenece a la oscuridad, a las tinieblas de la ignorancia.

MANUEL SECO

Los diccionarios son formas de interpretar el mundo. Recopilaciones selectivas de tiempos pasados y visiones del mundo diversas, sus páginas dicen más de lo que definen y proyectan mediante el lenguaje un orden sobre la cultura. Palabras sobre palabras, los diccionarios son también maneras de controlar el discurso y, al mismo tiempo, de sistematizar conocimientos.

En las páginas que siguen ensayaremos un análisis interpretativo de una parte de los primeros vocabularios hispánicos impresos a finales del cuatrocientos, teniendo como ruta de investigación sus funciones históricas y socioculturales y pensándolos en su dimensión discursiva, como formas semióticas de reunir y distribuir un conocimiento. Estos vocabularios son, a saber, el *Universal vocabulario en latín y en romance* (1490) de Alfonso Fernández de Palencia, el *Diccionario latín-español* (1492), el *Vocabulario romance-latín* (c. 1495) de Antonio de Nebrija, el *Vocabulario eclesiástico* (1499) de Rodrigo Fernández de Santaella y el anónimo *Vocabulario castellano del siglo XV* (c. 1438-1528).

El objetivo de esta investigación no apunta a realizar un estudio de carácter estrictamente filológico. Fundamentalmente, proponemos un acercamiento de índole histórico-cultural que implemente cuestiones y preguntas de investigación influidas por un cúmulo específico de teoría social. Un análisis que se pregunte por la construcción de hegemonías e idealizaciones sobre la lengua, que indague en la cultura lexicográfica de la época, que examine los usos sociohistóricos y políticos del diccionario y que estudie los géneros y las tradiciones textuales a partir de los cuales se construyeron los soportes textuales que dieron forma material y representación social a los diversos textos lexicográficos del prerrenacimiento.

Este ejercicio hermenéutico no implica rehusar a las teorías y las técnicas de investigación implementadas ya por las vertientes de la historia de la lengua o de la metalexigrafía. Pues es precisamente a la historia de la lexicografía hispánica que hemos

recorrido para construir un estado de la cuestión sobre los fenómenos lingüísticos y lexicográficos producidos a lo largo del siglo XV. Pese a ello, nuestros métodos de análisis y objetos de investigación no se enfocan en los elementos formales e immanentes de los textos.

Nuestro estudio persigue la finalidad de presentar los escenarios en que surgieron los textos lexicográficos del cuatrocientos, tarea que implica primordialmente la reconstrucción de los actores relacionados, las instituciones auspiciadoras y las prácticas que permitieron la emergencia de un nuevo tipo de soportes léxicos. Esta reconstrucción conlleva un análisis relativo a la cultura española de dicha época, a su situación política, económica y social, así como a los flujos culturales que modelaban su pensamiento y sus proyectos intelectuales.

Si bien el lector encontrará datos e informaciones lingüísticas indispensables sobre la lengua del siglo XV, a caballo entre formas medievales y latinizantes, acudirá principalmente al conocimiento de cuestiones relativas a la cultura escrita de la época. Se familiarizará con las valoraciones de la letra impresa, con su vínculo con el discurso histórico, al igual que con determinadas prácticas de lectura mediadas por valoraciones sobre la lengua y el diccionario en tanto objeto de enseñanza y aprendizaje.

De igual manera, los sistemas de tasa mediante los cuales se determinaba el valor de cambio de un diccionario, las maneras en que los primeros autores trabajaron en la confección de sus vocabularios, los procesos de censura o expurgación a los que eran sometidos, sus refundiciones a través de los siglos y adicionadores o el paulatino proceso que los llevó a convertirse en textos hegemónicos inscritos en dinámicas de dominación simbólica son temas a los que hemos prestado mayor atención, en aras de presentar lo que denominamos *los proyectos culturales lexicográficos del siglo XV hispano*.

Ahora bien, cuando nos referimos a una investigación interpretativa buscamos establecer una diferencia con trabajos de corte explicativo, interesados por arrojar hipótesis y tesis en las que suele ser recurrente la subordinación de la explicación del diccionario, en este caso hispánico, a uno de los elementos de su realidad. Suele aludirse así al humanismo o al desconocimiento del latín como las principales causas que motivaron la confección de estas obras. La modernidad de Nebrija, como un intelectual que superó las formas medievales y construyó un nuevo género discursivo, es otra formulación que corre por la misma vía, permitiendo explicar la génesis del diccionario y los periodos de su evolución. Como un requerimiento de la filología, estas explicaciones se enmarcan en el contexto político de los Reyes Católicos y de la llegada de la imprenta a la península ibérica.

Para una gran parte de los diccionarios y para cierto tipo de historia, estas hipótesis se cumplen a cabalidad. En los casos contrarios, la teoría lexicográfica tiende por lo regular a reducir los criterios de selección de obras y a prescindir de algunas variables (sobre todo socioculturales) para mantener la explicación humanista como una tesis operativa. Desde nuestra perspectiva, este modelo explicativo responde a un tipo de interpretación histórica motivado por el conocimiento de la historia de la lengua española. Por ello se da como punto de partida a los diccionarios que contienen la lengua española en tanto axioma, cuando quizás habría que prestarle atención en primer lugar a otro tipo de lenguas romances, empleadas en obras producidas dentro del mismo contexto. A grandes rasgos, una variable lingüística se sobrepone a las demás.

Por tal motivo, hemos optado por ofrecer un trabajo interpretativo en el que las determinaciones explicativas no provengan de la teoría o el enfoque metodológico, sino de los ítems y categorías a las que los diccionaristas apelan cuando presentan o se refieren a sus obras. Depositados en prólogos, epítetos, apéndices o paratextos similares, estas marcas nos han llevado al estudio de prácticas culturales, ideologías o rasgos de la vida cotidiana que confluyen en la construcción, circulación y recepción del diccionario.

Por su puesto, esta interpretación necesita explicar numerosas cuestiones de orden político, social, cultural y lingüístico, las cuales pueden ser y han sido comprendidas de diversa forma. En efecto, acercarse a la historia de la lexicografía hispánica, sobre todo a la de una época que vio nacer al diccionario en su sentido moderno, conlleva una labor interpretativa en la que todo el tiempo nos encontraremos negociando su sentido entre valoraciones, apreciaciones, ideas, observaciones, estudios, sentimientos o juicios previos, de muy diverso talante, que desembocan en la comprensión de un mismo conjunto de obras o, cabe la posibilidad, de una comprensión específica e interesada por explicar el mismo conjunto de obras, seleccionadas por diversos criterios disciplinarios o culturales.

Influida por sus propios intereses y visión del mundo, cada época ve con diferentes ojos un mismo texto, fenómeno hermenéutico que enriquece sus sentidos pero que no deja de comportar una mediación. En ese sentido, la mediación que buscamos poner en marcha será la de un análisis que parta de conceptos que resalten el aspecto sociolingüístico de los vocabularios. Por ello, hemos recurrido a los conceptos de ideología y memoria como herramientas interpretativas, lo cual no implica una estrategia novedosa, ya en las primeras décadas del siglo XXI, buena parte de los estudios del diccionario realizados en el contexto

hispano ha demostrado una conciencia sobre los alcances y los límites de sus diversos tipos de acercamientos.

La agenda de investigación en materia lexicográfica ha ido en incremento y temas como la ideología, la cultura y la identidad se vuelven cada vez más idóneos para explicar el funcionamiento de los diccionarios dentro de la sociedad y a través del tiempo.¹ Una consecuencia de ello es que, a diferencia de otras épocas, la representación actual del diccionario que circula dentro y fuera del campo académico comienza a describirlo con mayor recurrencia en términos de un instrumento cultural y no exclusivamente como una sistematización o compilación léxica.²

Ahora bien, la decisión de elaborar este tipo de estudio, con toda la serie de inconvenientes que puede acarrear ceñirse más a lo que un diccionarista escribe en el prólogo de su obra que a las propias nomenclaturas, no responde a un criterio arbitrario o que surja de manera accidental. El diseño de investigación se basa en un análisis de las teorías y los métodos a partir de los cuales se ha explicado el texto lexicográfico mediante diversos enfoques y escuelas de pensamiento lingüístico. Por tal motivo, este estudio se inicia con un extenso apartado sobre las maneras en que el diccionario ha sido y, desde nuestra perspectiva, puede ser estudiado, señalando las principales teorías elaboradas para explicar sus características formales y socioculturales.

Así pues, en el primer capítulo el lector encontrará los apartados teóricos y metodológicos analizados y empleados en esta investigación. Habitualmente, el estudio del diccionario es realizado a partir de la teoría lexicográfica o metalexicografía. En este estudio, no rehusamos a dichos conocimientos, pero hemos optado por partir de un cúmulo teórico fuertemente influido por diversas posturas teóricas que tienen su raíz en la antropología, la

¹ Para el año de 2010, María Luisa Calero Vaquera (33) escribía: “No es novedad el estudio de las marcas ideológicas en obras de carácter lingüístico, como pueden ser los diccionarios, las gramáticas y, en menor medida, las publicaciones de tema ortográfico. En cuanto a los primeros, mucha tinta se ha vertido en la bibliografía especializada española (Ahumada Lara 2006: 41-42) intentando dilucidar si es conveniente o reprochable (y, en ese caso, si es evitable) la aparición de huellas ideológicas en las obras lexicográficas: desde aquellos especialistas que han abogado por una neutralidad impoluta del redactor del diccionario (Seco 1987 o Casares 1992) hasta quienes justifican y se muestran más flexibles con la aparición de improntas ideológicas en este tipo de obras (Blecuá Perdices 1990, Forgas Berdet 1996 y 2001, o Pascual y Olaguibel 1992), sus diferentes opiniones han dado lugar a un debate metalexicográfico de primer orden”.

² En el contexto hispano, la propuesta cultural ha sido ampliamente desarrollada por Francisco Javier Pérez Hernández en dos títulos medulares: *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y lexicografía antigua, metalexicografía y etnolexicografía)*, Caracas, La Casa de Bello, 1997; *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos: propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, Caracas, Fundación Centro Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos / Universidad Católica Andrés Bello, 2000.

sociología y la historia. A ello se debe el hecho de que nos refiramos a un proyecto *cultural* lexicográfico.

La decisión de proponer una interpretación cultural puede ser leída en dos sentidos. Significa por un lado una búsqueda que persigue lo que diversos paradigmas de las ciencias sociales pueden observar en el discurso lexicográfico, esto es, como una propuesta para abrir el estudio del texto diccionario. Por otro lado, implica el intento de reinterpretar una serie de obras que dieron origen al concepto moderno de diccionario y sobre las cuales consideramos existe un paradigma dominante de interpretación que, pese a su soberanía, no ha agotado sus sentidos.

Con base en este interés presentamos inicialmente un recorrido por los aportes de la teoría lexicográfica, acercamientos que han buscado explicar, tipificar, describir y analizar los diferentes tipos de léxicos ofrecidos por la cultura escrita. Para fines de la investigación, desde nuestro punto de vista es posible diferenciar cuatro teorías para el estudio del vocabulario.³ En aras de identificarlas como matrices a partir de las cuales se han realizado acercamientos al diccionario, optamos por definir las en términos de núcleos. Los tres primeros que presentamos se encuentran ordenados cronológicamente.

1) Núcleo: recuperamos parte de la teoría histórico-lingüística desarrollada por la filología moderna. Intentamos redondear sus aportes generales y la incidencia que ha tenido en la manera de concebir la historia de la lexicografía. 2) Resultado de este primer núcleo y del avance de la lingüística estructural, aparece la metalexicografía, de la cual reunimos los principales elementos que, en el contexto hispano, han venido elaborándose primero desde la década de los treinta y después de los setenta. Como el lector habrá de suponer, es esta teoría la dimensión específica que se ha preocupado por el estudio profundo del diccionario. Es asimismo desde la cual se ha producido el mayor número de estudios y se ha logrado constituir su propio campo académico y cultural. De esta manera, nos limitaremos a trazar su objeto de estudio y los procedimientos de los que ha echado mano.

3) El tercer núcleo podríamos caracterizarlo mediante la imagen de la encrucijada disciplinaria. Se trata del punto en que diversos paradigmas convergen en la interpretación del objeto lexicográfico. El diccionario es un discurso que convoca una serie de fenómenos

³ Utilizaremos en este trabajo los términos diccionario, léxico, vocabulario, nomenclatura, catálogo léxico, entre otras formas similares, cuando nos refiramos a una manifestación lexicográfica en sentido genérico. En los análisis específicos, emplearemos el concepto adecuado para la obra que estemos analizando, sin recurrir a un posible sinónimo o idea afín, con la finalidad de diferenciar las tradiciones discursivas de dicho género.

perceptibles en la medida en que un investigador se acerca a uno u otro concepto. Cuando más adelante proponamos, por ejemplo, que todo léxico es el resultado de prácticas sociales, la teoría sociológica que nos guía apunta a que dentro de un determinado grupo se desarrollan acciones que encuentran en el diccionario dispositivos o herramientas para llevarlas a cabo. En nuestro caso concreto, la práctica de la enseñanza y el aprendizaje representa el ejemplo más evidente para observar todas las condiciones que motivan la redacción de un diccionario. Como es bien sabido, históricamente el diccionario ha sido una de las principales vías para la alfabetización y el intercambio lingüístico.

El interés de este tercer núcleo consiste en examinar el vínculo entre práctica sociocultural y discurso. Busca recopilar los acercamientos que cruzan al diccionario desde diversos paradigmas, añadiendo nuevas preguntas de investigación, metodologías u objetos de análisis. Dentro de éstos, son de especial interés para nuestro estudio los acercamientos realizados desde la etnolexicografía, subdisciplina que ha logrado reformular la manera de conceptualizar el diccionario y de problematizar sus efectos socioculturales.

4) El cuarto núcleo responde a una propuesta de teoría emergente. Intentamos reunir elementos para compilar las explicaciones que los propios lexicógrafos arrojan en sus prólogos. Con ello, pretendemos indagar en los motivos particulares que cada autor expresa, interrogando su imaginario sociolingüístico.

Para el estudio de la ideología, una de las dos líneas de análisis con la que abordaremos el estudio de la lexicografía humanista del siglo XV, recopilamos los aportes realizados por esta subdisciplina de reciente aparición, la cual ha profundizado en el vínculo texto-contexto y en la codependencia entre la representación del léxico y la construcción de una idea de mundo.

La segunda línea de análisis propuesta intenta relacionar el concepto de memoria con los usos políticos e históricos del diccionario. Diversos tipos de historiadores se han acercado al objeto lexicográfico con el interés puesto en ambas dimensiones. En el caso del contexto francés, los trabajos de Dominique Julia, Jacques Revel y Michel de Certeau ofrecen un diagnóstico que busca comprender el papel que juegan los diccionarios en la construcción de una lengua para el Estado.⁴ Asimismo, diversos historiadores culturales han sentado las bases para interrogar al diccionario fuera de una dimensión exclusivamente filológica,

⁴ Véase, *Una política de la lengua. La Revolución francesa y los patois: la encuesta de Gregorio* [1975], trad. Marcela Cinta, México, Universidad Iberoamericana, 2008.

atendiendo en su lugar al uso cotidiano en el que este tipo de textos formaba parte de lógicas de dominación, censura o distinción. Por esta ruta metodológica se dirigen parte de las investigaciones de Peter Burke traídas a cuento en nuestro estudio.⁵

En esta misma línea, los trabajos de Roger Chartier sobre cultura escrita y literatura medieval aportan a nuestra investigación una serie de conocimientos sobre las prácticas de lectura y escritura, así como sobre sus condiciones de producción, que nos ha llevado a proponer a los vocabularios analizados como *memorias librescas*, dispositivos artificiales que exteriorizan una faceta de la lengua y que codifican elementos tanto lingüísticos como culturales.⁶

En el apartado metodológico, el lector encontrará un estado de la cuestión sintetizado sobre diversos tipos de análisis lexicográfico que nos servirán de ejemplo para destacar el análisis interpretativo que buscamos llevar a cabo. En éste, definimos la escenificación de la cultura lexicografía del cuatrocientos como uno de los principales objetivos. Conviene señalar que para este estudio hemos empleado una aproximación multimetodológica que, con la intención de organizar los diferentes acercamientos, se encuentra dividida de acuerdo con la metodología de la interpretación propuesta por John B. Thompson.⁷ En síntesis, se trata de un acercamiento hermenéutico a las instituciones, discursos, vida cotidiana, condiciones de producción, escenarios y contextos donde estas obras emergieron. Partimos de la interpretación de los propios textos hacia la investigación de sus vínculos en múltiples cuestiones políticas, económicas, culturales, sociales, literarias, entre otras.

El segundo apartado de la investigación se compone de cuatro análisis de textos lexicográficos ubicados entre 1450 y 1499. Analizamos, específicamente, los prólogos que acompañan a la producción lexicográfica de las cinco obras ya mencionadas al inicio: el *Universal vocabulario en latín y en romance* de Alfonso de Palencia, el *Diccionario latín-español* y el *Vocabulario romance-latín* de Antonio de Nebrija, el *Vocabulario eclesiástico* de Rodrigo Fernández de Santaella y el anónimo *Vocabulario castellano del siglo XV*. Como una decisión teórico-metodológica, prestamos mayor atención a los prólogos de estas obras puesto que es ahí

⁵ Véase, *Hablar o callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia* [1993], trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 2001.

⁶ Véase, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, trad. Víctor A. Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006.

⁷ Véase, “La metodología de la interpretación”, en *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas* [1990], trad. Gilda Fantinati Caviedes, México, UAM-Xochimilco, 2002, pp. 395-473.

donde los autores exponen de primera mano los motivos por los que decidieron redactar sus vocabularios y la visión de mundo que los guiaba.

Así, con base en estos análisis pretendemos ofrecer una reinterpretación del proyecto cultural lexicográfico de lo que bien puede considerarse el inicio de varias tradiciones de léxicos. Pues no será únicamente el diccionario, en tanto género que marcará la pauta para innumerables obras posteriores, el tipo de texto que verá la luz en este periodo. Nuestra interpretación nos lleva a señalar otras tradiciones de vocabularios que adquirieron por igual su forma, aunque embrionaria, durante la segunda mitad del siglo XV.

El primer análisis realizado se enfoca en un texto que ha recibido poca atención por parte de la crítica. Se trata del *Universal vocabulario* de Alfonso de Palencia, una obra que, pese a haber sido escrita cuatro años antes que los *léxico nebrixenses*, en 1488, suele quedar relegada en la historia de la lexicografía. No obstante, poco interesa aquí el tema de su calidad discutida como pionero del género en comparación con el imaginario lingüístico depositado en su obra. Por ello, buscaremos recuperar, mediante diversas metodologías, las ideas sociolingüísticas proyectadas por Palencia, tejiendo una suerte de historia de las ideas lexicográficas, cuya resonancia, con modificaciones sustanciales, llega hasta nuestros días.

Los textos nebrixenses analizados en segundo lugar son la obra fundacional en que un buen número de estudiosos de todos los siglos ha puesto la mirada. Grandes autores han delimitado la mayor parte de sus características y de sus evoluciones en el tiempo. El análisis de sus implicaciones para la historia, no sólo de la lengua o del diccionario sino de la cultura, ha sido trabajado de manera amplia y nutrida en críticas. Pese a las diferencias entre estudiosos, Nebrija sigue representando el origen del diccionario en tanto género. Por ello, nuestro análisis intentará redondear, valiéndonos de las propias palabras de Nebrija, el concepto de diccionario ideado por él mismo y sus implicaciones. Es un concepto envuelto por cuestiones de su época pero con miras a una memoria futura. Es también el origen de una forma de organizar el discurso al mismo tiempo que la instauración de su lugar dentro de la sociedad y la cultura. Nebrija, en síntesis, funda una dimensión de la palabra que no podrá tener marcha atrás.

El tercer análisis que presentamos recupera otra obra tenida en poca estima. Nos referimos al *Vocabulario eclesiástico* elaborado por maese Rodrigo de Santaella. Escasa es la bibliografía especializada sobre esta obra, producida casi en su totalidad por Antonia M^a.

Medina Guerra,⁸ pese a que se trata de un vocabulario de amplia recepción que convocó a un número considerable de adicionadores. Desde nuestro punto de vista, de la obra de Santaella surge un vínculo entre texto y diccionario que podría inaugurar un tipo de léxico especializado. Este autor se propuso glosar las palabras que a su consideración resultaban oscuras para comprender el texto bíblico, las definió y ubicó los ejemplos de uso, utilizando un procedimiento de concordancias que, con diferencias, emplearían los principales diccionarios hispanos: el de Covarrubias y el de *Autoridades*. En ese sentido, puede considerarse junto a Nebrija una de las primeras referencias de modernidad en la lexicografía hispánica.

Finalmente, dentro de las letras españolas aparece una obra que podría situarse al inicio o al final de este corpus. Se trata de un vocabulario descubierto y fijado por primera vez en 1935 a manos del filólogo turolense Miguel Artigas.⁹ Su fecha de primera redacción es desconocida, pero se le sitúa aproximadamente en 1450. No obstante, parte de sus referencias aluden a textos publicados en el primer tercio de siglo XVI, lo que ha motivado la hipótesis de una segunda redacción, con añadiduras que sólo pudieron ser realizadas por un segundo autor nacido al menos una generación después.¹⁰

El anónimo *Vocabulario castellano del siglo XV* o *Vocablos difíciles del castellano* llama la atención por múltiples aspectos. Es un texto que condensa los intereses lexicográficos y literarios del siglo XVI, pero que recupera el léxico de cetrería y dignidades de caballería característico de la Baja Edad Media, tiempo en el que se practicó con asiduidad este deporte de las élites. El autor se justifica mediante autoridades grecolatinas que fueron traducidas al español a finales del siglo XV, pero todas sus referencias históricas se ubican a principios de dicho siglo. Es además un vocabulario escrito plenamente en español, siguiendo el modelo toledano; interesado, no obstante, por recuperar la memoria de múltiples episodios culturales y cotidianos de España.

⁸ Véanse, “Giovanni Bernardo da Savona y Nicolás de Lyra en el *Vocabularium Ecclesiasticum*”, *Revista de filología española*, t. 80, Fasc. 1-2, 2000, pp. 223-258; “Referencias a Fernández de Santaella en el *Lexicon Ecclesiasticum*” de Diego Jiménez Arias, *Revista de filología española*, t. 76, Fasc. 1-2, 1996, pp. 131-140; “Apuntes biográficos sobre Rodrigo Fernández de Santaella”, *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 17, no. 1, 1994, pp. 145-152.

⁹ Véase, “Discurso del Ilmo. Sr. Don Miguel Artigas”, en *Discursos leídos ante la Academia Española*, Madrid, en la recepción pública del Ilmo. Sr. Don Miguel Artigas el día 13 de enero de 1935, pp. 7-51.

¹⁰ Véase, Fernando Huarte Morton, “Un vocabulario castellano del siglo XV”, Madrid, *Revista de Filología Española*, enero, 1, 1951, pp. 310-340.

Asimismo, se trata de una obra que cifra con interés la oralidad de su época, en la cual se trasluce el variacionismo lingüístico del momento bajo una visión de mundo calificada como purista, y que da cuenta del interés por legitimar un imaginario sociolingüístico. Representa también una obra particular que demanda a cualquier investigador un mayor grado de prudencia y de mesura en el momento de las interpretaciones, pues al realizar su análisis se corre el peligro de tejer en el aire muchas cuestiones y a ello quizá contribuya el hecho de que su estudio haya sido tangencial por el reducido número de autores que le han prestado atención.¹¹ Son necesarias en este punto ediciones modernas. Se trata, en suma, de una obra de imaginación variada y de rememoración constante, sujeta al temor por el olvido del que los humanistas de la época adolecían.

Cerramos esta investigación con una serie de cuestionamientos sobre las dificultades afrontadas a lo largo del trabajo. Colocamos en la mesa de discusión algunos de los temas sobre los que, desde nuestra perspectiva, podría resultar provechoso continuar un estudio. La imagen que presentamos de la lexicografía del cuatrocientos no resulta en ningún punto definitiva. Nos hemos abocado a la recuperación de algunos de sus principales actores y escenarios, con la conciencia de que existen numerosas cuestiones que influyeron en su desarrollo y que, por lo tanto, requerirían ser analizadas. Con todo, confiamos en que este trabajo echará luces sobre puntos oscuros y críticos que hoy en día son moneda corriente en la vida cotidiana del diccionario.



¹¹ Véase la bibliografía específica en el apartado “Las voces que pueblan el diccionario: a propósito del Vocabulario anónimo de 1500 (ca. 1438-1466)”.

CAPÍTULO I

Teoría y metodología para la interpretación cultural lexicográfica

1. Propósito

En este capítulo pretendemos exponer el proceso de construcción y selección teórico-metodológico diseñado a lo largo de la investigación para el estudio de nuestro corpus textual.¹² Nuestro principal interés reside en recuperar el itinerario de elaboración conceptual que hemos llevado a cabo para definir el objeto de estudio y la manera de abordarlo. Cada teoría y metodología seleccionada para este trabajo responde a un diálogo crítico con previos acercamientos que han construido explicaciones particulares desde diversas disciplinas, enfoques, temporalidades y con preguntas de investigación que pueden resultarnos útiles a la hora de reinterpretar el sentido y la función cultural de los objetos lexicográficos.

Por ello, antes de pasar a la definición de las teorías y metodologías empleadas, quisiéramos ofrecer un esbozo del panorama teórico-metodológico desde el cual se han interpretado las diversas manifestaciones lexicográficas que han emergido dentro de la cultura escrita. Necesariamente, este ejercicio de mapeo deberá quedarse en los lindes del esbozo, ya que teorías sobre vocabularios existen desde milenios atrás y son inclusive previas al surgimiento de éstos.¹³ Si bien en este último caso no se trata de un cúmulo de teoría especializada, como la que hoy en día guía la elaboración de las grandes obras lexicográficas, son para nosotros de gran valor todas aquellas ideas que, dentro de su propia cultura, han

¹² Nuestro corpus se compone, como señalamos en la Introducción, de cinco prólogos que sirven de presentación, respectivamente, al *Universal vocabulario en latín y castellano* (1490) de Alfonso Fernández de Palencia, al *Diccionario latino-hispano* (1492) y el *Vocabulario romance-latín* (ca. 1494) de Antonio de Nebrija, al *Vocabulario eclesiástico* (1499) de Rodrigo Fernández de Santaella y al anónimo *Vocabulario castellano* del siglo XV, redactado por más de un autor en los años que median entre 1450 y 1550, de acuerdo con los cálculos de Fernando Huarte Morton (1951, 316).

¹³ Desde nuestro punto de vista, los diccionarios representan históricamente la materialización de una teoría sobre el lenguaje que pretende utilizar la codificación del discurso escrito para alguna finalidad. La hipótesis de Luis Fernando Lara (1997, 21) señala que los diccionarios debieron de surgir por necesidades indispensables para el intercambio de información: al fortalecerse las relaciones mercantiles entre pueblos y civilizaciones antiguas, el contacto cultural demandaba el conocimiento de equivalencias entre, por ejemplo, pesos, medidas y costos de diversos grupos, así como una familiarización con leyes sobre tributos o léxico de tipo religioso, diplomático o guerrero. Javier López Facal (2010, 19) se refiere al caso concreto del *Onomasticum* de Ramsés II, una obra del siglo XIII a. C. construida para la educación de la élite, que refrenda la observación de Lara.

buscado explicar un determinado código con la intención de resolver necesidades discursivas.¹⁴

A diferencia de este pensamiento, el surgimiento de teorías formales para explicar textos lexicográficos, ubicado dentro del seno de la filología, la lingüística, la lexicografía o diversas perspectivas socioculturales,¹⁵ resulta mucho más reciente y es a éste al que le debemos toda una serie de herramientas indispensables para referirnos a dichos soportes simbólicos. Ahora bien, en este estudio utilizaremos con mayor frecuencia las investigaciones históricas y etnolexicográficas, caracterizadas ambas por una metodología enfocada en el vínculo entre cultura y discurso. Asimismo, este tipo de investigaciones permite sostener un diálogo estrecho con planteamientos formulados desde la antropología histórica, la historia cultural y diversas sociologías (sociología de los textos, sociología de la producción simbólica o la propia sociolingüística). Así pues, es a través de estos paradigmas que buscamos presentar una interpretación del discurso lexicográfico hispano del siglo XV.

A continuación, dividiremos las diferentes teorías que se han referido a los objetos lexicográficos en cuatro grandes grupos. Ahondaremos en sus intereses, su paradigma y en el tipo de explicaciones que las caracterizan, para finalmente señalar lo que a una teoría cultural le interesa focalizar sobre las dinámicas y procesos sociodiscursivos inscritos en un texto lexicográfico.

¹⁴ Sobre este punto, cabe mencionarse el carácter de inmediatez que es posible observar en los primeros glosarios o vocabularios de los que tenemos noticia. En el contexto hispano, podemos referirnos a las glosas medievales realizadas dentro de monasterios y cancellerías, elaboradas por monjes, escribanos y copistas, las cuales buscaban aclarar el sentido de palabras latinas que resultaban oscuras para sus lectores. Los casos más antiguos son las glosas emilianenses y silenses de finales del siglo X y principios del siglo XI. Podríamos ubicar también a los protoejercicios enciclopédicos que figuran en textos de gran envergadura, como la *General estoria* de Alfonso X el Sabio, en los cuales aparecen documentadas las primeras técnicas de sinonimia para definir el léxico castellano.

¹⁵ Luis Fernando Lara (1997, 17) se refiere a la producción de cuatro autores en concreto, ubicada en los años setenta y ochenta: Josete Rey-Debove con su *Étude linguistique et sémiotique des dictionnaires français contemporains* (1971); Jean y Claude Dubois, autores de la *Introduction à la lexicographie* (1971); y Ladislav Zgusta con su *Manual of lexicography* (1971). Para la década de los años ochenta, Lara cita a continuación a Bernard Quemada, Alain Rey y a los germanistas Oskar Reichmann, Herbert Ernst Wiegand y Franz Josef Hausmann. Desde una perspectiva filológica, Julio Casares había publicado en 1941 su *Nuevo concepto del diccionario de la lengua y otros problemas de lexicografía y gramática*, y nueve años más tarde, su *Introducción a la lexicografía moderna*. Una serie de gramáticos que elaboraron diccionarios durante el siglo XIX, la cual retomaremos más adelante, también contribuyó al desarrollo de una teoría sobre el diccionario.

1. 1. Cuatro núcleos teóricos para la comprensión lexicográfica

En el presente apartado, desarrollaremos un esquema sobre los cuatro grandes núcleos de pensamiento desde los cuales, a nuestro parecer, ha sido concebida y analizada la producción lexicográfica en el contexto hispánico. Los dos primeros paradigmas explicativos provienen de la filología: una vertiente que se desprende de los estudios lingüístico-comparativos generados durante el siglo XIX y que, en el caso del español, encuentran en Ramón Menéndez Pidal el inicio de una tradición de hispanistas que se ha encargado de construir una historia de la lexicografía española.¹⁶

El núcleo filológico de la lexicografía

A este primer núcleo le debemos la creación de una disciplina que, por medio de herramientas históricas y lingüísticas, ha construido líneas de continuidades y rupturas textuales entre obras lexicográficas ubicadas en un trecho de por lo menos quince siglos. Numerosas historias de la lexicografía suelen remontarse al primer enciclopedismo de San Isidoro de Sevilla (ca. 556-636),¹⁷ ubicado en la Baja Edad Media. Desde la perspectiva de Alvar Ezquerra o Esparza Torres, a esta primera muestra enciclopedista le continúan una serie de glosarios y vocabularios bilingües que encuentran en los diccionarios nebrixenses su coronación, a finales de la Alta Edad Media.¹⁸

¹⁶ En 1945, Ramón Menéndez Pidal publica un prólogo al *Vox. Diccionario general ilustrado de la lengua española*, titulado “El diccionario que deseamos”. Esta presentación representa uno de los apuntes pioneros para la consideración del diccionario como soporte de investigaciones lingüísticas. Dentro del hispanismo, esta introducción abrió una línea para futuros estudios filológicos que, paulatinamente, comenzaban a notar como insuficiente la connotación de la lexicografía en tanto mera técnica. En 1922, Alfonso Reyes había distinguido la diferencia entre recoger el léxico con fines científicos y otros que hoy podríamos denominar de uso. A su parecer, hay formas léxicas “que está bien recopilar alguna vez, pero sólo para fines científicos o, digamos, contemplativos, y no para objetos de aplicación actual y práctica” (422).

¹⁷ Véase Lidio Nieto, “Vocabularios y glosarios del español de los siglos XIV al XVI”, *RFE*, LXXX, 2000, pp. 155-180. Miguel Ángel Esparza Torres, “Los inicios de la lexicografía en España”, en Josefa Dorta, Cristóbal Corrales y Dolores Corbella (eds.), *Historiografía de la lingüística en el ámbito hispánico*, Madrid, Arco/libros, 2007, pp. 231-267. Elmar Eggert, “Las enciclopedias medievales como precursoras de diccionarios. Presentación de las traducciones españolas del *Liber de proprietatibus rerum* de Bartolomé el inglés”, en Dolores Azorín Fernández (coord.), *El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo. Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica*, Alicante, Universidad de Alicante-Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008, pp. 74-81. Manuel Alvar Ezquerra, “Apuntes para la historia de las nomenclaturas en español”, en *Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL). Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Santo Domingo, República Dominicana*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez, 1994, pp. 457-470.

¹⁸ Alvar Ezquerra (2002: 15) resume esta historia de la siguiente manera: “Primero fueron los léxicos latinos medievales, luego vinieron los diccionarios de los humanistas con el latín y la lengua vulgar (con traducciones a otras lenguas, o con la adición de nuevas), a la par que circulaban los diccionarios multilingües. Más tarde

A los historiadores de la lexicografía les debemos también la recuperación y fijación del corpus de vocabularios del que disponemos. Son los principales mediadores modernos a los que necesariamente tenemos que acudir para conocer el contexto y las condiciones materiales de los manuscritos y las ediciones incunables para realizar nuestro análisis. Y al ser mediadores, también les hemos heredado una visión especializada de dichas obras. Es ésta la perspectiva filológica a la que nos hemos referido anteriormente, para la cual lo más significativo de un diccionario es el uso que hace del léxico. En otras palabras, se trata de un enfoque interesado en mayor medida por la lengua y, en segundo término, por los diccionarios.¹⁹

De igual manera, el núcleo filológico ha trabajado a profundidad en la creación de un contexto que se mueve a caballo entre el ambiente de la época y el imaginario cultural. Es un acercamiento especializado en ubicar las ideas y los hechos fundamentales que atraviesan a las producciones textuales. En éste, predominan sobre todo los intereses lingüísticos y su vínculo con las tendencias intelectuales en boga. De tal manera que la teoría construida a partir de este paradigma requiere del conocimiento exhaustivo de un movimiento cultural – en nuestro caso del humanismo y el renacimiento– para su posterior identificación en un texto. Es bajo esta lógica que, por ejemplo, se vuelve posible pensar una obra en términos de “tradición y modernidad”, apelando a la percepción en ella de ambos rasgos y por lo que regularmente se llega a calificar como un texto de transición.

En términos teóricos, a esta historia filológica de la lexicográfica debemos reconocerle el mérito de haber construido el concepto de *género lexicográfico*. Pese a que numerosos diccionarios hacen referencia unos a otros, retoman procedimientos de recopilación o definición e inclusive las propias nomenclaturas, el género lexicográfico representa una construcción teórica realizada por este paradigma, mediante la cual es posible estudiar y valorar una obra. Observando la historia de los diversos repertorios, no existe un solo texto

surgieron las obras bilingües de lenguas modernas siguiendo los modelos de los anteriores. Después vinieron los repertorios etimológicos monolingües, cuando ya se habían escrito glosarios de obras y vocabularios de carácter especializado. En el siglo XVIII surgen los grandes diccionarios de la lengua, en el XIX aparecen los diccionarios enciclopédicos, y en el XX se diversifica la producción, dando cabida en los diccionarios generales al léxico científico y técnico a la vez que a las hablas regionales, irrumpiendo las nuevas tecnologías en la concepción, elaboración y edición de diccionarios.

¹⁹ En una conferencia organizada por la Fundación Juan March, Pedro Álvarez de Miranda (2014, mins. 3: 09-4: 24) señala: “el conocimiento que aporta la historia de la lexicografía es subsidiario de otro en mi opinión más atractivo, y más enjundioso, que es el de la historia de la lengua española, la historia del léxico español. Nótese bien que es, por tanto, un conocimiento subsidiario que no debe suplantar nunca al verdadero objeto de interés central que es la historia del léxico”.

que podamos calificar como modelo de diccionario, sino que más bien dicho modelo se ha construido mediante una serie de características que la mayoría de estos textos comparten (el uso de columnas y listas, ya a la deriva, el orden alfabético, el uso de definiciones o su contenido generalmente léxico, entre otras). Con el paso del tiempo, el uso y la aparición reiteradas de esta serie de características han permitido a los investigadores presentar un modelo ideal que permite organizar y analizar las diferentes manifestaciones lexicográficas producidas dentro del contexto hispánico.

En definitiva, para el mundo hispanohablante el *DRAE* marcó la pauta para discernir lo que representaría un pasado y un futuro en la historia de la codificación del léxico.²⁰ Por un lado, el enciclopedismo, el medievalismo, los rasgos escolásticos o la etimología popular se convertían en categorías para aludir a síntomas de tradiciones pasadas; mientras que, por el otro, la modernidad se medía por la capacidad de sistematizar procedimientos de recopilación o definición, por su objetividad, su perfeccionamiento técnico o su concreción, entre muchos otros elementos. Así pues, podríamos señalar que la teoría de este enfoque filológico ha utilizado constantemente el parámetro académico para construir una historia lexicográfica, definida por un antes y un después que coloca en el centro a las ediciones del *Diccionario de autoridades* o del *DRAE*. Más adelante abriremos un diálogo sobre las implicaciones de este tipo de historia frente a otros tipos de recuentos o memorias.

Un corpus de manifestaciones lexicográficas, una forma de relacionar ese corpus, la creación de un género y la invención de una historia representan para nosotros los cuatro grandes aportes de este primer núcleo. Contribuiría a la ejemplificación de éstos el análisis de un estudio en específico. En el apartado metodológico, tendremos la oportunidad de llevar a cabo este examen, reuniendo además la serie de técnicas y procedimientos que articulan el enfoque filológico.

El núcleo lexicográfico de la lingüística aplicada y la metalexigrafía

El segundo núcleo proviene del afianzamiento de la lingüística estructural y de la lexicografía como disciplina aplicada, en una línea que tiene como principal exponente en España a Manuel Alvar Ezquerro, discípulo de Bernard Quemada, y que, en América, se afianza en sus

²⁰ Un tema que trataremos más adelante se relaciona con el fenómeno de la representación social del diccionario. Pues uno de los hechos más significativo sobre el diccionario académico estriba precisamente en las formas en que ha colonizado el imaginario relativo a este tipo de textos, a tal punto que un colectivo asocie directamente la idea de diccionario con el *DLE*.

inicios con la publicación por parte del Instituto Caro y Cuervo de los trabajos de Julio Fernández Sevilla y José Álvaro Porto Dapena.²¹ Éste es el periodo, bien entrada la década de los setenta, en que la lexicografía atraviesa por unos de sus primeros avatares: ¿Es posible referirse a ella como una ciencia, una técnica o una metodología?

Uno de los hechos más significativos de este núcleo reside en la constitución de un corpus de teoría para referirse a los diversos léxicos. Pues desde la lingüística estructural y la metalexigrafía, fue liberado un lenguaje para describir la estructura de los diversos repertorios. Inclusive, la definición y distinción entre conceptos como léxico, nomenclatura, diccionario, vocabulario, enciclopedia, diccionario enciclopédico, glosario ha encontrado soluciones eficientes dentro de estos marcos teóricos.²²

Ahora bien, buena parte de los conceptos descriptivos para referirse a estas obras no fueron una novedad teórica. Provenían de diferentes tradiciones que los utilizaron con matices específicos y que echaron manos de ellos a falta de otros. La lexicografía bajomedieval empleó, por ejemplo, términos como glosario, vocabulario, léxico, nomenclatura, declaración, *comprehensorium* o vocabulista, los cuales respondían a características específicas dentro del ámbito pedagógico del humanismo.²³ Cuando Nebrija utilizó el concepto de diccionario para titular a sus dos obras, buscaba un sinónimo para el término léxico, de impronta griega y no latina, al mismo tiempo que una restitución del interés por la palabra en sí, ajeno a su información enciclopédica. No obstante, más de

²¹ Nos referimos sobre todo a las respectivas publicaciones del *Proyecto de lexicografía española*, publicado en 1976, *Problemas de lexicografía actual* de 1974 y *Elementos de Lexicografía. El Diccionario de Construcción y Régimen de R. J. Cuervo*, impreso en 1980. Un análisis ulterior requeriría examinar cómo se ha construido a lo largo de la historia el estudio lexicográfico en las diversas latitudes de América, puesto que no siguen de manera absolutamente paralela los procedimientos europeos. En el cuarto núcleo tendremos oportunidad de ahondar en este tema.

²² Décadas atrás, Manuel Alvar Ezquerro problematizaba la situación: “Lo más curioso es que la Academia Española, nuestro máximo organismo lexicográfico, en algunas de sus definiciones no llega a distinguir el *diccionario* del *léxico*, o del *glosario* o del *vocabulario*. Porque el *léxico*, en su tercera acepción es ‘diccionario de cualquier [...] lengua’. El *glosario*, en la segunda acepción, es ‘catálogo de palabras [...]’. Y el *vocabulario*, asimismo en la segunda acepción, es ‘libro en que se contiene [el conjunto de palabras de un idioma]’. Vemos, pues, que en el fondo las cuatro obras responden a los mismos criterios, máxime si suprimimos *todas* en ‘todas las dicciones’ de la definición académica de *diccionario*” (1980, 112).

²³ El concepto de glosario se correspondía con una colección de glosas extraídas de un manuscrito y recopiladas para su posterior consulta. Vocabulario y léxico aludían a las colecciones enciclopédicas de palabras —el diccionario no sería enciclopédico, sino únicamente lingüístico—, mientras que el vocabulista representaba un catálogo de voces para aprender a hablar una lengua. El *comprehensorium* recopilaba más de un solo léxico en sus repertorios y las nomenclaturas se referían a la colecciones de nombres de una determinada materia. La declaración se refería a una colección de vocablos incluidos en una obra que al autor considera difíciles o dudosos para sus lectores.

noventa años antes el poeta e historiador Pero López de Ayala se había referido a repertorios medievales utilizando el mismo concepto.²⁴ Como es bien sabido, inclusive la obra que por antonomasia se considera el primer diccionario monolingüe llevaba el título de *Tesoro de la lengua castellana o española*. Los lectores de su época, sin embargo, solían referirse a éste como *Las etimologías*, un concepto grecolatino que lo conectaba con la obra de Isidoro de Sevilla.²⁵ El concepto de diccionario cobra una importancia fundamental en el siglo XVIII, aunque una gran cantidad de autores continuaron empleando indistintamente las diversas denominaciones.

A través de estudios de diferente enfoque, los teóricos modernos del diccionario han logrado separar las pantanosas aguas en que se sumergen estos términos. Por medio de criterios específicos, la metalexicografía ha propuesto una serie de características para distinguir a cada una de estas obras: un diccionario se encarga de definir esencialmente el significado de un repertorio de palabras, mientras que las enciclopedias ofrecen un conocimiento sobre las cosas; vocabularios y glosarios se diferencian de léxicos por su autonomía frente a un determinado texto, los dos primeros suelen ser apoyos de consulta para obras que contienen una terminología especializada o dudosa y se presentan como un apéndice, en tanto que un léxico pretende recopilar toda la información de una determinada materia o el caudal de voces, modismos y giros de un autor. Así pues, lo que buscamos resaltar es el trabajo teórico de tipología que este paradigma ha ofrecido para la sistematización de diferentes textos.

Asimismo, los acercamientos desde la metalexicografía han construido una visión microscópica sobre la macro y la microestructura de este tipo de textos. Examinan los procedimientos de organización y recopilación de los diversos materiales. Así pues, son importantes para esta perspectiva los procedimientos de definición, las maneras en que un lexicógrafo presenta sus materiales y el tipo de información que provee. Podríamos señalar a

²⁴ Refiriéndose a un traductor de Tito Livio, López de Ayala (ca. 1400) apunta: “E este actor que esta noble obra fizo, debes saber que después que este libro traslado fizo otro libro muy noble en la theología que es llamado el diccionario”.

²⁵ En su carta destinada a Sebastián de Covarrubias, el licenciado don Baltasar Sebastián Navarro de Arroyta (1611: fol. D v.) avizora que “esta obra de las Etimologías ha de dar noticia a los estrangeros del language español, y de su propiedad y elegancia, que es muy gran honor de la Nación Española”.

la técnica lexicográfica como uno de los dos objetos de estudio principales de esta teoría; esto es, la serie de procedimientos para confeccionar un diccionario.²⁶

El otro objeto de estudio se enfoca en la creación de teoría alrededor de este tipo de obras. En este sentido, es posible referirse a teorías sobre la definición,²⁷ teorías sobre la tipología lexicográfica,²⁸ historias de un género lexicográfico²⁹ o acercamientos realizados con diversos intereses gramaticales.³⁰ Todos ellos tienen como punto de partida el estudio de las características internas del texto, ya sea de manera comparativa o bien mediante el análisis de una categoría lexicográfica en determinada obra.³¹

En resumen, este segundo núcleo provee un lenguaje para referirse a las características estructurales y a los diversos tipos ofrecidos por la variedad de textos lexicográficos. Representa la teoría específica para clasificar un determinado léxico de acuerdo con sus características tanto internas como externas. Asimismo, ha desarrollado una amplísima bibliografía que da cuenta de los diversos acercamientos posibles referentes a los aspectos lingüísticos de una obra. De igual manera, su raigambre lingüística ha resultado también benéfica para ensayar nuevas interpretaciones, a la luz de las cambiantes preguntas de investigación que busca proponer. Una de ellas resulta primordial para nuestro estudio, pues abre la problematización del objeto lexicográfico en relación con sus funciones sociales y su

²⁶ Emilia Anglada Arboix (1991) narra este paso de la consideración inicial de la lexicografía como una técnica, en la década de los 50, a su consideración en tanto teoría lingüística que busca sentar los principios de la composición del diccionario.

²⁷ Véase Ignacio Bosque, "Sobre la teoría de la definición lexicográfica", *Verba*, 9, 1982, pp. 105-123. Manuel Seco, "Problemas formales de la definición lexicográfica", en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, II, Oviedo, 1977, pp. 217-239. Reinhold Werner, "La definición lexicográfica", en Günther Haensch *et alii*, *La lexicografía. De la lingüística teórica a la lexicografía práctica*, Madrid, Gredos, 1982, pp. 259-328.

²⁸ Véase Manuel Alvar Ezquerro, "¿Qué es un diccionario? Al hilo de unas definiciones académicas", *LEA*, II/1, 1980, pp. 103-118; "Lexicografía", *LRL*, vol. VI, 1, Niemeyer, pp. 636-651.

²⁹ Véase Dolores Azorín Fernández, *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, Alicante, Universidad de Alicante, 2004. Pedro Álvarez de Miranda, "Hacia una historia de los diccionarios españoles en la edad moderna", *Bulletin Hispanique*, t. 97, no. 1, 1995, pp. 187-200. Manuel Alvar Ezquerro, "Tradición en los diccionarios del español", *Revista española de lingüística*, no. 22, Fasc. 1, 1992, pp. 1-24.

³⁰ Para un corpus de análisis específicos, véase el apartado "Gramática y diccionario", en Dolores Azorín Fernández *et alii* (coord.), *Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica. El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.

³¹ Nos referimos a estudios que analizan la composición de un léxico. Véase, por ejemplo, María Águeda Moreno Moreno, "La microestructura del diccionario etimológico: los primeros pasos de esta práctica lexicográfica", en Dolores Azorín Fernández *et alii* (coord.), *Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica. El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006, pp. 257-264. Manuel Seco, "El contorno en la definición lexicográfica", en *Homenaje a Samuel Gili Gaya (in memoriam)*, Barcelona, 1979, pp. 183-191. Gloria Guerrero Ramos, "Nebrija, autoridad en el *Tesoro de Covarrubias*", *Revista de Filología Española*, vol. LXX, no. 1/2, 1990, pp. 133-141.

significación cultural. Nos referimos, así, a los acercamientos realizados desde la etnolingüística y la sociolingüística.

El núcleo etnolingüístico y sociolingüístico de la lexicografía

De acuerdo con el orden en que hemos presentado la emergencia de la teoría lexicográfica, el tercer núcleo que ubicamos en este estudio se desprende de los acercamientos sociolingüísticos y etnolingüísticos que han prestado atención al diálogo crítico entre texto y contexto referido por el discurso lexicográfico.³² Su aparición dentro del mundo académico hispano data de la última década del siglo pasado, con la publicación de dos obras del académico venezolano Francisco Javier Pérez: *Estudio de lexicografía venezolana: historia y lexicografía antigua, metalexigrafía y etnolexicografía* (1997) y *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos: propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios* (2000). Ambas obras agregaron a la discusión académica la problemática de la ideología dentro del discurso lexicográfico. Cuestionaron el posicionamiento positivista que consideraba al diccionario como un texto objetivo que codifica y decodifica la lengua sin realizar ningún tipo de mediación.³³ De igual manera, comenzaron a perfilar el diccionario en términos de un objeto o una imagen cultural y propusieron una lectura etnográfica de este género. De este modo, el estudio de Javier Pérez tiene por objetivo:

... un acercamiento al texto diccionarioológico [...] para entenderlo más allá de sus valores técnicos en cuanto a su elaboración, como una producción fuertemente cargada de informaciones históricas, sociológicas, ideológicas y etnográficas no siempre evidentes y que, condicionada por ellas, desemboca en una representación de las actitudes mentales de un conjunto humano en un tiempo específico.³⁴

Interesado por estos aspectos, la serie de preguntas de investigación para el estudio del diccionario se abre a elementos no depositados únicamente en la nomenclatura de la obra. El interés por ahondar en la confección de un diccionario queda subsumido por la interrogante

³² Como disciplina “madre”, María Luisa Calero Vaquero (2010: 41) ubica a la glotopolítica, ésta se define en términos del “campo que estudia las políticas lingüísticas y responde a demandas sociales respecto del planeamiento del lenguaje” (Narvaja de Arnoux 2008: 11). La etnolexicografía, la etnogramática y la etnortografía quedarían definidas como subdisciplinas dentro de este campo.

³³ El lexicógrafo del siglo XIX por lo regular adoptaba dos posturas lingüísticas: una científicista, interesada por explicar las leyes que habrían de regir la lengua, al igual que en los fenómenos naturales; o una que podríamos tildar de moralista, en la cual el diccionario formaba parte de la educación del ciudadano instruido.

³⁴ *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos: propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2000, p. 23.

sobre el imaginario bajo el cual se lleva a cabo su producción, circulación y recepción. Con base en este posicionamiento, cabría preguntarse cuestiones del tipo: ¿Por qué dentro de una sociedad se decide redactar una obra de esta naturaleza? ¿A partir de qué visión de mundo se proyectan políticas lingüísticas materializadas en léxicos? ¿En qué medida un diccionario condensa significaciones culturales?, entre muchas otras.

Javier Pérez (2000) relativiza de igual manera el concepto de historia con el que la lexicografía había trabajado en las últimas décadas. Refiriéndose al historiador George Duby, por ejemplo, problematiza la manera en que la historia de la lexicografía ha sido y puede ser construida. Desde su perspectiva, el punto de inflexión se encuentra en el giro conceptual entre documento y discurso. El historiador interesado por el documento va en búsqueda de la verdad depositada en él, mientras una consideración discursiva apunta hacia otros intereses. Sobre este giro teórico de Duby, Javier Pérez apunta:

Entiende, así, el valor del documento como discurso, y, en tal sentido, comienzan a tener significaciones las fracturas del texto, los olvidos, los énfasis narrativos, lo que dice y cómo lo dice, en definitiva, un cúmulo de elementos que están constituyendo ese documento como un texto riquísimo en informaciones que no se manifiestan en la superficie del texto, sino en su cuerpo oculto y subyacente. (2000, 13)

Esta concepción histórica que Javier Pérez busca importar hacia la teoría lexicográfica propone un tipo de historia particular. Se trata de una concepción interesada más en “aquellas palabras que dejan traslucir su cultura, sus esperanzas, sus temores, su concepción del mundo, su manera de concebirse a sí mismo” (2000, 13).

En resumidas cuentas, la perspectiva etnolingüística recuerda el imperativo antropológico del extrañamiento. Ser conscientes de los prejuicios con que observamos el mundo equivale a ser conscientes de la manera en que lo definimos. Por lo tanto, dentro de una sociedad, el diccionario forma parte en la construcción de un imaginario, expresa una imagen de mundo. Con todos estos elementos puestos sobre la mesa, Javier Pérez identifica la insuficiencia de la valoración descriptiva del diccionario y apuesta por una consideración que observa su cualidad interpretativa, dominada por elementos subjetivos que la constituyen.

Finaliza Javier Pérez su conceptualización del diccionario como objeto cultural proponiendo su relación especular con el tejido cultural de una sociedad:

Queda claro, pues, cómo en todos los campos léxico-semánticos que abarca el corpus del diccionario están entrando en juego factores ideológico-culturales, educativo-morales, político-

sociales y, en definitiva, está siendo determinante una visión del mundo, racional y afectiva, que define la naturaleza-cultura del diccionario y lo privilegia como objeto cultural: símbolo y representación de una sociedad a la que explica al explicar las palabras de sus realidades y de la que será, una vez elaborado, su propia imagen. El diccionario es así un reflejo de la vida social y un espejo de la cultura, tan lícito o ilícito como cualquier otro producto cultural: una catedral, un libro, un invento tecnológico, una pintura, un utensilio cotidiano, un grupo de rock o una ópera, entre muchos otros. (2000, 20-21)

Uno de los puntos más significativos de la caracterización cultural de Javier Pérez estriba precisamente en el reconocimiento de las formas variadas en que la ideología cobra forma en cada uno de los elementos lexicográficos: en la justificación de su elaboración, en la selección del léxico, en la elaboración de las marcas para definirlo o en los tipos de definición. Pues incluso dentro de todos esos campos léxico-semánticos, diseñados mediante una metodología científica rigurosa, las connotaciones culturales afloran irremediabilmente.

Ahora bien, esta caracterización cultural propone una serie de interrogantes y debates que convendría tener en mente. Dentro de la teoría lingüística y literaria, el empleo de la metáfora especular, en este caso evocada mediante las imágenes de “un reflejo de la vida social” y “un espejo de la cultura”, para explicar la relación entre discurso y realidad ha sido objetada en numerosas ocasiones. Uno de los principales motivos se relaciona con el obscurecimiento de las mediaciones. Pues entre discurso y realidad aparecen una serie de elementos que refractan a esta última. Esto es, todo discurso reconstruye la realidad que encapsula. Por ello, el concepto de interpretación contribuye a destacar las transformaciones que un discurso opera al reconstruir una parte de la realidad.

Esta precisión entre reflejar e interpretar no viene al caso si se considera únicamente por su mayor adecuación teórica. Lo que principalmente está en juego detrás de ambas concepciones es una ambivalencia entre considerar a la ideología de manera accesoria o constitutiva. Se trata, pues, de una discusión entre dos tradiciones: la que piensa al signo lingüístico como un ente autónomo, que puede llegar a relacionarse con elementos de otro orden (social, cultural, político, histórico, etc.), en una línea que arranca con Ferdinand de Saussure; y la que considera al signo ideológico, en la línea de Mijaíl Bajtín, un signo connotado por valoraciones, densidades discursivas y entonaciones socioculturales que le dan forma y sentido.

Así pues, siguiendo la línea de Javier Pérez, cabría pensar a la ideología como uno de los elementos principales que le dan forma al texto lexicográfico y no únicamente en términos de una visión de mundo depositada inconscientemente. Más adelante

recuperaremos esta discusión sobre ideología lexicográfica, cuando recuperemos algunos de los estudios que han examinado este vínculo.

En el contexto hispano, otro tipo de acercamientos interdisciplinarios surgió de la mano del lingüista mexicano Luis Fernando Lara en el año de 1997, con la publicación de su *Teoría del diccionario monolingüe*. En esta obra, la agenda de investigación lexicográfica se incrementó de manera considerable. Además de los temas relacionados con la cultura, la ideología, el aspecto social del diccionario y otros más de interés estrictamente lingüístico, la cuestión de la memoria comenzó a formar parte de la reflexión referida a los usos socioculturales del diccionario a través del tiempo.³⁵ En el caso de la historia lexicográfica, Luis Fernando Lara (1997, 24-25) ha revisado las estrategias de memoria y conmemoración que supusieron los diccionarios redactados por las primeras academias de la lengua: francesa, italiana y española. Desde su perspectiva, los primeros vocabularios de la Accademia della Crusca y de la Academie française³⁶ tenían como cometido fijar una lengua que sirviera de vehículo de comunicación y de identidad en el contexto político europeo de las naciones modernas emergentes. Contribuían asimismo a la construcción de una historia o de una memoria heroica, de un pasado que les permitiese construir una narrativa apta para las lógicas de conmemoración y legitimación políticas.

El análisis de Lara (1997, 30) se remonta al imaginario lingüístico de Dante y al problema de la corruptibilidad de la lengua, discusión fundacional para la filología renacentista que fue importada a la península ibérica en el siglo XV. Compañera del imperio, de acuerdo con las palabras inmortales de Elio Antonio de Nebrija, la lengua habría de ser fijada “para el porvenir, para asegurar que quede memoria de la grandeza del imperio” (1997, 30). En este siglo, como tendremos oportunidad de señalar posteriormente, la redacción de diccionarios seguiría en parte por este mismo rumbo, llenando el vacío léxico dejado en la Edad Media y contribuyendo a la construcción del tejido cultural requerido para la emergencia de las naciones europeas.

³⁵ La recepción de esta obra es un síntoma del afianzamiento de una postura para analizar un diccionario.

³⁶ La Accademia della Crusca fue fundada en 1583 en Florencia. Es una de las instituciones de mayor prestigio en el estudio de la lengua italiana, similar al prestigio ostentado por la Real Academia Española. En 1612, la Crusca publicó el *Vocabulario de la lengua italiana*, cuya influencia se dejó sentir en las obras lexicográficas francesas y españolas. En 1635, el cardenal Richelieu fundó la Academia Francesa de la lengua, institución que continúa con la publicación del *Diccionario de la Academia Francesa*, publicado por primera vez en 1687.

En el caso de la academia española, el interés lexicográfico apuntaba al rescate de un pasado estimado por su esplendor político y literario. Había que recuperar la lengua de Cervantes y Quevedo, al mismo tiempo que instaurarla como autoridad lingüística. A la postre, dentro de esta dimensión política que abrió camino para la patrimonialización de la lengua, el diccionario pasaría a convertirse en una memoria libresca y oficial.³⁷

Ahora bien, el vínculo entre política y memoria lexicográfica no representa el único acercamiento posible. Existe otra veta de análisis, que aún requiere de una profundización teórica, relacionada con oralidad, escritura y memoria. Hasta la fecha, mucho se ha escrito sobre la oralidad en el siglo que analizamos.³⁸ Es posible conocer la incidencia de la oralidad en las prácticas de lectura y escritura de la época. Por su parte, historiadores de la cultura escrita han observado las formas en que los soportes escritos fueron en su momento innovaciones tecnológicas para reemplazar prácticas nemotécnicas de comunicación.³⁹

Lo que aún queda pendiente es un acercamiento que hilvane ambas cuestiones en el caso específico de los vocabularios de la época. En los análisis que presentaremos en la segunda parte, referidos a cinco vocabularios de la época, buscaremos argumentar que este tipo de textos cumplieron con las exigencias de memoria requeridas para las prácticas culturales de la formación humanística, una cultura letrada que comenzaba a sentar las bases del cuidado editorial y de la necesidad del conocimiento filológico de la lengua. No obstante, durante esta época surgirán también textos de carácter introspectivo que, bajo la forma de un vocabulario, les permitirán a sus autores hacer un recorrido variopinto por los corredores de su memoria.

Hemos ubicado este recuento teórico de la teoría cultural lexicográfica sobre todo a finales del siglo XX. La serie de estudios que han tomado como punto de partida alguno de estos temas ha ido incrementando paulatinamente. Con esta apertura, una cuestión de interés teórico surge en relación con dicho tipo de paradigmas y tiene que ver con que no existe un

³⁷ Un siglo más tarde, en 1867, el diccionario de la Academia Española se convertiría en el texto oficial de consulta para la educación pública.

³⁸ Véase la bibliografía que Margit Frenk ofrece en una obra capital sobre este tema: *Entre la voz y el silencio (La lectura en tiempos de Cervantes)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

³⁹ Nos referimos, sobre todo, a los estudios que autores como Roger Chartier y Armando Petrucci han dedicado a este periodo. Véase, respectivamente, *La historia de la lectura en el mundo occidental*, coordinada en conjunto con Guglielmo Cavallo y publicada en español por Taurus en 1997; así como sus trabajos sobre cultura escrita medieval: *Inscribir y borrar: cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, trad. Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006. De Petrucci, aportan muchísimos elementos su *Breve historia de la escritura latina*, y sus estudios sobre la escritura y lectura en la Italia del Renacimiento.

consenso sobre las teorías históricas, culturales o sobre ideología que convendría evocar para una interpretación lexicográfica. Hemos visto que algunos autores acuden a la historiografía francesa en búsqueda de herramientas de interpretación, mientras que otros recuperan el pensamiento renacentista de primera mano, trayendo a cuento la voz de los propios autores. Estas diferentes perspectivas y las desavenencias que surgen entre ellas no representan un impedimento, son la muestra de las diferentes maneras de focalizar y concebir un objeto de estudio. Son la prueba de que el diccionario no se encuentra capitalizado por una teoría y que es un discurso a debate.

En términos generales, este tipo de trabajos, denominados tentativamente como *interdisciplinarios*, ha logrado abrir el vínculo entre teoría social y teoría lexicográfica. Como más adelante lo desarrollaremos, la valía de este contacto reside en el diálogo que permite sostener entre diferentes conceptos: lengua, ideología, historia, cultural, memoria, discurso, entre otros. Todas estas teorías apuestan por interpretaciones complejas y relativizan muchos aspectos que la metalexigrafía o la historia lexicográfica daba por sentado.

El núcleo emergente

Finalmente, el último espacio donde es posible recuperar una teoría sobre diccionarios reside en los propios prólogos, introducciones, introitos, argumentos o apéndices que acompañan a estas obras o que se alojan en textos familiares (gramáticas, ortografías, discursos, epístolas o diálogos sobre la lengua), así como en las definiciones de enciclopedias y tesoros que desde el siglo XVI comenzaron a caracterizar a este tipo de repertorios.⁴⁰ Es decir, se trata de las propias ideas que los redactores de diccionarios tuvieron en mente a la hora de construir sus obras. Cabe señalar que teoría aquí no se refiere a una teoría formal o específica. Seleccionamos su sentido convencional: teoría como una idea para explicar algo.

Por lo general, en estos textos es posible reconocer una explicación sobre la génesis del diccionario y sobre sus alcances. Nos movemos, así, entre motivaciones, subjetividades, afectos, impresiones, imaginarios al mismo tiempo que entre hechos que el investigador

⁴⁰ Refiriéndose al arte de hablar, Ignacio de Luzán (1991 [1729]) nos regala una observación sobre el sentido dieciochesco de estas obras: “Entre los libros que pueden ayudar a la propiedad, tienen el primer lugar los diccionarios si están trabajados con cuidado y diligencia. El orden alfabético facilita el hallar cualquier vocablo de cuyo significado se duda; en los otros libros no hay esta facilitación”. El razonamiento del escritor zaragozano continúa con una justificación sobre por qué las naciones han conservado los diccionarios entre sus obras de cabecera.

requiere construir. A nivel metodológico, se busca que este tipo de información sea contrastada con otro tipo de textos, teniendo en mente ampliar la perspectiva de análisis.

A diferencia de las anteriores perspectivas, el tipo de información que proporcionan estos textos resulta heterogéneo. Es aquí donde el investigador propone un orden y establece un relato que los vuelva inteligibles. Este síntoma es vital para nuestra investigación, puesto que dicha heterogeneidad representa a los elementos contextuales y a las valoraciones que una obra recibe dentro de su propia cultura y grupo social. Son las circunstancias cifradas en discurso donde una obra emerge, las cuales no apuntan en todos los casos a una problemática lingüística.

Es en este tipo de corpus donde podemos acercarnos a los usos específicos para los cuales un texto lexicográfico estaba destinado. Pero no bastan para su comprensión. Como lo intentaremos en nuestros análisis, estos textos son apenas un indicador que abre la posibilidad de rastrear la recepción de la obra, las impresiones que despertaba en sus lectores y toda la serie de valoraciones por medio de las cuales se justificaba su redacción.⁴¹ Tomando como punto de partida la hermenéutica profunda, podríamos referirnos a este enfoque en términos de la doxa, la preinterpretación con la cual cuenta una forma simbólica dentro de la vida cotidiana.⁴² Por su parte, la lingüística histórica nos invitaría a pensar en la reconstrucción de la dimensión sincrónica de un texto. Vinculando estas dos perspectivas, llegaríamos a decir que este cuarto núcleo nos invita a identificar el horizonte ideológico dentro del cual un texto cobra forma, mediado por el imaginario de su época y de su autor, y por las respectivas tradiciones discursivas.

Con base en dichos elementos, reunidos en los textos que acompañan a las nomenclaturas, hemos querido proponer este tipo de teorías como un pensamiento emergente: la teoría que, en diálogo con su contexto, surge del propio imaginario del lexicógrafo para solventar una problemática sociodiscursiva.

Las mediaciones que atraviesan y constituyen a los objetos culturales lexicográficos que hemos seleccionado implican una problemática susceptible de ser focalizada en términos sociales, antropológicos, culturales, políticos, históricos, religiosos, educativos o lingüísticos. La historia de este discurso demuestra que la aparición de repertorios léxicos especializados

⁴¹ Refiriéndose al *Tesoro de la lengua castellana o española*, decía Quevedo en el siglo XVII: “donde el papel es más que la razón: obra grande, y de erudición desaliñada”.

⁴² J. B. Thompson (2002: 406) define la interpretación de las doxas como una “interpretación de las opiniones, creencias y juicios que sostienen y comparten los individuos que conforman el mundo social”.

con un enfoque exclusivamente lingüístico necesitó de la creación de un campo autónomo de investigación que creara las condiciones para su elaboración. Requirió de universidades, institutos e instituciones especializadas auspiciadoras. Y aún con todo ello, las justificaciones de investigación que acompañan por lo regular a estos textos no pueden escapar de algún imperativo que abogue por una necesidad de un orden ajeno a la lengua o que la vea como medio.⁴³

A esta variada tipología de necesidades hemos querido definir con el nombre de *proyecto cultural*. Pues históricamente los diccionarios han representado la materialización de un proyecto político: educar a la élite, legitimar un conocimiento, evangelizar a un grupo, reconstruir un determinado pasado, generar símbolos nacionales, alfabetizar a las masas, crear una lengua común para la administración pública, especializar la investigación de acuerdo con necesidades imperantes, etc. Sin embargo, este aspecto ha perdido preponderancia con el afianzamiento de la disciplina y la especialización, pautas para organizar el discurso legítimo que organiza la interpretación sobre estas obras.

Con el paso del tiempo, al igual que numerosos discursos, la lexicografía ha encontrado un punto de relativa autonomía, dentro del cual se negocian sus posibilidades de investigación, sujetas a diversos determinantes: quién auspicia una obra, bajo qué condiciones, con qué finalidad, desde qué teoría, para qué tipo de destinatario, entre muchísimas otras. El hecho que nos interesa resaltar es el efecto de la especialización en el tipo de interpretaciones. Una especialización que gana en una determinada profundidad, lo que pierde en otro tipo posible de interpretaciones complejas.

Ahora bien, consideramos que para nuestra investigación ninguno de estos núcleos puede explicar por sí mismo el proyecto cultural lexicográfico de una época como el siglo XV hispano, una etapa que presagia grandes cismas eclesiásticos y que engloba descubrimientos y coyunturas político-sociales que le dieron forma a gran parte del mundo contemporáneo. A nuestro parecer, el primer paso para seleccionar una teoría es reconocer el aporte que cada una de ellas brinda y emprender, así, el reto de hacerlas dialogar para seguir los horizontes de sentido y la densidad discursiva que durante dicha época comenzaba a bullir.

⁴³ En este punto, resultan de interés los diccionarios elaborados por autores literarios. Pues este tipo de intelectual cuenta con la licencia de elaborar un texto que no puede ser trascendido por otros valores. Pueden referirse a la palabra por la palabra. Es el caso del *Diccionario de lugares comunes*, de Gustave Flaubert, el cual, sin embargo, termina por ser un tratado del vínculo entre convención social y convención discursiva.

Hemos hasta ahora recuperado lo que, desde nuestra investigación, cada núcleo ha aportado a la teoría lexicográfica. En líneas generales, buscamos clasificar los principales aportes que sostienen el edificio conceptual desde donde un diccionario encuentra sus explicaciones. Asimismo, durante este recorrido echamos mano de ejemplos de diccionarios publicados en diversas épocas, destacando su imaginario discursivo o su representación social. Este ejercicio nos permite ir ubicando ideas recurrentes en el tiempo y proyectos que no encontraron resonancia.

El aspecto sobre el cual ahora podría ahondarse tiene que ver con la serie de elementos que consideraremos útiles para perfilar nuestra propia teoría cultural lexicográfica. Hemos reseñado que un diccionario puede ser explicado a partir de la pregunta sobre sus escenarios de producción, circulación y recepción, al igual que por su aspecto formal y su función sociocultural. Sin embargo, a nivel teórico, el reto del acercamiento que proponemos surge en el momento de seleccionar los conceptos que puedan permitirnos observar de manera unificada los procesos entre diccionario (discurso) y contextos (cultura).

Así pues, bajo estos cuatro posicionamientos teóricos, el interés de nuestro estudio se encamina hacia el diseño de una teoría que nos permita realizar un acercamiento interpretativo-cultural. No obstante, aspiramos a tratar de relativizar el hábito intelectual disciplinario mediante el cual lo *cultural* puede llegar a entenderse como lo *no lingüístico*. Más adelante ahondaremos sobre este punto, pero podríamos adelantar que la decisión de referirnos a una interpretación cultural busca ensamblar este discurso dentro de sus diversas dinámicas y prácticas: las situaciones que motivaron su redacción, el imaginario bajo el que fue ideado, las necesidades de su época, los usos que se le dieron, su valor dentro de un grupo social o sus resignificaciones, entre otros.

Con base en estos cuatro núcleos –filológico, lingüístico-lexicográfico, etnolingüístico y doxológico o emergente–, pretendemos reunir los elementos necesarios para ofrecer una perspectiva sociocultural de la lexicografía producida por los humanistas hispanos del siglo XV. El siguiente paso para dar cuenta con mayor precisión de nuestro enfoque de análisis reside el conocimiento de lo que recuperaremos de cada teoría: conceptos, interrogantes, metodologías, estudios. Pues todas ellas responden a una serie de preguntas que convendría tener en mente a la hora de acercarnos al objeto cultural lexicográfico.

Retomaremos en primer lugar algunas de las nociones que la teoría lexicográfica hispana formuló desde sus inicios y que desde nuestra perspectiva mantienen su vigencia y

su poder explicativo. Después ahondaremos en los elementos indispensables del acercamiento etnolingüístico, para profundizar finalmente en el análisis de los conceptos de memoria e ideología, a partir de los cuales organizaremos nuestra reinterpretación.

1. 2. Elementos para una teoría interpretativa cultural lexicográfica: más allá de las palabras

En la presentación a la *Introducción a la lexicografía moderna* de Julio Casares, el romanista suizo Walther von Wartburg nos recuerda que elegir una teoría implica observar la realidad a través de una óptica robustecida.⁴⁴ Fatigamos una teoría hasta poder distinguir sus puntos débiles y estrecheces, para después regresar a la realidad con una mirada compleja y crítica mediante un proceso catabólico de conceptos que atañe directamente a nuestra percepción y que todavía no nos resulta del todo claro en sus consecuencias.

¿Qué es posible observar en el diccionario más allá de una lista de palabras? Las cuales por lo general nos devuelven una imagen opaca de la lengua que periódicamente se renueva de manera insatisfactoria para la mayoría. Evocando a Paul Groussac con cierta ironía, Jorge Luis Borges (1974, 1022) se contentaba con observar la futilidad del diccionario, *dont chaque édition fait regretter la précédente*. Como señalamos en los previos apartados, alrededor de los diccionarios han existido maneras singulares de comprenderlos y de ubicarlos dentro de una sociedad y una cultura. Con el paso del tiempo, cada época le ha brindado a este tipo de obras un significado de gran envergadura que ha perdurado o no y que contribuye a la representación social que tenemos de ellos.⁴⁵ Sólo por tomar un ejemplo, podríamos observar el caso del pensamiento barroco, el cual los convirtió en textos emblemáticos, símbolo del esplendor y de pureza,⁴⁶ a diferencia del siglo XIX, en el cual cobraron una relevancia sin precedentes en el proceso civilizatorio y de alfabetización.⁴⁷

⁴⁴ Seguimos el “Prólogo” incluido en la edición de 1990, preparada por el CSIC.

⁴⁵ Al igual que en la Edad Media, para muchas personas, como nos recuerda Manuel Seco (2014), el diccionario sigue siendo un texto sagrado, la catedral donde supuestamente reposan las esencias de la palabra que la vuelven verdadera y existente.

⁴⁶ La noción de purificar la lengua y de fijar su esplendor mediante el uso del registro literario se encontraba en los propósitos de las academias de la lengua italiana y francesa. No obstante, es posible rastrear hoy la reaparición de esta idea de larga duración en obras generadas incluso desde la lógica de la cultura masiva, que pretenden, por ejemplo, realizar un registro de las formas cultas y decorosas *Para insultar con propiedad*, como lleva de subtítulo el *Diccionario de insultos* publicado en 2016 por las editoriales mexicanas Algarabía y Grijalbo.

⁴⁷ En el prólogo a su colección de locuciones y frases viciosas que lleva por título *Diccionario de mejicanismos*, Feliz Ramos I Duarte (1895) expresa que su obra aún no está por concluir: “muchas badomias continuarán burlándose de las leyes del lenguaje; pero creemos que este exiguo trabajo coadyuvará en algo, en la educación pública, para desterrar del habla castellana muchas impropiedades”. Las cursivas son nuestras. En lo que se refiere a la lengua, el proyecto civilizatorio confiaba en la depuración positivista del idioma como el medio para cultivar la inteligencia de la patria: “su dignidad, su elemento esencial de existencia”.

No obstante, con la llegada de la lexicografía académica,⁴⁸ el diccionario encontró un punto de hiperespecialización desde el cual se le liberó una teoría para ser descrito y explicado. El estudio de los léxicos pasó a convertirse así en el patrimonio conceptual de la lexicografía, ubicada y constreñida dentro de la lógica disciplinaria que reclama un objeto de estudio específico que le permita su propia definición y sus alcances. De tal manera que a esta ciencia aplicada le correspondería el estudio de los “principios teóricos en que se basa la composición de diccionarios” y “la técnica de componer léxicos o diccionarios”.⁴⁹ Además, la lexicografía tendría que transitar por todo un proceso de identidad disciplinaria para justificar su naturaleza dual, a caballo entre la ciencia y el arte, entre la teoría y la técnica, una discusión que durante los años setenta cobró una gran importancia, pero que es posible rastrear desde las décadas de 1940 y 1950.⁵⁰

A diferencia de una interpretación cultural, como la que trataremos de perfilar aquí, la lexicografía que se comenzaba a definir en estos primeros momentos nos invitaba a observar los vocabularios y léxicos desde su dimensión lingüística e inmanente. Para ésta, el texto, la codificación de la lengua y sus características representaban el punto de partida y de llegada. La mirada estaba puesta, por emplear un símil, en el ADN que compone a un vocabulario, y las explicaciones sobre éste provenían únicamente de la propia lexicografía o de la lingüística. Así pues, mediante un corte metodológico, todo lo que se encontrara ajeno a esta dimensión se resolvía apelando a explicaciones históricas, sociales o culturales.⁵¹

⁴⁸ Luis Fernando Lara (2014) la ubica en el año de 1971, con la caracterización de esta disciplina como una lingüística aplicada.

⁴⁹ La definición que recuperamos fue preparada por la Academia Española en la última edición de su diccionario. A través de los diferentes artículos preparados en sus ediciones, es posible advertir los cambios de sentido que ha sufrido en la concepción de la propia disciplina. Emilia Anglada Arboix (1991) ofrece un recorrido por los avatares de la lexicografía dentro del seno académico. Hace un repaso por las consideraciones desfavorables que en sus inicios comenzaron por considerarla un arte hasta el surgimiento de una lexicografía teórica o metalexografía, emparentada en este punto con la lexicología.

⁵⁰ Julio Casares (1990, 11) participaba de la idea de que la lexicología representaba un estudio del léxico “desde un punto de vista general y científico, [mientras que] la lexicografía, cuyo cometido, principalmente utilitario, se define acertadamente en nuestro léxico como ‘arte de componer diccionarios’”.

⁵¹ En un apartado sobre lexicografía y semántica, refiriéndose a los cambios semánticos de la lengua a través de la historia, María José Serrano (2006, 843) señala: “todos los conceptos están sujetos a modificaciones graduales, mientras que los signos que los reflejan son más remisos a ser sustituidos, de ahí la probabilidad de que cualquier transformación histórica (no lingüística) provoque un cambio semántico. En esto influyen considerablemente las *causas sociales*”. Las cursivas son nuestras. Este tipo de razonamiento parte de diferenciar lo histórico de lo lingüístico y, al interior de este último, lo semántico del significante. Nuestra tarea, como esta autora lo lleva a cabo, consistiría en profundizar y relacionar todas estas dimensiones, sin que alguna se sobreponga por encima de las demás.

Como señalamos anteriormente, a grandes rasgos, desde esta teoría se estudian las técnicas de confección y los procedimientos mediante los cuales un determinado léxico codifica y decodifica un discurso. Por lo general, se busca realizar un acercamiento profundo y descriptivo a la estructura (micro y macro) de la lengua o de un léxico especializado, elaborado por un lexicógrafo para sistematizar un conocimiento, en la mayoría de las ocasiones relativo a la lengua.⁵² Se analizan tipos de definición, el uso de marcas, los sistemas de remisión entre artículos o el uso de la fraseología, entre otras cosas. El universo de análisis en este tipo de acercamientos echa mano de la comparación entre textos o ediciones del mismo, con la finalidad de poder llegar a definir las particularidades o transformaciones que una muestra específica ofrece. En un apartado titulado “La explicación lexicográfica”, analizaremos la formidable obra de René Pellen (2014) *La técnica lexicográfica en el Vocabulario de Nebrija (c. 1495)*, un caso ejemplar de este tipo de acercamientos, el cual, consideramos, resume el tipo de análisis que puede desprenderse de la lexicografía y la metalexigrafía, en tanto paradigma teórico y metodológico correspondiente.

Ahora bien, cuando se trata de léxicos históricos, como es nuestro caso, los filólogos e historiadores de la lengua han retomado los conocimientos de su disciplina para contextualizar, por medio de herramientas científicas, una obra dentro de una determinada cultura y un estado de lengua. Lo más importante para ellos es precisamente este último elemento. Dentro de sus propios términos, un diccionario es una suerte de fotografía de la lengua, una representación que no es fidedigna puesto que sufre la mediación de alguien que, en algún punto, la decodificó y desterritorializó de sus hábitats naturales: la oralidad o los textos.⁵³

Los historiadores de la lengua han construido un relato de continuidades y discontinuidades mediante el cual es posible observar numerosos procesos de cambio y variación lingüísticos. Desde su perspectiva, los diccionarios juegan en este punto un papel relevante, pues evidencian los proyectos y las preocupaciones lingüísticas de una época, las

⁵² En proporción con los estudios sobre diccionarios de lengua, el número de investigaciones sobre diccionarios de otro tipo de materias es reducido. En la mayoría de los casos, cuando se estudia una obra de este tipo, lo que se analiza a profundidad es precisamente su léxico.

⁵³ En una conferencia organizada por la Fundación Juan March, Pedro Álvarez de Miranda (2014: 3: 09-4: 24 mins.) señala: “el conocimiento que aporta la historia de la lexicografía es subsidiario de otro en mi opinión más atractivo, y más enjundioso, que es el de la historia de la lengua española, la historia del léxico español. Nótese bien que es, por tanto, un conocimiento subsidiario que no debe suplantar nunca al verdadero objeto de interés central que es la historia del léxico”.

cuales pueden responder a procesos de larga duración, como el ímpetu tricentenario de crear un diccionario histórico de la lengua española, o a necesidades de la época, como en el caso de los vocabularios romance-latín, indispensables para la lectura de textos bíblicos y grecolatinos durante el siglo XV y XVI. La historia de la lengua teje así un hilo interpretativo que nos permite ver por igual la modernidad en autores como Nebrija o la presencia de conceptos medievales en repertorios elaborados bien entrado el siglo XIX.

A propósito de este enfoque, la introducción de Germán Colón y Amadeu J. Soberanas (1979) al *Diccionario latino-español* de Nebrija cuenta con todos los elementos que constituyen el quehacer filológico al que nos referimos: contextualización de la obra, fijación del manuscrito, análisis del léxico, crítica textual, seguimiento de ediciones, entre otros requerimientos. Más adelante retomaremos este tipo de análisis, guiado por la teoría filológica y que a nivel metodológico emplea las herramientas de la ecdótica y el comentario textual. Ahora bien, si desde finales del siglo XVIII la filología quedó definida como una ciencia que estudia una determinada cultura desde sus propios textos, ¿en qué se diferencian los acercamientos etnolingüísticos o sociolingüísticos que pretenden analizar el contexto sociocultural de un determinado vocabulario?⁵⁴

La analista del discurso Gabriela Sánchez Medina (2016) ha señalado que una de las principales diferencias que es necesario advertir entre los recientes acercamientos provenientes de la sociología, la antropología o la lingüística estriba, en primer lugar, en el concepto de texto y contexto que cada análisis emplea.⁵⁵ Pues detrás de éstos existe por igual una diversidad de elecciones teóricas que atañen a dos conceptos más amplios que los engloban: discurso y cultura. Son precisamente estos dos conceptos los que determinan en gran parte la manera de construir un objeto de estudio y de observar cómo se desarrolla un discurso dentro de una sociedad.

Detrás de la historia de la lengua que se ha encargado de sistematizar diacrónicamente la lexicografía española existe, por ejemplo, un concepto de alta cultura y un concepto de discurso entendido en su definición lingüística que nos invita a trazar una línea que suele iniciar con Antonio de Nebrija y retomar a Sebastián de Covarrubias, a los diccionarios de la Real Academia Española, a Esteban Terreros y Pando, a Vicente Salvá, a Rufino José Cuervo

⁵⁴ María Luisa Vaquero (2010, 31) se refiere a “las marcas textuales que plasman un determinado contexto político y sociocultural”.

⁵⁵ “Los estudios del discurso”, [conferencia] Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación dentro del Seminario de Análisis del Discurso, dirigido por Norma Esther García Meza, febrero-julio, 2016.

y a María Moliner hasta llegar a Manuel Seco.⁵⁶ Se trata de una historia de grandes obras, de la lexicografía mayor como ha sido denominada,⁵⁷ muy inclinada hacia los repertorios de lengua. Si el concepto de cultura que prevaleciera contemplara las producciones populares, quizá habría que acudir otro tipo de repertorios, como el anónimo *Vocabulario castellano de palabras difíciles* que aquí analizamos, a los refraneros, a los apéndices prescriptivos o a obras en prosa que cifran la lengua cotidiana de manera directa o indirecta y mediante procedimientos lexicográficos rudimentarios. Sea cual fuese el corpus localizado, la historia no sería la misma, arrojaría otro tipo de valoraciones y usos más allá del conocimiento erudito, pero no por ello dejaría de ser parte de la historia de la lexicografía española.

De esta manera, los estudios de etnolexicografía, etnogramática o etnortografía parten de un concepto de discurso y de cultura diferentes a los empleados por la filología. Sus preguntas sobre un vocabulario no necesariamente buscan describir procesos de codificación lingüística, sino que realizan indagaciones sobre los usos cotidianos, políticos y sociales en los cuales se inscribe este discurso. Consideran al diccionario sobre todo como un instrumento con una función y una pragmática definida por un grupo y un proyecto cultural que lo requiere como parte de sus dinámicas e interacciones sociales. Por lo cual, en términos metodológicos, el análisis requiere de un profundo conocimiento sociológico del grupo que emplea el discurso y de una serie de herramientas teóricas que, mediante la lectura del texto, lleguen a dar cuenta de problemáticas socioculturales.

Sin embargo, la teoría lexicográfica o metalexigráfica no puede ser zanjada de un plumazo. Pues es este acercamiento el que nos permite desenvolvemos con precisión entre los materiales léxicos. Para la teoría que buscamos perfilar, nos aporta en esencia el conocimiento del lenguaje específico que describe la textura discursiva de los diccionarios. Esta teoría también permite reconocer su propia historicidad. Pues dentro de nuestro análisis acudiremos en mayor medida a los primeros testimonios en que la estructura de un léxico era definida. No obstante, dichas formas primigenias de nombrar no representan únicamente procesos arbitrarios para un tipo de obra. En realidad, vienen a enfrentarnos con la

⁵⁶ Este tipo de historias gozó de mucha aceptación por algunas décadas. Hoy en día, tan sólo el número de lexicógrafos que puede convocarse para los siglos XV y XVI supera al de este primer canon. Lidio Nieto (2000) ha comenzado a referirse a la lexicografía menor, en la cual caben formas lexicográficas embrionarias, textos también relativos a la lengua.

⁵⁷ Véase, Lidio Nieto, "Vocabularios y glosarios del español de los siglos XIV al XV", 2000, p. 155.

problemática de los géneros discursivos y las tradiciones textuales, problemática enmarcada por la circulación cultural promovida por el Humanismo y el Renacimiento.

En otras palabras, la teoría lexicográfica permitirá el acercamiento a la historia de los procedimientos para elaborar un vocabulario. Facilitará el rastreo de previas maneras en que los autores construyeron sus nomenclaturas, aprovechando la estructura de otros textos que existían dentro de su cultura escrita. En este sentido, la historia del diccionario pasa a convertirse en la historia de la autonomía de un género, el cual fue recuperando técnicas y características de previos moldes discursivos. Asimismo, el análisis de estos procedimientos servirá como guía para localizar el intercambio cultural que posibilitó el conocimiento de estos géneros. Los prólogos resultan útiles para este propósito, ya que evidencian por igual la importación de ideas y tópicos que justificaron la redacción de obras previas. Son un primer paso para el acercamiento hacia la política e ideología que organizan estos discursos.

Hemos agregado una variable indispensable a la hora de recuperar elementos teóricos de la metalexigrafía: la dimensión histórica. Señalábamos con anterioridad que la historia de la lexicografía se organizaba en torno a un concepto de texto y un concepto de cultura que incidían directamente en su conceptualización. No sólo es posible realizar un acercamiento histórico recuperando los precedentes de una obra. Cabría también considerar un acercamiento histórico que profundice en el horizonte de sentido dentro del cual un discurso emerge y entra en diálogo con otros. Por ello, en el siguiente apartado, consideramos necesario señalar el tipo de herramientas teóricas útiles para el análisis histórico.

1. 3. Historias y lexicografía

Para una teoría cultural lexicográfica resulta indispensable el trabajo constante de reflexión sobre la manera en que se concibe la relación entre diccionario e historia. La agenda de investigación sobre este vínculo es amplia. En nuestro estudio, hemos buscado diferenciarla mediante dos apartados: “Historias y lexicografía” y “Memoria y lexicografía”. En este primer apartado buscamos establecer una relación teórica a nivel de disciplinas que nos permita dilucidar varios puntos:

- La posibilidad de realizar múltiples tipos de historias de la lexicografía: culturales, tecnológicas (teniendo en mente al diccionario como medio), lingüísticas, funcionales, genéricas, apreciativas (sobre la recepción y las valoraciones que ha recibido este tipo de obras), entre otras.
- La multiplicidad de aspectos a los que estos diferentes acercamientos pueden prestar atención: materiales, ideológicos, socioculturales, lingüísticos o discursivos, etcétera.
- El lugar que el diccionario ocupa en cada una de estas historias: relacional, protagónico, subsidiario, explicativo, descriptivo, etcétera. De igual manera, el tipo de contexto que cada historia reconstruye.

Todos estos tipos y niveles se entrelazan entre sí. Una historia cultural de la lexicografía, por ejemplo, presta mayor atención a la ideología y los aspectos socioculturales, en aras de presentar una interpretación relacional que articule dichos elementos entre sí. Pero no descarta absolutamente el aspecto lingüístico, ni la serie de descripciones existentes que sobre los vocabularios se han realizado. Se trata de una cuestión de focalización, que pone la mirada en ciertos temas antes que otros y que se diferencia en cuestiones de teoría y de método.

Pensar las diferentes formas de historiar la lexicografía nos previene también sobre ciertas tentaciones. Una de las más comunes se relaciona con la ilusión de continuidad, a través de la cual se presupone una evolución del género a partir de un solo origen. Esta postura es recurrente en las tradiciones culturales de amplio espectro. En contraposición, las culturas que no gozan de un patrimonio intelectual de largo alcance buscan evitar rastreos arqueológicos, apostando por la modernidad y la innovación tecnológica, teniendo la ruptura como principal gesto ideológico. El reto del historiador viene entonces a la hora de pensar la discontinuidad, el azar, las relaciones oblicuas o tangenciales que parecen trazarse entre obras

o que el propio historiador sugiere. Como más adelante señalaremos, la hermenéutica puede contribuir a la elaboración de una interpretación que exhiba sus procedimientos, sus juicios previos y que trabaje con la historia teniendo en mente los diversos horizontes de expectativas que convoca.

Por lo que se refiere al diccionario, éste por sí mismo tiene también una relación fundamental a nivel histórico. De ahí que más adelante, en el apartado de “Memoria y diccionario”, nos interroguemos por la problemática de la conservación, el olvido, su rol en la construcción de una memoria o la dimensión histórica de un discurso que abre el diccionario. Esta discusión parte inicialmente de rebasar la idea del diccionario como tesoro léxico, postulándolo más bien en términos de testimonio discursivo e ideológico, como una forma histórica de concebir y utilizar un discurso.

La mayoría de los lexicógrafos analizados trabaja con una idea de historia en la mente. Nebrija, sobre todo, empleaba el símil de la lengua y el transcurso por las etapas de la vida de un ser humano. El español había atravesado ya su niñez en los tiempos del Cid, su juventud en la pluma del Alfonso el Sabio y su madurez en la poesía de Juan de Mena, de tal manera que resultaba necesario recuperarla, anticipar su deceso, fijar sus sentidos y su forma para que no pereciera y fuera así memorable e inmortal (Nebrija, 2010: 3-8). Con ello, el diccionario pasó a convertirse en una suerte de memoria libresca. Abría un campo de conocimiento que, paulatinamente, cuestionó el saber tradicional y sentó una cultura del libro que organizaba, diríamos en términos de Michel Foucault, una nueva voluntad de verdad.⁵⁸

Con estos señalamientos, pretendemos llamar la atención sobre la relación entre historia y discurso. Pues en el caso de análisis históricos y de contexto, el discurso cobra una mayor relevancia, sobre todo debido a que este último necesita ser reconstruido por medio de otros discursos. Como señalábamos al referirnos a la hermenéutica, esta situación abre una serie de cuestiones sobre los tipos y las maneras de interpretación a través de las cuales nos acercamos al pasado. Sobre este punto, la hermenéutica gadameriana aporta una buena cantidad de elementos teóricos y metodológicos al respecto. En primer lugar, nos invita a reconocer los propios prejuicios y el horizonte de expectativas desde donde interpretamos

⁵⁸ En *El orden del discurso*, Foucault (1992, 8) observaba el paso y las implicaciones de analizar proposiciones al interior de un discurso a las voluntades de verdad inscritas dentro de sistemas históricos que legitiman conocimientos.

una forma simbólica. De igual manera, brinda un marco para la comprensión mediante el cual identificamos los tipos de lectura que cada época o tradición realiza sobre un mismo fenómeno.

En el caso de los textos seleccionados, todos ellos fechados aproximadamente entre 1450 y 1499,⁵⁹ hemos diferenciado en principio tres grandes tipos de interpretación: 1) las que corresponden al periodo en que fueron publicados, quizá lo más cercano a la *doxa* requerida por la metodología hermenéutica de J. B. Thompson;⁶⁰ 2) las interpretaciones que en los siglos posteriores se esgrimieron sobre estas obras, en las cuales no sólo es significativo el cúmulo de definiciones que podemos recuperar sino el marco desde donde se comprende a nuestros objetos culturales;⁶¹ y 3) los acercamientos contemporáneos que comenzaron incrementarse a partir de 1940, en el seno de la reflexión filológica, y que se extienden hasta nuestros días.

Como con toda clasificación, resulta imposible no correr el peligro de dar un aire de homogeneidad y orden, cuando en realidad lo que es más notorio es una vastísima cantidad de interpretaciones diferentes. Cada uno de los lexicógrafos estudiados cuenta con una noción propia del diccionario, la cual comparte características con sus coetáneos, pero también múltiples diferencias o connotaciones que pueden aparecer siglos más tarde, sin un vínculo absolutamente estrecho.⁶² Con todo, reiteramos que nuestro interés radica en señalar que los estudios sobre la construcción de tradiciones (no en el sentido hermenéutico) y las historias de las ideas, ejercicios interpretativos indispensables para ponerle orden al caos, no dejan de ser en parte una invención del historiador, que se corresponde con las nociones de historia, cultura y discurso que pone en práctica.

⁵⁹ Como tendremos oportunidad de señalar más adelante, el vocabulario anónimo responde a por lo menos dos procesos de escritura, que debieron de ser realizados entre 1450 y 1550 por más de un solo autor.

⁶⁰ El conocimiento de la hermenéutica de la vida diaria complementa al marco metodológico de la hermenéutica profunda. Thompson nos pone alerta mediante dicho concepto de la preinterpretación que existe ya sobre un determinado objeto; esto es, nos acercamos a un objeto cultural que tiene un significado formulado dentro de un grupo.

⁶¹ Aquí echaremos mano de la literatura de investigación lexicográfica que ha recopilado la recepción de estas obras. Cabe señalarse que sobre Palencia, Santaella y el anónimo falta mucho por investigar sobre este aspecto.

⁶² La idea de desterrar la barbarie por medio de un diccionario, por poner un caso, aparece simultáneamente en Nebrija, Palencia y el anónimo, pero como quedó consignado en una nota al pie previa, Feliz Ramos I Duarte apelaba cuatrocientos años más tarde a la misma valoración, bajo una lógica que comparte múltiples características (el purismo, el vínculo nación-lengua y el desprestigio, entre otras).

Sobre la lexicografía española, sigue vigente la observación de Fernández Sevilla en el sentido de que “la historia está por hacer” (1974, 157). Y no sólo cabrán historias de los diccionarios en tanto obras relacionadas entre sí por su concepción técnica. Serán muy fructíferas historias culturales de la lexicografía que examinen las valoraciones y la recepción cotidiana de este discurso.⁶³ Comienzan a manifestarse investigaciones que perfilan una historia de la censura lexicográfica;⁶⁴ es decir, que parten de investigar cuál es el léxico que un determinado autor o una institución, circunscritos a un espacio y un tiempo, consideran representativo y cuál no debe ser recuperado. Los diccionarios etimológicos son muy ilustrativos en este aspecto, al señalarnos que existen tanto palabras de larga prosapia como vocablos sin historia.

Pueden llegar a construirse análisis históricos de género que examinen los tipos de repertorios que se escribieron para ser leídos en casa por mujeres, muy a tono con la política de la *Bildung*.⁶⁵ Son indispensables estudios diacrónicos o sociológicos sobre el anonimato y el plagio que examinen cómo la figura del lexicógrafo se ha diluido o corporativizado en distintas épocas, puesto que en muchas ocasiones las formas en que se han construido estas monumentales obras son, en términos de Joan Coromines, un “secreto editorial”.⁶⁶

Los estudios sobre comunicación y medios hoy en día plantean numerosas interrogantes para elaborar una historia reciente sobre la manera en que la lexicografía ha entrado en la dinámica de lo noticiable y, por ende, del mercado. Si extrajéramos un corpus de noticias relativo al *Diccionario académico* de la última década, podríamos quizá llegar a constatar que la agenda establecida para enmarcarlas puede quedar englobada por un concepto sociológico: legitimación. Regularmente escuchamos y leemos notas periodísticas que nos hablan de palabras que han sido aprobadas e incluidas en las filas del léxico

⁶³ *La historia social de las lenguas de España* (2005) de Francisco Moreno Fernández o el volumen coordinado por José del Valle *A Political History of Spanish. The making of a language* (2015) ofrecen dos perspectivas de análisis que recuperan aspectos políticos y culturales sobre las lenguas habladas en España y sobre el español.

⁶⁴ M^a Luisa Calero Vaquera y Carlos Subirats Rüggeberg coordinaron, en 2015, un volumen monográfico para la revista *Estudios de lingüística del español* sobre este tipo de aspectos. Lleva por subtítulo “Censuras, exclusiones y silencios en la historia de la lingüística hispánica”. Contiene estudios sobre lexicógrafos olvidados, perseguidos o censurados, así como del tratamiento lexicográfico para el caso de las minorías.

⁶⁵ Ejemplos de análisis contemporáneos se encuentran en Esther Forgas Berdet, 2001. “Mujer y diccionario: lo femenino en los ejemplos lexicográficos”. *Hispanista* (Revista electrónica de los hispanistas de Brasil), II, n^o 5, abril, mayo y junio; o Eulalia Lledó Eulalia (coord.), M^a Ángeles Calero y Esther Forgas, 2004. “De mujeres y diccionarios. Evolución de lo femenino en la 22^a edición del DRAE”. Madrid: Instituto de la Mujer (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales).

⁶⁶ La cuestión del secreto y del plagio se encuentran fuertemente emparentadas. Se trata, en palabras de Alvar Ezquerro (1996, 56), de una “práctica habitual en la elaboración de las obras lexicográficas”.

académico.⁶⁷ Esta producción noticiosa contribuye en buena medida en la construcción de la representación social del diccionario, donde social no quiere decir masivo, puesto que, hasta donde sabemos, nunca ha existido un comercial que, al menos en el telemundohispano, publicite una obra lexicográfica, lo cual es casi extensivo para todo el género libresco.⁶⁸

Desde 1979, Robert Darnton ofreció una obra capital para la historia del libro: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie 1775-1800*, que presenta todo un recorrido por el panorama editorial y mercantil de su época, el cual, para nuestro mundo contemporáneo, ha sido totalmente trastocado por la llegada del internet y el uso de los motores de búsqueda –quizá la materialización suprema de las inquietudes lexicográficas de los enciclopedistas franceses. Cabe recordar que, en el siglo XVIII, la creación de diccionarios motivó sobre todo el surgimiento de prácticas culturales ligadas tanto con el autodidactismo⁶⁹ y la tertulia como con el coleccionismo y la investigación etnográfica.⁷⁰

A diferencia de los trabajos de Robert Darnton, guiados teóricamente por la historia cultural y la historia del libro, existen obras que han investigado la creación del prestigio ostentado por los diccionarios.⁷¹ Pues como medio, este tipo de obras se ha connotado de una serie de valores que hoy en día parecerían dados: su caracterización erudita, detonante de las sociedades cortesanas dieciochescas, o su concepción como testimonio de la riqueza

⁶⁷ Reproducimos aleatoriamente algunos de los titulares a los que nos referimos: “‘Amigovio’ y ‘Papichulo’ forman parte de la Real Academia española”, *El Correo*, 30/12/16; “Las nuevas palabras aprobadas por la rae”, *Universionoticias*, 25/10/2014; “La RAE incluirá «tuitear», «tuiteo», «tuit» y «tuitero» en la próxima edición del Diccionario”, *ABC*, 21/09/2012; “Una asociación de juezas pide a la RAE eliminar la acepción ‘mujer del juez’ de la voz ‘jueza’”, *20 minutos*, 9/10/ 2016.

⁶⁸ En el ámbito hispánico, la editorial Larousse ha comenzado a elaborar cápsulas lingüísticas para el consumo en redes sociales. Desde hace más de dos décadas, la llegada de diccionarios digitales no académicos ha supuesto un nuevo tipo de prácticas lexicográficas que conviene tener en mente, pues el uso de motores de búsqueda o de enciclopedias como Wikipedia se ha convertido en el principal referente de consulta.

⁶⁹ El ejemplo decimonónico de Augusto Comte puede ayudarnos a dar cuenta de la soberbia que ello implicaba. Wolf Lepenies (1994, 17) escribe: “Cuando se enteró del interés que despertó en Alemania la filosofía positiva, quiso mostrarse agradecido a su manera: para conocer las concepciones germánicas en su propia fuente, prometió leer a Goethe en el original. Eso sonaba más a obligación que a inclinación, puesto que agregó en tono heroico su propósito de conformarse para ello con la ayuda de un pequeño diccionario. Apenas un poco después iba a enterar a John Stuart Mill de que ya no le parecía tan urgente aprender alemán; de todos modos, para la divulgación de sus trabajos al otro lado del Rhin podía confiar en traducciones”.

⁷⁰ Es sobre todo en este siglo cuando los lexicógrafos salen a campo. En el caso hispánico, contamos con ejemplos de diversos tipos: coloniales, desarrollados para la evangelización y la enseñanza del español; paremiológicos, es el caso de Gonzalo de Correas y su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), y de materia, donde aparece el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* de Esteban Terreros y Pando.

⁷¹ Un desarrollo riguroso y accesible para el lector interesado se encuentra en la obra de Javier López Facal, *La presunta autoridad de los diccionarios*, editado por el CSIC en el 2010.

lingüística de un pueblo, muy a tono con las gramáticas y diccionarios del romanticismo. Pero quizá sigan quedando pendientes textos que examinen el rol que estos dispositivos han jugado en la construcción histórica de la hegemonía política sobre la lengua,⁷² que respondan quiénes son los grupos que, dentro de una cultura, definen la significación de una lengua, bajo qué estrategias y mediante qué proyectos políticos, económicos o culturales.

Finalmente, el acercamiento a la historia cultural contribuye a dimensionar múltiples maneras de trabajar la relación de las palabras con el tiempo. Palabras que tienen su resonancia en voces que las precedieron o en el propio coro de su época. El tercer elemento para nuestra teoría se encuentra ahora en la necesidad de especificar qué significa *cultural* cuando nos referimos a una interpretación cultural lexicográfica, ya que este calificativo implica sobre todo una conciencia teórica y no únicamente un tipo de interpretación.

⁷² En el 2008, Juan Carlos Moreno Cabrera preparó *El nacionalismo lingüístico, una ideología destructiva*, una obra que examina los usos políticos que buscan retomar el conocimiento lingüístico para justificar proyectos socio-culturales.

1. 4. El sentido *cultural* en la interpretación lexicográfica

Hasta este momento, hemos señalado parte de las razones por las que este estudio queda enmarcado dentro de los límites de una interpretación cultural. Nuestra intencionalidad ha sido la de redondear de manera operativa algunos de los propósitos que una interpretación de esta naturaleza implicaría y los preparativos teóricos indispensables. En ese sentido, decidimos presentar este breve recorrido teórico por diversas teorías que se han referido al diccionario para desembocar en una pregunta medular ¿Qué significa hablar de una interpretación cultural? ¿Es que acaso los diversos estudios no han prestado atención a la dimensión cultural que circunscribe al diccionario?

Inicialmente, debemos señalar que por diversas razones los investigadores han reconocido las significaciones culturales producidas por un léxico, las cuales han permitido explicar cuestiones sobre su producción, recepción y circulación. Así es posible escuchar del diccionario como un instrumento cultural, consultado por usuarios de mediana cultura que cuentan con el capital simbólico para su consumo. Sin embargo, existe por igual otro uso que suele aludir a motivos culturales para referirse a una dimensión en apariencia desligada del aspecto lingüístico.

Es en ese sentido que, a semejanza de una palabra baúl, dentro de las ciencias sociales y las humanidades podríamos referirnos también a conceptos baúl, denominaciones o calificativos teóricos que habitualmente cumplen la función de diferenciar y no de definir. Es el caso del concepto de cultura cuando se utiliza por su capacidad de alcance y poder explicativo. Así, dentro de los hábitos intelectuales de la investigación lingüística, suele utilizarse el adjetivo de histórico o de *cultural* esencialmente para referirse a lo no lingüístico o extralingüístico, de acuerdo con la teoría a partir de la cual se conciba la lengua dentro de una sociedad.

Nos encontramos con razonamientos que señalan que la forma correcta de emplear un término es ésta o aquella, pero causas culturales, sociales o históricas validan también otras formas. Este segundo tipo de causas va acercándose a cuestiones de prestigio, diferencia y legitimación sobre las que es necesario profundizar, describir sus lógicas y ofrecer explicaciones al respecto. En el presente estudio, cultural significa en mayor medida que la mirada de análisis está puesta en procesos e interacciones sociales atravesados por el discurso lexicográfico. Esto no conlleva renunciar al texto, pero busca observarlo en su dimensión política y cultural, en los usos estratégicos con los que es utilizado para construir

hegemonías, para erigir y derrocar conocimientos o para construir un tipo de historia que negocia constantemente y con intenciones definidas los sentidos del pasado.

Asimismo, por cultural no nos referimos a una visión folklórica que pretenda analizar el léxico popular en sus detalles, ni mucho menos al sentido holístico formulado por Edward B. Tylor en el último tercio del siglo XIX.⁷³ Cultural representa un posicionamiento teórico que busca dialogar con los planteamientos de diversas teorías antropológicas, sociológicas e históricas que, desde nuestra perspectiva, pueden llegar a ser útiles para reinterpretar la producción lexicográfica de un periodo en concreto.

En esta misma medida, el concepto de interpretación conserva aquí las significaciones que la ha otorgado la hermenéutica de Gadamer y de Thompson. Se trata de un ejercicio comprensivo que busca aproximarse al sentido de una forma simbólica, en este caso el diccionario, partiendo del estudio de su vida cotidiana, sus condiciones de producción, las instituciones, los espacios y sus discursos.⁷⁴ De manera que la interpretación cultural no puede ofrecer una explicación absoluta, ni aventurar una hipótesis al estilo del modelo positivista-nomotético de las ciencias exactas decimonónicas que necesariamente reclama una comprobación, hechos observables, la creación de leyes y la posibilidad de repetición. Se trataría, en todo caso, de la interpretación resultante de utilizar un corpus específico de teoría social.

Al tomar como punto de partida a la hermenéutica, cabe recordar que la interpretación cultural proviene de una matriz teórica interesada por la producción y la comprensión de sentidos.⁷⁵ Su campo de estudio se ubica en la dimensión de las ideas proyectadas por medio de un determinado soporte discursivo y en el conjunto de subjetividades, individuales o colectivas, que constituyen una forma simbólica.

⁷³ A saber, “aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”. Compárese su vigencia con la tercera acepción del *DLE*: “3. f. Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”. (2014, s.v.)

⁷⁴ Las formas que comprenden la investigación hermenéutica señaladas por Thompson (2002, 408) son la interpretación de la doxa, el análisis sociohistórico de escenarios espacio-temporales, campos de interacción, instituciones sociales, estructura social, medios técnicos de transmisión; el análisis formal o discursivo: semiótico, conversacional, sintáctico, narrativo, argumentativo y la interpretación-reinterpretación.

⁷⁵ Tal y como lo señala Mieles Barrera (2012, 97), la hermenéutica invita a sostener un diálogo con la tradición en tanto posibilidad “de reflexión sobre las pretensiones de verdad del conocimiento construido y la comprensión/interpretación apropiada de los asuntos humanos en contextos socioculturales determinados”.

El propósito reside, pues, en abrir un diálogo que convoque a la teoría social a la hora de relacionar fenómenos de diverso orden. Pese a ello, no deja de parecer arbitrario calificar a este tipo de interpretación como cultural, si no atendemos a un segundo punto clave: el trabajo crítico que, mediante conceptos diversos, este cúmulo de investigaciones lleva a cabo con el contexto. Son numerosos los aspectos a los cuales puede prestársele atención a la hora de trabajar en el contexto de nuestro corpus. Por medio de sus estudios, la teoría social aporta claves de lectura: enfoca la mirada tanto en relaciones sociales, como en prácticas, dinámicas y procesos llevados a cabo por un grupo y para los cuales dispone de ciertos discursos y textos.

Son estas lógicas culturales las que pretendemos recuperar para ubicar a los diferentes léxicos en otros escenarios. En *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization*, Walter Mignolo argumentó, por ejemplo, cómo a las dinámicas de la colonización novohispana las acompañó la creación de una serie de discursos para llevarla a cabo y para justificarlas. A los procesos de colonización, les subseguirían dinámicas de dominación simbólica. Los diccionarios de Nebrija redactados cumplirían este segundo cometido, sirviendo de herramientas para la castellanización: la difusión de una lengua de poder que paulatinamente desplazaría a las lenguas autóctonas.

Calificada como una interpretación decolonial, el trabajo de Mignolo pone en tela de juicio el eurocentrismo que prima en las interpretaciones de la historia de la cultura occidental. En el caso de nuestro de estudio, existe igualmente un cierto etnocentrismo que ha impedido inclusive preguntarnos por la producción lexicográfica judeoárabe que debió de circular entre los territorios del Al-Ándalus. Para este siglo, habría que tener presente la diferencia entre una cultura exterior, legitimada por la figura de los reyes católicos, frente a un cultura interior, ocultada *de facto* pero que tuvo que disponer de sus propios soportes discursivos.⁷⁶ Esta diferenciación exhibe ya un sesgo sobre el tipo de léxico que podría recoger un diccionario, sujeto a las lógicas de publicación, tasa y censura que los consejos reales ponían en marcha en el rubro de la impresión.

Antonio Gramsci observó que a finales del Renacimiento el lugar de la cultura pasó de la periferia al centro. La especialización del trabajo y las dinámicas de mecenazgo trajeron consigo una reubicación de la cultura que la situaron en la cúpula del poder, conformando así un canal para proyectar la hegemonía. Como resultado de estos elementos, surge un

⁷⁶ El primer diccionario español-árabe aparece en 1512.

concepto de alta cultura que ha permitido caracterizar al diccionario, leerlo dentro de una cultura, y que implica procesos de legitimación y la conformación de una política sobre la lengua.

Enemigo de la voz popular en aquel tiempo, el diccionario evoca el discurso de una élite, quiere sentar las bases de lo que autores como Mijaíl Bajtín han denominado palabra autoritaria.⁷⁷ El propio Bajtín ha perfilado este aspecto al referirse a la forma en que las palabras reposan en este tipo de léxicos. Refiriéndose a su dimensión social, Bajtín señala:

De este modo (actualmente ya tenemos el derecho de decirlo), toda palabra realmente pronunciada (o escrita con sentido), *que está dormida en un diccionario*, es expresión y producto de la interacción social de tres: del hablante (autor), del oyente (lector), y de aquel de quien o de que se habla (protagonista). La palabra es un evento social, no está centrada en sí misma como cierta magnitud lingüística abstracta, tampoco puede ser psicológicamente deducida de la conciencia del hablante, subjetiva y aislada. (1997, 122)

Es ésta otra faceta del diccionario, el anquilosamiento del lenguaje que practica, sobre la cual es necesario reflexionar de igual manera. Una segunda vía que reclama el análisis del lugar que cada cultura y sociedad le otorga a su producción lexicográfica.

Sirvan finalmente estas problematizaciones iniciales para profundizar en el significado de una interpretación cultural. Cerraremos este apartado de selección y elaboración teórica con dos precisiones sobre la decisión de acercarnos a la hermenéutica y sobre el interés de profundizar en la emergencia de teoría a partir de nuestro propio corpus, para lo cual tomaremos en consideración una serie de nociones formuladas desde la teoría fundamentada.

⁷⁷ Véase, Beatriz Gutiérrez Mueller, “La palabra religiosa como una variante de la ‘palabra autoritaria’, en Bajtín”, *Bakhtiniana*, São Paulo, 12 (1), Enero-Abril, 2017, pp. 91-109.

1. 5. Hermenéutica y teoría fundamentada para el ejercicio comprensivo y la generación de teoría

Al utilizar la hermenéutica como una teoría interpretativa, no la concebimos a guisa de una disciplina más que se requiere incorporar. La identificamos como un paradigma de mayor amplitud que nos permite organizar las diferentes herramientas de conceptualización y de análisis para llevar a cabo nuestra interpretación. Esta manera de estudiar la realidad propone el análisis de diversos aspectos: institucionales, discursivos, históricos, de producción, entre otros, que cazan muy bien con los tipos de teorías que hemos recuperado para analizar el diccionario desde una perspectiva cultural.

Ahora bien, un acercamiento hermenéutico a una obra lexicográfica no representa, en ningún punto, una novedad. Dentro de la romanística alemana, suele identificarse la presencia de una perspectiva hermenéutica que nos previene del intento de modernizar textos antiguos, de mirarlos con los ojos de nuestra época sin apelar al sentido de su propio contexto.⁷⁸ Así pues, el empleo de la hermenéutica cuenta con una larga tradición a la que hemos decidido añadirle dos elementos: el empleo de teoría social para los análisis que convoca la metodología de la interpretación desde la perspectiva de la hermenéutica profunda de J. B. Thompson y el empleo de nociones específicas de la teoría fundamentada para justificar nuestro cuarto núcleo teórico, en el cual sosteníamos la posibilidad de identificar una teoría que emerge de los propios textos que acompañan a los vocabularios.

En otras palabras, el matiz teórico-metodológico que en esta investigación buscamos agregar tiene que ver con la intencionalidad de elaborar teoría a partir de los propios datos contruidos al realizar el análisis de nuestros objetos culturales. Por utilizar el término de Amanda Coffey y Paul Atkinson,⁷⁹ el propósito consiste en encontrar el sentido a los datos y dejar que los textos hablen, suspendiendo inicialmente y en la medida de lo posible la sujeción a un solo paradigma, para después echar mano de una sensibilidad teórica que pueda reinterpretarlos y dentro de la cual son indispensables los conceptos sociológicos, antropológicos, históricos que nos permitan construir una interpretación compleja.

⁷⁸ En palabras de Wulf Oesterreicher (2001, pos. 3804), “Es preciso liberarse de los juicios y prejuicios contemporáneos para captar la especificidad de las formas de comunicación a las cuales pertenecen los textos antiguos [...] puesto que el problema hermenéutico se manifiesta más agudamente en los textos antiguos”.

⁷⁹ Véase, *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*, Colombia, Universidad de Antioquía, 2003.

De esta manera, la interpretación cultural que proponemos proviene de un marco de referencia hermenéutico que busca sacar provecho de los presupuestos de la teoría fundamentada, en especial de sus conceptos de categorización y sensibilidad teórica.⁸⁰ Precisamente dentro de esta última es donde vuelven a entrar en juego las herramientas de análisis de las perspectivas históricas, sociológicas y antropológicas. Ahora bien, la hermenéutica y la teoría fundamentada no son dos modelos ajenos entre sí ni mucho menos indisociables. Pese a sus diferentes contextos de producción, ambos se caracterizan por pertenecer al paradigma cualitativo. Son teorías que tiene como base el análisis de textos y que trabajan de manera recursiva, yendo constantemente del texto al contexto y exponiendo el modo en que construyen su interpretación.

Una cuestión interesante de sortear son los puntos en que ambas teorías divergen, pues de esta manera es posible evidenciar hasta qué grado un conjunto de teorías nos resulta útil y si, en realidad, es viable el intento de ingeniería conceptual con el que buscamos emplearlas. Una primera diferencia entre la hermenéutica y la teoría fundamentada estriba en su relación con el análisis histórico. Similar a lo que sucede con la etnografía, la teoría fundamentada requiere constantemente salir a campo para ir definiendo sus datos, además, claro está, de su trabajo de archivo. El tipo de enfoque que proviene de aquí parte sobre todo de necesidades sociológicas, ubicadas dentro de investigaciones que cuentan con grupos de análisis, instituciones concretas y la posibilidad de utilizar técnicas de recolección de datos como la encuesta o la entrevista. No se trata, pues, de una teoría ideada especialmente para el análisis histórico.

Los etnógrafos han encontrado en el trabajo de archivo la principal fuente de información para llevar a cabo trabajos históricos. Un caso ejemplar de etnografía histórica lo podemos encontrar en la obra de Sidney W. Mintz (1978) *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la economía moderna*. En este trabajo, para analizar la historia del azúcar, Mintz se da a la tarea de recuperar un vasto corpus de fuentes bibliográficas, para lo cual examina la cultura escrita de diferentes épocas. El aporte más significativo de su obra reside en la capacidad que expone para ubicar sus datos. No sólo acude a historias políticas y económicas de diversos siglos, sino que recopila recetarios medievales, listas de medicamentos, tratados de

⁸⁰ La propuesta de Glazer y Strauss (1967, 45) busca fomentar la conceptualización y la formulación teórica que puede surgir de los datos. Implica reflexionar sobre nuestra propia teoría, discernir sobre su operatividad y la construcción constante de categorías e hipótesis.

herbolaria, relatos de viajeros, obras del siglo XVI sobre las tertulias donde se comenzaba a endulzar el café con azúcar, entre muchas otras. Su salida a campo es, podríamos decir, un desplazamiento a diferentes temporalidades. ¿Cómo contribuyó su teoría para el conocimiento y la selección de fuentes? ¿Cómo logró convertir el estudio del azúcar en un texto de referencia para historiadores, economistas, sociológicos y antropólogos?

Los antropólogos históricos y los historiadores culturales han dominado con plena conciencia el acercamiento antropológico hacia el pasado. En nuestro estudio, nos hemos servido en muchas ocasiones de las investigaciones de autores como Roger Chartier, Jacques Le Goff, Robert Darnton o Peter Burke, por mencionar a los principales exponentes de estas escuelas en Europa y los Estados Unidos de América. Si algo los caracteriza a todos ellos, es su capacidad de discernir mediante qué tipo de fuentes es posible reconstruir un determinado episodio cultural.

A diferencia de la débil relación de la teoría fundamentada con la historia, la hermenéutica se organiza en torno a conceptos sumamente poderosos que ubica al tiempo en el centro de la reflexión filosófica. Conceptos como el de tradición, horizonte de expectativas, determinación histórica, lenguaje o representación se encuentran diseñados para realizar un ejercicio comprensivo por medio de los significados que una forma simbólica evoca y que se corresponden con un proceso histórico de significación al que un individuo acude y que, por lo tanto, es posible reconstruir para realizar una interpretación.

No obstante, a diferencia de la teoría fundamentada, la hermenéutica profunda no recurre necesariamente a otro tipo de teorías, no busca desarrollar una sensibilidad teórica, sino que, a nivel metodológico, toma prestados diversos tipos de análisis para estudiar el discurso o los contextos donde una forma simbólica surge. Así pues, la hermenéutica provee el marco de conocimiento y las condiciones para su producción. La hermenéutica, habría que precisar, responde a un proceso histórico de reflexión teórica constante que se piensa a sí misma, en el seno de su propio diálogo epistemológico y ontológico con su tradición. La hermenéutica sociológica de J. B. Thompson ha dado un paso más allá y se ha interesado por el análisis de la ideología, por observar cómo se moviliza el sentido de acuerdo con intereses socio-culturales. Su propuesta parecería decirnos que no basta la comprensión sino el

conocimiento de las formas en que el sentido es utilizado para procesos de coacción y de dominio.⁸¹

De igual manera, la teoría fundamentada propone un ejercicio de creación de categorías que, dentro de sus propios términos, debería emerger de los propios datos. Este punto puede llegar a aproximarse con el ejercicio hermenéutico, interesado por igual en restituir los sentidos propios de una determinada época. La diferencia radicaría en la dimensión histórica que se pretende reconstruir. No obstante, la teoría fundamentada vuelve a distanciarse de la hermenéutica profunda en el hecho de que su siguiente paso implica desarrollar una sensibilidad teórica, bajo el modelo desarrollado a profundidad por Barney Glaser.⁸²

¿Qué implica, pues, la sensibilidad teórica? Con este concepto se pretende estimular el ejercicio reflexivo a partir de un amplio cúmulo de teorías que el investigador debe de conocer previamente y que le permitirán identificar en sus datos diversos tipos de problemáticas. Es precisamente en este punto donde metodológicamente puede traerse a colación todo el utillaje teórico del que se disponga, el cual permitirá construir o reconocer categorías axiales para perfilar una teoría emergente. Nadie pondría reparos teórico-metodológicos si para estudiar nuestros léxicos acudimos a trabajos antropológicos o sociológicos sobre el siglo XV hispano.⁸³ Inclusive los trabajos elaborados por Mijaíl Bajtín sobre este periodo, localizados en un contexto diferente pero próximo, podrían llegar a considerarse una referencia obligada por su visión de la cultura medieval y renacentista. Pero, ¿qué grado de validez aporta una teoría formulada en relación con un contexto presente y específico para enfocar una realidad pasada?

Dentro de las ciencias sociales, la teoría suele representar un discurso creado en el pasado que estimamos puede aportar explicaciones vigentes para una problemática contemporánea. A diferencia de ésta, la lógica de las humanidades parte en sentido contrario:

⁸¹ Thompson (2002) dedica un extenso apartado al concepto de ideología, el cual marca la pauta para considerarla parte de la interpretación.

⁸² Las diferencias entre Anselm Strauss y Barney Glaser, iniciadores de la teoría fundamentada, giran alrededor de este concepto. Cabe destacarse que en sus inicios la noción de sensibilidad teórica no admitía el hecho de que contamos indispensablemente con una teoría propia, nuestros propios juicios previos –en la terminología hermenéutica. No obstante, la proposición de que el consumo teórico permite incrementar el análisis es un posicionamiento que, para nuestro estudio, nos abre la posibilidad de construir un tipo especial de interpretación que combine el conocimiento histórico del contexto y que al mismo tiempo lo someta al análisis desde diversos conceptos.

⁸³ Aunque en una discusión más precisa, son muchas las diferencias entre las primeras y las últimas décadas del siglo. Como señalaremos más adelante, son por lo menos tres las generaciones de actores sociales que participan en este periodo, provenientes de diferentes latitudes que convergen en dicho espacio.

las nuevas teorías desarrolladas, que también pueden ser importadas de las ciencias sociales, se proponen construir una reinterpretación de las formas simbólicas del pasado. Ambos posicionamientos acarrearán sus puntos favorables y desfavorables. Dentro de las humanidades, por ejemplo, se vuelve una tarea ardua trabajar con las formas simbólicas más novedosas.⁸⁴ Es decir, el espectro teórico suele mirar hacia atrás, a los textos que le permitieron constituirse.⁸⁵ Pero el punto al que buscamos llegar aquí se construye en el sentido opuesto: en el hecho de que la teoría social busca habitualmente explicar el presente.

Así pues, por medio de la sensibilidad teórica buscamos afrontar el reto de emplear parte de la teoría social como una guía interpretativa para acercarse a los fenómenos de una época pasada. A nuestro favor, podríamos señalar que la teoría seleccionada en este estudio tiene una fuerte base histórica que en ocasiones llega hasta nuestro periodo de análisis. No lo hace con la precisión de un historiador, sino con la destreza intelectual para descubrir la génesis de prácticas y procesos socioculturales. Así Antonio Gramsci descubre el origen de la hegemonía moderna en la especialización del trabajo de la Baja Edad Media; o un Pierre Bourdieu o un Norbert Elias, el consumo cultural, la distinción y los procesos de control y autocontrol en los salones dieciochescos y la ética cristiana. Es decir, el éxito de la dependencia teoría-contexto por lo general requiere de un rastreo histórico.

En el caso de nuestro estudio, como quedará expuesto de manera más evidente en los apartados metodológicos, la sensibilidad teórica responde a la guía de lectura e investigación que a lo largo del proceso de trabajo fue generada en las sesiones de tutoría y en los seminarios de investigación. Mediante presentaciones de avances, resultados de investigación y el análisis de los objetos culturales lexicográficos realizado de manera conjunta con la directora de la investigación fue posible el desarrollo de una sensibilidad teórica que pudiese reconocer problemáticas sociales, polémicas de la época o procesos discursivos presentes en el corpus textual. Recordemos que la sensibilidad teórica demanda una larga experiencia de investigación en la que cobran un papel fundamental las figuras de la dirección y la tutoría, por su capacidad de orientar el análisis y el diseño de la investigación.

⁸⁴ Incluso puede llegar a ser deseable trabajar con autores o corpus definidos, donde su producción haya finalizado. De tal manera que el investigador pueda tener una visión completa del todo a partir de la cual realizar su labor analítica.

⁸⁵ Las investigaciones históricas se separan de esta lógica; ésta es una dimensión más que las reposiciona entre las humanidades y las ciencias sociales.

Con estas reflexiones, damos por concluida la serie de elementos teóricos que consideramos operativos para concebir nuestro objeto de estudio y para focalizarlo desde una perspectiva cultural. Estimamos que era cuasi obligatorio exponer toda la tipología de paradigmas y las discusiones que suscita para dar cuenta de la posición desde donde ofreceremos una interpretación de los diccionarios tardomedievales.

Ahora bien, con base en la lectura de nuestro corpus, seleccionamos dos conceptos principales que consideramos podrían enriquecer la interpretación de los objetos culturales, ya sea por su recurrencia en los textos analizados o por el potencial interpretativo que portan para considerar procesos de larga duración que en esta época comenzaban a adquirir una gran relevancia. Estos conceptos son *ideología* y *memoria*, los cuales paulatinamente comienzan a ser incluidos en la interpretación lexicográfica a partir de los años ochenta. Cada uno de éstos facilita las posibilidades de elaborar una interpretación convincente sobre los usos y las funciones discursivas de los vocabularios analizados. Permiten moverse con agilidad entre ellos y su dimensión sociopolítica y nos evitan reducir la complejidad mediante explicaciones que además de identificar muestras textuales de coyunturas históricas o culturales, ensayan observaciones que buscan aventurar recurrencias y funciones discursivas.

1. 6. Ideología y diccionario

Con este concepto pretendemos señalar en primer lugar dos cuestiones: el hecho de que cada discurso lexicográfico responde a una visión de mundo, distinción que reseñamos al revisar la obra de Francisco Javier Pérez, y la cuestión relativa a que las ideas acerca de la lengua y el diccionario ofrecen un aporte igual de valioso que los datos objetivos que han sido recogidos por la filología y la historia de la lengua.⁸⁶ El concepto de ideología que recuperamos proviene de dos matrices: 1) los análisis sociológicos sobre el discurso y el arte interesados por identificar y explicar cómo funciona el prestigio, la diferencia, el poder y la dominación simbólica por medio de la producción y el consumo de objetos culturales y 2) la teoría metalexigráfica que se ha ocupado de este fenómeno, aludiendo a la connotación que culturalmente el diccionario conlleva.

Para la teoría lexicográfica, la ideología es un producto secundario que subsigue a la lengua tal y como acontece. Desde la perspectiva de Luis Fernando Lara se trata de un proceso reflexivo que:

no se da como un acontecimiento aislado e individual, sino como parte de un proceso social, determinado por la experiencia histórica de la comunidad hablante. En esa experiencia, que reúne de manera extremadamente compleja acontecimientos históricos, situaciones económicas, procesos políticos, tradiciones y situaciones de crisis, la reflexión sobre la lengua cifra sus puntos de referencia, encuentra sus valores y determina las explicaciones globales con que ha de continuar concibiéndose la propia lengua. *Se crea lo que se ha venido llamando una 'ideología' de la lengua. Ideología que, en la medida en que ofrece una interpretación global y forma parte de los grandes medios de conservación de la identidad de una sociedad, llega a naturalizarse y darse como versión definitiva y real de lo que es la lengua en sí misma.* La normatividad lingüística tiene su origen en esa ideología de la lengua [...] Pero como la ideología no es una versión especular de la realidad, tampoco puede ofrecer una idea de la lengua equivalente a toda ella, sino que selecciona aquellos elementos que más fácilmente se pueden prestar a una relación simbólica con los valores sociales que contiene. (1990, 163s)

Esta visión de la ideología permite en un primer momento distinguir dos dimensiones que en la realidad se encuentran entrelazadas. Ubicada en un plano teórico, parte de la lengua hacia los fenómenos sociales. Podríamos pensar que la lengua es en primer lugar un hecho puro, abstracto, que adquiere su connotación al ser exteriorizada dentro de una sociedad y una cultura que toma ciertos rasgos como símbolo de identidad. Es decir, surge como

⁸⁶ Luis Fernando Lara (en Oesterreicher, 289) distingue entre “la realidad de una lengua, comprobable con métodos objetivos, y la idea que tiene de ella la comunidad que la habla”. Asimismo, en la introducción a *La maravillosa historia del español*, Francisco Moreno Fernández (2015) señala que la historia de las lenguas se sustenta también “sobre percepciones y apreciaciones subjetivas”.

consecuencia de la complejidad social y de las elecciones de grupo, las cuales *cifran* un tipo de lengua a nivel mental y léxico.

Si partimos ahora de lo social hacia las producciones lingüísticas, este primer grupo de fenómenos comienza a ganar en especificidad, lo cual nos llevaría a examinar las funciones socioculturales del lenguaje. En este punto, estudios como los de Pierre Bourdieu o Néstor García Canclini son particularmente notables para reconocer cómo se dinamizan discursos dentro de un campo cultural.⁸⁷ En el caso de nuestro objeto de estudio, son teorías que nos permiten identificar la manera por medio de la cual se ha construido una ideología en torno a la lengua, bajo qué tipo de prácticas y mediante qué tipo de sistema de valores. Resulta significativo observar bajo el pensamiento de Bourdieu, por ejemplo, cómo ha sido el surgimiento de las academias de la lengua, a mediados del siglo XVI, un proceso de secularización y especialización del campo de la lingüística que presagiaba ya la lógica de las galerías y los museos del siglo XVIII. Es precisamente esta época donde la lengua habría de ser sinónimo de esplendor y de pureza, categorías que en la época aludían a procesos políticos y sociales.⁸⁸

La perspectiva de ambos sociólogos vendría a acentuar la práctica cultural como un factor determinante para la producción lingüística. Pero muy probablemente no resulte del todo provechoso plantear la relación entre lengua e ideología mediante estos términos. Para el caso del diccionario, resulta de mayor provecho cuestionar en primer lugar aquel discurso que proponía la ausencia de ideología en el diccionario, muy a tono con el pensamiento positivista decimonónico. Qué era, en este sentido, lo que dichos lexicógrafos consideraban como ideológico y bajo qué tipo de criterios.

Este hecho nos llevaría a preguntarnos sobre las actitudes y procedimientos que los futuros diccionaristas emplearían para tratar el léxico considerado por sus antecesores como ideológico. Podríamos ubicar este problema por medio de tres elementos: creencias,

⁸⁷ Nos referimos sobre todo a las investigaciones sobre el consumo cultural: *La fotografía, un arte medio*, *La distinción, bases sociales del gusto*, *¿Quién puede tomar la palabra? Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, *La producción simbólica*.

⁸⁸ En esta época, las academias de la lengua comenzaron a protagonizar un papel diplomático para la comunicación entre las naciones que comenzaban a conformarse. Representaban un punto de encuentro destinado a la comunidad intelectual que comenzaba a construir la llamada república de las letras. Los diccionarios cumplían un papel de intérpretes entre lenguas para agilizar la circulación cultural de esta comunidad formada por los humanistas.

selecciones y definiciones: qué considera como ideológico un autor, cómo lo distingue y de qué manera lo define, en el caso de hacerlo.

En este punto el pensamiento de Bourdieu aporta ideas clarificadoras. Pues aunque sus ideas sobre el lenguaje no siempre hayan resultado satisfactorias dentro del gremio de estudiosos del discurso,⁸⁹ este autor permite acercarnos al lado pragmático y social de una forma simbólica. Sus planteamientos invitan a preguntarse cuestiones de orden sociolingüístico vinculadas primero con el lenguaje y después con el diccionario: ¿Quién es el que domina el lenguaje y bajo qué sistema de relaciones? ¿Cómo funciona la producción cultural para organizar a la sociedad de una época? ¿Quién puede tomar la palabra para definirla? ¿Bajo qué tipo de prácticas se legitima la definición lexicográfica?

En la historia lexicográfica, se ha convertido en un lugar común referirse al concepto nacionalista de la lengua presente en la obra de Antonio de Nebrija, destacando el vínculo entre la construcción de gramáticas, diccionarios y ortografías y el proceso de colonización tanto en la península, con el proyecto de expulsión de moros y judíos, como en América, mediante la alfabetización y evangelización de los grupos prehispánicos. Pero poca atención se ha prestado a los usos estratégicos de este tipo de conocimientos para legitimación de los símbolos de la élite, en términos de una sociología cultural, desde donde se producía y se recibía este discurso.

El vocabulario anónimo que analizamos más adelante es una buena muestra de los usos sociales y cotidianos que también permitía la lectura de los clásicos grecolatinos o de textos bíblicos, para la cual fueron redactados numerosas introducciones, gramáticas y diccionarios. A nivel lingüístico, esta obra fue desestimada por la nula novedad de su repertorio léxico.⁹⁰ Sin embargo, desde una perspectiva sociolingüística, se vuelve un tema central de análisis observar los procesos de justificación y explicación que el autor utiliza para describir cómo la lengua española ha sido desdorada a causa de la corrupción ejercida por el uso de aldeanos y labradores, los cuales, como había observado Séneca, se encuentran en un peldaño intermedio entre las bestias y los hombres.⁹¹ Los lingüistas podrían apelar a que sólo se trata

⁸⁹ En su apartado sobre el anclaje social del género, Patrick Charadeau (2012, 28-29) problematiza la relación de dependencia entre discurso y estatus, señalando que la legitimidad que ostenta un actor lingüístico no puede ser absolutamente determinante sobre el aspecto formal del discurso.

⁹⁰ De acuerdo con lo que relata Fernando Huarte Morton (1951, 310-311), Samuel Gili Gaya no lo consideró útil para la redacción de su *Tesoro lexicográfico*.

⁹¹ El prólogo que tomamos como punto de partida se encuentra en el *Discurso* de Miguel Artigas leído ante la Real Academia Española el 13 de enero de 1935, pp. 47-51.

de un episodio de purismo lingüístico. Nosotros apelamos a que se trata de una pieza que cifra sin tapujos muchas de las coyunturas socioculturales y políticas que le han dado forma a la ideología sobre la lengua.

Pensar la ideología en el discurso lexicográfico, como lo ha observado Francisco Javier Pérez,⁹² representa necesariamente una crítica a la idea objetivista y científicista del diccionario, por medio de la cual éste se consideraba un texto neutro que mediante herramientas científicas codificaba y decodificaba la lengua, sin incluir las interpretaciones del propio lexicógrafo, quien era visto como una suerte de naturalista que debería de realizar taxonomías con la lengua. La lingüística estructural contribuyó decididamente a esta aspiración, empleando herramientas de la semántica para llegar a definir por medio de la identificación de semas los rasgos diferenciadores que permitirían una definición satisfactoria.⁹³

Sin embargo, como los propios lingüistas notaron, no todo el léxico es susceptible de ser analizado desde su dimensión semántica. Algunas palabras, llegarían a decir, no pueden ser definidas, sino solamente explicadas.⁹⁴ Operativamente, podríamos llegar a definir esta construcción como la ideología metalingüística sobre el diccionario. Una forma de observarlo desde los planteamientos científicos que provienen de autores como Rey Debove, R. Martin, U. Weinrich, entre otros.

Visto desde una teoría de la ideología formulada dentro las ciencias sociales, el diccionario es una forma de pensar y sistematizar el discurso y sus producciones simbólicas que viene mediado por la visión de mundo y el tejido sociocultural desde donde se construye.

⁹² El decide hablar de una etnolexicografía para “respaldar la idea de que los diccionarios, más que puros instrumentos de descripción aséptica y objetiva de las lenguas, son textos que ofrecen una particular e ideológica visión del mundo y de la historia, cultura y sociedad de los hombres” (2000, 59).

⁹³ Teorías sobre los campos semánticos como las de Pottier (1964, 1970) o Mounin (1972, 1974) ofrecían las bases para realizar definiciones científicas que partieran de la identificación de un léxico (el del asiento o de la vivienda, por ejemplo) y de sus unidades (casa, choza, cabaña o silla, butaca, taburete, sofá). Definir una casa partiría de clasificarla como una ‘construcción’ + ‘para vivienda’; mientras que choza requeriría agregar elementos distintivos ‘construcción’ + ‘para vivienda’ + ‘burdamente construida’ + ‘pequeña’ + ‘de paja’ + ‘en los países cálidos’; de tal manera que la identificación de un elemento permitiría la definición estructural de una unidad léxica.

⁹⁴ “Como observa, correctamente, el profesor Seco, las voces que pertenecen a ciertas categorías gramaticales (preposiciones, conjunciones, pronombres, artículos y también ciertos adjetivos y verbos) no se pueden definir sino únicamente ‘explicar.’” (Bosque, 1982, 106).

En México, contamos con un caso excepcional que representa dos ideologías sobre el quehacer lexicográfico para trabajar ya sea con el español de México o con los mexicanismos. En 1982, el Colegio de México, junto con el Fondo de Cultura Económica, publicó bajo la dirección de Luis Fernando Lara el *Diccionario fundamental del español de México (DFEM)*,⁹⁵ un diccionario general de lengua que incluye el caudal léxico del español estándar, definido de acuerdo con los criterios establecido por el equipo lexicográfico encabezado por uno de los principales teóricos actuales de la lexicografía en el mundo hispánico.⁹⁶

Actualmente, esta obra se ha transformado en el *Diccionario del español de México (DEM)*, “un diccionario integral del español en su variedad mexicana [...] de carácter descriptivo, hech[o] con criterios exclusivamente lingüísticos”.⁹⁷ Es interesante que esta obra surja de la necesidad, identificada por parte de don Antonio Carrillo Flores, diplomático mexicano y ex director del Fondo de Cultura Económica, de que allá por 1921 “México no tuviera un diccionario propio, que correspondiera a su historia y su cultura, como sí lo tenía Estados Unidos de América en la tradición de los diccionarios de Noah Webster, ese patriota de la época de Fundación de su país, continuada por la casa Merriam-Webster, de Massachussets.⁹⁸ Es sintomático cómo esta percepción, la de que “los diccionarios de la Academia Española no correspondían ni al estado actual de la lengua, ni mucho menos a la manera en que había evolucionado en cada región hispanohablante”⁹⁹, comprobable mediante herramientas estadísticas,¹⁰⁰ se encontraba en el origen del proyecto, en tanto visión de mundo que comparaba la relación, en materia de política lingüística, entre Estados Unidos de América e Inglaterra y México y España.

En el 2010, el equipo lexicográfico de la Academia Mexicana de la Lengua, dirigido por Concepción Company Company, presentó el *Diccionario de mexicanismos (DM)*. Esta obra, cuya segunda edición apareció el año pasado, recopila el léxico particular de México, diferenciado sobre todo del español peninsular. Dicho proyecto se corresponde con la visión panhispánica de la lengua española conformada por las 23 academias ubicadas a los dos

⁹⁵ Como queda señalado en el “Prólogo”, esta obra había comenzado ocho años atrás, en 1974 y daría a la luz en 1986 el *Diccionario básico del español de México* y en 1996 el *Diccionario del español usual de México*.

⁹⁶ De reciente aparición, septiembre de 2016, es el volumen *Teoría semántica y método lexicográfico*, donde Luis Fernando Lara, entre muchos temas, se refiere al valor cultural del léxico y su definición.

⁹⁷ “Presentación”, <http://dem.colmex.mx/>

⁹⁸ *Ibidem*.

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ El DEM es una obra pionera por varias razones. Representó un hito en la lexicografía hispana y buena parte de sus herramientas de análisis marcaron la vanguardia lexicográfica.

lados del Atlántico. A nivel de micro y macro estructura, esta obra ha comenzado a poner en práctica procedimientos de definición innovadores dentro de la lexicografía española.

El debate en torno a la publicación de esta segunda obra no se hizo esperar, de tal manera que para el lector fue posible distinguir la visión de mundo que cada lexicógrafo buscaba proyectar en sus respectivos trabajos.¹⁰¹ El romanista alemán Klaus Zimmermann publicó al respecto un artículo que enfocaba ambas posturas. Singularmente, lo tituló “Diccionarios, identidad e ideología lingüística. Una reseña y evaluación comparativa del *Diccionario del español de México* y del *Diccionario de Mexicanismos*”. Si bien Zimmermann realiza un análisis de los procedimientos de confección, las ideas centrales de su artículo giran en torno a los aspectos políticos e históricos dentro de los cuales se generan dichas producciones discursivas. Cuestiones de autonomía lingüística o unidad son algunos de los temas que discute, la presencia de un imperialismo peninsular o la construcción de una norma panhispánica, entre muchas otras, lo cual tiene su correlato en la identidad que asumimos frente a nuestra historia y el proceso colonial atravesado por nuestro país.

Concepción Company Company (2012) presenta un esquema lexicográfico que ubica a la ideología en relación con el léxico, la identidad, la cultura y el diccionario. Desde su punto de vista, un diccionario contrastivo –en este caso de mexicanismos–,¹⁰² refleja la idiosincrasia cultural de una comunidad hablante. Una idiosincrasia que no requeriría de un análisis ulterior, puesto que su principal cometido consistiría en recuperar el nivel donde se reproduce:

Como es bien sabido, el léxico es el nivel de la lengua que mejor refleja, o es más permeable a la cultura y a la visión de mundo de un pueblo, y sin duda, cualquier diccionario, por el simple hecho de consignar la estructura léxica, dará cuenta, en mayor o menor medida, de esa visión de mundo, convencionalizada, claro está, a través de la arbitrariedad y simbolización de las formas de la lengua. (2012, 172)

En este caso, la precisión de Company Company advierte dos cuestiones significativas: la permeabilidad ideológica o cultural del léxico en el diccionario y el tema de su arbitrariedad. Así pues, podríamos apuntar que la ideología en el diccionario es siempre una

¹⁰¹ Con el artículo publicado por Luis Fernando Lara el 30 de abril en *Letras libres*, “Un diccionario a debate”, comenzó el diálogo sobre las implicaturas de concebir el español de México como una desviación frente al español europeo, lo que daría lugar a referirnos a un *ismo*, o como los hábitos lingüísticos de los mexicanos diferenciados de los hábitos europeos.

¹⁰² Un diccionario contrastivo se diferencia de uno integral, en el sentido de que el primero sólo recoge el léxico que diferencia a una comunidad específica –los hablantes mexicanos, por ejemplo–, de toda la comunidad hispanohablante. Recopilar el vocabulario de esta última viene a ser tarea del diccionario integral.

reconstrucción, la cual se encuentra mediada por las propias convenciones del molde discursivo, la selección de una teoría, los procedimientos de análisis y los intereses para las cuales es construida una obra.

Esta postura ha traído sus consecuencias y una serie de observaciones sobre lo que implica comenzar a dar carta de naturaleza a formas léxicas que pervivían únicamente en la oralidad. El argumento de Company Company profundiza en esta ruta para llegar a sostener que el vínculo entre diccionario e ideología desemboca en un ejercicio por codificar la identidad a través del léxico:

Es obvio que cuanto más informal e íntimo sea el registro, más mexicanismos habrá, porque es en esos registros coloquiales e íntimos donde la lengua se distancia más del español general y donde, por consiguiente, aflora con mayor facilidad la idiosincrasia léxica de un pueblo y se plasma con mayor libertad la identidad de una persona. (2012, 180)

Así pues, el diccionario comenzaría a parecerse más a un texto autoetnográfico que a un ejercicio normativo. Se movería entre la autonomía, la diferenciación y el conocimiento de uno mismo, elementos que conformarían parte de su dimensión cultural. Sobre este punto, Company Company señala: “Para efectos de un diccionario, es un hecho que los aspectos culturales que son importantes para un pueblo producen más léxico, fenómeno conocido como relativismo lingüístico” (2012, 187). Esta observación agrega elementos para cuestionarse sobre el papel de mediador que el lexicógrafo desempeña en relación con su cultura y la codificación que hace de ella.

Varias preguntas quedan en el aire al respecto de esta manera de concebir la ideología en el diccionario. En primer lugar, restaría por indagar el tipo de identidad resguardada por un diccionario integral. Pero sobre todo, la interrogante al acecho tiene que ver con los procesos de estandarización o las formas en que la visión de mundo adquiere otro nivel de sedimentación, el de la nomenclatura, donde es codificada y reconstruida por otro tipo de subjetividades.

Los ejemplos sobre los textos mexicanos recogidos aquí apuntan de manera diferente hacia el tema de la autonomía lingüística. En cierta medida, son de orden local. Existe también una interesante discusión sobre las implicaturas globales del diccionario. En el caso del inglés, un tema que se ha barajado desde los años ochenta, ligado con la ideología y el

discurso, aparece con la cuestión de la lengua internacional.¹⁰³ La pregunta que han formulado aquí tiene que ver principalmente con el tipo de inglés que un diccionario debe representar para dar cuenta de la *lingua franca* del mundo civilizado moderno.¹⁰⁴

Para el caso de la tradición lexicográfica anglosajona, Philp Benson he recuperado la serie de creencias lingüísticas dentro de las cuales un diccionario como el de Oxford sostiene su prestigio, su autoridad y su objetividad, bajo una ideología arraigada que señala “good English is Oxford English” (2001, 3). El estudio de Benson no se ocupa únicamente de rastrear el origen de este imaginario. Observa la relación entre este tipo de presuposiciones y factores económicos, los cuales desembocan en una paradoja: dentro del mercado, el *OED* se ofrece como una obra avalada por una larga tradición, pero cuya forma no pareciera estar a la altura de las exigencias del nuevo milenio. Es un diccionario consagrado por la historia que no puede cumplir con las exigencias que el mundo moderno reclama para el conocimiento de “la” lengua internacional.

Dentro de su estudio histórico, una de las interrogantes que Benson plantea se relaciona con el lugar que el diccionario ocupa dentro de una cultura. Un lugar conformado por formas, prácticas culturales y la visión de mundo desde donde un léxico emerge. Para ofrecer su interpretación sobre el carácter etnocéntrico del *OED*, Benson propone:

[...] the argument is that the English dictionary is a historically specific form of discourse embedded within broader discourses that represent knowlegde of the world in terms of metaphors of centre and periphery. In this sense, ethnocentrism implies a set of structures that position ones own culture as a centre for the production and distribution of knowledge of other cultures, wich are to various degrees peripheral to it. It is equally a question of the structures that make those statements posible. Because the dictionary is a book about language, however, the discourse of the dictionary involves a particular interaction between content and structure. (2001, 4)

Planteado con un cierto influjo de Michel Foucault, resulta propositivo el planteamiento del diccionario en términos de un discurso histórico de conocimiento –y de poder, podríamos agregar–, que organiza los vínculos, las posiciones y las jerarquías entre culturas. Benson comienza a cuestionar las formas en que el conocimiento es producido y distribuido, al igual que las estructuras que lo posibilitan.

¹⁰³ De acuerdo con los cálculos recuperados por Phil Benson (2001, 1), para inicios de milenio un cuarto de la población podía ser considerado como competente en esta lengua, entre 1.2 y 1.5 billones de personas son hipotéticamente usuarios de un diccionario monolingüe o bilingüe de inglés.

¹⁰⁴ Simon Winchester se refiere con esta fórmula al *Oxford English Dictionary*, “the most definitive of all guides to the language” (en Benson, 2001, 6).

Esta definición discursiva del diccionario representa también una crítica directa al paradigma descriptivista. Un vocabulario no se encarga de describir los hechos de la lengua, en un sentido positivista, en todo caso es una representación de la lengua y de la realidad a través de una visión del mundo, la cual, en el caso del *OED*, se encuentra articulada dentro de una relación centro-periferia que acentúa su etnocentrismo. Para llegar a esta conclusión, Benson lleva a cabo un repaso por las teorías del lenguaje desarrolladas entre los siglos XVII y XX, estableciendo sus relaciones con los proyectos culturales lexicográficos de cada época.

Benson se detiene, en primer lugar, en los intentos de los biblistas y etimologistas del siglo XVII, cuyo interés por conocer el origen del lenguaje se tradujo en diccionarios etimológicos. Desde su punto de vista, este siglo es también en el que, bajo una discusión entre lenguaje y pensamiento, se origina un cierto cometido lexicográfico interesado por una “successful communication ... guaranteed by the rational metalinguistics efforts of the educated elite” (2001, 12).¹⁰⁵ No menos idealista aparece, tiempo atrás, el proyecto lexicográfico dieciochesco, signado por el interés de depurar la lengua mediante el diccionario, un texto guiado por la razón. Al siglo XIX, le deberíamos la conceptualización del diccionario como un metalenguaje descriptivo con la capacidad de externalizar la estructura de la lengua. Por lo menos dentro del modelo victoriano, el diccionario representaría un instrumento de estandarización, progreso y refinamiento interesado por homogeneizar la lengua.

El siglo XX, no obstante, plantearía dos escenarios en disputa: el proyecto saussureano interesado por explicar la variación lingüística y, a la postre, homogeneizarla; y el proyecto bajtiniano de explicar cómo dentro de la heteroglosia, característica distintiva de la lengua, operan procesos de homogeneización. Como hemos señalado anteriormente, es en esta segunda línea donde aparecen las teorías sobre la ideología, el poder y las variación de contextos sociales.

El pensamiento sobre el lenguaje de Bajtín parte de reconocer la dinámica entre multiacentuación social y uniacentuación ideológica, que para el caso del diccionario equivale a una supresión semántica. Benson recupera una discusión entre Bajtín y Saussure al respecto de los usos conceptuales del diccionario, señala el autor:

¹⁰⁵ Para Benson, el tema de un lenguaje nuevo que socave la ambigüedad convencional encuentra en Leibniz su punto de toque. En el “Idioma analítico de John Wilkins”, Jorge Luis Borges (1952) ironiza y amplifica este razonamiento, tomando como punto de partida la jactancia de la Real Academia Española, la cual “elabora cada tantos años un diccionario, que define las voces del español...”.

Neither Volosinov nor Bakhtin comment on the dictionary, but Volosinov (1973, 80) does comment briefly on the importance of the ‘dictionary word’ to the ‘abstract objectivist’ (Saussurean) linguists of his time, their anxiety to give words meanings outside of contexts of use and their anxiety to create ‘the fiction of a single and actual object corresponding to the given word’. (2001, 22)

Ambos planteamientos podría ser diferenciados por medio de una serie de dicotomías: signo ideológico-signo lingüístico, objetivismo abstracto-relativismo contextual, unidad o univocidad-variedad o heteroglosia, descriptivismo-interpretativismo, etc. Pero lo que nos interesa recuperar es la imagen del diccionario que puede colegirse de ambas posturas y las conclusiones que pueden sacarse al respecto.

Por el lado saussureano, el diccionario se convierte en un texto descriptivo, se asume que la lengua es un objeto que puede ser descrito de manera objetiva, que codifica diversos subsistemas lingüísticos y que ofrece una descripción objetiva que exterioriza la estructura lingüística. Pasa a convertirse en una metodología científica que parte de la descripción de la unidad lingüística a la explicación de su variacionismo.

Por el lado bajtiniano, el diccionario no representaría a la lengua tal y como es, sino que ofrecería una interpretación de ésta a partir de los términos de una ideología dominante. Se trataría de un discurso histórico que cobra sentido en determinados contextos y que cumple funciones de homogeneización, mas no las explica. El diccionario sería un texto ideológico en el sentido de que cumple con una significación cultural, social, política, económica que aparece velada por su talante científicista. Vendría a ser un discurso producido entre otros y que sostiene con ellos tensiones y negociaciones de sentido, disputas por el dominio simbólico o por la legitimación cultural.

En su calidad de discurso semiótico, existe por igual una serie de valoraciones sociolingüísticas que caracterizan a este tipo de textos: exhaustividad, pertenencia, existencia, control de uso, inclusión-exclusión. De acuerdo con Benson,¹⁰⁶ son valoraciones que operan dentro de los propios marcos con los que se estructura el diccionario (un marco paradigmático, la “macroestructura”, y otro sintagmático, la “microestructura”. Estas valoraciones cuentan con un correlato en el tipo de marcas utilizadas para evaluar el léxico (marcas de regionalismos o extranjerismos, sobre todo). En el caso del francés, varios

¹⁰⁶ La caracterización semiótica del diccionario es retomada por Benson (2002, 27) a partir de la metalexigrafía francesa, sobre todo del pensamiento de Rey-Debove y Beaujot.

autores han reparado en el hecho de que este aparente ejercicio descriptivo termina por representar un discurso que construye una lengua centralizada basada en el uso parisino.¹⁰⁷

En resumen, Benson recupera cuatro temas que vinculan ideología y diccionario:

- La cuestión de las creencias de los usuarios sobre este tipo de obras, vinculadas a los prejuicios de los lexicógrafos, propone una primera ruta de análisis: entender las expectativas desde las cuales es leído y construido este discurso.¹⁰⁸
- Las prácticas mediante las cuales un diccionario privilegia a una cultura y, en consecuencia, suprime a otras.¹⁰⁹
- La descontextualización del signo como un estrategia de elisión ideológica: los procedimientos científicos de abstracción de términos como censuras de la multiplicidad de sentidos.¹¹⁰
- El autoreconocimiento, la pertenencia, la autorepresentación, legitimación, definición y consolidación que una comunidad estima en estas obras en tanto formas compartidas de su propia representación.¹¹¹

El problema disciplinario como reducto de la ideología

Con base en este repaso, tal pareciera que la discusión sobre la ideología lexicográfica termina por originarse en un proyecto disciplinario que ha condicionado las formas y funciones de los vocabularios. Como lo había señalado previamente Luis Fernando Lara,¹¹² es posible diferenciar entre los hechos objetivos y los subjetivos cuando se persigue una *diferenciación metodológica* que nos permita describir el aspecto cuantitativo de la lengua, despejado de toda la serie de valoraciones políticas, económicas, culturales que entran en juego en el drama social. Esto no quiere decir que dichas valoraciones se encuentren desarticuladas. A grandes rasgos, la discusión que hemos planteado busca recuperar las consecuencias de dicha creencia metodológica. Pues una cuestión fundamental sobre estas

¹⁰⁷ Boulanger (1986), Collingnon and Glatigny (1978), Michel de Certau (1977) ofrece una investigación de corte similar pero ubicada a nivel histórico, observando las estrategias posrevolucionarias mediante las cuales el estado francés requirió de una lengua común para la administración y la enseñanza.

¹⁰⁸ Moon, (1989).

¹⁰⁹ Girardin, (1979).

¹¹⁰ Buzon, (1979).

¹¹¹ Beaujot, (1979).

¹¹² Véase nota 45.

decisiones teóricas reside en el efecto que producen a la hora de construir un cierto sobrentendido sobre qué teoría es la que puede explicar un determinado fenómeno.

La publicación reciente de *A Political History of Spanish. The Making of a Language*, editado en Cambridge en el 2015, suscitó un debate que ejemplifica las diferencias entre posturas teóricas y las distancias entre tipos de interpretaciones –y donde tienen cabida los habituales procesos de legitimación y deslegitimación académicos. Ángel Alonso Cortés, catedrático de lingüística en la Universidad Complutense, preparó una reseña crítica que cuestionaba con argumentos históricos el diseño de esta obra.¹¹³ Lo más determinante de su crítica aparece cuando, después haber pasado revista a los aspectos generales de esta historia política, señala que el vínculo entre nación y lengua nebricense “requiere una explicación filológica” (2016). Con ésta, sólo se limita a identificar las acepciones de *imperio* y *nación* de la época y a encontrar sus parangones con las formas de dominio latinas, haciendo así historia filológica, no social, y agregando el paradójico comentario sobre cómo el uso del latín en los pueblos conquistados por los romanos fue habitual, pues éstos eran “absorbidos por un *proceso natural de aculturación*”.

Estas divergencias en torno a la teoría y los conceptos que guían una investigación, dentro de las cuales la problemática de la ideología en el diccionario ofrece varias salidas, proponen una discusión de fondo sobre las maneras en que una teoría puede llegar a patrimonializar las explicaciones sobre un fenómeno en específico. Immanuel Wallerstein explicó de manera puntual cómo el proyecto moderno de las ciencias sociales se caracterizó por una férrea delimitación disciplinaria.¹¹⁴ A cada ciencia, por decirlo de alguna manera, le correspondía una parcela de la realidad que, en términos teóricos, significaba la liberación de un concepto en específico: cultura para la antropología, sociedad para la sociología, política para la economía política, etc. A la filología, que no tardaría en ver nacer a la lingüística dentro de su seno, le correspondía sobre todo el estudio comparativo de las lenguas antiguas y orientales, hasta que Ferdinand de Saussure situara a la lengua como su objeto de estudio.¹¹⁵

Sin hacer mella a toda la valiosísima producción que este modelo disciplinario de las ciencias sociales ha permitido construir, también podemos observar el origen de una visión

¹¹³ “Idioma y poder: el caso del español”, *Revista de Libros*, 18/05/2016, disponible en <http://www.revistadelibros.com/articulos/idioma-y-poder-el-caso-del-espanol>

¹¹⁴ Véase “La construcción histórica de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta 1945”, en *Abrir las ciencias sociales*, trad. Stella Mastrángelo, Siglo xxi editores, México, 1996, pp. 3-36.

¹¹⁵ “Los estudios clásicos eran principalmente estudios literarios, aunque evidentemente se superponían con el estudio histórico de Grecia y Roma” (1926, 27).

fragmentada no de la teoría, la cual necesariamente necesita ser acotada, sino de la realidad. Como lo ha señalado Bruno Latour refiriéndose a la historia de la teoría sociológica, el procedimiento para analizar la realidad implicaba inicialmente que lo social explicaba lo social. De tal suerte que cualquier otro elemento que no fuera concebido como social debería quedarse al margen y ser explicado por la disciplina correspondiente.¹¹⁶

El surgimiento de la sociolingüística y la etnolingüística rápidamente captó la dificultad de explicar fenómenos relativos al lenguaje y la lengua sólo tomando como punto de partida el sistema lingüístico.¹¹⁷ Le otorgaron un mayor peso a una dimensión que denominaron como lo extralingüístico o el contexto. El lugar de la ideología se encontraría albergado en alguno de estos dos espacios (conceptuales). Como hemos señalado, esta primera línea de pensamiento arranca desde la lingüística saussureana hasta los análisis del discurso contemporáneos, con una serie de modificaciones, críticas y compenetraciones entre paradigmas que, con gran esfuerzo, la historia de la lingüística se ha encargado de organizar.¹¹⁸

Sin embargo, con Benson quedó señalado cómo otras tradiciones intelectuales elaboraron una visión diferente sobre la lengua, con una teoría particular que considera al signo como un producto ideológico. Desde los estudios de Mijaíl Bajtín y su círculo, por ejemplo, la ideología o las valoraciones no se encuentran fuera de la palabra, sino que tienen precisamente en ella su punto de anclaje, la manera de vehicular la cultura y la visión de mundo. Para efectos del presente análisis, la pregunta que ahora surge sería cómo poder escuchar estos elementos al interior de un diccionario, donde lo que prima, desde el siglo XV, es una suerte de respeto y veneración ascética por la palabra, cómo poder percibir la vida social del léxico cuando un diccionario lo que pretende devolvernos es su identidad

¹¹⁶ “Se decía que determinado aspecto era ‘social’ o ‘perteneciente a la sociedad’ cuando podía definirse como poseedor de propiedades específicas, algunas negativas –no debe ser ‘puramente’ biológico, lingüístico, económico, natural y otras positivas: debe lograr, reforzar, expresar, mantener, reproducir o subvertir el orden social. Una vez definido este dominio, no importa lo vago de la definición, entonces podía utilizarse para echar algo de luz sobre fenómenos específicamente sociales -lo social podía explicar lo social- y aportar un cierto tipo de explicación para aquello de lo que no pudieran dar cuenta los otros dominios: la apelación a ‘factores sociales’ podía explicar los ‘aspectos sociales’ de fenómenos no sociales” (2005, 16).

¹¹⁷ Para un recuento histórico-disciplinario, véase Beatriz R. Lavandera, “El estudio del lenguaje en su contexto sociocultural”, en Newmeyer, Frederick J., *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge IV. El lenguaje en su contexto sociocultural*, Madrid: Arco/Libros.

¹¹⁸ Cabe recordar que Saussure acudía a la inmanencia de la lengua, al hecho de que importa por sí misma, para construir un espacio de análisis que no estuviera supeditado a cuestiones filosóficas o normativas.

lingüística, depurada de los juegos del habla. Un cementerio de la palabra, un espacio donde la palabra languidece, como el propio Bajtín (1997) llegó a describirlo.

Todas estas interrogantes orientaron la propuesta de análisis que presentamos en el apartado metodológico y que retoma una serie de conceptos tomados del pensamiento de Bajtín. Asimismo, este tipo de análisis nos ayudará a constatar cómo en el caso del español, la manera de acercarse por parte de la historia de la lexicografía a los léxicos muestra precisamente el proceso de consumación de un cierto tipo de ideología lingüística, interesado por abstraer a la palabra de su cultura, mediante un ejercicio cuasi imposible que en algunas épocas ha significado progreso.

Bajtín le dedicó a la Edad Media y el Renacimiento un estudio sobre la cultura popular que sigue representando un punto de apoyo para conocer aquellas otras voces que no eran dulces y doloridas como las de Petrarca.¹¹⁹ Su lectura es indispensable para conocer a los individuos que fungían como blanco de tiro para construir y justificar políticas sobre lengua. Una constante de finales del siglo XVI a la fecha se aprecia en el uso cotidiano de la lengua como enemigo principal de los redactores de gramáticas y ortografías. En la historia de la lengua española, el Apéndice de Probo es buena muestra de la construcción de un “deber decir”.¹²⁰

Ya tendremos espacio para señalar cómo, a su particular manera, Alfonso de Palencia, Antonio de Nebrija y Rodrigo de Santaella coincidían en la necesidad de recuperar el buen latín, lo que implicaba en primer lugar comprenderlo, saberlo pronunciar y, finalmente, crear las condiciones de su valoración y prestigio.¹²¹ El lexicógrafo anónimo que también analizamos llevó este dicitario al español, permitiéndonos así familiarizarnos con la oralidad de su época en sus distintas modalidades: alta, llana y baja, de acuerdo con una teoría de los estilos grecolatina retomada en aquella época.

Pero revisar la ideología en el discurso lexicográfico, desde una teoría como la de Bajtín o J. B. Thompson, también nos lleva a cuestionar la lógica de la codificación y decodificación con la que por lo regular se realizan explicaciones sobre el procedimiento que un diccionario

¹¹⁹ *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rebelais*, versión de Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza, 2003.

¹²⁰ Se trata de una obra medieval que registra las formas correctas de hablar el latín; sin embargo, su valor histórico estriba en que consigna las formas de la oralidad, lo cual ha dado la pauta para conocer las maneras en que una palabra se iba transformando mediante su uso cotidiano.

¹²¹ Carmen Lozano (2011, IX) nos recuerda cómo Nebrija se reía de los medicastros ignorantes del latín que llegaban a “confundir la *úvula* con la *vulva*”.

lleva a cabo. En definitiva, un diccionario es una obra de consulta que nos devuelve un conocimiento erudito, que puede estar científicamente formulado, para solventar problemas de comunicación y necesidades informativas. Sin embargo, no sólo se trata de un instrumento que despeja dudas sobre el uso correcto de la lengua. De igual manera, forma parte del proceso de construcción de una idea sobre la deóntica de lo correcto, lo autorizado, lo legítimo, lo aprobado, lo verdadero, lo válido o, inclusive, lo existente. En estos caso, no sólo es posible pensarlo en términos de su producción (cómo se organiza el léxico o cómo se define), sino también en términos de su consumo: a qué diccionario acude un determinado grupo y por qué, cuáles son los léxicos que en un determinado contexto cobran mayor relevancia y bajo qué circunstancias, cómo reaccionan ante la definición del léxico que les concierne.¹²²

El *DRAE* es sin duda un buen ejemplo de la respuesta insatisfactoria que diversos grupos tienen sobre la forma en que es definido el campo semántico referente a ellos.¹²³ Para estos grupos, tampoco existe una separación entre lo lingüístico y lo extralingüístico y la forma en que ellos leen el predicado de un artículo es tanto o más como un definición de su propia identidad. Los académicos explican que un diccionario tiene que representar los sentidos que una lengua manifiesta de manera objetiva; es decir, que si una comunidad de hablantes como la española ha puesto por escrito en repetidas ocasiones un significado sobre una palabra, la tarea lexicográfica consiste en depositar esa acepción dentro un repertorio léxico. Paz Battaner, lexicógrafa de la RAE, ha dicho por ejemplo: “la sociedad es sexista, no la lengua española; la lengua es de todos y en este todos me reconozco yo, que soy mujer, aunque tenga un plural en -os.”¹²⁴

La objetividad es aquí sinónimo de mayoría, de producción escrita y de subjetividad colectiva (en la terminología lexicográfica esto se traduce mediante los conceptos de frecuencia, documentación y sentido estereotípico). En este sentido, cabría preguntarse por la operatividad de consultar a las comunidades marginadas sobre las maneras en que ellos se

¹²² Véase nota 14.

¹²³ Asociaciones que defienden la libertad de género y prácticas sexuales, como Acrópolis, grupos de juezas, comunidades como la gitana, entre muchas otras, constantemente solicitan por vía legal la transformación de las definiciones de términos como bisexualidad, jueza (la cual se definía como esposa del juez) o trapacero. Pues desde su perspectiva, emic en términos antropológicos, los predicados no se corresponden con su realidad. El diccionario, en este sentido, estaría construido desde una perspectiva etic.

¹²⁴ “Paz Battaner: ‘la sociedad es sexista, no la lengua española’”, entrevista con Sergi Doria, ABC, 05/12/2015.

definen y cuestionar si los sentidos que éstas crean en sus prácticas culturales, depositados o no en un soporte escrito, son suficientes para ser recogidos por un diccionario general.¹²⁵ Tal y como lo señalaba Benson, desde una perspectiva sociológica el diccionario parecía reproducir las lógicas de exclusión o diferenciación sociales presentes en la realidad, contribuyendo a su reproducción. Así pues, con base en este criterio, una definición lexicográfica no podría llegar a ser objetiva, sino únicamente congruente con su posicionamiento teórico y los criterios metodológicos que defina. No obstante, seleccionar una teoría implica obligatoriamente un acto ético, una relación de rechazo, negociación o aceptación con un sistema de valores.

El caso de las academias de la lengua es mucho más complejo y necesita ser tratado con una investigación minuciosa. Pues es moneda corriente encontrarse con textos sensacionalistas que contribuyen a la desacreditación, basada en lugares comunes, sobre sus proyectos.¹²⁶ Sin embargo, este tipo de trabajos deben ser tenidos siempre en cuenta, porque se refieren a referentes compartidos por una gran mayoría del mundo hispánico que cuenta con ciertas condiciones, recursos y tipos de formación; y para quienes los medios de comunicación son por lo regular los mediadores de su representación social.

Dentro del drama social, es un tema de análisis el lugar y las mecánicas que, por ejemplo, la clase política, bajo la lógica de la mercantilización de la cultura, les pretende otorgar a los vocabularios. Muchas veces esta clase acude a ellos para negociar con la historia de la cultura, creando productos noticiables que nos invitan a creer que los restos de un autor del Siglo de Oro han sido localizados o que el verdadero origen del castellano se encontraba empolvado a las gavetas de un monasterio olvidado. Historiadores, lexicógrafos y filólogos, como ha señalado José Antonio Pascual, “pasamos de eso”,¹²⁷ y este tipo de lógicas mercantiles y políticas también deben ser tenidas en cuenta a la hora en que un académico exclama que él solo hace lingüística.

¹²⁵ El razonamiento de Battaner responde a una respuesta consensuada entre el gremio de lingüistas. Sobre este espinoso tema, como sobre la problemática de las alteraciones gramaticales relativas al lenguaje inclusivo, numerosos lingüistas han buscado cortar por lo sano: es una problemática social que necesita ser resuelta, pero que no le concierne a la lingüística.

¹²⁶ En 1985, Raúl Prieto publicó *¡Vuelve la real madre academia! Crítica científica, aunque irrespetuosa y cachonda*, del Diccionario de la Lengua Española, edición XX, 1984, de la Real Academia Española, una voluminosa obra de 410 de páginas que vuelve a contar la historia de esta academia a manera de sátira y tira cómica que reproduce los prejuicios clásicos sobre ésta: madrileñismo y vetustez.

¹²⁷ En Borja Hermoso, “Cartularios de Valpuesta: cuando el latín se hizo español. Clonados por primera vez los códices del siglo IX que contienen los vestigios más antiguos del idioma”, *El País*, 11/12/16.

Con todo, al igual que en el siglo XV el español de Toledo se erigía como el uso deseable a diferencia del uso andaluz,¹²⁸ hegemónicas sobre la lengua, variedades del español que gozan de mayor prestigio y diferenciación sociolingüística han existido por diversos motivos que es necesario ubicar. Lo que nos interesa principalmente en esta investigación es comprender el papel que cumple el diccionario en estos fenómenos. Sin el apoyo y las circunstancias políticas que fueron presentándose a finales del siglo XV hispano, sólo por mencionar un ejemplo, difícilmente este tipo de léxicos hubiera visto la luz. No obstante, tampoco podemos inclinar todo el peso de la balanza hacia este tipo de factores.

Desde los estudio culturales británicos, Stuart Hall ha propuesto un esquema teórico de codificación y decodificación que analiza las mediaciones por las que atraviesa un discurso. Es decir, su investigación propone a un texto como un discurso negociado que recorre diferentes estancias relacionadas con las condiciones de producción, el trabajo creativo, la forma en que se difunde y es recibido. En el apartado metodológico presentaremos a los actores que es necesario considerar para llevar a cabo este tipo de acercamiento.

Así pues, un análisis sobre la ideología no significa asumir que una institución simplemente genera discursos para dominar a un grupo. No se trata, como en la novela de George Orwell *1984*, de un mundo donde paulatinamente son eliminadas palabras del diccionario para reducir la imaginación de sus habitantes y hacerles interiorizar el control sobre su realidad (lo cual no deja de comportar una poderosa alegoría para la dominación simbólica). Investigar la ideología dentro de una forma simbólica implica examinar la manera en que es movilizado y utilizado el sentido, con una finalidad y un propósito que puede implicar la coerción pero también *la resistencia*, en donde caben proyectos para sentar las bases de un pensamiento que puede llegar a buscar su legitimación al imponerse frente a otros. Por ello, el análisis de la censura o de los índices prohibidos contribuye a comprender qué era lo un grupo estimaba como representable, tanto de manera consciente como inconsciente.¹²⁹

A principios del siglo XVI, la ideología lexicográfica jugó un papel fundamental en la manera de crear códigos para registrar la lengua, para generar un modelo que permitiera

¹²⁸ Véanse las críticas de Juan de Valdez (1535) al español de Nebrija, corrompido desde su imaginario lingüístico debido a su influjo andaluz.

¹²⁹ Una lógica similar observa Néstor García Canclini (1990) con la práctica artística, en donde, como señaló Bourdieu, lo interesante es el análisis de las formas de representación que un grupo genera y considera válidas.

evaluarla, definirla y difundirla. Desde la visión filológica, era un medio que conectó a las naciones europeas mediante léxicos de traducción y que se convirtió en un texto característico de Occidente. La teoría decolonial, en cambio, lo ha leído como un instrumento de hegemonía que justificaba su expansión, tal como lo ha señalado Walter Mignolo (1994) en su revisión de la colonización de América y del Renacimiento.

Ahora bien, para acercarse a la lexicografía del último periodo medieval habría que considerar no sólo el contexto de la época correspondiente, sino también tener una imagen consistente del panorama contemporáneo, puesto que es desde este horizonte que nos acercamos al pasado.¹³⁰ Al estudio de la ideología, consideramos necesario agregarle una dimensión histórica que reflexione sobre los oficios políticos de la memoria, tanto a nivel interno de un léxico, como en una forma discursiva, en el sentido de una práctica para atesorar y construir una visión del pasado. Es por ello que, en segundo lugar, hemos intentado vincular parte de la discusión sobre el concepto de memoria persiguiendo su relación con el trabajo que los lexicógrafos han llevado a cabo.

¹³⁰ Existen además textos que más adelante recuperaremos que analizan desde otro posicionamiento la ideología lexicográfica. Véase José Antonio Pascual y M^a del Carmen Olaguibel. 1992. "Ideología y diccionario". En Ignacio Ahumada (ed.). *Diccionarios españoles: contenidos y aplicaciones. Lecciones del I Seminario de Lexicografía Hispánica (Jaén, 21-24 de enero de 1991)*, pp. 73-89. Jaén: Casa Editora El Estudiante; y Susana Rodríguez Barcia. 2008. *La realidad relativa. Evolución ideológica en el trabajo lexicográfico de la Real Academia Española (1726-2006)*. Vigo: Servizo de Publicacións.

Nuestra memoria social de la lengua, depositada en los diccionarios, nos permite comprender significados que han tenido las palabras a lo largo de la historia; a base de esa memoria se puede entender, ponderar y criticar el pasado y el presente de las sociedades. Los intentos o hasta la exigencia de borrar acepciones y palabras de los diccionarios conducen a la pérdida de la memoria y de la perspectiva histórica, que son elementos fundamentales de la libertad.

LUIS FERNANDO LARA

1. 7. Memoria

La literatura de investigación lexicográfica ha descrito de manera general algunos de los puntos en que diccionario y memoria llegan a tocarse. En su revisión histórica del diccionario monolingüe, Luis Fernando Lara reconoce por ejemplo las finalidades políticas que cubrían los textos de las primeras academias europeas de la lengua. Refiriéndose al vínculo imperio-nación nebrixense, en un breve apartado sobre lengua y memoria heróica, señala este autor:

Elio Antonio de Nebrija [...] lo manifiesta en el famoso prólogo a su *Gramática* de 1492: tras la conocida afirmación de que ‘siempre la lengua fue compañera del imperio’, en la cuarta línea, desarrolla la idea de la corruptibilidad de las lenguas con la historia de los hebreros, los griegos y los romanos, situando a España en el mismo nivel de prestigio que los imperios de la Antigüedad, en la línea 30 propone como primera tarea del imperio, una vez lograda la unificación de España, la primera ‘arte de la paz’: ‘aquella que nos enseña la lengua, lo cual nos aparta de todos los otros animales y es propia del hombre’, es decir, la gramática. Y la gramática tiene como primer objetivo fijar la lengua para el porvenir, para asegurar que quede *memoria* de la grandeza del imperio. (1997, 30)

Inscritos en lógicas de conmemoración y en búsqueda de argumentos filológicos, los primeros vocabularios monolingües participaban de esta visión. Contribuían a la creación de un discurso histórico que sirviera como bandera de identidad para la demarcación política e ideológica de sus territorialidad. En este caso, la definición del léxico representaba un ejercicio de rememoración que servía de respaldo en la reconstrucción de una autonomía que seleccionaba intencionadamente episodios pasados de su cultura e historia.

Desde una perspectiva diferente, los propios autores de léxicos también han llamado la atención sobre el vínculo memoria-diccionario. Así, los primeros redactores del *Diccionario de Autoridades* (1724, III) señalaban las dificultades que conllevó elaborar esta obra y dejaban en claro que “es preciso que se noten muchos defectos: porque como depende de excitación de

especies, y de retención en la memoria, no es posible apurarla en toda perfección”.¹³¹ En este caso, la memoria formaba parte de las herramientas indispensables para recopilar y definir una parte del léxico hispano.

Junto a los usos políticos de la memoria y a su empleo como acervo, algunos teóricos han propuesto considerar al diccionario como una memoria cultural: “El diccionario es [...]el depositario de las obras de los hombres y del tiempo, que terminan siendo siempre palabras. Archivo y memoria, el diccionario, como objeto cultural que es, permite conocer la vida de los pueblos y dejar constancia de su peculiar recorrido por el tiempo” (2000, 21). Esta caracterización negaría una posible imagen del diccionario como memoria lingüística, arguyendo la manera en que este texto cifra significaciones que trascienden el léxico, y por medio de las cuales es posible leer una cultura.

Tanto en la teoría como en la práctica, el vínculo entre memoria y diccionario apunta en diferentes direcciones. Por ello, en los apartados siguientes nos interesa desarrollar esta relación desde varios ángulos. Al respecto, propondremos una serie de cuestiones de carácter teórico: 1) las diferentes dimensiones del nexo memoria-diccionario, 2) el tipo de memoria lexicográfica, 3) las características de esta memoria, 4) su construcción, 5) los usos para los que se destina, y 6) el lugar que dentro de una sociedad ocupa la memoria lexicográfica.

1. 7.1 Memoria y diccionario

Los ejemplos citados al inicio del apartado bien pueden servir de muestra para señalar tres dimensiones entre memoria y diccionario. A *nivel de concepto*, una representación que aparece con mayor frecuencia la concibe en términos de un objeto creado socialmente para acceder a la memoria de un grupo. Como ha señalado Luis Fernando Lara, “a la sociedad le ha resultado importante conservar esa memoria y con esa memoria se enfrenta a la experiencia de la vida y aprende a nombrarla” (2014, 4:35). Se trataría, así, de un objeto creado que serviría de soporte y depósito de conocimiento.

Ahora bien, esta noción materialista cuenta con diversas acepciones que agregan, una a una, diversos matices. Puesto que si bien denominaciones como repositorio, archivo, testimonio o tesoro, entre otras, resaltan en su conjunto el procedimiento a través del cual un

¹³¹ Las cursivas son nuestras. Nótese la cercanía de procedimientos manifestada por estos autores. Su propósito era recolectar el mayor número de lo que hoy denominaríamos signos y acepciones [excitación de especies], lo cual implicaba necesariamente un trabajo nemotécnico, un ejercicio de recordación que en la actualidad se refiere a la competencia de los redactores.

vocabulario alberga conocimientos por medio de la palabra, cada una de ellas aporta singularidades y matices. Sebastián de Covarrubias, por ejemplo, al referirse a su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) tenía en mente una tradición discursiva interesada por el enciclopedismo y la etimología, pero, al mismo tiempo, su idea de tesoro implicaba una conciencia de la riqueza y el patrimonio simbólico de la lengua española.¹³²

Los comentadores del *Tesoro* también han reparado en los ejercicios de libre asociación realizados por Covarrubias para interpretar la lengua. Basadas en etimologías populares, suposiciones y, sobre todo, rememoraciones, este erudito salamantino no dudaba en utilizar una serie de recursos y fuentes que la lexicografía moderna fue paulatinamente relegando. Inclusive para Covarrubias, la redacción de su tesoro y las peripecias que le procuró a la hora de construirlo constituyeron parte de su memorial lexicográfico.¹³³

La innovación en los procedimientos lexicográficos ha suprimido el hecho primario de que todo diccionario implica una rememoración, la cual ha incrementado su especificidad y variado sus métodos con la evolución del género. El ejercicio de la memoria se encuentra inclusive en el origen de las primeras manifestaciones lexicográficas del español. El caso de las glosas emilianenses y silenses da cuenta de la necesidad de contar con un soporte escrito relativo al léxico que monjes copistas fueron olvidando paulatinamente. En el siglo XV, un lexicógrafo anónimo no dudaba en evocar una de sus experiencias personales a la hora de definir la forma *rico hombre*:

Y yo me acuerdo auer visto vna señora, hija de el rey don Henrrique el noble, que ouo en vna gran dueña que llamaron doña Maria de Ribera: fue esta señora llamada doña Constançia y caso con el ynfante don Juan de Portugal; y porque no era ligitima, no la llamauan infanta nin tampoco dueña, mas llamauanla ricahembra.¹³⁴

Este brevísimo fragmento entresacado de un vocabulario anónimo del siglo XV muestra la asociación mental cuasi inmediata que el lexicógrafo establece a la hora de trabajar con una palabra. Hoy afirmaríamos que el lexicógrafo se mueve en el terreno de los campos semánticos, viajando entre los significados de una palabra para ofrecer un mapa con sus

¹³² No olvidemos que uno de los propósitos del *Tesoro* consistía en plasmar una memoria eterna, construida de honra, utilidad y necesidad. En su censura, Pedro de Valencia (1611, fol.), cronista general del Rey, expresaba: “no he hallado en él cosa contraria a la Fe ni a las buenas costumbres, antes tiene muchas muy útiles y está lleno de varia y curiosa lección y dotrina”.

¹³³ Véase el prólogo a la edición preparada por Martín de Riquer [1941], Barcelona, Alta Fulla, 1998, pp. 15-21.

¹³⁴ S. v. *rico hombre*, fol. 13 r.

principales puntos de sentido. Sin embargo, esto implicaría asumir las convenciones del diccionario en tanto género lexicográfico, el cual sólo se afianza a inicios del siglo XVIII.

Los primeros lexicógrafos no dudaban en recuperar experiencias personales, recuerdos o vivencias que se disparaban a la hora de referirse a una palabra. Quedaba en su método la posibilidad de añadir o no este tipo de información. Esto es, a *nivel de prácticas*, el recurso de acudir a la memoria personal representaba un tipo de herramienta con diversos usos: ejemplificar un contexto, dar un testimonio, ofrecer una erudición, entre otras, todo lo cual formaba parte de la interpretación de un vocablo.

En el terreno de las prácticas, la relación entre memoria y diccionario depende de las tradiciones textuales y los géneros discursivos propios de la cultura escrita analizada. Cada cultura escrita sostiene una relación con la oralidad, la escritura, los soportes del texto, los escribanos, la figura del autor, los lectores, la socialización del texto, el lugar del conocimiento, la valoración del texto, etc., que inciden en las maneras en que una obra se inscribe social y culturalmente.

De acuerdo con los trabajos de Roger Chartier, los escribanos medievales del siglo XI habían abstraído ya la materialidad y la forma del texto como una metáfora para la creación literaria.¹³⁵ Es decir, el soporte de la escritura había pasado a ser un objeto de reflexión, descrito recurrentemente con ciertas valoraciones que comenzaban a circular dentro de la sociedad y que marcarían la pauta para comprender las metáforas que veían al libro como sinónimo de conocimiento o de cultivo personal, a la manera de los bachilleres de los Siglos de Oro.

Aquellas metáforas que describían al diccionario como un “cementerio de la palabra”¹³⁶ o un “tumbaburros”¹³⁷ se encuentran articuladas dentro de una serie de prácticas donde este soporte se encuentra interpretado social, cultural e históricamente. Una memoria de lo que alguna vez significó una palabra, o de la dimensión donde la palabra muere, es una apreciación intelectual formulada dentro de un microuniverso de reflexión sobre el lenguaje, a diferencia de la imagen señalada por García Márquez (en Pérez, 2005), en la cual el

¹³⁵ Véase “La cera y el pergamino. Los poemas de Baudri de Bourgueil”, “Escritura y memoria. El ‘librillo’ de Cardenio”, en *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, trad. Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, pp. 19-39; 39-61.

¹³⁶ Metáfora paradójica sugerida por Bajtín (1997, 122) que engloba el requerimiento cultural de fijar la lengua frente a sus recurrentes cambios.

¹³⁷ Recogida por Javier Pérez (2005, 67) junto a numerosos testimonios sobre las representaciones del diccionarios en la literatura y las artes.

diccionario parecería representar el memorial de una cultura importada para un proyecto de alfabetización.

El hecho de memorizar conocimientos como una práctica cultural no puede ser entendida completamente sin enfocar los procesos en que es necesario reconstruir una memoria. Al inicio de este apartado citábamos las palabras de Nebrija que expresaban el deseo por construir una memoria heroica que diera cuenta de la grandeza del imperio. Tanto la gramática como el diccionario constituían las dos herramientas para poder descifrar la lengua de las crónicas que narrarían sus hechos; pues la lengua, como lo señalaban el maestro de Lebrija, andaba suelta y no había sido puesta bajo arte.¹³⁸

Entre las líneas de su obra, Nebrija no perdió la oportunidad de imprimir su huella para la posteridad. En el prólogo a su *Diccionario latino-español*, dirigido a Juan de Zúñiga, expresaba su deseo de immortalizarse por medio de la palabra:

Assi que luego que comencé a ser vuestro, puse delante los ojos una grande esperança de immortalidad: y tente una obra, la qual pensaba ser la maior y mas necesaria de todas: y a la qual no solamente io, mas aun todos los maestros de todas las sciencias apenas puedan satisfacer. Porque cada profesor en su arte o no cura o no sabe lo mas de los vocablos de las cosas, con los cuales si alguna vez encuentra por aventura, o los disimula o toma uno por otro, o con una generosa verguença confiessa que no los sabe. (1492, IIv)

Un diccionario no sólo habría de resolver necesidades prácticas, sino que daría constancia, para las futuras generaciones, de un trabajo estimado dentro de su campo sociocultural como valioso y aprobado. Es este sentido de una obra *memorable* el que también contribuyó a la consumación de la práctica cultura lexicográfica. No obstante, lo que nos interesa resaltar en este caso es el sistema de valores y creencias en el que cobra sentido la redacción de un diccionario como una obra memorable. Más adelante, nos referiremos al sistema de valores tardomedieval y a la antropología humanista, con su propia concepción de hombre y con un concepto de ocio creativo, en el que se inscribe esta idea de diccionario.

¹³⁸ En la *Gramática de la lengua española* de Nebrija (2011 [1492], 9) se puede leer: “I por que a mi pensamiento i gana siempre fue engrandecer las cosas nuestra nación i dar a lo ombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio, que agora lo gastan leyendo novelas o istorias embueltas en mil mentiras i errores, acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que los que ahora i de aquí adelante enél se escribiere pueadan en un tenor i estender se en toda la duración delos tiempo que están por venir, como vemos que se a hecho enla lengua griega y latina, las cuales, por aver estado deaxo de arte, aun que sobre ella an pasado muchos siglos, toda via quedan en una uniformiad. *Por que, si otro tanto en nuestra no se haze como en aquellas, en vano vuestros cronistas y estoriadores escriben i encomiendan a immortalidad la memoria de vuestros loables hechos i nos otros tentamos de pasar en castellano las cosas peregrinas i estrañas, pues que aqueste no puede ser negocio de pocos años*”. Las cursivas son nuestras.

Así pues, es dentro de un conjunto de prácticas y relaciones sociales que los diferentes léxicos adquieren su función y significado cultural. Inscrito en numerosos procesos –dentro de los cuales la construcción de una memoria histórica o la perpetuación del propio autor son sólo una parte posible adscrita a un determinado tiempo y espacio– el diccionario llega a condensar valores, subjetividades e imaginarios que lo transforman en una memoria cultural.

1.7. 2. La memoria lexicográfica

La principal fuente utilizada por Nebrija para la elaboración de sus diccionarios fue su propia competencia lingüística, y su gran memoria.

GLORIA GUERRERO

Las propias definiciones del diccionario realizadas a partir del siglo XVIII hasta finales del siglo XX coligan en presentar la imagen de este texto como un catálogo de palabras. Los artículos académicos y extraacadémicos, por lo general empleando materiales similares, no parecen dudar ni poner en entredicho la naturaleza de repositorio léxico que define al diccionario.¹³⁹ En el prólogo al *Diccionario de Autoridades*, los redactores marcaban una diferencia entre vocabulario y diccionario que requiere ser considerada:

[...] en la Léngua Española se entienden comunmente por vocabularios los libros en que se expressan las voces, sin explicarlas, ni adornarlas con etymologías y phrases que se vuelven en otra Léngua, como Latina, Francesa, ò Toscana, y por Diccionarios se entienden los libros, donde no solo se vierten en otra Léngua los vocablos, sino que se explica su naturaleza, y el sentido de las phrases, quando la voz se junta con otra, ù otras. (1726, II)

Este propósito de ahondar en la propia estructura de la palabra, que en el siglo XIX constituiría el paradigma descriptivista,¹⁴⁰ podría llevarnos a definir, inicialmente, la memoria lexicográfica como una memoria esencialmente léxica. Sin embargo, dos cuestiones pueden llegar a problematizar esta aseveración. En primer lugar, aparece el tema del relativismo cultural, a partir del cual es posible reconocer la relación entre una cultura o diferentes épocas de una cultura y su producción de textos. Esto nos llevaría a identificar cómo, dentro

¹³⁹ Con modificaciones, la definición de 1732 atraviesa cuatro siglos de labor lexicográfica. Apareció en sus inicios seguida de una explicación histórica y sus respectivas autoridades, para adquirir una forma cuasi definitiva en 1786, con la publicación del *Diccionario castellano* preparado por el jesuita Esteban de Terreros y Pando. Este intelectual, siguiendo a la Academia Española, ofreció el siguiente predicado: “coleccion hecha en forma de catalogo de todas las palabras de alguna, ó algunas lenguas, ó de la materia, que toma por asunto...”. Para rastrear la permanencia de esta definición, consúltese el lema ‘diccionario’ en el *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*, disponible en <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-antiores-1726-1992/nuevo-tesoro-lexicografico>

¹⁴⁰ Véase, Phil Benson, “Dictionaries and theories of language”, en *Ethnocentrism and the English Dictionary*, 2001, pp. 8-24.

de occidente, la escritura se ha convertido en un campo especializado que ha buscado plasmar su propio código para ser definida: el diccionario. Como vimos anteriormente, esta idea está presente ya en Nebrija. En segundo lugar, surge el problema de la referencialidad de la palabra definida en un vocabulario, el cual nos enfrenta con las dificultades de asumir que toda palabra puede ser definida únicamente por su identidad lingüística.

Las relaciones entre memoria y diccionario cobran un sentido adecuado al atender las diferentes formas de la cultura escrita donde estos objetos han sido utilizados. Si bien hemos señalado la injerencia de la memoria lexicográfica en diversos procesos socioculturales, es necesario atender a las diversas maneras en que la escritura y la oralidad negocian sus maneras de expresión y le otorgan significaciones al valor del diccionario. Es posible ubicar al diccionario, siguiendo la observación de Luis Fernando Lara,¹⁴¹ como una tecnología escritural y mnemotécnica que responde a la evolución cultural de Europa. Pero la idea de una evolución acarrea ciertos sobrentendidos que pueden hacernos perder de vista la complejidad que el diccionario presenta en diferentes culturas, al mismo tiempo que reproduce cierta visión eurocéntrica sobre el diccionario.

Los diferentes tipos de léxicos producidos en el tiempo representan formas variadas de recopilar las producciones sociales de una cultura. Son memorias que por lo general han enfocado su atención en una cierta cultura, apartando a otras en el proceso. Durante muchos siglos, la inclusión de una palabra en un diccionario, el rito de la legitimación, respondía más a un criterio cultural e ideológico que a uno lingüístico. Pues en el fondo pervivía una disputa entre una cultura legítima, superior, dominante, elitista –de acuerdo con las diferentes denominaciones gramscianas–,¹⁴² y una cultura popular. La mayoría de los primeros diccionarios se encargaban de recopilar los elementos lingüísticos útiles para la cultura escrita de las élites políticas, universitarias, religiosas, protoburguesas, excluyendo la producción de la cultura popular, tildada, en términos lingüísticos, como incorrecta, bárbara, rústica, tosca, corrupta. Dentro de este confrontamiento, latente durante los siglos XV y XVIII, lo interesante para nuestro análisis de la memoria lexicográfica aparece en el momento en que la producción popular justificaba la legitimidad del discurso lexicográfico de las clases

¹⁴¹ De acuerdo con Luis Fernando Lara (1997, 18), “El diccionario [...] es un fenómeno verbal que antecedió históricamente a la constitución de su propia metodología, porque fue un resultado de la evolución de la cultura en varias civilizaciones, particularmente en la europea”.

¹⁴² Para una precisión de estos diferentes matices, véase Guillermo Bonfil Batalla, “Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados”, en *Patrimonio cultural y turismo. Cuadernos 3. Pensamiento acerca del Patrimonio Cultural. Antología de textos*, México: CONACULTA, 2005, pp. 45-70.

letradas. Un lexicógrafo anónimo del siglo XV o XVI que estudiaremos más adelante expresaba:

Así es que muchos vocablos de la Lengua Castellana parecen a los extranjeros improprios, i tales que no tienen algún fundamento razonable, lo cual tienen por culpa o defecto de los que mal i torpemente los pronunzian corrompiendo i dañando la propiedad de los vocablos; i corrupta la propiedad, piérdese la significación de ellos. I viene esto por la mayor parte por la grosseza i rusticidad de los aldeanos, cuya torpeza y rudeza es enemiga y madrastra de la hermosa elocuencia i polizia de el hablar; que no se queriendo hazer fuerza ni poner dilijenzia en pronunziar bien las palabras domando y acabando la rudeza i aspereza de sus lenguas i labrios toscos i yertos, ni habiendo cura de se fazer en ello alguna premia, que es zierto que lo mucho alcanza hombre de aquello a que se da con dilijenzia, que ya se han visto personas que de su nazimiento son zezcosas, e haziendose alguna fuerza, e continuandolo, pierden el zezcar. (1935, 47)

Si bien este fragmento se encuentran atravesadas múltiples cuestiones contextuales: la circulación cultural del español en Italia y Francia; la teoría clásica sobre la lengua, que, como enseñaba Nebrija, velaba por la corrección en tanto método para preservar el latín clásico; la antropología humanista del cortesano, que implicaba maneras específicas de “escribir como se habla” bajo la influencia de Castiglione,¹⁴³ la imagen que presenta del diccionario permite observar la disputa por la representación discursiva de dos culturas. Sin embargo, sólo una de ellas habría de ser puesta por escrito para ser recordada y preservada frente a los embates de la segunda.

Así pues, la memoria lexicográfica construida en los albores de la modernidad sentaría las bases y los criterios culturales para conceptualizar al diccionario como un producto de élite que marcaría distinciones sociales mediante la representación de un tipo de léxico.

1. 7. 3. Características y tipos de la memoria lexicográfica

El hecho de que los diferentes tipos de repertorios presupongan un soporte escrito o, actualmente, digital no debe hacernos pasar por alto que las manifestaciones lexicográficas existen previamente en la sociedad y la cultura. Fenómenos como la oralidad, la competencia comunicativa, la memoria léxica, es decir, el intercambio lingüístico en sí, disponen de

¹⁴³ “Porque cierto, o a lo menos según mi opinión, lo escrito no es otra cosa sino una forma de hablar que queda después que el hombre ha hablado, y casi una imagen o verdaderamente viva de las palabras; y por esto en el hablar (el cual en el mismo punto que la voz es fuera de la boca queda derramado y perdido) pueden quizá sufrirse algunas cosas que en el escribir no se sufren, porque la escritura conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole tiempo de considerarlas maduramente” (Castiglione, 1997 [1528], pp. 80-81). En el caso italiano, la idea de contar con un soporte para considerar maduramente la lengua se encontraría presente en los diccionarios de la Crusca.

estrategias verbales que numerosas culturas han llevado al plano de la escritura, dando como resultado formas lexicográficas variadas. Desde la época de los antiguos glosógrafos,¹⁴⁴ el diccionario vino a encapsular una práctica de comprensión comunicativa llevada a cabo a través de medios específicos. La práctica de la denominación, la sinonimia y la equivalencia ganó terreno en los primeras nomenclaturas de las que tenemos noticias.¹⁴⁵

Es sobre todo en los léxicos de mayor antigüedad donde la combinación de un ejercicio de recordación y una práctica oral se traslucen en los procedimientos de lematización. Desde el siglo XVI, por ejemplo, el género del vocabulista,¹⁴⁶ tómesese el caso del *Vocabulita aravigo en letra castellana* preparado por fray Pedro de Alcalá para la evangelización de los moriscos andaluces, daba cuenta del *continuum* entre oralidad y escritura. Incluso, una marca tan habitual como “se dice” o “dícese” fue adquiriendo paulatinamente su significado figurado de “significa”, una vez que el diccionario se consideró como una memoria libresca. En sus inicios, no obstante, su empleo aludía por igual a la pronunciación y no exclusivamente a la escritura o al sentido, presupuesto que vino a afianzarse posteriormente.¹⁴⁷

Es en este sentido que proponemos una memoria lexicográfica circunscrita a la oralidad, a partir de la cual la práctica de elaborar diccionarios ha retomado algunos de sus procedimientos habituales.¹⁴⁸ Los estudios sobre géneros y tradiciones discursivas son útiles en este aspecto, puesto que ejemplifican la manera en que un género discursivo suele nutrirse de tradiciones discursivas previas. Tomando como punto de partida este principio, las formas orales de definir el léxico representarían la tradición oral sobre la cual cierto grupo de diccionarios lograron asentarse.

¹⁴⁴ Véase *La introducción a la lexicografía griega* preparada por F. R. Adrados, E. Gangutia, J. López Facal y C. Serrano Aybar, Madrid, Instituto Antonio Nebrija-csic, 1977.

¹⁴⁵ Véanse los apartados sobre la actividad lexicográfica en las sociedades antiguas y en la antigüedad clásica de Verónica Cristina Trujillo González, en su capítulo sobre “Lexicografía y sociedad: un panorama histórico”, en *Lexicografía, Metalexicografía y Traducción: estudio del Dictionnaire culturel de la mythologie gréco-romaine* [tesis de doctorado], Las Palmas de Gran Canaria, 2011, pp. 25-66.

¹⁴⁶ Antonio Alatorre (2013) señala la precisión de que el género del vocabulista se refería al empleo de carácter pragmático que englobaba dicha obra.

¹⁴⁷ Nebrija utilizaba la fórmula latina *id est* para realizar sus equivalencias del latín al romance, mientras que reservaba la cláusula *se dice* para los términos que iban de este último al latín.

¹⁴⁸ Son necesarios en este punto ejemplos de culturas en las que se observe el tránsito de formas lexicográficas orales y formas escritas. En el *Cratilo*, por ejemplo, existe un trabajo de definiciones y equivalencias léxicas que podrían abrir la reflexión sobre las prácticas orales que dieron cabida al género lexicográfico por escrito, en el caso de la cultura occidental.

Con esta propuesta buscamos despejar una oposición entre oralidad y escrituralidad que suele impedir tanto el análisis de los elementos orales dentro del diccionario, como de las convenciones lexicográficas, en su modalidad escrita, de las que echan mano los hablantes al tratar de definir una palabra.¹⁴⁹ No debe pasarse por alto que la memoria léxica, una de las partes de la competencia comunicativa del hablante, está en el centro de la producción lexicográfica. Buena parte de la creación lexicográfica es un ejercicio de recordación especializada. Es tanto un requisito para elaborar un diccionario como uno de los procedimientos más inmediatos y naturales de representar el léxico.¹⁵⁰

Toda observación que pueda realizarse sobre el vínculo entre memoria y lexicografía cobra un significado consistente cuando se busca su comprensión dentro de los horizontes de la cultura escrita y oral en que se produce. Los historiadores de la escritura y de la oralidad han señalado las relaciones entre ambas formas comunicativas y han apreciado el predominio que la escritura fue adquiriendo por diferentes motivos. En el caso de los vocabularios, un aspecto relevante son las relaciones de acercamiento, distanciamiento y connivencia que este tipo de soportes han establecido con la escritura y la oralidad.

Las consideraciones de los lexicógrafos sobre las fuentes escritas han diferido a lo largo del tiempo. La palabra escrita no siempre ha representado un criterio de autoridad, su afianzamiento fue cobrando fuerza paulatinamente con el desplazamiento de la oralidad. Esto es, el diccionario en ciertos contextos ha permitido configurar un tipo de memoria correctiva o normativa en contra de la oralidad, sobre todo en el ámbito educativo y en la lexicografía prescriptiva interesada por la regulación de una lengua estándar.

Así pues, la memoria y el diccionario han sostenido relaciones con propósitos heterogéneos. Por un lado, libros de primeras letras, por ejemplo, apelan a un tipo de léxico que estimula la familiarización con la lengua de manera lúdica: ejercitándola semántica y

¹⁴⁹ Para enfocar el peso específico que la oralidad tiene en el diccionario, cabría retomar la figura del hablante, una autoridad bajo la cual se buscaba sustentar el criterio léxico dentro de los diccionarios. La edición de Rafael Alemany al diccionario académico recupera dicha figura.

¹⁵⁰ Luis Fernando Lara expresa: “Para ser lexicógrafo es mucho más importante tener ciertas aptitudes que no se enseñan en la universidad: un interés casi universal por las cosas, que encuentre atractivo lo mismo en una receta de cocina que en un texto de genética; una práctica de la escritura y una voluntad de estilo, y conocimiento de otras lenguas, pues muchas veces ese conocimiento sirve para establecer contrastes con la lengua propia, que le permiten a uno tomar distancia de ella y le develan matices del significado oscuros para cualquier persona monolingüe”. Extraído de <http://dem.colmex.mx/moduls/Default.aspx?id=8>

pragmáticamente.¹⁵¹ Por otro, desde finales de los años noventa, las investigaciones especializadas han comenzado a construir corpus de fuentes orales, un tipo de acervo que regularmente estaba sujeto a los criterios lexicográficos de corporaciones o academias.

En los años cuarenta, la lexicografía hispana pasó a convertirse en una suerte de *watchdog* de la lengua. Se interesó por vigilar sus cambios y evolución, influida por las nociones saussureanas del sistema lingüístico. Este giro, que buscaba acentuar la sincronía, tuvo como resultado la imagen del diccionario a guisa de “repertorio vivo de la lengua”,¹⁵² a la manera de una memoria reciente del léxico que lo presentara en su dimensión actual y de uso, y distanciándose de la imagen museológica o arqueológica del diccionario.¹⁵³ Paralelamente, la lexicografía se encargó de precisar los criterios temporales para evaluar el léxico. De esta manera, quedarían desplazados los ejercicios de rememoración de los primeros lexicógrafos, los cuales empleaban su competencia cultural y lingüística para evaluar la novedad, antigüedad o procedencia de una palabra. Marcas del tipo: arcaico, desuso, neologismo, entre otras, serían definidas de ahora en adelante mediante el análisis de corpus que arrojan coincidencias e índices de frecuencia contruidos a partir de una memoria digital que almacena millones de entradas para evaluar el uso de la lengua en diferentes soportes, entre los que todavía predomina la lengua escrita.¹⁵⁴

No obstante, hoy resulta mucho más común observar una política lexicográfica interesada por sistematizar y definir la memoria reciente de una lengua (los diccionarios de uso apuntan precisamente a ese objetivo). El diccionario se ha convertido es un texto que necesita ser reciclado periódicamente para ofrecer una radiografía contemporánea del léxico, con una relación paradójica entre memoria e innovación muy semejante a la de Aquiles y la tortuga, en la que ninguno de los dos llega a distanciarse idealmente pero con la condición de nunca poder coincidir.

1. 7. 4. Construcción y función de la memoria lexicográfica

¹⁵¹ Desde las *Chispitas gramaticales* (1957) de Benito Fentanes que conjugaban el aprendizaje lúdico y de memoria hasta las estrategias especializadas de Elizabeth Heyns (2015) en su *Descubre el diccionario*, estimular el acercamiento a la lengua y el diccionario parte de la necesidad de construir una memoria léxico en los jóvenes estudiantes.

¹⁵² “Introducción”, *Diccionario esencial*, Madrid, 2010.

¹⁵³ El *Diccionario del Español Actual* de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos representaría la obra por antonomasia.

¹⁵⁴ Hoy inclusive plataformas como google o google books se han convertido en un criterio para validar el uso léxico. En su presentación al *Diccionario de Mexicanismos*, Company Company (2010) afirma haber empleado como criterio de selección estos medios.

Para comprender el proceso de construcción de la memoria lexicográfica, no basta con señalar a las fuentes escritas y orales como los recursos de los que dispone el autor de un vocabulario. Es necesario examinar de igual manera las instituciones interesadas por construir este tipo de acervos, los movimientos culturales, el flujo intelectual del contexto y las tradiciones discursivas a partir de las cuales adquiere forma y función una nomenclatura.

La investigación elaborada por Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel sobre las lenguas locales o dialectos franceses después de la Revolución de 1789 es particularmente ilustrativa en los tipos de conexión necesarios para examinar el procedimiento por medio del cual políticas de la lengua fueron giradas con la finalidad de instaurar el francés moderno. Sirva esta investigación para señalar la dimensión política, económica y sociocultural que suele incidir en la construcción de una historia de la lengua, en la cual cobra protagonismo el diccionario en tanto sistematizador del léxico.

Al igual que con la historia de bronce, característica del siglo XIX, existe una representación del diccionario que lo ubica en una dimensión alejada de la lengua empleada en el uso cotidiano, una representación característica de la lexicografía dieciochesca interesada por exhibir, en el caso del español, el uso culto y autorizado por la pluma de los escritores de los Siglos de Oro. Este tipo de concepción de los léxicos, seleccionada para fijar el esplendor lingüístico de una nación que buscaba revitalizar sus símbolos y su tejido político, permanece en ciertas representaciones sobre el diccionario y en la creencia de que es un tipo de obra alejado de la realidad cultural y lingüística. La crítica de Juan José Arreola al entonces denominado *DRAE*, hoy *DLE*, apuntaba en esta dirección:

Del diccionario de la Academia yo no puedo más que desopinar. Yo no creo que poseamos todavía un diccionario ni de la Academia, ni de nada. Hablaría del diccionario de Corominas, que es una empresa colosal, hecha por un solo hombre, Joao [sic] Corominas, el diccionario etimológico. El diccionario de la Academia, a través de todas sus ediciones, ha conservado algunos vicios de origen. Es un diccionario estrecho, abusivo en muchos aspectos, concede demasiada importancia a minucias. Para un juego que se practica en la provincia de León entre muchachos, dedica 24, 30 líneas; y para otra cosa, nada. Un diccionario desequilibrado, absurdo, como casi todos los diccionarios. (1986, 37:31-38:10 mins.)

Un diccionario desigual, dispar, localista conforma una representación extendida de este tipo de vocabulario a lo largo del tiempo y el espacio. De manera ulterior, la observación de Arreola apunta nuevamente hacia el proyecto de la elaboración de un léxico como efecto colateral de la construcción de la historia de España, dentro de la cual, como lo había hecho notar Antonio Alatorre (2013), la participación americana solía englobarse en un capítulo

tangencial. La codificación de la lengua española dentro de un diccionario participaría de este tipo de razonamiento: un corpus sólido, históricamente recuperado, del español ibérico que, en segundo término, incluiría voces americanas, como parte de la memoria de esas naciones, pero en función de la historia de la lengua española tejida en Europa.

Paul Ricoeur, en un debate con Maurice Halbwachs, ha colocado numerosos elementos para plantear esta discusión. En primer lugar, revisa los procesos de familiarización por medio de los cuales Halbwachs da cuenta de la manera en que interiorizamos la historia: un discurso remoto y ajeno que produce la sensación de colocarnos fuera del tiempo, de señalar, secretamente, que como individuos no participamos en la construcción de la historia. Después, recupera la problemática distinción entre memorias e historia, volviendo a traer a cuento la dificultad que supone regresar constantemente al hecho de que la historia representa un relato del estado. El pensamiento de Ricoeur también nos previene de pensar en el diccionario, en tanto narración, como un simple proceso acumulativo de conocimiento. Su relación con el tiempo tiene múltiples facetas y son interesantes las valoraciones que crea al recuperar un tipo de léxico, por lo general bien afianzado históricamente, pues de esa manera pareciera dejar en evidencia la vitalidad de la lengua.

Con la elaboración de los diccionarios se manifiesta una cierta política del olvido que puede llegar a legitimar el pasado y el conocimiento que de éste se tiene. Pues toda representación histórica, como lo ha señalado Elizabeth Jelin,¹⁵⁵ conlleva una negociación con el pasado. Teóricos sobre la memoria han coincidido en que el pasado no es una dimensión estática, sino que comporta un plano que constantemente es resignificado de acuerdo con las perspectivas del presente mediante algún tipo de práctica. Una de las prácticas más habituales de la lexicografía hoy en día consiste principalmente en la mantención de un diccionario vigente, lo cual ha dado la pauta para dirimir qué tipo de palabras resultan actuales. Bajo este criterio, un corpus de palabras y de sentidos pasan a primer término, mientras que otras son estratégicamente relegadas a léxicos especializados.

¹⁵⁵ Entre los distintos que niveles que la socióloga argentina ubica inicialmente, se encuentran “Primero, entender las memorias como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales. Segundo, reconocer a las memorias como objetos de disputa, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcados en relaciones de poder. Tercero, ‘historizar’ las memorias, o sea, reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar asignado a las memorias en diferentes sociedades, climas culturales, espacios de luchas políticas e ideológicas” (2002, 2).

En suma, un determinado colectivo define qué tipo de palabras debe ser retenido dentro de la memoria lexicográfica y cuáles serían susceptibles de ser desterradas al olvido.

En sus estudios sobre literatura y cultura escrita medieval, Roger Chartier ha observado a la inscripción y la borratura como dos mecanismos socioculturales de preservar y destruir representaciones de la realidad. Para él, la escritura es al mismo tiempo un mecanismo para el recuerdo y el olvido mediante el cual los escribas transmiten sus significaciones. Es un lenguaje para designar su realidad que cumple diferentes funciones. Sin embargo, es ante todo un código que debe ser conocido y albergado para poder ser instruido y compartido. Por lo que debe contar con su propio soporte.

Ahora bien, Jelin prosigue en su teoría apuntando al hecho de que memoria y olvido son dos formas de trabajar con el tiempo que presentan diversas prácticas y aspectos formales. Con los ejemplos del discurso periodístico, ejemplifica cómo una determinada institución realiza una serie de prácticas culturales para rememorar y celebrar sus símbolos.

“Hay un culto al pasado”, nos dice Jelin, refiriéndose tanto a la vida cotidiana como al espacio público y los medios masivos de comunicación. En el caso de la lexicografía hispana, los primeros académicos tenían el proyecto de recuperar el esplendor de la lengua de los Siglos de oro, un culto a la lengua de Cervantes que se rememora periódicamente.

Las publicaciones recientes de diccionarios de coloquialismos, formas festivas, regionalismos, léxico pudibundo, insultos, entre otro tipo de palabras ubicadas al margen de cierto decoro mediado por el entrecruce de instituciones (familia, escuela, trabajo, compadrazgo, amiguismo, y un amplio espectro que incide en la selección del léxico para su exteriorización), no hacen sino demostrar los intereses por recuperar deliberadamente una parte de la producción cultural y léxica.

Si bien los diccionarios del argot abrieron camino para recuperar la lengua de los bajos mundos o los dobleces semánticos con los que una cultura se comunica, resiste y encara el uso oficial o autorizado, las soluciones de diversos lingüistas al problema de la recopilación de estas formas no ha tenido respuestas contundentes o satisfactorias.¹⁵⁶ Así pues, es un tipo de conocimiento, con una cierta función, por el que clásicamente apostaron los diccionarios modernos, diferenciados de otros tipos que podrían ser transmitidos por experiencias y contactos empíricos o cotidianos.

¹⁵⁶ Lara (2016) señala que formas léxicas como el albur no pueden ser consignadas dentro del diccionario.

Cabe señalarse que la lexicografía actual se encuentra en un periodo de hiperespecialización. Existen un sinnúmero de diccionarios, cuya eclosión data del primer tercio del siglo XX, que cumplen variedades insospechadas de finalidades. Inclusive, cada vez cobra mayor fuerza la figura del antidiccionario, construido en su mayoría bajo la lógica del consumo masivo y que apela por lo regular a la lengua cotidiana, popular o soez, un registro que por lo general no solía contar con historiadores que lo documentasen.¹⁵⁷

Existe una función civilizatoria que ha cubierto al diccionario desde muchos siglos atrás, que está ya presente en los léxicos medievales, la cual cumple un tarea política y de adoctrinamiento, moldeando la subjetividad y al estar albergada dentro de un sistema normativo. Podríamos considerarla como una estación que utiliza a este tipo de discursos para la entrada al conocimiento legitimado, a un conocimiento establecido que no ofrece posibilidad de invención o réplica. La lógica del diccionario precisamente es ésta: presentarse como un discurso abarcador formado por sentidos avalados e incontestables.

Michel Foucault y Phil Benson han propuesto reflexionar sobre el diccionario a la manera de un discurso histórico para distribuir y controlar un tipo de conocimiento.¹⁵⁸ Se trataría del discurso que, en forma de glosario, acompaña a los libros de primeras letras, el discurso para familiarizarse con el léxico especializado, la obra de consulta por antonomasia e incluso un hábito recomendable para una persona medianamente formada dentro del sistema educativo que va de la enseñanza primaria a la superior. Sin embargo, el hecho de que sea histórico no resulta igual de relevante como la cuestión del poder sobre los sentidos que se distribuyen socialmente, significaciones sociales y temporales, en términos de Bourdieu, un poder simbólico que aparece de forma cuasi natural.

En resumen, de toda esta caracterización, nos interesa mantener la consideración del diccionario como una forma de modelar la memoria de una lengua, como un modelo de conservación o una forma de construir una arquitectura textual, sociocultural y, en última instancia, mental. Esta caracterización nos será de utilidad para nuestro análisis de la producción lexicográfica medieval del siglo XV hispano. Ya hemos señalado que el

¹⁵⁷ En México, el ejemplo actual es el *Chingonario. Diccionario de uso, rehuso y abuso del chingar y sus derivados*, preparado por María del Pilar Montes de Oca Sicilia. Existe también una versión en línea que lanza artículos con mayor recurrencia. Este tipo de obras en México tienen como precedente el *Diccionario de la real epidemia de la lengua*, construido por el comediante mexicano Eugenio Derbez.

¹⁵⁸ Véase “The dictionary as discourse”, en *Ethnocentrism and the English Dictionary*, Nueva York y Londres, Routledge, pp. 33-42.

diccionario es el resultado de un trabajo sobre el léxico organizado bajo una idea del mundo, al mismo tiempo un archivo construido por la recopilación de otros textos, con la intención de compilar sentidos que con el tiempo y el desuso quedan relegados. Pero nuestro interés se ha encaminado hacia la reflexión de las funciones socioculturales de este discurso, tratando de reunir los elementos que nos permitan interpretar la hegemonía que detentan en la lengua y ciertas prácticas que giran alrededor de una triada compuesta por ideología, memoria¹⁵⁹ y poder.

En el apartado destinado al análisis del manuscrito anónimo tendremos oportunidad de presentar las teorías sobre la memoria que desarrollaron los humanistas italianos del cuatrocientos. En el conocimiento de la cultura escrita de dicha época, Roger Chartier ha ahondado en la investigación de las prácticas de escritura y de lectura donde la memoria cumplía un función determinada, un soporte por escrito, ya sea dentro de la oratoria o en lo que hoy denominaríamos preparación académica.¹⁶⁰ Con este recorrido esperamos esbozar algunos de los planteamientos teóricos a través de los cual observamos nuestros corpus de análisis.

A continuación, presentaremos un primer bosquejo del apartado metodológico de esta investigación. En él, partiremos de modo inverso, y con un intención sintética, a como lo hicimos en este recuento teórico. Desarrollaremos en primer lugar el marco metodológico desde el cual nos ubicamos, para describir después los métodos y las técnicas de análisis empleados para definir nuestro objeto de estudio y poder así llevar a cabo su estudio. Los ejemplos de análisis sobre textos lexicográficos que hemos podido recopilar quedarán reseñados en segundo lugar, aunque muchas de sus características nos servirán como punto de comparación para perfilar el tipo de acercamiento que hemos diseñado.

¹⁵⁹ Una pregunta específica a la que nos invita el concepto de memoria apunta precisamente al hecho de si un diccionario recupera parte de la memoria colectiva de una época o se trata de un ejercicio individual en el que prima el recuerdo de quien se dedica a tesaurizar el léxico.

¹⁶⁰ La memoria es una de las fases de la preparación del discurso dentro de la retórica. Cabe señalarse que los antiguos no necesitaron de muchos vocabularios, se limitaron en su mayoría a glosar a Homero, la causa estriba en que muy probablemente todos ejercitaban la nemotecnia. Como lo había observado Sócrates, la escritura era un fármaco para la memoria.

2. Metodología para la interpretación lexicográfica

La lectura del diccionario es siempre una disciplina provechosa: vemos cocerse y cuajar los términos, deshacerse y refundirse, ir de un sentido a otro; seres de existencia flotante que viven sobre los labios de los hombres y se engendran de aire.

ALFONSO REYES

2. 1. Preliminares de metodología cualitativa: hacia la escenificación de la cultura lexicográfica

Como podrá haber advertido el lector, esta investigación se desarrolla partir de los presupuestos del modelo de la metodología cualitativa. Con base en los intereses de nuestra investigación y de la filiación teórica que hemos seleccionado, consideramos que el paradigma cualitativo ofrece el tipo de herramientas adecuadas para estudiar procesos y prácticas culturales condensadas en el corpus de vocabularios definido. Para llevar a cabo nuestro estudio, requeríamos de una metodología que estableciera un puente para englobar ideas, subjetividades y valoraciones entrelazadas en textos que cuentan con una dimensión material que ya ha sido previo objeto de acercamientos filológicos y bibliográficos.¹⁶¹ Este último aspecto, que podríamos denominar cuantitativo, cuenta con un cúmulo de análisis al que recurriremos para triangular algunas de nuestras observaciones, buscando así nexos entre fenómenos tipificados como sociales, culturales, políticos, históricos y lingüísticos.

Cabe recordar que dentro de las ciencias sociales y las humanidades, la metodología cualitativa no ha contado históricamente con el mismo prestigio que el paradigma cuantitativo. La década de su florecimiento suele ubicarse dentro de los años sesenta en el seno de estudios sociológicos norteamericanos. Acercamientos cualitativos, sin embargo, pueden rastrearse desde el siglo XIX, con investigaciones británicas sobre la clase trabajadora. La fenomenología husserliana trajo consigo una serie de conceptos e intereses de investigación (la mente, la subjetividad, las emociones, entre otros) que sentaron las bases

¹⁶¹ Nos referimos a la literatura de investigación que ha señalado las condiciones materiales de la obras que aquí recopilamos. Estos acercamientos se conforman, a grandes rasgos, de revisiones estadísticas sobre la cantidad y cualidad de vocablos recopilados, sus transformaciones en ediciones posteriores y la descripción de las condiciones del manuscritos. Véase el trabajo de Fernando Huarte Morton “Un vocabulario castellano del siglo XV”.

para edificar una metodología que no buscará traducir la realidad en su dimensión mensurable, sino que se preguntara por el aspecto ideográfico.¹⁶²

Teorías como el interaccionismo simbólico y la hermenéutica, fuertemente influidas por el surgimiento del giro lingüístico, fueron dos de los paradigmas que comenzaron a reconocer con mayor fuerza la necesidad de acercarse a la producción de sentido en donde se inscribía un determinado fenómeno. Privilegiaron la dimensión simbólica y empezaron a proponer la metáfora metodológica de que cualquier fenómeno podía ser entendido en términos de un texto. Por lo tanto, buena parte de las herramientas y los conceptos de análisis de la semiótica y la lingüística comenzaron a ser empleados para referirse a la realidad ahora mediante denominaciones como significado social, texto cultural o gramática del sujeto, entre muchos otros. De igual manera, se comenzó a hablar de las narrativas de un grupo o del drama social, denominaciones popularizadas a finales del siglo XX por el giro postmoderno.

Sin embargo, las críticas realizadas al paradigma cualitativo no se hicieron esperar y apuntaron directamente a su falta de rigor, a la imposibilidad de verificar y replicar sus datos, y, para el caso concreto de las investigaciones posmodernas, a la creación de una serie de hábitos intelectuales que parecían volver, con pleno conocimiento de causa, incomprensible el desarrollo y el seguimiento de sus investigaciones.¹⁶³ Así, dentro de los círculos más conservadores del mundo académico, la investigación formulada desde la metodología cualitativa resultaba impresionista o subjetiva.

Los investigadores que defendían el modelo cualitativo señalaron a su favor que los criterios para evaluar sus investigaciones no podían partir de la evaluación construida a partir del modelo cuantitativo. La metodología cualitativa proponía sus propias condiciones y, por lo tanto, tendría que ser considerada a la luz de sus propios presupuestos. Entre ellos, es posible ubicar el empleo de la multimetodología, de la triangulación de datos, de la

¹⁶² Véase el apartado introductorio de María Dilia Mieles Barrera, Graciela Tonon y Sara Victoria Alvarado Salgado, "Investigación cualitativa: el análisis temático para el tratamiento de la información desde el enfoque de la fenomenología social", *Universitas humanística*, no. 74, julio-diciembre, 2012, pp. 195-225.

¹⁶³ La crítica más aguda fue la formulada por Alan Sokal (1997) en sus *Imposturas intelectuales*, donde ofrece un recuento pormenorizado del predominio de la retórica científica.

presentación del proceso de investigación y de la construcción de un acercamiento verosímil, todo lo cual tendría que ser expuesto a lo largo de la elaboración del trabajo.¹⁶⁴

Para el caso de nuestra investigación, esto implica la necesidad de recurrir a diversos métodos de investigación que nos permitan aproximarnos a nuestro objeto de estudio. Con esto queremos señalar que no son suficientes por sí mismos análisis del discurso o análisis históricos, acercamientos desde la lexicografía o la historia de la lengua; técnicas estadísticas o comparativas, sino que la puesta en marcha de todas éstas permitiría la construcción de una interpretación profunda y compleja, que evidencie cuáles son sus marcos de referencia y sus limitaciones, ofreciendo una perspectiva que exhiba a los actores, las prácticas culturales y los fenómenos sociolingüísticos involucrados con nuestro objeto cultural.

Así pues, con base en la metodología seleccionada, el trabajo que realizamos se aleja, en un primer momento, de los acercamientos empíricos que trabajan con una realidad ubicada en un tiempo y en un espacio determinados: en nuestro caso, el trecho que va de 1450 a 1499 en tres lugares concretos: Sevilla, Salamanca y Toledo, al ser ahí donde los vocabularios fueron publicados por primera vez. Esto es, identificamos esta realidad pero simultáneamente enfocamos nuestra investigación en la producción simbólica de la que participa nuestro corpus. De tal manera que nuestro análisis buscaría abocarse al estudio de las ideas, valoraciones, mentalidades, ideologías, conceptos y sensibilidades que le dan forma y sentido a nuestros objetos culturales.

Es así que nuestra elección metodológica se inclina por analizar principalmente los prólogos que introducen a los cinco vocabularios recopilados. Consideramos que es precisamente en este tipo de textos donde se encuentra depositado el imaginario lingüístico y cultural que nos permitirá comprender la función de estos discursos dentro de su contexto. De igual manera, el estudio de los prólogos nos abrirá las puertas para acercarnos a las intenciones personales y de época que enmarcaron la redacción de estas obras, a las polémicas y las tensiones que condicionaban su producción y recepción.

Asimismo, los prólogos contienen un considerable cantidad de elementos para escenificar la realidad en que fueron elaborados, realidad que necesita ser reconstruida

¹⁶⁴ En su artículo “Métodos en investigación cualitativa: triangulación”, Mayumi Okuda Benavides y Carlos Gómez Restrepo relatan el posicionamiento de la metodología cualitativa y de la necesidad de poner en práctica varias técnicas de investigación de manera paralela.

paralelamente mediante el estudio del contexto y que comporta una influencia que no puede pasar desapercibida. Atinadamente, los estudiosos de las tradiciones discursivas han distinguido que entre la lectura de una obra y la realidad que reconstruye existe una mediación que no puede pasarse por alto: las convenciones del texto, el molde en que se deposita un discurso y que es signo en sí mismo.¹⁶⁵

Pero consideramos que el análisis de las condiciones sociales de producción y del contexto puede rendir mayores frutos si se realiza a partir de los elementos inscritos en los prólogos, buscando las implicaturas y los hechos históricos a los que hace alusión. Es decir, proponemos que el estudio del contexto debe surgir de los elementos reiterativos en los prólogos y volver a ellos con información documental que permita construir datos significativos. Ahora bien, aquellos datos que atraviesen a la mayoría de los prólogos serán recuperados para ofrecer un panorama que hemos denominado “los proyectos culturales lexicográficos del siglo XV hispano”.

De igual manera, como señalábamos previamente en el apartado teórico, analizar los prólogos no implica hacer necesariamente historia de la lengua de acuerdo con el modelo filológico convencional. En esta investigación no iremos exclusivamente a la búsqueda de cuestiones lingüísticas, sino que perseguiremos su relación con las problemáticas de su época, con las formas en que la lengua servía para llevar a cabo una práctica cultural. Esto no quiere decir que rehusaremos a los conocimientos que los propios historiadores de la lengua y de la lexicografía han construido, sino que trataremos de identificar las tensiones socioculturales en la cuales se producían. Por tensiones socioculturales, en el caso de nuestro corpus, no solamente aludimos al tema de la recuperación del latín o de la expansión de los reinos de los reyes católicos; sino que intentaremos reconstruir la problemática acerca de los privilegios y el mecenazgo, de las prácticas cortesanas librescas, del ocio, de la diferenciación y exclusión social mediante el discurso, de los itinerarios culturales de los lexicógrafos, de la legitimación del poder, de la construcción política de una memoria, entre muchos otros. Consideramos que a todo esto y más apuntan los prólogos aquí recogidos, sólo que la posibilidad de su identificación se encuentra en profunda correspondencia con la reconstrucción del contexto, la sensibilidad teórica y el conocimiento del grupo.

¹⁶⁵ Véanse los trabajos de Johanes Kabatek (2005), Wulf Oesterreicher (2001, 2002) o Araceli López Serena (2011), para entrar en la problematización apuntada por estos autores para el estudio de las tradiciones discursivas medievales.

Esta reconstrucción de los escenarios en que se produjeron algunos de los primeros diccionarios hispanos y de los actores, prácticas y procesos que les dieron forma y sentido podría ser definida como la cultura lexicográfica del cuatrocientos, una cultura fuertemente influida por el cristianismo y que tuvo que sortear guerras civiles y religiosas, en el marco de descubrimientos e inventos que transformaron, y en ciertos puntos preservaron, la visión medieval del mundo.

Así, el propósito de una multimetodología diseñada bajo una perspectiva cualitativa no se subsume al criterio de ofrecer únicamente explicaciones objetivas, sino que apuesta por la interpretación profunda y la representación de los escenarios en que circularon los objetos culturales. Es en ese punto que nuestro análisis mantendrá una mayor cercanía con las investigaciones relacionadas por la historia cultural.

2. 1. Metodología de la interpretación: hacia la comprensión del objeto cultural lexicográfico

La metodología de la interpretación construida por el sociólogo norteamericano John B. Thompson, discípulo de Pierre Bourdieu, tiene como principal objetivo construir una vía comprensiva que permita la aplicación del pensamiento hermenéutico sobre diversos fenómenos mediante una perspectiva crítica. Por muchas décadas, los hermeneutas filosóficos desarrollaron un sistema teórico que invalidaba la caracterización de la hermenéutica como una herramienta para la correcta interpretación de textos. La propuesta de Thompson, de corte sociológico, no busca devolverle a la hermenéutica su sentido instrumental, sino construir, a partir de una hermenéutica profunda, una forma de sistematizar la comprensión de un fenómeno que pueda ser puesta en marcha mediante la instauración de un método.

Inicialmente, este autor propone denominar el concepto de forma simbólica u objeto cultural, en el cual nosotros ubicamos al diccionario en el punto de su contacto sociocultural, al texto o fenómeno en cuestión que sirve de punto de partida para el análisis. Esta estrategia metodológica permite visibilizar su relación con cuatro grandes elementos: vida cotidiana, instituciones, discurso e historia.¹⁶⁶ Así pues, la propuesta de Thompson define cuatro tipos de análisis para reinterpretar un objeto cultural: el análisis de la *doxa* o de la vida cotidiana, el análisis de las condiciones de producción y los espacios de interacción, el análisis discursivo-argumentativo y la reinterpretación, la cual cerraría el círculo hermenéutico y nos permitiría realizar una interpretación desde nuestro horizonte de expectativas.

Thompson propone también un análisis de la ideología que permita realizar una interpretación crítica. Inicialmente, asume que la realidad es un campo preinterpretado al que nos enfrentamos con nuestra visión de mundo y nuestro horizonte de expectativas. Por tal motivo, la manera en que el sentido es utilizado y movilizado no sólo puede ser comprendida en su literalidad, sino que también es necesario pasar revista a lo que una forma simbólica oculta deliberadamente. Son importantes en este sentido las omisiones, los presupuestos y las implicaturas, por lo cual habría que estar plenamente imbuido de las otras formas simbólicas a las que se hace alusión. Habría que tener en mente, a lo largo del análisis, aquello señalado

¹⁶⁶ Véase, J. B. Thompson, “La metodología de la interpretación”, en *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, p. 408.

por Mijaíl Bajtín referente al hecho de que un discurso siempre es una respuesta a una palabra que le antecede.¹⁶⁷

Metodológicamente, la hermenéutica viene a poner el acento en la dimensión simbólica de nuestro objeto cultural y a solventar el problema del contexto. Para muchos autores, acudir al contexto es una labor indispensable que se convierte en el factor determinante para alcanzar el sentido de un objeto cultural. Sin tener un conocimiento previo del contexto, nos dicen, corremos el peligro de ver la forma simbólica que analizamos desde nuestros prejuicios y visión de mundo, sin prestar oídos a la resonancia histórica que contienen. Quisiéramos aquí precisar que, al igual que una reinterpretación, el estudio y la representación del contexto conlleva un proceso creativo. La hermenéutica apunta que cada determinada época realiza una relectura de su tradición, de tal manera que la interpretaciones sobre una época como el siglo XV continúan reformulándose con el transcurso del tiempo y la llegada de nuevas reinterpretaciones.¹⁶⁸ La capacidad para construir un contexto se torna así en uno de los puntos medulares de la investigación para poder aterrizar el análisis.

Los humanistas del Renacimiento proclamaron un acercamiento al texto que actualmente no ha perdido vigencia. Ellos señalaron la necesidad de ir a las fuentes, lo que en su época significaba evitar la mediación del conocimiento que representaba el discurso religioso y de diversas obras que buscaban ofrecer textos expurgados o resumidos. Gracias a la tarea de numerosos filólogos y grupos de investigación, hoy en día es posible acercarse mediante herramientas electrónicas a las ediciones de los prólogos que acompañaron a la producción lexicográfica hispana del siglo XV.¹⁶⁹ Pero ello no nos libra de los intentos de modernizar el sentido de los objetos culturales, realizando análisis enfocados en cuestiones de interés actual o especializado.

Siguiendo la metodología de la interpretación de J. B. Thompson para analizar las formas simbólicas, una vez realizados los análisis sociohistóricos con los cuales buscamos

¹⁶⁷ Fórmula que resume el monismo y la historicidad del método marxista y que tipifica una de las cualidades del dialogismo. Véase al respecto, M. Bajtín, “La palabra en la vida y la palabra en la poesía: hacia una poética sociológica”, p. 106. A grandes rasgos, cuando asumimos que existe una separación entre los aspectos lingüísticos de los sociológicos, no hacemos sino reproducir una polémica que busca diferenciar entre el núcleo interno de una forma artística y un aspecto extralingüístico.

¹⁶⁸ Una de las mayores tentaciones del historiador, señalada por Mauricio Tenorio Trillo (2012), implica asumir que desde una época actual se tiene un mayor conocimiento sobre el pasado. La hermenéutica nos previene contra esta falsa creencia, precisando que la mirada a partir de la cual hoy revisamos nuestra tradición es sólo eso: la interpretación que realizamos desde nuestra epocalidad.

¹⁶⁹ Es invaluable en este punto la labor de las academias y los institutos de la lengua, así como de los centros universitarios que han digitalizado los materiales necesarios para llevar a cabo este análisis.

escenificar la cultura lexicográfica, recurriremos a un tipo particular de análisis del discurso fuertemente influido por los métodos de la teoría fundamentada, implementado directamente sobre los prólogos que acompañan a los diccionarios. De esta manera, buscamos establecer paralelamente un contacto entre la teoría social moderna y el corpus de nuestros objetos culturales. De igual modo, utilizaremos parte de la metodología que los romanistas de las tradiciones discursivas han construido para acercarse a los textos medievales, puesto que han identificado los conocimientos indispensables para trabajar con las convenciones textuales que estos discursos utilizaban. Dicho en otras palabras, nuestro análisis del discurso considerará las cuestiones semióticas y socioculturales producidas dentro de una fórmula textual mediada históricamente.

A continuación, presentaremos las bases metodológicas para llevar a cabo este tipo de análisis y recuperaremos ejemplos retomados de distintos estudios y diversas obras, con la intención de no agotar los estudios específicos que presentaremos en los apartados sobre Palencia, Nebrija, Santaella y los anónimos diccionaristas.

3. Análisis del discurso para las fuentes lexicográficas

Realizar un análisis del discurso sobre un texto lexicográfico ha sido una de las estrategias metodológicas que se ha comenzado a emplear en los estudios que parten de análisis sociolingüístico y etnolingüísticos.¹⁷⁰ Su principal interés es recuperar el vínculo entre el contexto y el texto; esto es, ubicar las marcas textuales que nos remiten al punto político y sociocultural desde el cual una obra se produce. La tarea del análisis implica así identificar y reconstruir a profundidad dicho contexto para después comprender la postura que toma el autor frente a dicha problemática, postura que determinaría la manera de organizar su propio discurso.

María Luisa Vaquero menciona, por ejemplo, la creación de ortografías como parte del proyecto civilizatorio de Andrés Bello, ligado con la construcción del estado-nación en Chile. La autora recupera la presencia de elementos políticos en los argumentos de Bello para examinar su influencia en la justificación que acompaña a los prólogos y partes de su gramática de la lengua, descartando con ello la idea de una gramática inmanente separada de una política lingüística girada dentro de un contexto político e histórico determinado.

En otro ejemplo, ahora dentro del mundo académico, Wulf Oesterreicher parte del estudio de una gramática para conocer los cambios de paradigma al interior de la lingüística del siglo XIX.¹⁷¹ Su investigación dilucida los factores que han orientado la elaboración de este tipo de textos y permite contrastar ideas y descubrir los métodos con los cuales trabajaron los primeros lingüistas modernos, afincados en el comparatismo histórico entre lenguas. Este tipo de estudio realiza afirmaciones que condensan modos de pensamiento de grandes periodos de producción de conocimientos. Podríamos decir que realiza una lectura detrás de grandes conjuntos de discursos para señalar sus generalidades y destacar cambios de paradigma que trastocaron la manera de concebir el estudio de la lengua.

Este tipo de estudios realzan cuestiones epistemológicas que impactan en las maneras de referirse a los trabajos de épocas pasadas, debido a que son observados mediante una visión histórica que justifica los procedimientos actuales. En ese punto se distancian de los análisis lexicográficos realizados por los filólogos romanistas, quienes tienen como principal

¹⁷⁰ Véase sobre todo María Luisa Calero Vaquera, “Ideología y discurso lingüístico: la Etnortografía como subdisciplina de la Glotopolítica”, en *Boletín de filología*, t. XLV, Universidad de Chile, 2010, pp. 31- 48.

¹⁷¹ Nos referimos a su trabajo “Historicismo y teleología: el Manual de gramática histórica española en el marco del comparatismo europeo”.

cometido situar los marcos de las tradiciones a los que una obra respondía en su tiempo y no tomando como referentes los empleados en la actualidad.¹⁷²

El estudio introductorio al *Lexicon* de Nebrija realizado por Germán Colón y Amadeu J. Soberanas puede iluminarnos sobre la metodología filológica empleada para el caso de un texto lexicográfico incunable, como las cuatro obras analizadas en este trabajo.¹⁷³ Este análisis se basa fundamentalmente en las herramientas de la ecdótica y la crítica textual para definir las características de la edición príncipe y señalar los procedimientos de elaboración de nomenclaturas, equivalencias y definiciones en el caso del diccionario latino-hispánico de Nebrija.

Colón y Soberanas señalan el tipo de lectores que consumieron esta obra, así como los usos específicos de su época. Resaltan la vigencia del *Lexicon* en el panorama de la lexicografía europea y el impacto que tuvo en los futuros dicionaristas. Su estudio se concentra en el análisis del léxico mediante procedimientos comparativos y establece su correspondencia con otros léxicos, dando cuenta de las innovaciones de Nebrija y de su utilidad para reunir datos sobre la historia de la lengua española. Asimismo, los filólogos reúnen testimonios de la época para constatar el provecho que sacaron las generaciones siguientes y desarrollan apartados específicos sobre las críticas y la recepción de la obra.

Este tipo de análisis también pretende trabajar de manera exhaustiva con la cuestión de dataciones, hápax y primeras documentaciones, por lo que regularmente se realizan cotejos entre diversos diccionarios históricos o etimológicos. Un trabajo similar es llevado a cabo respecto al escrutinio de las ediciones conservadas sobre diversas obras nebrixenses, ya que por lo regular el *Lexicon* y el *Vocabulario* se estudian de manera comparativa, con el propósito de destacar sus particularidades y el apego que cada uno mantiene con el latín y el español, respectivamente, como lenguas de partida. En este punto, el análisis cuantitativo y cualitativo de las nomenclaturas despeja numerosas dudas sobre el tipo de léxico registrado y la dependencia con otros materiales que Nebrija pudo tener a la mano.

En este sentido, se les concede un apartado específico a las fuentes que pudo haber utilizado Nebrija para construir su obra. Un apartado que les permite a Colón y Soberanas

¹⁷² Véase Francisco Rico, presentación a los estudios y anexos de Carmen Lozano sobre Elio Antonio de Nebrija, *Gramática sobre la lengua castellana*, Barcelona, Real Academia Española-Galaxia Gutenberg, 2011, p. 343.

¹⁷³ Estudio preparado para la edición facsimil del *Diccionario latín-español*, Salamanca, s. n., publicada en Barcelona por la editorial Puvill en 1979, pp. 9-36.

realizar un recuento de la tradición lexicográfica previa, diferenciado la técnica lexicográfica de Nebrija de los procedimientos medievales. Con ello, este apartado les permite a los filólogos destacar y ejemplificar la modernidad de Nebrija, en tanto inaugurador de una manera que sentaría las bases del diccionario a guisa de un trabajo signado por un interés lingüístico y no enciclopédico.

En el caso del *Vocabulario* de Nebrija, René Pellen ha elaborado un trabajo que parte de la metodología del análisis lexicográfico y que disecciona la estructura de sus artículos, la tipología de las entradas, con sus principales modelos, y la tipología de la definición.¹⁷⁴ Para realizar este análisis, Pellen aprovecha la teoría lexicográfica y sus conceptos descriptivos, con los cuales puede organizar los procedimientos de lematización nebrixenses y observar sus regularidades. Este estudio emplea a profundidad herramientas estadísticas y avala la mayoría de sus aseveraciones y conclusiones con base en porcentajes, medias y resultados de frecuencias que llegan a cuestionar estudios que reproducen cifras y cálculos sin problematizar los propios conceptos de nomenclatura o lema.

En ambos casos, la información contenida en el prólogo es subsidiaria del conocimiento aportado por las nomenclaturas. El análisis del trabajo con el léxico representa así el estudio de primer orden, para el cual, dado sea el caso, los prólogos pueden aportar información complementaria o servir de guía para ubicar cuestiones que puedan nutrir la explicación de las características formales del léxico.

Por tal motivo, en el estudio de los prólogos que acompañan a los diccionarios seleccionados es indispensable recuperar preguntas fundamentales que los analistas del discurso han señalados como primordiales. Pues tanto en la línea que proviene de la lingüística del texto como en la de historiadores culturales interesados por el lenguaje o la sociología del texto, sus análisis del discurso señalan que, una vez detectado el contexto, una de las tareas fundamentales que requieren ser llevadas a cabo consiste en detectar cuestiones sobre quién es el que hace uso de la palabra, a quién destina su discurso y dentro de qué circunstancias se produce el evento comunicativo. Desde la historia cultural y social, Peter Burke ha señalado estas tres primeras preguntas de análisis como una forma de poner sobre la mesa los principales elementos argumentativos del texto.

En *Hablar o callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Burke (2001) destina varios apartados al reconocimiento de la conveniencia de tener siempre en mente quién y

¹⁷⁴ Nos referimos a *La técnica lexicográfica en el Vocabulario de Nebrija* (c. 1495), Lugo, Axac, 2014.

cómo usa un determinado discurso. Este autor no descarta que el conocimiento histórico del léxico represente un punto de apoyo indispensable para comprender los referentes y significados propios del estado de lengua, pero sus preguntas de investigación y sus intereses se orientan por fenómenos culturales o sociolingüísticos que implican además la familiarización con diferentes discursos.

Bajo los estudios de Burke, el análisis de los prólogos tendría que atender a los usos y las funciones históricas para las cuales fueron redactados los diccionarios medievales recopilados, cuestionando si su funcionalidad representaba meramente una necesidad lingüística o un proyecto cultural con implicaciones políticas y sociales. Habría que indagar, así, en el pensamiento de las instituciones que cobijaron la impresión de dichas obras y observar el tipo de prácticas socioculturales que desembocaron a lo largo de la historia. El interés por las nomenclaturas quedaría relegado frente al intento por resolver los modos en que el diccionario se convirtió en un discurso coercitivo para regular la producción de significaciones sociales mediante criterios especializados, diseñados por intelectuales que basaban su manutención en las dinámicas de mecenazgo y obtención de privilegios.

Los métodos de análisis de Roger Chartier sobre las estrategias discursivas de las dedicatorias a las obras subvencionadas por la Corona o el clero aportan elementos fundamentales para comprender la textura discursiva de los prólogos.¹⁷⁵ Chartier nos previene sobre las convenciones y las estrategias retóricas mediante las cuales los autores presentaban su obras en aras de ganar la aceptación de sus mecenas, situación que incidía en la autorepresentación de su figura como autor, en la persuasión de los argumentos elaborados, en las maneras de retratar a sus protectores y en su agencia como reproductores de la cultura superior mediante ejercicios que servían de testimonio para la preservación de la memoria heroica.

Chartier también ha destacado la conveniencia de reunir tres tipos de análisis que por lo general se realizan de manera separada:

[...] el análisis de los textos, ya sean literarios u ordinarios, descifrados en sus estructuras, sus motivos, sus objetivos; por otro, la historia de los libros, y más allá, de todos los objetos y de todas las formas que realizan la circulación de lo escrito; por último, el estudio de las prácticas que, de manera diversa, se apoderan de esos objetos o formas produciendo usos y significaciones diferenciados. (1992, 107)

¹⁷⁵ Nos referimos sobre todo a su artículo “El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII” y una serie de apartados reunidos en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*.

En nuestro caso, podríamos restringir el análisis de la historia del libro al de la historia del diccionario, pero manteniendo los intereses que el diccionario, en tanto objeto producido dentro de un contexto social determinado, aporta. En el caso del análisis del vocabulario de Palencia, serán precisamente los elementos sociales, económicos y políticos —que permitieron la elaboración del *Universal vocabulario*—, el punto de partida para recrear la cultura lexicográfica en que se imprimió uno de los primeros vocabularios que contiene la lengua española.

Esto es, el estudio de los prólogos mediante el método de análisis de Chartier permitirá identificar los actores que inciden en el proceso de elaboración, distribución y recepción de la obra, proceso que comprende desde autoridades que solicitan obras determinadas hasta los tipos de lectores que recibieron los vocabularios en cuestión. Esto implica indagar en las formas de elaboración de una obra, con las implicaturas que supuso la llegada de la imprenta a la península ibérica; al igual que tanto en las prácticas de mecenazgo, dedicatoria y enseñanza; como en las maneras de lectura y aprendizaje dentro de las cuales los vocabularios altomedievales supusieron una transformación en los modos de conocer la lengua latina y española.

Esta cuestión nos lleva al rastreo de diferentes comunidades de lectores y a la investigación de las diversas valoraciones que tenía, por ejemplo, la letra impresa frente al manuscrito o la palabra oral. Es conveniente no pasar por alto el hecho de que el estudio de los cinco prólogos necesariamente se torna en un trabajo comparativo. Por un lado, éste arrojará motivos recurrentes que nos permitirán trazar algunas líneas generales sobre varias cuestiones: la estructura del prólogo, la problemática en que se inscribe el surgimiento de vocabularios y diccionarios latino-españoles, los argumentos mediante los que se expresa su necesidad o los procedimientos de confección diseñados por estos primeros diccionaristas hispanos.

La identificación de los *leitmotives* es un punto central en el análisis de los prólogos. Desde la teoría fundamentada, la detección de este primer conjunto de elementos permite generar las categorías emergentes iniciales que nos guiarán hacia el tipo de conocimientos que es necesario triangular mediante la investigación del contexto y los tres polos de análisis propuestos por Chartier. En buena medida, el análisis requiere de la creación de un vínculo dialógico entre estas tres dimensiones del texto y la reconstrucción del contexto, basada fundamentalmente en los elementos que emerjan de la etiquetación y generación de

categorías sobre los prólogos. Así, la apuesta de este tipo de análisis consiste en que por medio de dicho procedimiento de examinación puedan localizarse las correspondencias entre los diferentes objetos culturales, para ofrecer una visión de conjunto y, posteriormente, una específica, que atienda a las particularidades de cada obra por separado.

Como lo ha señalado la teoría fundamentada, la fragmentación y categorización de los textos permitiría diferenciar inicialmente diversas temáticas que en la reinterpretación deberán ser organizadas de tal manera que puedan ubicarse de forma organizada al momento de codificar el análisis.¹⁷⁶ Otro punto de apoyo dentro de esta metodología puede traerse a colación al revisar de modo recursivo las preguntas de investigación. María Selig, desde la metodología de las tradiciones discursivas, ha formulado un corpus de preguntas que pueden resultar útiles para realizar el análisis de los prólogos seleccionados. Ella propone plantearse:

¿Con qué infraestructuras cuenta la cultura de los escrito? ¿Quién sabe escribir? ¿Quién sabe leer? [...] ¿Qué instituciones garantizan la transmisión de los conocimientos necesarios de escritura y lectura? ¿Qué instituciones tienen la posibilidad de archivar textos escritos o de difundirlos? ¿En qué dominios comunicativos se comunica regularmente por escrito? ¿Con qué función se utiliza aquí el medio gráfico (custodia a corto plazo o conservación a largo plazo, transmisión a lectores particulares o publicación, etc.)? ¿Qué mecanismos de mediación existen entre el medio gráfico y el fónico (leer en voz alta, redactar un acta, aprender de memoria, etc)? [...] ¿Para quién puede estar pensado el manuscrito escrito? (2001, pos. 4372)

Todas estas preguntas promoverán el análisis del texto y la búsqueda de cuestiones específicas en el contexto. Son preguntas que agudizan la mirada del investigador y que permiten recalar en datos alojados de manera reticente en los prólogos, a manera de líneas para profundizar en el trabajo de archivo o documentación.

Ahora bien, en el momento de la codificación, esto es, cuando el investigador selecciona los elementos que parecen aportar información significativa o cuando encuentra elementos reiterativos, entran en juego las teorías seleccionadas. Es en ese punto cuando el análisis adquirirá su orientación y perfilará un cierto tipo de interpretaciones. Allí donde probablemente un romanista encuentre un fenómeno de purismo lingüístico, en el que el autor de un diccionario se proponga depurar la lengua y emparentarla en su uso con el latín, una teoría sociológica podría llegar a observar ejercicios de poder y resistencia.

¹⁷⁶ Amanda Coffey y Paul Atkinson se refieren a este proceso de codificación como un intento de vincular los conceptos y los datos en aras de formular una interpretación. Véase, “Los conceptos y la codificación”, en *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*, Colombia, Universidad de Antioquía, pp. 31-63.

En el estudio de diccionarios antiguos, la noción bajtiniana de dialogismo tanto a nivel teórico como metodológico ha sido desaprovechada. No se ha cuestionado el tipo de discursos, o voces, que por lo regular pueblan a estas primeras obras, en donde por lo regular los autores buscan erradicar toda reminiscencia de otro tipo de registros que escapen a la prescripción y al ejercicio correctivo. Bajo esta situación, convendría recuperar y analizar a ese otro tipo de interlocutores que pueden ejemplificar el escenario en donde emergía la ideología lingüística y que motivaban la creación de obras que instauraran un modelo correctivo de comunicación.

Metodológicamente, nos encontramos en el proceso de construir algo que operativamente podríamos denominar el *signo ideológico-lexicográfico*, un concepto con el que consideramos posible analizar la dimensión sociocultural pragmática mediante la cual la legitimidad de un palabra se encuentra sujeta a las políticas lingüísticas que condensan su definición y que buscan instaurar la valía y existencia de una determinada forma léxica partiendo de su fijación en un vocabulario, independientemente de su vitalidad como signo y referente en el plano de la realidad.

En resumen, la reinterpretación realizada mediante este tipo de análisis deberá reunir de manera unificada los elementos contextuales a partir de la información arrojada por los prólogos, la problemática sociocultural analizada mediante los aportes teóricos y la descripción de las estrategias discursivas. En un primer momento, el análisis podría partir del análisis de una serie de elementos inscritos en un solo texto, los cuales podrían servir como escenificación de buena parte de las cuestiones que atañen a los demás objetos culturales siguientes. Con ello, se ganaría en la agilidad del análisis y el lector no tendría que familiarizarse con los datos pormenorizados de cada texto, sino que tendría una visión de conjunto sobre determinados fenómenos.

En el caso del análisis de *Universal vocabulario* de Palencia, uno de los principales intereses del análisis reside en recuperar la tasa de la obra, realizada en maravedís al ser esta moneda una unidad de cálculo y cambio propia de la época. Nos interesó indicar la exenciones de impuestos que los impresores tuvieron para llevar a cabo la publicación de este tipo de obra y recuperar los salarios de diferentes grupos sociales para dar cuenta de la confluencia de dinámicas políticas, culturales, administrativas y técnicas en la confección de uno de los primeros diccionarios hispánicos. No obstante, decidimos prescindir de este tipo de investigación para las otras cuatro obras restantes, cuyos análisis hubieran arrojado una

información similar, aunque la situación de Nebrija presenta singularidades que intentamos resumir y que han sido ya examinadas.¹⁷⁷

De igual manera, el análisis de temas como el ocio o la oralidad, entre muchas otras, serán trabajadas con mayor profundidad en un autor en específico, el cual servirá de punto de referencia para comprender situaciones análogas que atañían a sus contemporáneos, quienes a grandes rasgos compartían una visión de mundo con numerosos puntos de contacto ligados entre sí. La propuesta de este análisis representa así un intento por presentar diversos escenarios de la lexicografía hispánica: sus condiciones sociales, los principales actores relacionados, los métodos de trabajo y la formación del diccionarista, las valoraciones y representaciones sociales de estas obras, los lectores y diversos destinatarios, el estudio histórico de estas obras, sus funciones y efectos sociales, y todas aquellas cuestiones a las que la lectura analítica de los prólogos nos vayan orientando.

Por tal motivo, el análisis de cada prólogo puede representar por sí mismo un estudio autónomo, pero sus observaciones y aportes se aprovecharán en mayor si se observan de manera global, junto a las reinterpretaciones llevadas a cabo sobre todo el corpus. Ahora bien, de cada análisis hemos recuperado un elemento que consideramos característico, lo cual no implica su ausencia en las demás obras.

En el caso de Palencia, con el que abrimos la serie de análisis, acentuamos el tema sociocultural del purismo lingüístico, la manera en que un diccionario se convierte en un instrumento de control y conocimiento que responde a una demanda de transformación y regulación social; de Nebrija, profundizamos en la teorización sobre el diccionario, con el propósito de aportar un concepto cultural de este tipo de obras; con Santaella, recuperamos parte de la discusión sobre géneros y tradiciones textuales, así como el tema de la recepción de la lexicografía de finales del cuatrocientos en los diccionaristas del XVI; y en relación con el anónimo, finalmente, ahondamos en cuestiones de oralidad e historia lexicográfica.

Confiamos en que el diseño teórico-metodológico elaborado puede aportar elementos novedosos al estudio de la lexicografía hispana altomedieval. Por supuesto, existen ideas, planteamientos y observaciones que son de dominio común entre el gremio de especialistas que ha examinado estos objetos culturales. En muchas ocasiones, nos limitamos a recuperar

¹⁷⁷ Véase, Fermín de los Reyes Gómez, “El privilegio de los Diccionarios de Antonio de Nebrija (siglos XV-XVIII): otro enredijo de mil diablos”, Corpus Eve [En ligne], *La défense de la langue vernaculaire en Espagne (XVe-XVIIe siècles) : paratextes et textes*, mis en ligne le 18 octobre 2013, consulté le 02 octobre 2016. URL: <http://eve.revues.org/850> ; DOI : 10.4000/eve.850

sus materiales y a agregar una precisión o un matiz que consideramos significativo. Pero creemos que una propuesta histórico-cultural, basada en una metodología interesada por el análisis de los prólogos, considerados como algo más que paratextos, tiene la valía de generar otros ámbitos de discusión y de proponer nuevos objetos de estudio.

Una cura lexicográfica: el *Universal vocabulario en latín y en romance collegido por el cronista Alfonso de Palencia* (1490)

La causa de la invención de las letras primera mente fue para nuestra memoria i después para que por ellas pudiésemos hablar con los absentes i los que están por venir.

ELIO ANTONIO DE NEBRIJA

En el año de 1477, luego de una agitada vida política al servicio de la Corona de los Trastámara, el humanista soriano Alfonso Fernández de Palencia (1423-1492) se instala de manera definitiva en la ciudad de Sevilla.¹⁷⁸ Era el último tercio del siglo XV cuando Sevilla, tras un largo periodo de revitalización política y económica iniciado desde 1248 con la recuperación de la capital hispalense a manos de Fernando III de Castilla,¹⁷⁹ se consolidaba como el principal núcleo mercantil y financiero de la Corona de Castilla.¹⁸⁰ Sede de la corte en reiteradas ocasiones y con una población que rondaba los 40,000 habitantes para finales del cuatrocientos,¹⁸¹ este puerto andaluz se caracterizaba primordialmente por su avanzado sistema de administración y cobranza de impuestos,¹⁸² y por ser el contacto del sur de la

¹⁷⁸ Carolina Real Torres (1999, 661) da como fecha aproximada del regreso de Alfonso de Palencia a la península ibérica después de 1453, luego de haber “viajado a Italia para completar su formación cultural al servicio del cardenal Besarión, seguramente a instancias del Obispo, con quien le unía una estrecha amistad”.

¹⁷⁹ De acuerdo con Borrero Fernández (1980), una vez recuperado el valle del Guadalquivir en 1253, Alfonso X delimitó el territorio sobre el que el consejo de Sevilla ejercería su jurisdicción. Se trataba de un enclave político ubicado estratégicamente con miras a derrocar el emirato de Granada, cuya reconquista se efectuaría dos siglos más tarde, en 1492.

¹⁸⁰ En un texto clásico para la historia económica de Sevilla, Angus Mackay (2006, 37) señala que, en la España del cuatrocientos: “Las áreas de mayor actividad fiscal y comercial eran sin duda Sevilla y el norte de Castilla. De estas dos, Sevilla rápidamente pasó a un primer plano durante el curso del siglo XV”. Destacando la importancia del comercio de dinero y metales preciosos para esta capital, Ladero Quesada (1992, 197) reafirma el hecho de que “Ya en la primera mitad del siglo XV Sevilla fuera la capital económica y financiera de Castilla”.

¹⁸¹ Sevilla fue sede de las Cortes en 1477 y 1478, este último año puede considerarse como la fecha de implantación del poder de los Reyes Católicos, quienes encontraron dificultades políticas y administrativas al interior de esta capital. En vista de ello, tal y como señala Ladero Quesada (1992, 205), “La alternativa, conseguida por los Reyes Católicos, era la sujeción a la autoridad monárquica. De una u otra forma, la ciudad perdió autonomía, al estar regida por una patriciado caballeresco que actuaba según sus intereses, y más como sujeto de la Corona o de la alta nobleza que como representante de todo el vecindario”.

¹⁸² Mackay (2006, 37) apunta: “Las dos fuentes de ingresos más importantes de la Corona eran la alcabala (impuesto sobre las ventas) y los impuestos aduaneros que cubrían un 75% y un 12% de los ingresos reales normales, respectivamente [...] Las áreas de mayor actividad fiscal y comercial eran sin duda Sevilla y el norte de Castilla”. El cobro del almojarifazgo representaba el mayor ingreso de la Corona por concepto de impuesto. Es necesario señalar que los Reyes Católicos determinaban la tasa de los precios, potestad que les permitía liberar exenciones a los primeros impresores que se asentaron en el reino, el último tercio del siglo XV.

península con el norte africano, por medio del Guadalquivir, y con el mar mediterráneo a través de diferentes rutas de navegación.

Por medio de una serie de estructuras económicas, militares, políticas, religiosas y laborales desarrolladas a partir de un número creciente de instituciones: la nobleza, la Corona –que instauraría la Santa Hermandad en 1476 y a la Inquisición española en 1478–,¹⁸³ el clero y una creciente burguesía,¹⁸⁴ la ciudad de Sevilla alcanzó gran parte de su esplendor a lo largo del siglo XV, para sufrir después un periodo de crisis que intentaría ser paliado por la instauración de la Real Casa de Contratación de las Indias en 1503. El fomento a la navegación y al desarrollo comercial no sólo atrajo a mercaderes de distintas latitudes, entre los que destacaron los genoveses,¹⁸⁵ sino que permitió la circulación de un flujo cultural y de las condiciones para su producción y circulación en el seno de una política monárquica de renovación a cargo de los Reyes Católicos, quienes durante este periodo se encontraban formando un concepto que después aparecería denominado como la nación de España.¹⁸⁶

Para Juan Pablo Fusi:

Dos hechos mencionados [...] –el acceso de Enrique II de Trastámara al trono de Castilla en 1369 (un golpe dinástico, una guerra civil, la muerte del rey legítimo) y la expansión mediterránea de la corona de Aragón– tendrían a corto y medio plazo trascendencia histórica

¹⁸³ Como ha señalado Juan Pablo Fusi “La Inquisición nació (1478), por solicitud de los Reyes Católicos al Papa, para tratar el problema de los conversos y perseguir el judaísmo. Perseguirían pronto otros ‘delitos’: luteranismo, moriscos, proposiciones heréticas, brujería, delitos sexuales... y aunque el Papa fue nominalmente su autoridad suprema, la Inquisición –cuyo inquisidor general y consejo supremo serían nombrados por los Reyes Católicos y sus sucesores– sería casi de inmediato un instrumento de control político de la monarquía, con jurisdicción, además, sobre ambas coronas –así, se implantó en Aragón en 1483–, por encima de los distintos ordenamientos de estas”. (Fusi, 2012, 78-79)

¹⁸⁴ En términos de repoblación, la reconquista de Sevilla requirió de un proceso de liberación de privilegios reales para atraer a nuevas familias al territorio recién conquistado. De acuerdo con Rafael Sánchez Saus (1986, 1119-1120), fue el grupo bélico de caballeros el que alcanzó a lo largo del primer tercio del siglo XV una mayor promoción social, durante un periodo en que Sevilla se mantenía al margen del reino de Juan II. Cabe recordar que la Sevilla del siglo XV surge con un hecho capital que la constituye como ciudad en el marco europeo de la Baja Edad Media: la construcción de la catedral de Santa María de la Sede, edificada sobre la mezquita aljama. Los linajes de los Ponces de León y de los Guzmanes (a estos últimos dedicará Alfonso de Palencia su tratado *De la perfección del triunfo militar*), asumirán el control de la alta nobleza desde 1445 (*ibidem*).

¹⁸⁵ David Igual Luis (1992, 82) ha observado que, al igual que Valencia, Sevilla se convierte en unos de los principales puertos para la expansión genovesa en la península ibérica durante la segunda mitad del siglo XV. Junto a Segovia, como veremos más adelante, estos dos puertos serán los primeros en recibir la llegada de la imprenta, entre los años de 1473 y 1474.

¹⁸⁶ Este último tercio de siglo representará también el ascenso de la monarquía cristiana, que para el *annus mirabilis* de 1492 conjugará los cuatro consabidos hechos históricos: la toma de Granda, la expulsión de los judíos, el descubrimiento de América y la publicación de la Gramática en lengua castellana de Elio Antonio de Nebrija.

extraordinaria. En efecto, el cambio dinástico en Castilla a favor de los Trastámara y la aparición de Aragón (siglos XII a XV) como primera potencia mediterránea occidental, fueron las verdaderas claves de la formación de España como nación: lo demás es retórica. (2012, 72)

Uno de los aspectos de dicha conformación residía en la reformación del clero. En esta misma tierra de Sevilla, como parte del proyecto político ideado por Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón una vez estabilizado su reino, se comenzará a gestar en el verano de 1478 una reforma de dicha institución que transformaría la cultura del cuatrocientos. Hecha oficial dos años más tarde en las Cortes de Toledo, su propósito era: “remediar la decadencia moral e intelectual del clero, tanto regular como secular, que desprestigia la institución eclesiástica. La reforma ha de aplicarse a todas las capas del clero, de la cabeza a la base de la institución, tanto en el clero regular como en el secular, y, dentro de éste, tanto a los hombres como a las mujeres” (Carette, 2013, 5). Será una medida que requerirá inicialmente de una transformación en la manera de acercarse al latín, tanto para quienes contaban con los medios indispensables, como para los “pertenecientes a clases sociales modestas” (Carette, 2013, 5).

Pero el llamado por una forma de instrucción inusitada en la península reclamaría también un medio especial para divulgar este conocimiento novedoso. A causa de ello, se echaría mano de un medio de comunicación innovador que transformaría la representación y la idea medieval de mundo propia del occidente del antiguo régimen. Así, por aquel mismo tercio de siglo, las formas de producir y transmitir las ideas aprovecharían la llegada de una figura errante y característica de finales de la Edad Media que irrumpiría en tierras ibéricas de manera protagónica: la imprenta.

Traída por el obispo de Segovia Juan de Ávila y según diversas fuentes, la imprenta llega a tierras españolas en 1472.¹⁸⁷ Con una serie de privilegios reales que facilitaban su instalación en la península ibérica —es necesario recordar que los talleres de impresión eran itinerantes y se dirigían a ciudades promisorias—, el invento de Gutenberg abre una nueva

¹⁸⁷ Los historiadores dan como primer texto publicado el *Sinodal de Águilafuente* de 1472, una serie de documentos clericales impresos para asentar por escrito reformas para el servicio religioso. Antonio Aranda Rascón (2000) especifica: “El arte de imprimir llega a España con la subida al trono de Isabel de Castilla en 1474, ya que el primer libro conocido impreso en España vio la luz a finales de 1473. No era, sin embargo el primer libro impreso en castellano, pues estaba en latín. Los primeros impresores de España fueron alemanes que, procedentes de su país y siguiendo la ruta del Mediterráneo para evitar la barrera de los Pirineos, se asentaron cerca de lo que actualmente se conoce como Costa Brava, y establecieron sus talleres en Barcelona, Gerona, Lérida, Tarragona, Tortosa y, más hacia el interior en Zaragoza. Durante varios años, al desconocer en gran medida la lengua de su país de adopción imprimieron principalmente libros en latín”.

dimensión para la cultura escrita fomentada por el discurso del clero y la Corona.¹⁸⁸ El discurso de ambas instituciones, como se asentaba en las Cortes de Toledo en 1480,¹⁸⁹ se entramaba dentro de una serie de valores como la memoria heroica,¹⁹⁰ la honra, el ennoblecimiento y el “provecho universal de todos”,¹⁹¹ los cuales en su conjunto constituyeron el imaginario libresco que permitió la circulación de textos y desembocó en una serie de prácticas de escritura y lectura que modelarían el consumo de obras lexicográficas.

Gracias a estas facilidades y en búsqueda de oportunidades para montar sus talleres, llegan a la ciudad de Sevilla Pablo de Colonia, Juan Pegnitzer de Nuremberg, Magno Herbst de Fils y Tomás Glockner.¹⁹² Impresores de obras como *Las siete Partidas, / de Alfonso X el Sabio, con las adiciones de Alfonso Díaz de Montalvo*, en 1491; *La segunda parte de Plutbarco*, 1491; *Parallelae, sive Vitae illustrium virorum*, 1491, traducido por Alonso de Palencia; *Arte de canto llano intitulado Lux bella, seu Artis cantus plani compendium* (1492), de Marcos Durán; *Vida de Jesucristo*, con añadiduras de Fray Hernando de Talavera, 1496; *Las Trescientas o Laberinto de fortuna*, con glosas de Fernán Nuñez de Toledo, 1499; el *Vocabularium ecclesiasticum* de Rodrigo

¹⁸⁸ Cuenta María del Carmen Álvarez Márquez (2007, 64) que en un documento real fechado el 18 de diciembre de 1477 Michel de Durcey es eximido del pago de tributos, pues él mismo objeta que “ha seydo uno de los principales <yn>ventores e factores que han seydo deste arte de faser libros de molde. E que el e sus oficiales han fecho e fassen de cada día muchos e diversos libros de molde de todas facultades. E el delibero de se poner a muchos peligros de la mar por traer a estos nuestros reynos, como ha traído muchos e muy notables libros e de todas facultades, con que ha ennoblecido muchas librerías e ha proveydo de leturas a muchos letrados en nuestros reynos; lo qual redunde en honra e utilidad dellos e de los naturales dellos”.

¹⁸⁹ “Considerando los Reyes, de gloriosa memoria, quanto era provechoso y honroso que a estos sus Reynos se truxesen libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, quisieron y ordenaron, que de los libros no se pagase el alcabala” (*ley 20. tit. 12. lib. 10*) “y porque de pocos días a esta parte algunos mercaderes nuestros naturales y extranjeros, han traído, y de cada día traen libros buenos y muchos, lo qual parece que redunde en provecho universal de todos, y en ennoblecimiento de estos Reynos; por ende ordenamos y mandamos, que allende la dicha granqueza, que de aquí adlenate de todos los libros que se traxeren a estos nuestros Reynos, así por mar como por tierra, no se pidan ni paguen, ni lleven almojarifazgo, ni diezmo ni portazgo, ni otros derechos algunos por los nuestros almojarifes, ni los dezmeros, ni portazgueros ni otras personas algunas, así de las ciudades, villas y lugares de nuestra Corona Real, como de Señoríos y Ordenes y Behetrías (*ley 21. tit. 7. lib. 1. R.*) (*Novísima Recopilación. Libro VIII. Título XV. Ley 1*)” (en Álvarez Márquez, 2007, pp. 64-65n).

¹⁹⁰ “De maravilloso ingenio i dotrina, muy esperto de copiosa memoria familiar de uestra alteza” se califica el 10 de febrero de 1480 a Theodorico, un impresor alemán avecindado en Sevilla que imprimió la *Crónica abreviada de España* de Diego de Valera y realizó encargos para la impresión de la *Istoria General* junto a García del Castillo, tesoro de la Santa Hermandad. (En Álvarez Márquez, 2007, 65). Es precisamente el género de la crónica, dominado por Alonso de Palencia, aquel encargado de construir la memoria de los reyes.

¹⁹¹ Nota 216

¹⁹² Álvarez Márquez (2007, 65) señala que esta sociedad alemana suplantó a los impresores españoles Alonso del Puerto, Antonio Martínez y Bartolomé Segura. Indica que el grupo fue reduciéndose paulatinamente hasta quedar solo constancia de Juan Pegnitzer de Nuremberg.

Fernández de Santaella, en 1499; o la *Copilacion delos establecimientos dela orden dela caualleria de santiago del espada*, compilada por Juan Fernández de la Gama, en 1503; estos cuatro impresores alemanes llegarán a publicar para 1490 la primera traducción al español de un vocabulario latino:¹⁹³ el *Universal vocabulario en latín y en Romance collegido por el cronista Alfonso de Palencia*.¹⁹⁴

Según Javier Durán Barceló (2008, 1255), los cuatro impresores alemanes recibieron el manuscrito de Palencia hacia 1488, a distancia de menos de una década en que el proyecto de las campañas para la reconquista de Granada (1482) hubiese cobrado forma.¹⁹⁵ De acuerdo con la relación de libros declarada en el testamento de los reyes católicos,¹⁹⁶ la obra había sido tasada en 500 maravedís como unidad de cambio, equivalente a cerca de 32 reales para los años aproximados entre 1490 y 1495.¹⁹⁷

¹⁹³ Es importante señalar que no se trata del primer diccionario publicado en España. El propio Palencia había escrito en 1472 su *Opus sinonimorum*, aunque fue publicado 20 años después en Sevilla por Meynardo Ungut y Estanislao Polonio. Hacia 1475, en Valencia, había sido impreso el *Comprehensorium* de Johannes; Germán Colón (1979, 454) lo reseña como un texto catalán que compila algunas voces romances, pero que está escrito mayormente en occitano. Dos años más tarde, se publica en Sevilla el *Compendium manuale* o *Repertorium*, una obra de derecho canónico ordenada alfabéticamente que reúne 539 voces y en la que Alonso Díaz de Montalvo utiliza los materiales del abad Panormitano.

¹⁹⁴ El manuscrito de este vocabulario está fechado en 1488. No tuvo reediciones, hasta que en 1957 John Mill editará un registro de las voces españolas internas que contiene. La Real Academia Española 10 años más tarde dio a las prensas una edición facsimilar en dos tomos, con una presentación de Samuel Gili Gaya. Hoy en día se conserva la edición príncipe en bibliotecas de Estados Unidos y Europa y existen versiones digitalizadas.

¹⁹⁵ Como veremos más adelante, la persecución de los judíos se encuentra entre los argumentos que Palencia desliza al presentarle su obra a la reina Isabel. Cabe recordar la precisión de Juan Pablo Fusi: “Ortega y Gasset llevaba razón cuando en *España invertebrada* (1921) escribió que no entendía que se llamara reconquista a una cosa que llevó ocho siglos. La reconquista [...] no duró ochocientos años; la reconquista real duró dos siglos. No creó la unidad de España. En 1270, España era una pluralidad de reinos; siguió siéndolo hasta 1492”. (2012, 64)

¹⁹⁶ Véase, “Cargos de libros propios de la reina doña Isabel que se hicieron á su camarero Sancho de Paredes”, 1821, p. 472. En su “Inventário de los libros pròpios de la reina doña Isabel que estaban en el alcazar de Segóbia á cargo de Rodrigo de Tordesillas, vecino y regidor de dicha ciudad, en el año de 1503”, consta que la reina Isabel poseía además, el *Catolicón* de Balbi, el *Lexicón* de Nebrija, el *Vocabulario* de Santaella y un diccionario anónimo, probablemente el *Vocabulario* de Nebrija o el *Anónimo vocabulario*. Es indispensable tener en mente, aunque haya perecido por la invasión francesa a la península, el proyecto de biblioteca ideado por los Reyes Católicos en Toledo, con la fundación del Convento de San Juan de los Reyes en 1477. Pues Alfonso de Palencia podría haber tenido acceso a este repositorio, de la misma manera que a la biblioteca de Alfonso de Cartagena y Besarión, ambas grandes colecciones de manuscritos.

¹⁹⁷ El salario de Alfonso de Palencia por sus servicios a la Corona era de 60,000 maravedís (en Real Torres: 658n). El precio de una gallina era de 12 maravedís, 2 perdices valían 9 maravedís. El precio de una fanega de trigo equivalía aproximadamente a 65 maravedís. El jornal medio de un obrero sin calificar rondaba los 22 maravedís; mientras que el de uno calificado, 44.

En este sentido, el *Universal vocabulario* no podría ser una obra accesible para todo el público, aún cuando los mercaderes del libro impreso incrementaran y la capacidad económica de una parte considerable de la población le permitiese tener acceso a este material.¹⁹⁸ A este tipo de circunstancias Elio Antonio de Nebrija se referiría en el prólogo a su *Vocabulario romance-latín*, publicado cinco años después, cuando el gramático sevillano se galardonase por haber creado una obra accesible al lector: “Estrechamos eso mismo el volumen debajo de una maravillosa brevedad, porque la grandeza del precio no espante a los pobres delo comprar: ni la frente alta del libro a los ricos hastiosos delo leer, y tambien porque mas ligero se pudiesse traer de un lugar a otro en la mano y seno y so el braço” (1492, IV). Así, con un concepto de obra que por contraste se circunscribiría al modelo de los tesoros medievales, Alfonso de Palencia colocaba su obra en el panorama de la lexicografía hispana. Conviene tener en mente que, dado el contexto político donde emerge este vocabulario, su valor dependía en realidad de la serie de privilegios, protección y favores que pudiese obtener por parte de la Corona, sobre todo al tratarse de una de las últimas obras que Palencia daría a las prensas.

A diferencia de Nebrija y su proyecto especializado con el diccionario, es necesario señalar que Alfonso de Palencia no era de ninguna manera un lexicógrafo de cabecera, aunque había publicado con anterioridad una obra de sinónimos.¹⁹⁹ Sus trabajos filológicos estuvieron siempre en un segundo plano, frente a su labor como cronista.²⁰⁰ Pero fue

¹⁹⁸ Sobre la idea de renunciar a los grandes tesoros enciclopédicos, Nebrija (*ibidem*) agregaba: “Intitulamoslo no aquella sobervia que otro llamándolo catholicon pandectas cuerno de amathea, quiero decir universal comprehensorio, cuerno de la diosa copia, mas con titulo lleno de verguença lexicón en griego, que es diccionario en latin”. No está claro si la referencia al *universal comprehensorio* se refiere indirectamente al texto de Palencia, titulado en latín de esa manera, o si se refiere únicamente a la obra de Juan Balbi. El *Comu copiae* era otra obra medieval publicada por Niccolò Perroti en 1478, contenía comentarios sobre Marcial y un diccionario.

¹⁹⁹ Como lexicógrafo, la labor del palentino fue recuperada por su biógrafo moderno, Antonio Paz y Meliá (1914). En 1967, Samuel Gili Gaya escribió una presentación para el texto facsímil, donde definió en buena medida los puntos principales de interés lexicográfico. Durante los años setenta y ochenta se escribieron investigaciones desde la historiografía. Rafael Alemany Ferrer publicó en 1981 un artículo que reactivó el interés por su obra lexicográfica: “Un antecedente olvidado de Antonio de Nebrija: la obra lexicográfica de Alfonso de Palencia”, *Revista de Ciencias Humanas*, Alicante, pp. 119-131. Posteriormente, Hans Josef Niederehe (1986) le dedicó un apartado en su *History of Linguistics in Spain*. De ahí en adelante, se comenzó a ubicar su figura como un antecedente de Antonio de Nebrija. Con todo, este hecho no implicaba que fuera considerado como el primer lexicógrafo moderno, sino como su antesala o el tránsito de la lexicografía medieval a la moderna.

²⁰⁰ Los estudios sobre la obra de Fernández de Palencia han centrado su interés en su labor como traductor y cronista. Vertió al castellano obras de Terencio, Tito Livio, Plutarco y Flavio Josefo. Escribió crónicas sobre los reinados de Enrique IV e Isabel I. De tal manera que en el caso del *Universal vocabulario*, su labor como

precisamente su formación humanista,²⁰¹ especializada en la crónica y en la traducción, lo que le permitió darle una solución provisional al problema de carácter lingüístico surgido en su contexto y caracterizado por la coyunturas culturales y políticas que hemos reseñado.

Si bien el vocabulario de Palencia no puede considerarse en sentido estricto un diccionario, su lugar en la historia de la lexicografía reclama un análisis que no se guíe únicamente por su concepto lexicográfico. Ya un número considerable de investigaciones, reticentes sobre el lugar común de ubicar el inicio de la lexicografía hispánica moderna con la obra nebrixense, ha considerado al *Universal vocabulario* como uno de sus precursores.²⁰² Desde nuestra perspectiva, en esta discusión sobre los orígenes del diccionario resultaría útil emplear, además de la teoría lexicográfica, los conceptos de género y tradición discursiva.²⁰³ Pues con éstos podríamos observar la forma en que el género lexicográfico hispánico se nutre de diversas tradiciones, más allá de las relativas a la confección, que Palencia, Nebrija, Santaella, Díaz de Montalvo o Steve supieron reinventar. Pues en la lexicografía hispana del cuatrocientos no existe una sola línea de continuidad, ni un fenómeno *absoluto* de evolución o modernidad. A nuestro parecer, se dan encuentro una serie de circunstancias contextuales y tradiciones discursivas en las que un determinado autor se inscribe y de las que hecha mano para construir una obra.

lexicógrafo recupera esta veta traductológica. La obra es, en gran parte, una traducción ampliada y reconstruida del *Elementarium Doctrinae Rudimentum* (ca. 1045-1053) de Papias. No obstante, varios autores han destacado sus procesos de innovación técnica. Fernández de Palencia cuenta además con dos obras que podrían considerarse como trabajos lexicográficos: su *Opus Synonymorum* y un nomenclátor toponímico.

²⁰¹ La figura de este humanista estuvo adscrita estratégicamente a la Corona española. Desde su infancia, el cronista mantuvo una cercanía con los primeros humanistas españoles. Se cree que su origen fue judeoconverso y realizó el itinerario cultural de mayor prestigio en la época. Se formó en Florencia y Roma, donde conoció a Jorge de Trebisonda y Vespasiano da Bisticci. Su trabajo sobre los sinónimos respondía el influjo de las *Elegancias* de Lorenzo Valla. Véase la noticia biográfica preparada por Alice Carette, “La préface en latin et en castillan de l’*Universal Vocabulario en latin y en romance* d’Alfonso de Palencia (1490)”, Corpus Eve [En ligne], Éditions de textes ou présentations de documents liés au vernaculaire, mis en ligne le 17 décembre 2014, consulté le 30 mai 2016. URL : <http://eve.revues.org/940>

²⁰² El ya citado artículo de Alemany Ferrer: “Un antecedente olvidado de Antonio de Nebrija: la obra lexicográfica de Alfonso de Palencia”, *Revista de Ciencias Humanas*, Alicante, pp. 119-131; Antonia Ma. Medina Guerra, “Modernidad del *Universal vocabulario* de Alfonso Fernández de Palencia”, *E. L. U. A.*, 7, 1991, pp. 45-60; Ciriaco Ruiz Fernández, “Las equivalencias léxicas castellanas en el *Universal vocabulario* de Alfonso de Palencia”, en *El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo. Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica*, Alicante, 2006 pp. 157-163; y, actualmente, Eduardo José Jacinto García, “El *Universal Vocabulario* (1490) de Alfonso de Palencia y su conexión con el vocabulario tardorromano de Nonio Marcelo”, *Alfinge*, 24, 2012, pp. 77-95.

²⁰³ Para el caso de los géneros medievales en España, un ejemplo de análisis puede encontrarse en Johannes Kabatek: “Tradiciones discursivas jurídicas y elaboración lingüística en la España medieval”, *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 27, 2004, pp. 249-261.

En el caso de Palencia, influyen las obras que retomó de la lexicografía medieval. No sin razón el *Universal vocabulario en latín y romance* se ha ubicado en la tradición de los grandes tesoros latinos: Papías, Osbern de Gloucestre, Hugución de Pisa y Juan Balbi.²⁰⁴ Es precisamente esta tradición la que nos permite identificar el porqué de la idea de un vocabulario *universal*, calificativo utilizado para dar cuenta del carácter enciclopédico de la obra (característica que Nebrija buscaba eliminar). Pese a ello, su confianza en la traducción, no como un mero ejercicio de equivalencias, sino como una manera de llegar a apreciar cada lengua en su propia medida no proviene tanto del imaginario de los compiladores medievales, como sí de un redescubrimiento de la figura del traductor, en tanto agente intercultural.

Las investigaciones lexicográficas han señalado ya que el *Universal vocabulario* no representa un vocabulario bilingüe que presente definiciones lexicográficas, en el modelo descriptivo de la lengua, sino un texto lexicográfico que reúne principalmente saberes documentados con anterioridad por Papías en su *Elementarium doctrinae*, redactado en el siglo XI. Palencia los habría vertido al romance con el propósito de que el lector comprendiese el latín en su propia lengua y en romance, de una manera en parte similar a la efectuada por una serie de diccionarios actuales, los cuales buscan presentar ejemplos de uso recogidos de fuentes impresas.

En su *Universal vocabulario*, el cronista palentino registró unos 14,000 vocablos en romance, distribuidos a una sola columna, frente a su traducción en latín. De acuerdo con Medina Guerra (1990, 47), por medio de sus listados, Palencia reunió saberes enciclopédicos: léxico de mitología, gramática, milicia; vocabulario proveniente del latín, griego, hebreo, italiano, francés e incluso sirio. Como ya señalamos, su técnica lexicográfica partió de traducir la obra de Papías, a la cual agregó numerosas entradas y acepciones. Asimismo, con el propósito de presentar un texto de carácter didáctico, empleó definiciones complementadas con gráficos, a fin de ejemplificar el léxico relativo a la geometría.

Por ello resulta significativo que su idea de traducción haya generado en la mayoría de los casos una valoración negativa, interesada por restarle originalidad al texto de Palencia,²⁰⁵

²⁰⁴ Para un estudio de estas obras, véase Carmen Codoñer, “Léxico y gramática en la Edad Media. El *Catholicon*”, *Voces*, 8-9, 1997-1998, pp. 97-120; y Olga Weijers, “Lexicography in the Middle Ages”, *Viator*, 20, 1989, pp. 139-153.

²⁰⁵ Esta valoración es recurrente sobre todo en las historias del diccionario en lengua española. Pedro Álvarez de Miranda señalaba: “Debe quedar claro que no es un diccionario de español, ni siquiera cabe considerarlo

cuando la problemática que está en juego es el lugar de la traducción como una vía de conocimiento válida que definirá la materialidad y la legitimidad del diccionario. Esto no excluye que la obra de Palencia se inscriba en los procesos de traducción cultural latino-hispánicos, y que por lo que respecta al español se encuentre ubicada en la antesala de la vindicación de las lenguas. Pero en las palabras con que Palencia presentará su vocabulario, una cuestión subyacente será la proposición del diccionario como un objeto simbólico al que se le delegará la tarea de organizar el conocimiento y expresar el intercambio cultural.

Ahora bien, antes de profundizar en esta cuestión, preferiríamos describir cuál es la estructura del texto con el que Palencia presenta su obra y por medio de la cual realizamos nuestro análisis. El cronista soriano no introdujo su vocabulario, como solía hacerlo en sus crónicas, mediante un prólogo, introito o exordio que describa la naturaleza de la obra que presenta.²⁰⁶ Omisión significativa puesto que en ningún momento Palencia explicita que se trata de una traducción de un texto medieval, ni hace alusión a la figura de Papías. Al respecto, es necesario manejarse con cautela en cuestiones de autoría, puesto que en este siglo aún existía una cierta diversidad en las posturas sobre la pertenencia de una obra. Recordemos que la serie de privilegios que el autor recibía por una obra y el sistema de tasa fomentaron el derecho a la propiedad intelectual. De igual forma, cabe también la posibilidad de que el número de cambios a la obra de Papías implicase un trabajo de nueva factura.²⁰⁷ La portadilla del *Universal vocabulario* ofrece una pequeña pista sobre el tipo confección realizado por Palencia. Se trata de un vocabulario *collegido*, en el sentido apuntado por Covarrubias de

juntar en uno las cosas que están sueltas y esparzidas; del verbo *colligo, cogo, constringo, quae dispersa sunt coniungo*. De muchas y diversas cosas que hemos oydo, visto o leydo, hacemos una suma, y aquéllo es colegir o dello hacemos argumento para inferir otra cosa. Más propiamente se dize colegir que colegir. (1943, s. v. Colegir)

Aludiendo a tal procedimiento de recopilar materiales, el cual era empleado por este autor a la hora de preparar el relato de sus crónicas,²⁰⁸ Alonso de Palencia titula el texto

propiamente como un diccionario bilingüe. Es un diccionario enciclopédico latino monolingüe con su traducción íntegra en la columna de al lado en romance”. Mins: 11: 45-12: 33.

²⁰⁶ En los apéndices reproducimos el “Argumento de la obra emprendida” a partir de la edición de 1490.

²⁰⁷ Sobre este punto, Medina Guerra ha expresado: “De este modo, parece obvio que Palencia toma como punto de partida el diccionario de Papías, al que copia, es verdad, en numerosísimas ocasiones al pie de la letra, pero se trata de una copia reflexiva, selectiva y no un plagio apresurado a los que estamos tan acostumbrados en lexicografía” (1992, 54).

²⁰⁸ El título de la crónica principal de Palencia, las *Décadas*, contiene la misma fórmula: *Gesta Hispaniensia ex annalibus suorum diebus colligentis*, con la cual se refiere a la recopilación de los hechos ocurridos de Juan II a

introdutorio de su obra en términos de un “Argumento”, no en el sentido recogido por *Autoridades*;²⁰⁹ sino con el valor de la razón que se da de algo “para inferir otra cosa”, como señala Covarrubias. Así, lo que expresará Palencia será la serie de motivos por los que decidió colegir dicha obra, en el marco de una serie de hechos que, como cronista, el autor escenifica: las dificultades en el aprendizaje del latín, la persecución de los judíos y la toma de Granada. Este “Argumento”, además, tiene la peculiaridad de ser una obra sintética redactada por un autor consumado. Es decir, no representaba una carta de presentación de su texto, en la que Palencia requiriese hacer despliegue de “sus habilidades como escritor y orador” (Rodríguez García, 2013) a diferencia de un prólogo como el de la *Batalla campal de los perros contra los lobos* (1457).

A grandes rasgos, el argumento de Palencia se estructura en torno a una perspectiva que hoy denominaríamos sociolingüística, atendiendo de manera entrelazada a cuestiones políticas y lingüísticas.²¹⁰ Fundamentalmente, se organiza en torno a dos figuras opuestas entre sí: la reina Isabel y la comunidad judía y árabe que residía en Granada antes de su expulsión, en 1492. A lo largo del texto, Isabel I es exaltada mediante diversos recursos de adjetivación referidos tanto a sus características físicas y éticas, como a las acciones y las prácticas realizadas por ella durante su reinado. Este retrato, construido mediante descripciones y el recuento sintético de sus acciones, figura al inicio, al medio y al final de texto. Mientras que la descripción de las comunidades judía y árabe aparece en los últimos párrafos y las características que se le atribuyen se contraponen a las de la reina Isabel.

Entendido como un fenómeno de tradición discursiva, la descripción con la que Alfonso de Palencia organiza su “Argumento”, expresando el recuento de parte de sus

los Reyes Católicos. Marcelino Menéndez Pelayo (1875) recoge la denominación del colofón de la obra, en la cual puede leerse: *universale compendium vocabulorum ex lingua latina eleganter collectorum: cum vulgari expositione*, título que destaca por el igual el trabajo de compendio y recolección de vocablos latinos con su exposición en lengua vulgar.

²⁰⁹ *Diccionario de autoridades*, s. v. Argumento. El asunto o materia de que se trata en alguna obra, como argumento de la Iliada, de la Eneida.

²¹⁰ Tal y como lo ha señalado Alice Carette: “Comme le montre son prologue, *l’Universal Vocabulario* s’inscrit dans un projet politique mené par la reine à partir de la fin des années 1480. Lorsque Isabelle de Castille accède au trône en 1474, à la mort de son demi-frère Henri IV, il s’agit pour elle de restaurer une monarchie très affaiblie du point de vue politique et financier”. “La préface en latin et en castillan de *l’Universal Vocabulario en latín y en romance* d’Alfonso de Palencia (1490)”, Corpus Eve [En ligne], Éditions de textes ou présentations de documents liés au vernaculaire, mis en ligne le 17 décembre 2014, consulté le 02 octobre 2016, § 9. URL: <http://eve.revues.org/940>; DOI: 10.4000/eve.940

hechos,²¹¹ guarda semejanzas con el estilo de las crónicas que este autor realizara para la Corona. Como señalamos previamente, la presentación de ambas partes se encuentra concatenada mediante el recuento de tres circunstancias primordiales del contexto: las dificultades para la lectura del latín, la persecución de los judíos y los hechos preliminares a la Toma de Granada. Con una fórmula de dedicatoria, el “Argumento” da inicio de la siguiente manera:

La muy excelente señora doña Isabel, reina de Castilla, y de León, y de Aragón, de Sicilia, entre las innumerables demostraciones que ha hecho a los mortales de sus inmortales virtudes, quiso también añadir aquesto: que por mandado de su tan noble alteza, Alfonso de Palencia, cronista de los hechos de España, tomase cargo de interpretar los vocablos de la lengua latina según la declaración del vulgar castellano (que se dice romance). (1490, IV)

En este primer párrafo, la mención de la reina Isabel cumple con dos propósitos: sirve de presentación del personaje principal, “doña Isabel”, dentro del marco de las convenciones de la dedicatoria y expresa el origen y motivos de la obra presentada. Se trata de un vocabulario realizado por encargo, el cual tiene como cometido realizar una traducción del latín al romance, todavía no mencionado como lenguaje castellano,²¹² que permita solventar la comprensión de aquella lengua por un grupo en específico. Es este vínculo entre política y lengua²¹³ lo que nos llevaría a examinar la política lingüística de los reyes católicos que, en un primer momento, buscaría revitalizar la enseñanza del latín como medio para reformar la estructura del clero, para después equipararlo con el del castellano.²¹⁴ El español se convertiría así paulatinamente en un instrumento de poder político y religioso.

²¹¹ El procedimiento de ofrecer un retrato del soberano no era ajeno en el género de la dedicatoria. Roger Chartier (2000) ha distinguido la cercanía con el discurso pictórico de la época, en el cual se solía personificar al autor de la obra entregando su obra al mecenas. El anexo dos ofrecemos un ejemplo.

²¹² En el proceso de dignificación del español, Carette (2013, § 32) observa como punto crucial la publicación de la *Gramática* de Nebrija, a partir de la cual “ya no se designa al castellano por la palabra ‘romance’, sino por las expresiones “lenguaje castellano”, “nuestra lengua” o, incluso –es de notar el posesivo en singular– ‘mi lengua’”.

²¹³ On l’aura compris, les enjeux linguistiques de *l’Universal Vocabulario* sont indissociables de ses enjeux politiques. Dès le début de son bref prologue, en effet, Palencia place son travail de lexicographe sous le signe de la politique, précisant qu’il est le fruit d’un souhait de la reine. “La préface en latin et en castillan de *l’Universal Vocabulario en latin y en romance* d’Alfonso de Palencia (1490)”, § 11.

²¹⁴ Véase, Alice Carette, “La lengua vernácula en los paratextos de los diccionarios y tratados sobre la lengua bajo el reinado de los Reyes Católicos: del romance contrapuesto al latín al castellano compañero del imperio” Corpus Eve [En línea], La defensa de la lengua vernácula en España (siglos XV-XVII): textos y paratextos, Publicado el 18 octubre 2013, consultado el 01 octubre 2016. URL : <http://eve.revues.org/809> ; DOI : 10.4000/eve.809

La enumeración de los reinos nos previene además sobre el multilingüismo que primaba en la península ibérica y, en particular, dentro de los reinos de los reyes católicos.²¹⁵ A ello habría que sumar el culto de las tres religiones practicadas en Andalucía: el islam, el judaísmo y el cristianismo, con la intención de tener presente que el perfilamiento del español como lengua de la Corona estaría montado sobre el proyecto evangelizador de conversión diseñado para instaurar una sola religión.²¹⁶ Asimismo, interesa la estrategia del retrato que Palencia comenzará a presentar, construida a partir de calificativos presentes en los poemas y elogios de Gómez Manrique. A tal cuestión alude brevemente Palencia cuando se refiere a las “demostraciones de sus inmortales virtudes”. Este retrato se entrelaza con una figura de mediadora cristiana que, dentro del universo del libro, vendría a ratificarse con la gran cantidad de obras producidas durante su reinado,²¹⁷ destinada al estudio de la lengua latina y en relación con el proyecto concreto del clero; pero la cual, además, fue el preámbulo para que años después Carlos V tipificara al español como una lengua para hablar con Dios (en Burke, 2001).

²¹⁵ Es este panorama mediante el cual Nebrija (1492, fol. Iir) expresa la necesidad de su *Gramática* a la reina Isabel: “el mui reverendo padre Obispo de Ávila me arrebató la respuesta, et, respondiendo por mi, dixo que después que vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros et naciones de peregrinas lenguas, et con el vencimiento aquellos tenían necessidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido, et con ellas nuestra lengua, entonces, por esta mi arte, podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín. I cierto assí es que no sola mente los enemigos de nuestra fe, que tienen ia necessidad de saber el lenguaje castellano, mas los vizcaínos, navarros, franceses, italianos et todos los otros que tiene algun trato e conversación en españa et necessidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a la deprender por uso, podrán la más aina saber por esta mi obra”.

²¹⁶ En el “Prólogo” a su *Vocabulario romance-latín*, Nebrija expresaba: “nunca deje de pensar alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbaria por todas las partes de España tan ancha y luengamente derramada. Luego se me ofreció el consejo de que san pedro y san pablo príncipes de los apóstoles usaron para desarraigar la gentilidad e introducir la religión cristiana. Porque asi como aquellos para echar los cimientos de la iglesia no acometieron unos pueblos oscuros y no conocidos, como suelen hacer los autores de alguna seta falsa, mas el uno de ellos a Atenas y en trambos a Antioquia ciudades en aquel tiempo muy nombradas en el estudio de las letras, y después el uno y el otro a roma la reina y señora de todo el mundo. Asi yo para desarraigar la barbaria de los hombres de nuestra nación, no comencé por otra parte sino por el estudio de salamanca, el cual como una fortaleza tomado por combate no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a seme rendir”. Esta fórmula humanista de evangelización, con todo, sopesó las determinaciones políticas de Andalucía, quienes por acuerdo de las capitulaciones de 1492 pudieron mantener su religión y, aún cuando diera inicio la evangelización a cargo de fray Hernando de Talavera, la enseñanza del catecismo se mantuvo en árabe (Carette, 2013, § 29).

²¹⁷ Carette (2013, § 2) propone una doble vertiente en la producción de las obras destinadas a este proyecto: gramatical y lexicográfica. Sin embargo, al realizar un conteo de los materiales conservados de dicha época, Herrera Morillas y Cervero Coll (2002, 42) señalan que un 56.25% de las obras impresas en Sevilla durante los siglos XV a XVIII eran de materia teológica y religiosa, frente a un 4.54% de materia filológica.

Así pues, el encargo de Palencia es “interpretar los vocablos de la lengua latina según la declaración del vulgar castellano (que se dice romance)”. *Interpretar* en este contexto equivale a lo que modernamente denominaríamos traducir, mientras que *declarar* solía emplearse para referirse a la explicación o expresión de una palabra.²¹⁸ Palencia presentará una serie de equivalencias que tienen como punto de partida el latín en su modalidad culta y escrita, para ejemplificarlas según el uso castellano. El calificativo de *vulgar* se opone aquí al de lengua latina, por lo que Palencia presenta una aclaración: dentro de las lenguas vulgares, se trata del castellano en particular, el cual era considerado romance por su influjo latino, lo cual lo empataba con las demás lenguas romances.

Sobre este punto, una cuestión medular estriba en el cambio de perspectiva que Palencia expone sobre la traducción. Ya en el prólogo de su tratado sobre *La perfección del triunfo militar*, él mismo había expresado:

Considerando muchas veces muy noble y religioso señor las dificultades del bien romançar la lengua latina propuse repremir la mano y no presumir lo que non pode carecer de reprehensión. Pero como ove compuesto el pequeño tratado de los lobos y perros y que la inteligencia del se podía aver conforme a las turbaciones deste lloroso tiempo sería a pocos manifiesta no se trasladando en vulgar, pareçieme debido alterar el propósito y antes escoger que fuese reprehendido iusta o inustamente de impropiedad en alguna parte de la traslación que dexar sepultado mi trabajo. (1459, IIv)

Dicha valoración peyorativa de traducir al romance “romançar”, a caballo entre la reprimenda y la necesidad de difusión, era un lugar común para el año de 1451.²¹⁹

No obstante, cuatro décadas después, esta segunda avanzada en la comprensión del latín inclinaría la balanza hacia el argumento de la necesidad, emanada del proyecto de la

²¹⁸ Para la lexicografía anterior al siglo XVIII, un obra lexicográfica no empleaba el término *definir* para referirse a la lematización. Los vocabularios contenían la declaración de las voces; esto es, su explicación o exposición, las cuales podrían ejemplificarse mediante equivalencias, ejemplos de uso, comentarios, aclaraciones o definiciones. Los lexicógrafos previos a obras como el *Diccionario de autoridades* declaraban una lengua o, como este caso, la interpretaban según la declaración de la lengua meta.

²¹⁹ Similares son las apreciaciones de Juan de Mena o Enrique de Villena, traductores al romance de la *Ilíada* o la *Eneida*, respectivamente. Años más tarde, en el caso de la traducción del toscano al español de *El cortesano*, Juan Boscán (1534) matizaba el sentido de romançar: “muchas [cosas] me impedían que no lo hiziesse; y la mas principal era una opinión que siempre tuve de parescer me vanidad baxa y de hombre de pocas letras: andar romançando libros. Que aun para hazerse bien vale poco, quanto mas haciendo se tan mal: q ya no ay cosa mas lexos de lo que se tradueze que lo que es traduzido. Y así tocó muy bien uno que, hallando a Valerio Máximo en romance y andando revolviéndole un gran rato de hoja en hoja sin parar en nada, preguntado por otro qué hacía, respondió que buscaba a Valerio Máximo. Viendo yo esto y acordándome del mal que he dicho muchas veces de estos romancistas (*aunque traducir este libro no es propriamente romançalle, sino mudalle de una lengua vulgar en otra quizá tan buena*), no se me levantaban los brazos a esta traducción”.

reina Isabel: “Sabido bien la mesma inventora de cosas muy provechosas, la gran dificultad que incurren los de España medianamente principiados en la latinidad, cuando por vocablos latinos menos conocidos buscan de entender los no conocidos”. Sobre este punto, Alice Carette ha precisado que con aquellos de “España medianamente principiados en la latinidad”, Palencia se referiría a los integrantes del clero regular y seglar, un conjunto de eclesiásticos que se buscaba fueran reestructurados política, cultural e intelectualmente. Con todo, Palencia no perdía la oportunidad de ratificar el poderío de la reina y de ofrecer una información sumaria sobre la manera en que el latín era estudiado por un grupo de cristianos.

A diferencia de Hernando de Talavera, Palencia no parecería contemplar al grupo femenino que formaba parte del clero, como sí lo había considerado el obispo de Ávila al encargarle a Nebrija las *Introducciones latinas contrapuesto el romance al latín*,²²⁰ puesto que añade: “Fue sin duda aquesta diligencia de la muy poderosa reina, que lo mandó especialmente provechosa a los varones que eligieron religión”, enunciados que, en realidad, contribuyen a la escenificación de la necesidad del vocabulario y al destinatario de la obra. Su argumento en este sentido parece contundente: los estudiantes de latín no cuentan con las herramientas específicas para comprender la lengua de los clásicos latinos y de la literatura cristiana. Pese a ello, no parecería del todo clara la utilidad de estas obras teniendo en mente que para el conocimiento de latín existían desde la década pasada los trabajos de Nebrija. En este sentido, quizá la clave del *Universal vocabulario* reside en un matiz en la concepción lexicográfica de Palencia, una cuestión que de manera colateral Palencia nos señala y que se relaciona con el procedimiento que dicho grupo realizaba para traducir el latín: procedían mediante especulaciones y comparaciones a partir del léxico que parcialmente dominaban para acercarse a los vocablos “no conocidos”. Como el propio Palencia precisa, estos religiosos, “empleados en el culto divino, no pueden más a la estrecha escudriñar las elegancias y propiedades de los vocablos latinos, si no se interpretasen según la lengua materna”; es decir, echaban a andar su conocimiento del romance para comprender el texto

²²⁰ Por medio de fray Hernando de Talavera, la reina le encargaba al maestro de Lebrija esta obra, “por que las mugeres religiosas et uirgines dedicadas a dios, sin participación de uarones pudiesen conocer algo de la lengua latina” (en Carette, 2013, § 17), configurando una medida de exclusión, regulación y autodidactismo.

latino, pero con un tipo de comprensión limitado, sin poder apreciarlo y sin tener a la mano una obra sinonímica latín-latín que sirviera de antesala para la traducción al romance.²²¹

Probablemente, la clave que desliza Palencia reside en ese “escudriñar las elegancias y propiedades de los vocablos latinos”, es decir, no bastaba con que el latín pudiese ser comprendido, sino que era necesaria una vía para que, *a posteriori*, fuese apreciado en sí mismo. El lector de esta obra tendría la posibilidad de familiarizarse con el aspecto semántico del léxico, mediante la interpretación, para después llegar a apreciarlo en su consistencia formal. A una sensibilidad similar llegaba el maestro de Nebrija, cuando recordando a Cicerón caía en cuenta de “que las palabras se han de pesar y no contar” (1492, IIV). En suma, el cometido de traducir resultaría insuficiente mientras no le permitiese al lector una vía hacia la reflexión de la lengua por la lengua misma.

No olvidemos que siglos atrás el paulatino desconocimiento del latín había dado cabida al surgimiento de los glosarios y, en buena medida, al uso oficial del castellano.²²² Pero en este nuevo contexto el diccionario representaría otro método: no basarse en la propia competencia lingüística, sino acudir a una suerte de autoridad que sirva de modelo o ejemplo, en la cual se encontraría depositada un amplio caudal de voces, definidas y traducidas en su uso escrito. Esto es, el vocabulario constituiría un acervo con la finalidad de crear un marco léxico de referencia, si bien normativo, inicialmente cumpliendo la función de servir de memoria lexicográfica con parte de las propiedades que los humanistas de la época valorarían en las fuentes escritas: incorruptibilidad, propiedad y pulidez.²²³

Con diversas modificaciones, podríamos encontrar este método en un considerable número de textos lexicográficos que apuestan por la ejemplificación del uso escrito en oraciones reales.²²⁴ La ausencia de este tipo de ejemplos en obras como las de Nebrija fue parte de las críticas que la obra nebricense recibiría después. A diferencia de Nebrija, en

²²¹ La obra de sinónimos realizada por Palencia estuvo influida por las Elegancias de Lorenzo Valla. Ahora bien, los lectores del latín partían de un modelo inmediato de traducción: su competencia lingüística en el romance. La propuesta del renacimiento, señalada desde Dante, era retomar el modelo grecolatino. Recordar un uso específico que marcaría la pauta entre medievales y modernos humanistas. Si interpretaban según su propia lengua es de suponer la existencia de vacíos léxicos y de la necesidad de neologismos que designaran su propia realidad.

²²² Desde el siglo XIII, la instauración del castellano como lengua de la Corona había arrancado principalmente con Fernando III y Alfonso X.

²²³ El anónimo lexicógrafo, aproximadamente durante el segundo tercio del siglo XV, que analizaremos más adelante oponía a la rusticidad “la elocuencia y hermosa elocuencia i polizia de el hablar”.

²²⁴ En la actualidad, los ejemplos de uso, ya sean elaborados por el lexicógrafo o extraídos de fuentes, representan una parte medular de la definición lexicográfica de los diccionarios monolingües.

Palencia no se exhibe el mismo carácter normativizador, aunque la propia figura del autor, encandilada a la de la reina Isabel, señalaba implícitamente su competencia en el latín, amparada, como hemos mencionado, en numerosas traducciones de textos clásicos y en su formación humanista en Bolonia, centro cultural y universitario donde pudo conocer a algunos de los grandes humanistas italianos, como Besarión, Trapezuncio o Bisticci.

Ahora bien, es necesario tener presente las tensiones entre oralidad y escritura que modelaban la concepción de la lengua utilizada por los medievales, aun cuando Palencia no hiciera alusiones a ella. Pues mientras que la oralidad se reproducía dentro del propio tejido social, el desarrollo de la escritura demandaba dispositivos culturales que garantizaran su transmisión. Es en este punto donde el diccionario pasaría a convertirse en una memoria libresca que, si bien inició como una herramienta de trabajo, se convertiría paulatinamente en un soporte para aprenderla, explicarla, codificarla, definirla y, en última instancia, preservarla de las amenazas del olvido.

Es precisamente la rememoración de una lengua y la voluntad de revitalizarla lo que primaba en el proyecto de los Reyes Católicos al apostar por una reformulación en su enseñanza. Una rememoración que implicaba necesariamente un olvido estratégico. En su prólogo a su *Diccionario romance-latín*, Antonio de Nebrija enumeraba precisamente a los gramáticos que habrían de quedar fuera del nuevo canon: “I que ia casi del todo punto desarraigue de toda españa *los doctinales, los pedros elias*, y otros nombres aun mas duros, *los galteros, los ebrardos, pastranas*, y otros que no se que apostizos y contrabechos gramáticos no merecedores de ser nombrados. I que si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se a de referir a mi” (ca. 1494, IV).

Aunque Nebrija no compartiese su protagonismo con sus coetáneos lexicógrafos, para la reina Isabel cuatro serían los nuevos autores: Palencia, el propio Nebrija, Santaella y Alcalá, reconocidos desde cuatro núcleos específicos: la corte, la universidad y el clero. No obstante, sólo en el “Argumento” de Palencia la figura de la reina, representada de manera panegírica, se difuminaría con la del cronista para aparecer como cuasi autora. Se trataría de una estrategia discursiva de Palencia, observada por Roger Chartier dentro de las convenciones de los prólogos,²²⁵ para captar la benevolencia de la Corona y ganar su aprobación, aún cuando el texto hubiese sido solicitado expresamente por la reina Isabel.

²²⁵ “El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII”, en Hira de Gortari y Guillermo Zermeño (dir.), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, México, Centro de estudios

Son significativas también las valoraciones del libro y el atisbo a los métodos que Palencia externa. Si bien calificar una obra como provechosa era recurrente en el discurso para justificar la mayoría de los libros durante muchos siglos, Nebrija fue quizás el autor que más hizo hincapié en la necesidad de obras de utilidad y no sólo falsas y de entretenimiento. Así pues, el provecho del *Universal vocabulario* entroncaba a la perfección con el desconocimiento parcial del latín por parte del clero, quien, no está por demás recordarlo, era junto a la gente de la corte y de la universidad el grupo con acceso a la cultura escrita de su época.

Hasta este momento, Alfonso de Palencia no parecería ubicar la necesidad de su vocabulario fuera de los márgenes de un programa lingüístico para el servicio interno de la Corona y el clero. Sin embargo, surge dentro de este breve “Argumento” una segunda problemática que colocará al diccionario en el marco de una disputa ideológica entre culturas. Palencia agrega:

Por cierto, el gran trabajo presente se alivia mucho con la noticia del pueblo avenidero. Así que recrecen fuerzas al autor de esta obra ya venido en vejez, cuyo sentido no cesa de maravillarse de las muchas operaciones tan crecidamente provechosas al nombre de España, como en un mismo tiempo se ejecutan por su real mandamiento. (1490, IV)

En este párrafo, el autor parecería realizar una digresión para introducir parte del contexto político en que se inscribe la redacción de esta obra. La personificación de la reina Isabel aparece por un momento difuminada para dar cabida a los dos únicos rasgos que el autor expresa sobre sí mismo: su vejez y la pesada carga de elaborar dicha obra.²²⁶ El vocabulario vendría a sumarse al proyecto de unificación del reino, una vez que Granada “el pueblo avenidero” entregara la ciudad dos años más tarde. Sin embargo, el “Argumento” de Palencia no culmina con esta muestra de asombro, sino con un argumento inquisitorial que coloca a su vocabulario como una herramienta para el purismo lingüístico:

En especial el remedio y destierro de la herética pravidad. Que su alteza, con muy gran perseverancia, contendió hacerse con autoridad del sumo pontífice, para que sus reinos, ante enconados por prolongada negligencia de ponzoña que estaba ya en la muchedumbre de judaizantes, con muy solícita cura de castigo recobrasen nueva limpieza. Así quiso más a la

mexicanos y centroamericanos, 2000. En la nota 14, Chartier remite a una serie de miniaturas francomedievales que figuran el performance de la dedicatoria. En el anexo 2, reproducimos dos de estas imágenes y ofrecemos algunos ejemplos del caso hispano en los que se plasman rasgos de la cultura lexicográfica.

²²⁶ En el caso de Nebrija ahondaremos en la cuestión de las condiciones en que un lexicógrafo elabora su obra, sobre todo bajo el concepto del ocio.

luenga sufrir que la ocupación de los infieles granadiscos, infamia de los reyes cristianos, así durase en reposo de los ocupantes, para que ella no contendiese, con muy poderosa mano de muy grande hueste de todo vencer a los tales ocupadores secuaces de Mahoma. Como reina ha maravillas guarnida y dotada, ca la naturaleza le dio soberana hermosura; y la fortuna, singular poderío. Y la más excelente virtud de tal manera la guarnició, que siendo ella en la tierra muy bien andante haya de ser parcionera de la verdadera bienaventuranza. Lo cual pocas veces y a pocos acaece. (1490, IV)

Este párrafo profundiza en la tipificación del segundo personaje, caracterizado de manera peyorativa mediante una serie de atribuciones relacionadas con su filiación religiosa, su raza y la corrupción de sus costumbres, apartadas de la doctrina cristiana. Así pues, Palencia ubica a los protagonistas de este encuentro: la reina Isabel, amparada en el poder del sumo pontífice,²²⁷ y la comunidad judía y árabe que moraban en las tierras de Granada, los cuales representaban una mancha o impureza para el tejido social representado por Palencia. Recordemos que en Sevilla la persecución a los judíos tenía precedentes desde finales del siglo XIV con el pogromo de 1391. Después, en 1483 se produjo una nueva expulsión, preámbulo de la de 1492. Así, el elemento religioso se manifestaba en la intención lexicográfica. No hay que olvidar que

La religión contribuyó de una parte a reforzar el carácter “divinal” –expresión del siglo XV– de la expansión territorial de los reinos cristianos hacia el sur, detenida, como sabemos, desde mediados del siglo XIII pero relanzada desde principios del XV; y, de otra, a hacer de la fe cristiana el elemento común y definidor de la “esencia” última de la Península (con exclusión, por ello, de judíos y musulmanes). (Fusi, 2012, 76)

Por tal motivo, una cuestión singular sobre este último apartado tiene que ver con la tipificación del otro, ese enemigo interno para quien van destinadas las políticas y acciones del reino. Este vocabulario correría, así, en tres posibles sentidos: a favor de los cristianos, como carta de naturalización para los extranjeros y como modelo para los herejes. Aunque el proyecto evangelizador en Granada mantendría el uso de la lengua árabe, el “Argumento” del vocabulario presagiaba ya las lógicas de expulsión de dicha comunidad. El español se convertiría en la lengua de la monarquía cristiana, una fórmula que Nebrija cristalizaría mediante una vuelta de tuerca a la observación de Valla al expresar: “que siempre la lengua fue compañera del imperio” (1492, IV). Para Valla, según explica Carmen Lozano (2011, 4n) la hegemonía lingüística y la hegemonía política no eran absolutamente paralelas.

²²⁷ Isabel I y Fernando II recibían la Bula de la Santa Cruzada, la cual les otorgaba privilegios para continuar la guerra contra los moros. Fue una vez terminada esta guerra, cuando el papa Alejandro VI les otorgó el título de “católicos”, en 1496.

Por todo ello, el *Universal vocabulario* no sólo tendría la finalidad inmediata de resolver una carencia en el aprendizaje del latín; si no que, en el marco de la hegemonía de los reyes católicos y del castellano,²²⁸ representaría una cura lexicográfica para promover un purismo sociolingüístico, el cual podría ser considerado como uno de los precedentes para la fórmula de la unidad de la lengua. Pues dentro de dicho episodio cultural, el español construiría dicha unidad a partir de su dignificación y delimitación dentro de un marco multicultural y de plurilingüismo.²²⁹

En su examen sobre los vocabularios de los siglos XV y XVI, Lidio Nieto (2000) ha señalado que entre el manuscrito anónimo y la obra palentina existen por lo menos cuatro léxicos que deberían de tenerse en cuenta.²³⁰ A diferencia de este autor, como hemos señalado anteriormente, la historia de la lexicografía española asume por lo regular su inicio con la obra nebricense. Sin embargo, la figura de Palencia exhibe que la idea del diccionario como representación de una obra autónoma, justipreciada únicamente por la técnica lexicográfica, no permite atisbar la dimensión cultural de los textos lexicográficos.

Desde una perspectiva disciplinaria, el *Universal vocabulario* se ha ubicado en la antesala de la lexicografía moderna, aunque buena parte de su imaginario lingüístico haya observado procesos de larga duración. Por lo que se refiere a su tradición, representaría el punto álgido en la evolución del enciclopedismo medieval e hispánico. Su lugar de aparición tendría como precedentes los glosarios latinos, el manuscrito anónimo y las dos obras consideradas por Nieto. Finalmente, ninguno de los futuros lexicógrafos ha aludido a Palencia como una fuente que haya inspirado su trabajo. Con todo, poco menos de un siglo después, el enciclopedismo sería reactivado por figuras como Bernardino de Sahagún o Juan Lorenzo Palmireno, ya en los dos lados del atlántico.

²²⁸ Cabe recordarse que “La conquista de Granada, último jalón de la reconquista, una guerra larga, muy costosa, con momentos de gran dureza, pudo responder a distintas causas; pero sin duda la animó la voluntad de los Reyes Católicos de reforzar, mediante la exaltación de la fe, la unidad de la nueva monarquía, a hacer de la fe cristiana el fundamento espiritual (político) de la unidad territorial de los reinos: la guerra fue planteada y entendida como una guerra de religión”. (Fusi, 2012, 78-79)

²²⁹ Con esta aseveración proponemos que la unidad de la lengua, en tanto tópico formulado por Andrés Bello durante el siglo XIX en el marco de las independencias, podría ser puesta en perspectiva como un proceso recurrente en las lógicas macro de independencia y delimitación geopolítica y lingüística.

²³⁰ Éstos son: El *Rimario de La Gaya Ciencia*, los listados que acompañan a las *Introductiones latinae* y el *Totius opusculi significationes uocabulorum secundum ordinem alphabeti digestae hae fere sunt*, de Andrés Gutiérrez Cerezo.

Hacia la autonomía lexicográfica: el concepto de diccionario de Elio Antonio de Nebrija

Every word is exuberant, because it says more than intended; every word is deficient, because it says less than expected.

Walter Mignolo, tomado de Ortega y Gasset

1. La formación humanista y su impacto en el nuevo concepto de diccionario

En 1463, 11 años antes de que Alfonso Fernández de Palencia fijara su residencia en Sevilla, un nuevo intelectual que llegaría a ser prototipo del humanista cristiano de la cultura europea le decía adiós a “los bachilleres y maestros de gramática y lógica” (Nebrija, *ca.* 1495, fol. IIv) que presidían las cátedras de Salamanca y dirigía su rumbo a Bolonia. Su nombre de pila, Antonio Martínez de Cala y Xarava, rebautizado por él mismo, para destacar su impronta latina, como Elio Antonio de Nebrija.

Proveniente de una familia judeoconversa, el maestro de Lebrija fue formado en dos de los centros más prestigiados de su época: la Universidad de Salamanca, en donde realizó estudios de matemáticas, filosofía natural y filosofía moral de 1455 a 1460,²³¹ y el Colegio de San Clemente de Bolonia, donde obtuvo una de las tres becas destinadas al arzobispado de Sevilla, la cual “disfrutó hasta el 1º de mayo de 1470” (Olmedo, 1942, 18). En este último, bajo la tutela de Marcio Galeoto, Nebrija se entregó al estudio de la teología, el derecho y la medicina, pero en ninguna de esas ramas se graduó, “viendo que no quería más título que el de gramático” (Olmedo, 1942, 18).

La devoción de Nebrija por el estudio de la lengua griega y latina asentaría una de las primeras vetas de especialización en el itinerario y la formación de los intelectuales hispánicos. Se trataba de una focalización en la lengua que podría englobarse en dos grandes propósitos: el conocimiento de los autores clásicos y el estudio de la sagrada escritura. Muestra de ello aparece en el prólogo a su *Vocabulario*, cuando al pasar cuenta del intercambio cultural que Italia y España sostenían, el gramático sevillano se distanciaba de las prácticas sociales comunes entre ambos reinos y señalaba:

Así que en edad de diecinueve años yo fui a Italia, no por la causa que otros van, o para ganar rentas de iglesia, o para traer formulas de derecho civil y canonico, o para trocar mercaderías,

²³¹ En el “Prólogo” al *Vocabulario*, el gramático sevillano (*ca.* 1495, fol. IIv) recordaba: “dejando aquellos cinco años que en salamanca os en las matemáticas a Apolonio, en la filosofía natural a Pascual de aranda en la moral a Pedro de osma maestros cada uno en su arte muy señalado, luego que me pareció que según mi edad sabia alguna cosa sospeche lo que era, y lo que el apóstol san pablo liberalmente confeso de si mismo, que aquellos varones aunque no en el saber en decir sabían poco”.

mas para que por la ley de la tornada después de luengo tiempo restituyese en la posesión de su tierra perdida los autores de latín, que estaban ya muchos siglos había desterrados de España. (*ca.* 1495, fol. IIV)

Puesta su mirada en el propósito de restituir el estudio clásico del latín, este itinerario cultural le devolvería primero a la península y después a gran parte del mundo una abundante obra dentro de la cual el estudio de la lengua reclamaría una propia dimensión para sí. Con ello, se inauguraría un proyecto intelectual y educativo llevado a cabo por el maestro lebrijano en la mayoría de los escenarios y rubros donde se desarrolló: los centros universitarios, las instituciones clericales y la Corona, bajo una relación cuasi directa con la reina Isabel I.

A grandes rasgos, podríamos señalar que el impacto de esta formación en la manera de considerar la tarea lexicográfica se manifestó de dos maneras: la instauración de una estricta dependencia entre labor pedagógica y escritura de léxicos, con un público mayor al señalado por Palencia, y un enfoque en la sistematización de la lengua emigrado de la gramática como soporte teórico y en oposición a los discursos precedentes que trabajaron con la lengua.

Numerosas fueron las marcas textuales y las estrategias por medio de las cuales Nebrija contribuyó a la legitimación de la figura del gramático. Ya desde su postura como autor de diccionarios, mediante la fórmula “gramático en la interpretación de las palabras”, a diferencia de Alfonso Fernández de Palencia o Rodrigo de Santaella, quienes en su calidad de autores se definían a la sazón como “cronista” o “capellán o protonotario”,²³² Nebrija le abría paso a un nuevo tipo de intelectual que combinaría la figura del maestro de lenguas con el de gramático, en el sentido de autor de diversas obras sobre poesía, retórica, gramática, lexicografía o pedagogía bajo un nuevo canon de autores. En el contexto hispánico, esto implicaría una respuesta a los discursos previos encargados del estudio de la lengua. Sobre este punto, el propio Nebrija recordaba:

Porque hablando sin soberbia fue aquella mi dotrina tan notable, que aun por testimonio de los embidiosos y confesion de mis enemigos todo aquello se me otorga. Que io fue el primero que abri tienda dela lengua latina, y ose poner pendon para nuevos preceptos, como dize aquel oraciano catio. I que ia casi del todo punto desarraigue de toda españa los dotrinales, los pedros elias, y otros nombres aun mas duros, los galteros, los ebrardos, pastranas, y otros que no se que apostizos y contrahechos gramáticos no merecedores de ser nombrados. I que si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se a de referir a mi. Es por cierto tan grande el galardón deste mi trabajo, que en este genero de letras

²³² Alice Carette (2013, § 25) observa que Nebrija fue el único que, dentro del proyecto de la enseñanza del latín, se presentó como especialista de la lengua.

otro maior no se puede pensar, mas toda aquella mi industria de enseñar estaba dentro de muy estrechos términos apretada. (1492, fol. IV)

Dentro de este proyecto intelectual, en donde la lengua española establecería un vínculo simbiótico con una conciencia de nación que la convertiría en un patrimonio cultural, la labor de desarraigo despertaba la necesidad de elaborar nuevos materiales, puesto que la industria de una nueva enseñanza requería necesariamente ampliar el método por medio de herramientas textuales específicas.

Aunque breves, Nebrija fue ofreciendo ejemplos que demostraban el provecho de contar con un gramático, y por ende, con sus materiales textuales (gramáticas, ortografías y diccionarios). Al referirse a la utilidad de emplear el acento, o “resguito” como él mismo lo denominaba, Nebrija aprovechaba la oportunidad de dar cuenta del lugar que el gramático debería ocupar como juez en el discernimiento sobre la duda lingüística “porque como dice Aristóteles: la virtud y el arte negocian en las cosas difíciles” (1492, fol. VIa).²³³

Éste era, pues, el cometido del gramático, el cual a gran escala se asemejaba más con el de una evangelización humanista. Al volver la vista a los años de su regreso a España, Nebrija definía su propósito de la siguiente manera:

Luego se me ofreció el consejo de que san pedro y san pablo príncipes de los apóstoles usaron para desarraigar la gentilidad e introducir la religión cristiana. Porque asi como aquellos para echar los cimientos de la iglesia no acometieron unos pueblos oscuros y no conocidos, como suelen hacer los autores de alguna seta falsa, mas el uno de ellos a Atenas y en trambos a Antioquia ciudades en aquel tiempo muy nombradas en el estudio de las letras, y después el uno y el otro a roma la reina y señora de todo el mundo. Asi yo para desarraigar la barbaria de los hombres de nuestra nación, no comencé por otra parte sino por el estudio de salamanca, el cual como una fortaleza tomado por combate no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a seme rendir. (ca. 1495, fol. IIIr)

Hombres bárbaros serían los destinatarios de un apostólico Nebrija, todos aquellos individuos incapaces de leer a los autores grecolatinos en su propia lengua. Con este propósito en boga, dicha definición de barbarie constituiría por oposición un tipo de individuo culto, ceñido al pensamiento antropológico del humanismo, con un procedimiento

²³³ Nebrija (1492, fol. VIa) agregaba: “Porque todos saben dominus con que acento se pronuncia, y por esto ya va fuera de artificio. Mas porque los ignorantes pronuncian por mostaza, arado, diego, isidro y otras muchas palabras la penúltima silaba breve, y aquella mismas por acentro grave, y por el contrario por cosa de bisso de diamante, orígenes, ermógenes, la penúltima aguda, este es el trabajo, esta es el obra de arte, quitar esta ignorancia del pensamiento de los hombres. Y porque podría alguno dudar con qué acento se pronuncian las diciones a pocos conocidas. Toda aquesta duda se quitará con aquel resguito”.

mediante el cual, colateralmente, el vínculo entre lengua y cultura conformaría las bases para elaborar criterios de diferenciación social.

Así pues, dentro de estas transformaciones culturales, el diccionario vendría a materializar algo más que la lengua española.²³⁴ Adquiriría una valoración cultural que ha definido su sentido para siglos posteriores: el de mantener una norma bajo la palabra autorizada del especialista; por lo regular, un intelectual al servicio de las instituciones dominantes; y entraría a formar parte de un sistema constituido por diversas prácticas e instituciones que se encargarían de su producción y de sus usos culturales. Lo que ganaría de especialización en su textura discursiva, el ser un tratado lingüístico sobre el léxico en sí mismo, sería inversamente proporcional a su dependencia con las lógicas institucionales (prácticas de mecenazgo, construcción del ocio, realización de obras bajo pedido) que permitirían su circulación e influirían en su uso.

Este argumento ha sido barajado ya por algunos especialistas interesados en ubicar la creación de una serie de valores alrededor de la lengua.²³⁵ Para la mayoría de ellos, la pregunta de investigación se relaciona con los procedimientos mediante los cuales una obra exclusivamente de gramática o un diccionario que en términos reduccionistas representa un listado de palabras, pudo llegar a convertirse en una herramienta para la dominación simbólica ejercida por un reino, ya sea el caso del de los Reyes Católicos a finales del cuatrocientos o de sus sucesores en los procesos de evangelización en América.

Conviene recordar que los tiempos en que Nebrija lleva a cabo su formación son episodios convulsos. Al respecto, Juan Pablo Fusí señala:

El camino hacia la unión de 1479 fue extraordinariamente complejo. Todos los reinos peninsulares –Castilla, Navarra, Aragón, y dentro de este Cataluña– se vieron sacudidos a lo largo del siglo XV por procesos de crisis dinásticas, guerras civiles, tensiones entre la monarquía y la nobleza, luchas nobiliarias, revueltas sociales, conflictos territoriales y fronterizos, injerencias e intervenciones políticas y militares en los reinos vecinos, guerras de expansión territorial. (2012, 72-73)

²³⁴ Nuevas preguntas ofrecen los escenarios posibles antes de la existencia de Nebrija. Por ejemplo: ¿sin una gramática que estableciese una diferencia entre la producción lingüística, en el caso del español, cuál era la posible conciencia del error? El hecho de que la lengua anduviera fuera de reglas no parecería tener a grandes rasgos las mismas consecuencias que la diferenciación social que marcaría la instauración de una norma. ¿Fue la conciencia del error una construcción conceptual producida por la implantación de una gramática?

²³⁵ Véase, por ejemplo, la discusión sobre el valor económico del español elaborada por Luis Fernando Lara (2015), en la cual se discute el trasfondo económico que sustenta el estudio, la enseñanza y la promoción del español.

Es decir, el contexto en el que Nebrija se desenvuelve presenta una dimensión problemática, en la que el sentido de generar normas a favor de la lengua de un reino no se concentraba en un trabajo exclusivamente lingüístico. Así, los diccionarios de Nebrija se caracterizarían por participar en un proceso generador de normas, clasificaciones y distinciones sociolingüísticas a través de la construcción de un entramado de conceptos, políticas y prácticas fundadas en una tradición particular y en un contexto convulso y de intrigas.

En el ámbito exclusivamente lingüístico, dicha tradición determinaría no sólo un interés por la sistematización de la lengua, sino que generaría un marco de referencias para su valoración. Paulatinamente, los diccionarios constituirían una necesidad de comprobación que serviría de testimonio o carta de naturaleza. Para un lexicógrafo como Sebastián de Covarrubias, redactor de su *Tesoro* a la vuelta de poco más de un siglo, esta práctica de recurrir a un testimonio escrito para registrar una palabra se había tornado en algo habitual.²³⁶

Gracias a Nebrija, las fuentes escritas fijadas por la norma habían conseguido el privilegio de evaluar las características del léxico. De tal manera que la autoridad del diccionario se sustentaría en la previa existencia de una gramática capaz de construir los conceptos para valorar una palabra. Sería un texto al que se le delegaría la potestad de autorizar el “buen uso”, en apego a las formas utilizadas por un grupo de autores recuperados por el propio maestro, primero para la enseñanza del latín y después para el español.

2. El estudio de la obra nebrixense: recepción y crítica

Ahora bien, las apreciaciones y los estudios de Nebrija, aparecidos con suma rapidez, centraron su mirada en otros aspectos ajenos a la constitución de un mecanismo cultural para regular la producción sociolingüística. Mostraron su interés principalmente por la del trabajo lexicográfico realizado por Nebrija o por su labor como gramático. Se tiene noticia de la recepción de su obra desde finales del siglo XV y principios del siglo XVI.²³⁷ Sobre su obra, las opiniones son tanto favorables como desfavorables. Las críticas más agudas fueron

²³⁶ Covarrubias (1611, 408a) expresaba: “Con tanta autoridad y gravedad se puede alegar el divino Garcilaso, en comprobación de la lengua Española, como Virgilio, y Homero, en la Latina y Griega. Y qualquier romance viejo, o cantarillo comúnmente recibido; y assi yo no me desdeño quando viene a propósito de alegarlos, por comprouacion de nuestra lengua”.

²³⁷ Antonio de Torquemada (1522, 54) destacaba al “doctísimo maestro Antonio de Nebrija por su tratado de ortografía, ubicado en ‘el terçero libro de su Arte de gramática’”.

las realizadas por Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua*.²³⁸ A diferencia de este último, un autor como Fray Pedro de Alcalá había observado la utilidad y buena hechura del *Vocabulario nebricense*, idóneo para servir de molde a su trabajo con la lengua árabe.²³⁹

Su labor como gramático del español fue en un inicio desestimada o incomprendida y habría que esperar más de medio siglo para identificar nuevas observaciones a sus trabajos lexicográficos.²⁴⁰ Dentro de su época, el éxito de su obra se debió más bien a los manuales para aprender latín empleados dentro de la enseñanza universitaria. Sólo con la conformación de la Real Academia Española y el interés por elaborar la gramática, la ortografía y el diccionario, la figura de Nebrija reaparecería en el panorama lingüístico.

En relación con las investigaciones sobre gramática u ortografía, los estudios sobre la obra lexicográfica nebricense aparecieron tardíamente.²⁴¹ Surgieron por un interés de carácter histórico, especializado y con el propósito de recuperar la tradición de las letras hispánicas. Sólo con la reactivación del interés por la lexicografía y su historia es que se ha profundizado en el conocimiento de sus diccionarios desde múltiples aspectos. A grandes rasgos, la mayoría de los acercamientos a su obra se han enfocado en su trabajo técnico, su influencia en obras posteriores y su relación con el humanismo itálico-español.²⁴²

Es en ese sentido que la literatura de investigación determinó la importancia de Nebrija en términos de su capacidad para reinventar un género discursivo. Observaron en su técnica la capacidad de separar y diferenciar al diccionario de los vocabularios y glosarios medievales en la lógica que opone antigüedad a modernidad. Para esta perspectiva, si bien las obras nebricenses mantenían una deuda con los tesoros léxicos elaborados en el pasado, el maestro

²³⁸ “En la declaración que hace de los vocablos castellanos en los latinos se engaña tantas veces que sois forçado a creer una de dos cosas: o que no entendía la verdadera significación del latín, y ésta es la que yo menos creo, o que no alcançava la del castellano, y éssa podría ser, porque él era de Andalucía, donde la lengua no sta muy pura”, Antonio Comas (ed.), (1972, 42).

²³⁹ “acorde escojer una de las compilaciones que ay de vocablos para la trasladar en aravigo. y entre otras pareciome a comodada a nuestro castellano. aquella que hizo el honrrado y prudente varon maestro antonio de lebrixa” (1505, fol. a iiiij).

²⁴⁰ Jiménez Arias (1566), en el prólogo a su *Lexicón ecclesiasticum*, señala: “Aunque no me detuve en citar y nombrar muchos autores, como suelen citarle: por seguir la brevedad con que huelgan los de este tiempo. No que aya sido tan breve que (conforme al Poeta) sea oscuro: como lo fue el vocabulario del doctissimo Antonio de Lebrixa: pues que aún pongo exemplos, con que doy a entender muy claramente todas las cojas”.

²⁴¹ Uno de los primeros trabajos especializados en lexicografía fue el artículo de Julio Fernández Sevilla, “Un maestro preterido: Elio Antonio de Nebrija”, en *Thesaurus*, XXIX, 1974, Bogotá, pp. 1-36.

²⁴² Por su numerosidad, remitimos al texto especializado de Miguel Angel Esparza Torres y Hans-Josef Niederehe: *Bibliografía nebricense: las obras completas del humanista Antonio de Nebrija desde 1481 hasta nuestros días*, Amsterdam, Philadelphia, J. Benjamins, 1999; y al sitio virtual especializado <http://corpusnebrissense.com/index.html>

de Lebrija habría revolucionado las técnicas para sistematizarlo, privilegiando el orden, la uniformidad y el interés exclusivo en el léxico. De esta manera, han concluido que, con base en revisión y superación de los modelos antiguos, Nebrija inauguró lo que modernamente denominamos diccionario de lengua.

Al igual que con el cervantismo y la literatura española, el estudio de Nebrija ha representado una vía para construir una historia de la lengua y, al mismo tiempo, de la disciplina que la cobija. Buena parte de los estudios sobre el *Diccionario* y el *Vocabulario* se ha encargado de sintetizar los principales hitos lexicográficos nebrixenses: el origen de las definiciones modernas²⁴³ o la génesis del origen de los diccionarios monolingües.²⁴⁴ Es cierto que Nebrija manifestó su interés por elaborar una obra enciclopédica que recuperara los conocimientos producidos en su época, con una perspectiva alejada del procedimiento medieval.

Cabe destacar que, bajo el modelo inaugurado por Nebrija, el diccionario se convertiría en una obra específica dentro de la densidad discursiva de su época y la de los siglos venideros. Crearía una dimensión particular de la palabra, organizada por criterios lingüísticos, que sería empleada para funciones culturales que trascendieron el propósito de verter la lengua latina en la castellana. El hecho de que no todos los lexicógrafos posteriores reconocieran la influencia de Nebrija y un número considerable de diccionaristas se sirvieran de sus materiales sin señalar la deuda contraída con el maestro andaluz presagiaba también el modo más recurrente de producción observable en la lexicografía hispánica producida durante los siglos XVIII, XIX, XX, construida a partir de los materiales de la academia española.²⁴⁵

²⁴³ Manuel Alvar Ezquerra, "Nebrija, autor de diccionarios", *Cuadernos de historia moderna*, no. 13, Madrid, Editorial Complutense, 1992, p. 202.

²⁴⁴ Pedro Álvarez de Miranda, "De Nebrija a la Academia", 2014, Fundación Juan March, mins: .18: 05-19: 25. Una de las primeras palabras definidas de manera monolingüe fue *canoas*, un indigenismo de América que refería a otra realidad, por lo que Nebrija tuvo que echar mano de una definición para volver comprensible este neologismo. Sin embargo, hemos podido constatar que desde el *Vocabulario* anónimo existía una preocupación por explicar la lengua desde ella misma. Santaella también se adscribía a este propósito.

²⁴⁵ Un caso familiar sería el *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana* de Cristóbal de las Casas, donde, de acuerdo con Guerrero Ramos (1992, 464): "también se puede ver, aunque él no lo reconozca expresamente, la influencia de Nebrija".

3. La modernidad lexicográfica de Nebrija: hacia un nuevo concepto de diccionario

Numerosos estudiosos han considerado los diccionarios de Nebrija como las obras que dan inicio a la lexicografía moderna.²⁴⁶ Esta afirmación se sostiene sobre una serie de argumentos basada en una selección de hechos históricos relativos a la manufactura de sus obras y al provecho que las futuras generaciones sacaron de éstas. Por lo general, se alude a la impronta humanista y universitaria que guio su proyecto intelectual y editorial. Consideran el éxito editorial de sus *Introductiones latinae* y de sus dos diccionarios, los cuales contaron con numerosas ediciones que siguieron imprimiéndose hasta el siglo XX. De igual manera, se hace hincapié en la practicidad de estas obras como base a gran parte de los repertorios elaborados durante el siglo XVI, tanto en Europa como en América.²⁴⁷

El estudio de la transmisión textual de sus obras y de su influencia en la lexicografía posterior también predomina en el tipo de interpretaciones sobre los léxicos nebrixenses. Como han destacado numerosos autores, su influencia en los futuros lexicógrafos y diccionarios se extiende hasta el siglo XVIII, con la elaboración del *Diccionario de Autoridades*.²⁴⁸ Un caso que ha merecido particular atención es el del *Tesoro de la lengua española*, en el que Sebastián de Covarrubias empleó fuentes nebrixenses para en la elaboración de su diccionario monolingüe.²⁴⁹

Por lo que se refiere a su trascendencia mundial, la lexicografía nebrixense es valorada por servir de marco de referencia a los autores del siglo XVI interesados en redactar obras que equivalieran el castellano con otras lenguas europeas.²⁵⁰ En el caso de América, con sus respectivas diferencias, se suele señalar cómo los moldes de los diccionarios nebrixenses

²⁴⁶ Gloria Guerrero Ramos (1992, 465) afirma: “Nebrija, con el Diccionario latino-español y el Vocabulario español-latino, se convierte en el precedente de la lexicografía española posterior y es tomado como modelo por lexicógrafos extranjeros para la construcción de sus vocabularios bilingües o plurilingües”. No sólo en el contexto hispano, en occidente, Nebrija fue el primer autor de lo que estrictamente significa un diccionario.

²⁴⁷ Véase. Byron Ellsworth Hamann, *The Translations of Nebrija. Language, Culture, and Circulation in the Early Modern World. The story of a translation dictionary and its influential role in global history*, University of Massachusetts Press, Massachusetts, 2015.

²⁴⁸ Para fijar la ortografía seguida por los primeros académicos, volvieron los ojos a las obras del nebrixense. Véase. §. II. “Dificultad de fijar la Orthographía, y falsedad de várias reglas generales que se han pretendido establecer algunos Autóres”, en el “Prólogo” a la edición de 1726, pp. LXVI-LXIX.

²⁴⁹ Véase. Gloria Guerrero Ramos, “Nebrija, autoridad en el *Tesoro de Covarrubias*”, *Revista de Filología Española*, vol. 70, 1990, p. 135.

²⁵⁰ Guerrero Ramos (1990, p. 135) cita los nombres de Pedro Alcalá, Cristóbal de las Casas, Percyvall, Minsheu, Palet, César Oudin, Franciosini y Sobrino. Entre los continuadores de Nebrija, figurarían autores como fray Pedro de Alcalá, Cristóbal de las Casas, Richard Percyvall, John Minshev, Joan Palet, Cesar Oudin, Ambrosio Calepino, Adriano Junius

fueron utilizados para elaborar vocabularios que registraran las lenguas indígenas. No obstante, los estudios sobre lexicografía misionera han puesto en entredicho la visión reduccionista mediante la cual los diccionaristas de indias habrían seguido a pie juntillas los procedimientos del maestro de Lebrija.²⁵¹

Como corolario a este relato de modernidad, la producción nebricense se enmarca bajo el señalamiento de que con estas obras fueron sentadas las bases para concebir una lexicografía interesada exclusivamente por la lengua, reactivada bajo el concepto de *diccionario*.²⁵² Sin embargo, el concepto de modernidad a nivel lingüístico, lexicográfico, filosófico, histórico o político se encuentra enmarcado por una serie de polémicas. Por lo que se refiere al contexto histórico, convendría recordar la precisión de Joseph M. Waker sobre la modernidad española. Él señala que:

Tradicionalmente se ha venido considerando el reinado de ambos monarcas como el inicio de la Edad Moderna, que, siguiendo la habitual cronología, fijamos en 1492; si bien para algunos historiadores habría que contar a partir de 1453, coincidiendo con el final del Imperio Bizantino, lo que también nos parece correcto. (2004, 135)

Esta ubicación resulta crucial una vez analizada la obra de Palencia, pues en su breve prólogo detrás de líneas se encuentra la rememoración de la caída de Constantinopla. Este hecho histórico generaría una amplia migración de pobladores que nos permite entender la llegada de nuevos intelectuales y la reafirmación de prácticas como el mecenazgo. De igual manera, en el caso del reinado de los Reyes Católicos, la llegada de nuevos grupos de intelectuales corría en paralelo con una profesionalización de la escritura. Juan Pablo Fusi señala:

... los Reyes Católicos asumieron la acción de gobierno de su reinos casi por entero, y la ejercieron directamente con sus colaboradores más cercanos (los cardenales Mendoza y Talavera y luego Cisneros) y los secretarios reales (Hernández de Zafra, López Conchillos), apoyados en una burocracia crecientemente profesionalizada (“letrados”). (2012, 80)

Durante este periodo, el límite entre un intelectual, término empleado operativamente, y un burócrata se encontraba difuminado. La injerencia de elementos políticos en la redacción de diccionarios era tanto una necesidad como su propia justificación. Con todo, el examen de las prácticas de ocio y mecenazgo problematizan dicho vínculo.

²⁵¹ Por diferencias culturales y lingüísticas, fueron necesarios nuevos procedimientos para comprender las lenguas indígenas. Pese a ello, el modelo para registrar este tipo de léxico partió de la arquitectura nebricense.

²⁵² La única mención a este término aparece en las traducciones de Tito Livio a cargo de Pero López de Ayala en 1400, el cual se refiere con este término al *Catholicon* de Juan Balbi.

4. Ocio y mecenazgo

Si bien con Palencia intentamos reconstruir parte de la cultura escrita en que se produjo su vocabulario, los prólogos de Nebrija nos llevan a una dimensión más personal de este mundo: hacia las prácticas indispensables de mecenazgo y de ocio que permitieron la redacción de un texto lexicográfico. En sus prólogos, Nebrija no hizo únicamente gala de las convenciones retóricas para captar la benevolencia de sus protectores como si se tratara de un ejercicio insulso de dedicatoria. El “Prólogo” del *Diccionario latino-romance* inicia con una fórmula similar dedicada a Juan de Zúñiga: “Muchos cada día me preguntan aquello mesmo, que io muchas vezes suelo conmigo pensar: cuál de dos cosas me fuera más honesta y mas provechosa ala republica: enseñar gramatica en el estudio de salamanca, el mas luzido de españa y por consiguiente dela redondez de todas la tierras: o gozar de la familiaridad y dulce conversación de vuestra mui ilustre y grand Señoria” (1492, fol. 1a). Nebrija rememoró en primer lugar su trayectoria personal y académica,²⁵³ permitiendo vislumbrar los entresijos por medio de los cuales un gramático humanista del cuatrocientos elaboraba este tipo de materiales.

Sobre este punto, Lidio Nieto (2000) ha dado cuenta ya del paulatino proceso de redacción lexicográfica de Nebrija, el cual comenzaría con los listados de *dicciones* que acompañaban sus métodos para la enseñanza del latín. Estas primeras recopilaciones servían de glosario para los ejemplos de trabajo incluidos en sus manuales. Apoyaban a los estudiantes en la interpretación y declinación de los vocablos latinos.²⁵⁴

Conforme el número de entradas incrementaba, los léxicos se independizaron, hasta ser un instrumento sólido que por sí mismo podía coexistir pero que mantenía dependencia con la gramática y la ortografía. Reunidas estas tres herramientas, se cumplía el propósito de fijar la lengua y de comenzar a explicarla por un método lingüístico.

De acuerdo con los cálculos de Gloria Guerrero Ramos (en Alvar Ezquerro, 1992, p. 200n), el *Diccionario latino-romance* registra un total de 28,000 entradas, a las cuales habría que sumar un número mayor de acepciones. El *Vocabulario romance-latín*, por su parte, alberga 22,500 equivalencias, entre las cuales podemos ya encontrar definiciones en el sentido

²⁵³ Los prólogos de los léxicos nebrixenses contienen en realidad un recuento de la trayectoria profesional del gramático sevillano, al cual se le agrega finalmente una nota aclaratoria que resume la estructura de las obras.

²⁵⁴ Mediante un procedimiento riguroso y eficaz, Nebrija ofrecía en cada definición las desinencias de los vocablos para ubicar a qué modelo de conjugación y declinación pertenecían.

moderno. A estas cifras habría que agregarles las recopiladas en sus obras especializadas. Con todo, el espectro que cubre es considerablemente alto, pues en la obra cervantina, por poner un ejemplo del siglo posterior, se calcula la existencia de un aproximado de 25,000 palabras distintas.

Con el paso del tiempo, las nuevas ediciones de ambas obras incluyeron una mayor cantidad de léxico. Se agregaron los primeros americanismos y el léxico náutico incrementó. Cabe insistir en que el tipo de palabras registradas por Nebrija se relacionaba estrictamente con las fuentes escritas que le interesaba dar a conocer. Esto es, el criterio de selección estaba determinado por las fuentes escritas. Para la segunda mitad del siglo XVI, los dos diccionarios se imprimieron en un solo volumen.²⁵⁵

En sus prólogos, Nebrija ofreció asimismo un breve recordatorio sobre los motivos y las maneras en que elaboró sus diccionarios. Refiriéndose a sus propias jornadas de trabajo y a la conciencia de divulgación, el propio Nebrija le recordaba a su mecenas y protector Juan de Zúñiga:

Porque como gastasse casi todo mi tiempo en declarar los autores ocupado cada dia cinco o seis oras en cosa no menos dificil que enojosa, quiero decir la verdad: que no era todo aquel negocio de tanto valor, que oviessse de emplear tan buenas oras en cosa que parecía tocar al provecho de pocos, siendo por aventura nacido con maior fortuna y para obras maiores y que fuesen [fol. I. v.] a los nuestros mucho mas provechosas. Quanto mas que había razón de mirar por mi salud y ingenio, las fuerças de los cuales entrambos sentia mas y mas ser enflaquecidas, y por experiencia acontecerme lo que dela candela esta en el refrán: que alumbrando los otros ella recibe mengua. Assi que muy ilustre señor, siendo io con muchas y señaladas mercedes de vuestra. S. combidado, que me quisiesse contar en el numero de los vuestros, luego arrebatte la buena dicha y tanto de mejor gana, que ia ninguna cosa mas desseaba, que ofrecérseme ocio, en que pudiesse escribir alguna cosa: que aprovechasse no solo a los presentes, mas aun a los que están por venir. (1492, fol. I-II)

Ocio y un propósito de divulgación, el cual aprovecharía el alcance del medio impreso, definirían las necesidades para realizar el proyecto intelectual de Nebrija. Puesto que después de un trabajo como catedrático,²⁵⁶ Nebrija apostaría ahora por un tipo de enseñanza que rebasara los muros de la Universidad de Salamanca. No obstante, en ese punto las condiciones financieras y personales de Nebrija solían ser solventadas mediante el

²⁵⁵ Se trata de una edición de Granada de 1536.

²⁵⁶ Nebrija (1492, fol. II) le recordaba a Juan de Zúñiga su paso por Salamanca: “Donde teniendo yo dos cátedras públicamente salariadas, lo cual antes de mi aun ninguno alcanzo quanto provecho hice doce años leyendo, otros lo juzgaran mejor y mas sin pasión, a lo menos sentirlo an los venideros”.

mecenazgo que figuras como Juan de Zúñiga²⁵⁷ o el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca²⁵⁸ podían proveerle. Y es precisamente en el entrecruce de las necesidades personales, como un modo de subsistencia para el humanista, y el prestigio de los protectores que las recordaciones de Nebrija venían a justificar la subvención de estas obras. En aras de preservar la memoria de estos últimos, Nebrija expresaba:

conságrelo a Vuestra magnifica Señoria, no con la fuzia que aquella campana del mundo Apion gramático, el cual dezia que dava inmortalidad a aquellos a quien intitulava sus obras, mas con la confianza que Fídias, el primer inventor del buril y cincel, el cual haciendo a los atenienses aquella mui mentada estatua de minerva, de oro y marfil, como no pudiese escribir en ella su nombre, en tal manera travó su mesma muy semejante imagen al escudo: que si la arrancassen toda la travazon de la obra se desatasse. Y así io por esta razón viendo que con vuestras muy esclarecidas virtudes aveis hecho mas ilustre la nobleza que de vuestros maiores eredastes, y que entro los ombres de vuestra nación, vuestro nombre no avia de morir, pues que io por mi mesmo no podía ser ennoblecido, busqué un camino como dice el poeta, para me levantar del suelo, haciéndome inmortal, y en el titulo de aquesta obra en tal manera solde mi nombre con el vuestro, que el uno del otro no se puede apartar. (1492, fol. IVr)

Similar al recurso del retrato sobre la reina en el caso de Palencia, Nebrija opta por la reelaboración de un mito para construir una figura de doble autoría que cumple varios propósitos. El gramático sevillano presenta, por un lado, una noción de autor imperecedero que sería recordado por sus virtudes y nobleza. Con ello, aprovecha de forma estratégica el prestigio de sus protectores, ofreciéndoles una inmortalidad espiritual que intentaría paliar el paso del tiempo. Por otro lado, Nebrija expresa su deseo de ennoblecimiento, sirviendo de intelectual y artífice de una obra que quedaría al respaldo de un noble.

²⁵⁷ Sobre Juan de Zúñiga, Nebrija (1492, fol. III) recupera el tiempo en que estuvo bajo su servicio: “No porque io no sabia muy bien cuán continuo a de ser aquel, que sigue esta vida palanciana y querer agradar a su señor, y si buena mente se puede hazer, que nunca se entreponga tiempo, en que no este delante del, le linsonjee, le halague, seria de lo que el se reiere, le pese de lo que le pesare, lo acompañe donde fuere, y de donde viniere. Mas porque conocía la grandeza de vuestro animo tamaña que tendría en poco todo esto, y la humanidad tan grande que no avria cosa si fuesse onesta, que no me diesse lugar para la hazer”.

²⁵⁸ Sobre este personaje, quien también llamó a su servicio a Alfonso Fernández de Palencia, Nebrija (1492, fol. IIv) rememora: “Mas después que asi gaste diez años en los deprender, pensando ya en la tornada, fue convidado por letras del muy reverendo y asi sabio varon don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla, el cual la primera vez que me vio y mando que fuese suyo, después de muchas cosas humanamente prometidas, allende que me dio ciento y cinquenta florines de renta me mando dar muy copiosa razón cada dia. Mas porque gran parte del tiempo su señoria gastaba en los oficios divinos, mucha eso mismo en los negocios del reino, y tambien alguna en su dolencia, porque por espesos entervalos de tiempo era fatigado de estranguria, todos aquellos tres años que goce de su familiaridad ninguna otra cosa hice sin no reconocer toda mi gente, y por ejercicio apercibirme para enseñar la lengua latina, como si divinara que con todos barbaros se me aparejaba alguna grande contención. Asi que después que fallecio y aunque triste y lloroso comencé a ser libre, nunca deje de pensar alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbaria por todas las partes de España tan ancha y luengamente derramada”.

En este sentido, no resultaba fortuito el que Nebrija al presentar sus obras hiciera un repaso sobre la antropología del humanista cristiano, un ser que se debía a un cierto tipo de instituciones: la familia,²⁵⁹ la república²⁶⁰ o los *studia humanitatis*,²⁶¹ las cuales modelaban su visión de mundo y determinaban las formas legítimas de llevar a cabo su tarea como gramático. Dentro de estas directrices, como señalamos anteriormente, el ocio pasaba a convertirse en una forma de valorar los trabajos realizados por un humanista, una preocupación que el maestro sevillano no perdía oportunidad de poner por escrito:

Pues parece a vuestra señoría que estuve ocioso desde aquel tiempo que me entremeti en esta muy ilustre familia. O que me aparte y retraje como muchos sospecharon, antes al ocio y descanso, que a las velas y trabajo. Mas auque se me allega ya el año de cincuenta y uno de mi edad, porque nací un año antes que en tiempo del rey Don Juan el segundo fue la prospera batalla de olmedo. Y si pudiera yo muy bien aun por la divina ley del jubileo ya descansar, pero todo esto que me queda de espíritu y de vida, todo esto que me sobra del genio y doctrina, todo aquellos emplearemos en el provecho común al arbitrio y parecer de vuestra magnifica señoría. (ca. 1495, fol. IIIv)

Ese síntoma de desgaste aparece también en el prólogo de Palencia, en ambos casos aparece expresando las condiciones trabajosas en que los primeros diccionarios vieron la luz, aunque la imagen del cronista se aproxima más a la del intelectual retirado. El ocio representado en este caso nos da una pista para comprender cómo Nebrija trabajó tanto por encargo como por propia convicción en sus proyectos con la lengua. Ahora bien, ambos datos sobre las condiciones en que se elaboraron los primeros diccionarios parecerían de carácter anecdótico o incluso convencional, sino representarían los primeros testimonios de la licencia

²⁵⁹ El “Prólogo” de su *Vocabulario* abría con esta declaración de compromiso público y familiar: “Como quiera que la cuenta de mi vida quería yo que fuese de todos los otros hombres aprobada, especialmente de vuestra muy ilustre señoría, en el cual solo puse el amparo de mi mismo y la esperanza de toda mi casa” (Nebrija, ca. 1495, fol. Iir).

²⁶⁰ Basado en un interés por ser parte de la memoria heroica, Nebrija (ca. 1495, fol. Iir) oponía lo efímero de la vida humana y lo imperecedero de la letra escrita: “Y pues que les es negado vivir mucho tiempo [a los hombres], dejan alguna obra por donde muestren que vivieron. Y quererme yo contar en el numero de estos aunque es de hombre poco modesto y que destempladamente usa de su deseo, quiero ahora confesar esta mi liviandad: que ninguna cosa tuve mas delante de mis ojos que traer al común provecho de todos mis velas y trabajos, porque después de muchos merecimientos en nuestra republica alcansase, gloria inmortal”.

²⁶¹ Es interesante la lectura cristiana que Nebrija (ca. 1495, fol. Iir) realiza de los autores paganos, entrelazando ambas visiones del ser humano por medio del concepto de ocio: “Porque como la naturaleza nos haya forjado para hacer alguna cosa, y según dice aquel divino platon no solamente fuimos nacidos para nosotros, mas en parte para nuestra tierra y en parte para nuestros amigos, no fue razón en esta parte de pecar, que gastásemos la vida en ocio y negligencia. Mas como haya tres linajes de hombres, que no tienen razón de vivir, los que o ninguna cosa hacen o hacen mal, o hacen otra cosa, aquellos por cierto son dignos de vida, que no solamente hacen bien, mas aun según la sentencia de nuestro salvador obran el manjar que nunca perece”.

lexicográfica a la que muchos diccionaristas aluden cuando confiesan la parte ardua y extenuante de su labor.²⁶²

Así pues, es en este punto que el mecenazgo y el ocio vinieron a convertirse en las prácticas para dar forma y materialidad a los primeros léxicos.²⁶³ Mediante una imagen religiosa y refiriéndose a la escritura del *Vocabulario*, Nebrija daba cuenta de la necesidad de estos dos elementos para el resguardo de su obra:

Este es muy cierto camino para ir al cielo, este consagro a eternidad aquellos de cuyos ingenios por sus obras nos maravillamos. Mas si mis han de perecer, porque como dice el poeta: el libro que ha de vivir a menester un angel bueno que lo guarde. Yo con tanto cuidado y vela los trabaje como su hubiesen de vivir. Y teniendo yo ingenio y tambien doctrina para alumbrar una de aquellas artes que son para ganar dineros y mas aparejadas para alcanzar honras, no me contente ir por aquel común y muy hollado camino, mas por una vereda que a mi solo de los nuestros me fue divinamente mostrada, venir a la suerte, de donde hartase a mi primero después a todos mis españoles. (1492, fol. IIv)

Nebrija tendría en mente, así, un proyecto de gran envergadura que requeriría de protectores y que cumpliría un propósito social atravesado por un imaginario cristiano. El ocio, como una categoría para la elaboración de obras, vendría a ser el medio por el cual Nebrija satisfaría su proyecto lingüístico.²⁶⁴ Ahora bien, el hecho de ser un lexicógrafo subvencionado también representaría un condicionamiento sobre la entrega de obras realizadas tanto por encargo como por propia voluntad. Nebrija (1492) reflejaba parte de las conminaciones que recibía expresando que:

Mas las razones y argumentos que me movieron a interpretar en una o en otra manera, esso mismo la declaración de los vocablos y otras partes de la gramatica, diferimoslo para aquellos tres volúmenes que de estas cosas en breve tenemos de publicar, obra grande, copiosa, y de cosas diversas, fraguada casi de cuatrocientos muy aprovados autores. Y tenia en voluntad

²⁶² Las palabras del erudito calvinista José Justo Escalígero son quizás el testimonio que ha encapsulado con mayor precisión esta sensación: “Si alguno tiene pendiente sentencia cruel de juez, de por vida, condenada su cabeza a (padecer) tribulaciones y suplicios, que a éste no lo dobleguen pesos en fabril prisión, ni minas bajo tierra laceren sus yertas manos: que componga diccionarios, pues en resumen, ¿para qué darle vueltas? Todos los rostros de la pena tiene en sí reunidos este padecimiento”, en (Facal, 2010, 12-13).

²⁶³ Es necesario tener en cuenta que, al igual de Fonseca e Isabel I, Fernando el Católico había fomentado también la llegada de grandes intelectual. Walker señala: “Fernando el Católico, gran renacentista, traerá a España a humanistas italianos como Pedro Mártir de Anglería (1459/1526) o Lucio Marineo Sículo (1460/1533). No tardaría el nuevo espíritu en difundirse por España y surgen los primeros mecenas aristocráticos al estilo de los italianos”. (2004, 145)

²⁶⁴ “Que como ya no estoviese en mi mano dejar la vida comenzada, porque después de casado y habidos hijos había perdido la renta de la iglesia ni pudiese ya vivir de otra parte si no de aquel escolástico salario, vuestra muy magnífica señoría lo remedio todo con las muchas y muy honoríficas mercedes dándome ocio y sosiego de mi vida y porque toda la cuenta de estos siete años después que comencé a ser vuestro vos sea manifiesta hicimos cuatro obras diversas en una misma obra” (Nebrija, ca. 1495, fol. IIIr).

publicar primero aquella, sino fuera de vuestra magnífica señoría perseguido [Juan de Zúñiga], que comensase ya a publicar alguna cosa, y no le burlase ya mas con vana esperanza. Pues asi como le quedaran obligados aquellos que recibieran algún provecho de la publicación de aquesta mi obra, asi es cosa justa que le carguen la culpa, si yo alguna cosa publique arrebatadamente y sin consideración. Mas antes que comencemos el negocio principal, pondremos delante pocas cosas, por las cuales en cada una de las dicciones, declaremos todo nuestro pensamiento. (1492, fol. IVr)

Bajo tales instigaciones y premuras, los diccionarios de Nebrija aparecerían bajo una conciencia del error y al mismo tiempo de la novedad. Nebrija (1492) escribe: “I si en algún lugar tropezamos, y no satisfice a la opinión que muchos de mi tienen, ha de considerar el lector amigo la dificultad de la cosa, y no lo que io hice, más lo que los otros no pudieron hacer” (fol. IIa).

Bajo las directrices de Nebrija, el diccionario se tornaría en una obra de carácter sintético, destinada a lectores noveles y entrenados.²⁶⁵ No representaría tanto un texto que recopilara extractos de información sobre una determinada cosa (*res*), sino un diccionario con definiciones breves y claras que no ahondaría en etimologías obscuras o negligentes,²⁶⁶ optando en su lugar por marcas gramaticales y volviendo las palabras (*nomina*) “apretadamente al castellano”. En resumidas cuentas, el diccionario representaría una obra sintética dado su vínculo con otro tipo de obras: gramáticas, ortografías y léxicos especializados, como parte de un edificio intelectual al servicio del conocimiento de la lengua.²⁶⁷

²⁶⁵ Nebrija (1492, fol. IVa) redondeaba así a sus lectores: “Porque tambien miramos por el provecho de todos, así de lo que por la lengua castellana desean venir a la latina, como delos que ia osan leer libros latinos: y aun no tienen perfecto conocimiento de la lengua latina. Estrechamos eso mesmo el volumen debajo de una maravillosa brevedad”.

²⁶⁶ Hacia la significación y no la etimología, dedicaría sus esfuerzos el gramático sevillano: “La razón de la etimología, la cual Tulio interpreta verdad de palabras, aunque a muchas cosas se estiende. Demostramos su principal fuerza declarando la significación de cada palabra, la cual otros hicieron o escura o negligentemente. Mas la origen de los vocablos, porque la estrechura de esta obra no lo sufre, plugonos de la dejar para otra obra. Solamente añadimos al nombre su genitivo, y a la primera posición del verbo, la segunda persona singular del indicativo, para significar de qué declinación era el nombre y de qué conjugación el verbo. Lo cual muchas veces muda la significación. Y en las otras escribimos por breviatura qué partes eran de la oración” (1492, VIr). Un diccionario gramatical y no etimológico regiría el método nebriense.

²⁶⁷ Nebrija comprendía su diccionario como parte de una amplia serie de obras, una tarea que tenía por lo menos más de una década: “En el cual tiempo arrebatadamente publique o mas verdaderamente se me cayeron de las manos dos obras de gramatica. Las cuales como fuesen por un maravilloso consentimiento de toda España recibidas, conoci que para el edificio que tenia pensado arto grandes y firmes cimientos había echado, y que no faltaba ya otra cosa si no los materiales por domnde tan grande obra creciese. Lo cual por una providencia divina asi se hizo”.

Sobre este afán sintetizador de Nebrija para el diccionario bilingüe conviene recordar que se tratará de un concepto que paulatinamente irá cayendo en desuso, sobre todo con la llegada de los tesoros de la lengua, orquestados bajo “ese afán de engrosar los diccionarios”.²⁶⁸ Sin embargo, este vínculo entre diccionario y gramática sembraría una semilla más en la tradición lexicográfica europea, puesto que en realidad, los apartados en que Nebrija desarrolla sus pautas para la lematización no son sino uno de los primeros precedentes a los apéndices gramaticales que actualmente suelen acompañar al diccionario.²⁶⁹ Por ello, hay que recalcar que el apartado que Nebrija consideraba como prólogo era en realidad un breve apunte en el que caracteriza uno de los rasgos definitorios del diccionario: el orden alfabético.²⁷⁰

Más allá de las precisiones técnicas esgrimidas por el propio Nebrija, quedan aún sobre la mesa cuestiones acerca de la manera en que Nebrija se posicionó ante sus obras y la relación con el conocimiento del léxico de su contexto. En los prólogos a sus léxicos, Nebrija también buscó establecer una diferencia entre los conceptos de traductor y autor, implicando que su labor como lexicógrafo era ya la de un autor.²⁷¹ Al respecto de esta diferenciación ahonda el propio maestro, dándole cabida a un nuevo concepto de diccionario que tendría en mente registrar el léxico de uso de sus colegas académicos:

Assi que luego que comencé a ser vuestro, puse delante los ojos una grande esperança de inmortalidad: y tente una obra, la qual pensaba ser la maior y mas necesaria de todas: y a la qual no solamente io, mas aun todos los maestros de todas las sciencias apenas puedan satisfacer. Porque cada profesor en su arte o no cura o no sabe lo mas de los vocablos de las cosas, con los cuales si alguna vez encuentra por aventura, o los disimula o toma uno por otro, o con una generosa verguença confiessa que no los sabe. Y si quieren ser un poco mas diligentes, y tomar consejo de aquellos que escribieron de las significaciones de los vocablos, o

²⁶⁸ Para Louis Cooper (1962, 323), éste es uno de los defectos de lexicógrafos como Cesar Oudin, en el caso francés. Sobre la obra de su par hispánico, Sebastián de Covarrubias, Francisco de Quevedo (1789, 37-38) había escrito mordazmente: “También se ha dicho tesoro de la lengua española, donde el papel es más que la razón, obra grande y de erudición desaliñada”.

²⁶⁹ En el caso de Nebrija, la construcción de los lemas mediante el empleo de la teoría gramatical se encontraban anudados como una manera de informar al lector sobre las principales características de una palabra. En ese sentido, gran parte de sus prólogos expresan una conciencia específica por el orden de las palabras, ya sea utilizando marcas de género o un complejo sistema de abreviaturas (el cual estaba en relación con los condicionantes del papel impreso).

²⁷⁰ En su *Vocabulario*, el maestro especifica “Del abc castellano la orden del qual habemos de seguir” y a continuación recupera el número y forma de las pronunciaciones así como de las figuras de su representación. Para el caso del latín, el orden alfabético había ya sido considerado por Papias.

²⁷¹ “No quiero ahora contar entre mis obras el arte de la gramatica que me mando a hacer su alteza contraponiendo renglón por renglón el romance al latin, porque aquel fue trabajo de pocos días, y porque mas use asi de oficio de interprete que de autor”. (1492, fol. IIIr).

ninguna cosa hallarán, o si algo hallaren tanto monta como si ninguna cosa hallassen. Porque todos los que en este cuidado se pusieron, están por la maior parte ocupados en palabras mui antiguas, desusadas, barbaras, y estrangeras. O declaran las cosas assí confusa y dudosamente, que ninguna [fol. I. r.] certidumbre dellas nos dexan. O si por definición nos señalan que tal es aquella cosa, no a lo menos en tal manera que con el dedo se pueda demostrar. Lo cual acontece o porque ellos no supieron que cosa era, o porque nos enseñan las cosas no conocidas por las menos ciertas. De los cuales todos vicios quanto fue posible nos apartamos, tocando brevemente las diciones muy antiguas, de que por acatamiento del antigüedad a veces usan los autores, y no dejando alguna cosa debajo de duda, antes especificadamente diciendo que cosa es, o señalando el género con alguna diferencia, confesando que no sabemos la especie. I porque no me quede lugar de perdón, volví en lengua castellana las diciones latinas o griegas y bárbaras usadas en la lengua latina, repartidas por muy diligente orden del abc, quiero decir la verdad con gran peligro de mi honra, porque no faltará quien examine las letras, acuse las sílabas, y en fin reprehenda toda esta nuestra interpretación. Más fue necesario de nosotros atrever, y por el provecho de muchos someternos al juicio de los que saben y no saben. (1492, fol. Ir)

En este extenso párrafo en el que Nebrija esboza un amplio panorama, se identifican los tipos de desconocimiento de la lengua latina. El trabajo lexicográfico de Nebrija, a diferencia de sus contemporáneos, no estaría cimentado en prácticas de traducción enciclopédica, ejercicios de memoria o reformulación de tradiciones textuales. Partiría de una construcción teórica sobre la palabra que le permitiría definir sistemáticamente el léxico vertido de una lengua a otra.²⁷² De igual manera, tendría como propósito servir de referencia para la terminología especializada, apoyándose para ello en la traducción al castellano; es decir, afrontando el problema de cómo trasladar la significación de diferentes a realidades lingüísticas a su contexto. Esto es, junto a una teoría gramatical sobre el léxico, Nebrija reconocería en el ejercicio de la traducción uno de los principales problemas de todo diccionario: la dificultad de representar un código en otros términos.²⁷³ Como solución

²⁷² Nebrija había desarrollado para ese entonces toda una teoría de la palabra, influida en gran medida por el pensamiento aristotélico, que implicaba fenómenos como el uso, el extranjerismo, el léxico antiguo o en desuso, la terminología específica y el problema de la traducción. El maestro sevillano se servía del análisis del léxico botánico, especializado o animal, en otros, para sopesar el problema de las nuevas realidades y los vacíos léxicos generados a la hora de la traducción.

²⁷³ Nebrija comenzaba a reconocer las dificultades de traducir referentes de la lengua latina que en español representaban la construcción de equivalencias complejas y viceversa. Tenía en mente que todo podía ser traducido, pero el problema de la comprensión por parte de los lectores lo mantenía en duda. También afrontaba la disputa de fijar una lengua que está perpetuamente en cambio. Apoyándose en los rétores latinos, definió el léxico mediante marcas: osco (italiano), antiguo, nuevo, bárbaro, aprobado, poético, oratorio, histórico, entre otros. Concluía: “porque ninguno se maraville, sino siempre dimos palabras castellanas a las latinas, y latinas a las castellanas. Porque en cotejar las palabras destas dos lenguas ninguna cosa tuvimos mas ante los ojos, que en lo que la lei de la interpretación mui hermosamente dijo Tulio: que las palabras se han de pesar y no contar” (Nebrija, 1492, fol. VIr).

especializada, Nebrija desarrollaría el marcaje de las palabras, teniendo en mente variaciones gramaticales, temporales, sociales o geográficas, inaugurando con ello el concepto de marca lexicográfica.²⁷⁴

Todos estos elementos repercutieron en el hecho de que Nebrija eligiera el término de *diccionario* frente a formas que sentía más medievales. Se trataría de una fórmula grecolatina *Lexicon hoc est dictionarium* y “no aquella soberbia que otro llamándolo *catholicon pandectas* cuerno de amatheia, quiero decir universal comprensorio, cuerno de la diosa copia, mas con titulo lleno de verguença lexicón en griego, que es diccionario en latin” (ca. 1495, fol. IIV), sobre lo cual habría que señalar que Nebrija no matiza el hecho de que la palabra *diccionario* representaba también una invención medieval y no clásica, por lo cual quizá el concepto de léxico va antepuesto al de diccionario. Lo cierto es que sería una obra en *lenguaje castellano*, y no ya en romance (Carette, 2013, 9). Pese a ello, la definición de diccionario no ganaría fuerza inmediatamente, puesto que futuros lexicógrafos mantendrían el concepto de *compilación de vocablos*, sin realizar la precisión de Nebrija.²⁷⁵

5. La otra modernidad nebrixense

En 1995, cinco siglos después de la publicación del *Vocabulario romance-latín* nebrixense, el semiólogo argentino Walter Mignolo expuso una revisión crítica sobre el *otro lado* de la modernidad en que se inscribe la figura de Nebrija. Titulada *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality, and Colonization*,²⁷⁶ esta obra viene a incrementar la agenda de investigación para el estudio de los vocabularios nebrixenses desde la perspectiva de la teoría decolonial. *Grosso modo*, se trata de una obra revolucionaria que busca subvertir la idea eurocéntrica sobre la modernidad, el Renacimiento y el Iluminismo, con toda la serie de implicaturas que ello conlleva. Para nuestra revisión de la lexicografía nebrixense, los análisis de Mignolo permiten establecer puntos de contacto entre los textos de Nebrija y dos grandes variables: el discurso y la ideología.

²⁷⁴ Mediante abreviaturas y recordatorios, Nebrija buscaba facilitar la definición de una palabra (recordemos la vacilación entre la escritura y la pronunciación y sus preocupaciones por la acentuación) y el señalamiento de su proveniencia. Prevenía al lector sobre la ortografía de un elemento léxico y lo incitaba a que buscara criterios para delimitarla.

²⁷⁵ Refiriéndose al *Vocabulario* de Nebrija, fray Pedro de Alcalá (1505, fol. aIII) señalaba: “acorde escojer una de las compilaciones que ay de vocablos para la trasladar en aravigo”.

²⁷⁶ Walter Mignolo, *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality, and Colonization*, EE: UU, The University of Michigan, 1995. Existe una traducción al español del primer capítulo, publicada en Colombia: “El lado más oscuro del Renacimiento”, *Universitas humanística*, no. 67, ene-jun, 2009, pp. 165-203.

Desde una perspectiva interdisciplinaria, guiada mayormente por un corpus semiológico, Mignolo realiza un análisis del discurso a los prólogos con los que Nebrija introduce a sus obras, bajo el presupuesto de que representan textos producidos en ámbitos de dominación cultural. Enfoca su mirada principalmente en los espacios desde donde se enuncia un discurso, interrogando la función que cumplen dentro de una sociedad y los argumentos mediante los cuales se justifica. En ese sentido, Mignolo se interroga por la relación entre poder, ideología y hegemonía mediante la cual una gramática o un diccionario pasa a convertirse en un discurso dominante al servicio de instituciones que ejercen control político y sociocultural por medio de una serie de prácticas y procesos. Esto es, Mignolo no renuncia a las herramientas filológicas, pero pone el acento en la práctica sociocultural por medio de la cual el diccionario forma parte en diversas interacciones y dinámicas.

Si bien la tesis principal de Mignolo reside en la reconsideración del Renacimiento como un discurso para justificar la expansión y la colonización de Occidente, para el estudio del diccionario el punto principal estriba en la manera en que estos textos contribuyeron a dicha justificación, al mismo tiempo que alcanzaban su propia autonomía y legitimación –la cual hemos querido destacar como su primera modernidad. Es decir, los estudios de Mignolo nos ayudarían a comprender cómo Nebrija construyó un discurso para justificar la necesidad del diccionario y su utilidad institucional.

En el fondo, existe también una dimensión política y epistemológica que incide en las interpretaciones sobre Nebrija.²⁷⁷ Sabido es que mientras en Europa la lexicografía nebricense contribuía a la comunicación mercantil, diplomática e intelectual de sus diferentes reinos, en América estos vocabularios formaron parte de los procesos de evangelización y alfabetización de las colonias. Para Mignolo, el estudio comparado de ambas realidades permite analizar dos dimensiones del discurso lexicográfico, uno circunscrito al proceso de acumulación de conocimiento y formación intelectual, en el caso europeo; y otro partícipe del proyecto colonizador novohispano.

²⁷⁷ Desde la propuesta de Boaventura de Sousa Santos (2010), referida al lugar de interpretaciones fuera del discurso dominante, “del otro lado de la línea”, el pensamiento de Mignolo se encontraría fuera del monopolio de las interpretaciones válidas. Como de Sousa Santos expresa “En el campo del conocimiento, el pensamiento abismal consiste en conceder a la ciencia moderna el monopolio de la distinción universal entre lo verdadero y lo falso [...] El carácter exclusivista de este monopolio se encuentra en el centro de las disputas epistemológicas modernas entre formas de verdad científicas y no científicas.”. (13)

Analizando la gramática nebrixense y su obra lexicográfica, Mignolo recupera un elemento principal en el discurso del maestro sevillano: el vínculo entre *lengua escrita e historia* por medio del cual se persigue la construcción histórica de una identidad. Su análisis se centra en la *Gramática de la lengua española*, donde Nebrija había elaborado una reconstrucción histórica de la república cristiana española que sentaría las bases para una tradición cultural. En ésta, con el propósito de delimitar los orígenes y las fronteras del español, Nebrija seleccionaba una serie de episodios culturales que tendrán su culmen con los eventos de 1492.

Para Mignolo, la escritura llegaría a convertirse, dentro de este contexto, en un medio para elevar y legitimar la práctica de la historia como un discurso al servicio de la Corona,²⁷⁸ fenómeno que tendrá una serie de implicaturas: crear una identidad tomando como punto de partida la lengua, una diferencia social (una otredad), un pasado y un código discursivo para su reproducción, el cual por tanto requeriría de una gramática, una ortografía y un diccionario.

Como hemos podido observar con la figura de Palencia, ya el género de la crónica, o de la construcción de la historia en términos de Mignolo, era un discurso avalado por la Corona desde muchos siglos atrás; el punto de inflexión en Nebrija sería la construcción de su vínculo con la utilidad de sistematizar la lengua, mediante el argumento de que una lengua fijada permitiría entender el código indispensable para mantener en la memoria escrita las hazañas del reino. De allí que siglos más adelante se barajara una estrategia clave para la colonización de la memoria, argumentando que los pueblos sin escritura representaban pueblos sin historia.

En este proceso observado por Mignolo (1995), inventar una tradición (un proceso de recuerdo y olvido), fijar una lengua, representaba al mismo tiempo que un síntoma de modernidad, una estrategia de control (corregir), de gobierno (fijar) y de colonización (definir), características que determinarían la funcionalidad social de los vocabularios. Con Nebrija, su impacto en el diccionario pasaría a adquirir el mismo cometido, nutriendo así a buena parte de la tradición lexicográfica hispánica de una justificación para su quehacer. Mediante este argumento, trasvasado en conceptos lingüísticos, el diccionario estaría cada

²⁷⁸ El privilegio de la escritura no sería tomado en cuenta durante la Alta Edad Media, hasta la promoción de este medio por los humanistas. Véase, Jacqueline Hamesse, “El modelo escolástico de la lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1997], México: Taurus, 2011, pp. 146-164.

vez más cerca de ser una herramienta para la normativización y la estandarización de la lengua.

Este concepto nebricense del diccionario, por una parte férreamente devoto del carácter formal de la lengua y por otra al servicio de las instituciones dominantes, permite también agregar elementos a la discusión sobre la autoridad lexicográfica, en tanto una dimensión discursiva donde el diccionario ejerce una suerte de poder sociolingüístico. En buena medida, con Nebrija el diccionario comenzará a circular socialmente bajo la lógica de la cultura superior, una producción simbólica caracterizada por el mecenazgo, la dependencia temática, el elitismo o la reticencia, entre muchas otras características. Sentaría las bases para el referente del habla culta, modalidad que se sobrepondría dentro de la diversidad de formas expresivas características de su contexto.

Con base en el trabajo de Mignolo, una cuestión singular sobre la producción lexicográfica de Nebrija aparece en este doble discurso que justifica las condiciones y la utilidad de sus obras. Por un lado, Nebrija, mediante un símil para llamar la atención sobre su obra, situaba a la gramática como un “arte de la paz”, esto es, una práctica que podía florecer pasadas las jornadas bélicas, “las artes de la guerra”.²⁷⁹ Por el otro, argumentaba que la elaboración de gramáticas y diccionarios cumpliría funciones colonizadoras y doctrinarias, al ser un texto para la enseñanza de la lengua y de los códigos del vencedor. Este último propósito sentaría las bases para instaurar un concepto de diccionario que explicaría su rol como arma simbólica o fuerza discursiva para coaccionar el imaginario y para construir los referentes de la cultura dominante.²⁸⁰ Con este binomio, Nebrija encontraría la fórmula para

²⁷⁹ En el “Prólogo” a su *Gramática sobre la lengua castellana*, Nebrija (1492, fol. 3) escribía: “Assí que, después de repurgada la cristiana religión, por la cual somos amigos de Dios o reconciliados con Él; después de los enemigos de nuestra fe vencidos por guerra y fuerza de armas, de donde los nuestros recibían tantos daños i temían muchos maiores; después de la justicia i essecución de las leyes que nos aiuntan i hazen bivar igualmente en esta gran compañía que llamamos reino i república de Castilla; no queda ya otra cosa sino que florezcan las artes de la paz”.

²⁸⁰ Manuel Antonio González Carrillo (2015, 72) señala: “Las gramáticas nunca fueron instrumentos inocentes puestos al servicio de un saber neutral. Dominar las leyes que uniformaban la lengua latina constituía un ejercicio de implicaciones más profundas. Representaba, principalmente, una llave con la que acceder y descubrir el ingente corpus de conocimientos elaborado desde la Antigüedad y un instrumento central con el que guiarse en ese universo cerrado. Eran, pues, mucho más que simples objetos pasivos. La gramática latina fue también el paradigma empleado en los procesos de gramaticalización de las lenguas amerindias dentro del contexto, considerablemente más amplio y diverso, de la colonización del Nuevo Mundo. Al igual que la recuperación del latín posibilitó la apertura de nuevos y versátiles canales de transmisión hacia el pasado clásico y la revitalización de dominios centrales del saber, la progresiva reconstrucción del mapa lingüístico de América, el conocimiento profundo de sus lenguas y la elaboración de tratados gramaticales desde los que «reduzir» aquella nueva realidad, hizo viable el acceso al universo cultural

articular un discurso capaz de justificar la necesidad del diccionario y su utilidad al servicio de los intereses institucionales.

En el caso del español, es sintomático el carácter emergente del diccionario en relación con la Corona o república cristiana, según la legislación de la época. Tomando como punto de partida la lectura de Mignolo sobre Nebrija, la consolidación del diccionario –bilingüe en primer lugar–, sería producto del ascenso de la lengua dominante, como una manera de ratificar su dominio simbólico y extenderlo. El diccionario monolingüe, aparecido posteriormente según un gran consenso de autores, aparecería al disminuir la fuerza económica y política de España, como una búsqueda de recobrar o mantener su prestigio ahora exclusivamente a nivel simbólico, teniendo en cuenta el ascenso del francés, el alemán y el inglés, nuevas lenguas de comunicación mundial en las cuales se cifraría el conocimiento moderno.

Resultan contrastantes en ese punto las perspectivas de los diccionaristas de ambas épocas; esto es, de los respectivos siglos XV-XVI y XVII. Por un lado, la línea argumentativa de Nebrija proponía que mediante el conocimiento de la lengua se abrirían las puertas para la edificación de una nueva realidad, fundada a semejanza del canon grecolatino. Junto a la gramática, el diccionario formaría parte de un discurso prospectivo para cristalizar la memoria heroica de los Reyes Católicos. Por el otro, las obras de Covarrubias o de los primeros académicos tenderían hacia una revisión del pasado, regresando por ende a un cierto tipo de enciclopedismo o buscando determinar mantener el prestigio del español como un patrimonio cultural.

En el caso de Nebrija, por lo menos tres serían los nuevos cometidos que justificarían la necesidad sociolingüística del diccionario: 1) instaurar una forma de conocer la lengua y no sólo de aprenderla, de considerarla un modo de conocimiento válido, cuyo principal exponente futuro sería el *Tesoro* de Covarrubias, 2) una conciencia sobre el vínculo entre lengua e identidad que implicaría una definición del otro y la construcción de normas, valores e ideas; un otro diferenciado geográfica, temporal o socioculturalmente, el caso del diccionario anónimo representaría este ejercicio de antropología lingüística, 3) la creación de una nueva dimensión simbólica de poder desde donde podría ser controlada la producción

de sus hablantes, convenientemente encuadrados en los patrones de pensamiento occidentales, constreñidos a los mismos”.

discursiva, fundada sobre la dinámica de la enseñanza y la emulación de los autores avalados, considerados en términos lexicográficos como autoridades.

El lector podrá advertir que cada uno de estos cometidos se aloja por lo general en la representación social del diccionario. Y es precisamente hacia esa dimensión que el estudio de Mignolo apunta, permitiendo reconocer las valoraciones generales sobre el diccionario como una dimensión de análisis. Con ello, la posibilidad de comprender y considerar las representaciones y metáforas elaboradas alrededor de éste en diversos contextos y épocas cobra una relevancia de primer orden, al ser la manera en que cotidiana y socialmente la representación del diccionario es compartida en la vida pública y en donde es connotada por un grupo heterogéneo de individuos que emiten sus opiniones al respecto. Ya sea como una manera de sistematizar el conocimiento, como un conocimiento franco, como el cementerio de la palabra, un discurso del poder o una mera lista,²⁸¹ la difusión del diccionario por parte de Nebrija se encargó de colocar este tipo de textos dentro de una amplia densidad discursiva que no ha cesado de generar valoraciones sobre este texto.

Así pues, la modernidad de Nebrija residiría no sólo en las características inmanentes de sus obras, reseñadas por especialistas de manera pormenorizada. El sentido moderno/colonial nebricense se encontraría también conformado por una serie de procesos y valoraciones relativos a cuestiones sociolingüísticas: el imaginario en que se produce, difunde y recibe el diccionario; sus relaciones simétricas y asimétricas con otros discursos; los procesos de identidad en que este texto establece un tipo de registro léxico de diferenciación social; el proceso paulatino de construcción de hegemonías de la lengua, con efectos normativizadores y estandarizadores; el desarrollo de una tradición lingüística montada sobre un habla culta o autorizada; su función sociodiscursiva como un discurso institucional y de poder, empleada para regular el uso de la lengua actual e histórico.

²⁸¹ Autores como el propio Walter Mignolo, Carlos Scolari, Mijail Bajtín, Phil Benson o Howard Becker, entre muchos otros, han ofrecido caracterizaciones del diccionario que recuperan parte de su representación social.

Un vocabulario en romeraje: la apuesta lexicográfica del *Vocabularium ecclesiasticum* (1499) de Rodrigo Fernández de Santaella

Junto a las obras cortesananas y universitarias de autores como Alfonso Fernández de Palencia y Antonio de Nebrija, la lexicografía hispana del cuatrocientos cierra con el aporte clerical brindado por el *Vocabularium ecclesiasticum per ordinem alphabeti* (1499) del capellán y protonotario maese Rodrigo Fernández de Santaella.²⁸² Muy probablemente engendrada durante su viaje a Sicilia,²⁸³ esta obra supo sacar provecho de las técnicas de concordancia utilizadas por los glosadores y exegetas bíblicos prerrenacentistas para la edición del texto sagrado, y de la lexicografía eclesiástica italiana de Giovanni Bernardo da Savona. Su autor, coetáneo de Nebrija,²⁸⁴ fue igualmente uno de los principales humanistas cristianos de su época, reconocido por haber fundado el Colegio de Santa María de Jesús, que después se convertiría en la Universidad de Sevilla.

Con diferentes métodos y expectativas, el *Vocabulario eclesiástico* se suma al proyecto cultural hispánico de revivir el estudio y la comprensión de la lengua latina. En su microestructura, se trata de una obra que abre paso a definiciones complejas en donde el español cobra un mayor protagonismo. Su fuente principal de trabajo es la Santa Escritura, de la cual extrae la mayor parte del léxico que le interesa definir y los ejemplos de uso.²⁸⁵ Podría ser catalogado como uno de los primeros diccionarios especializados o temáticos que contiene el español, interesado por la definición de terminología clerical.

²⁸² Para el análisis del prólogo elaborado por Santaella, seguimos la edición de 1561, impresa en Salamanca por Matías Gast y enmendada por Estacio Moros de Cervantes. El impresor, guiado por la conciencia de que el trabajo de Moros de Cervantes reunía un gran variedad léxica, estampaba la obra de Santaella con el título *Dictionarium ecclesiasticum*. En su amplia obra sobre el teólogo andaluz, Don Joaquín Hazañas y la Rúa (1909) recoge 77 ediciones de este diccionario, la última impresa entre los años de 1797 y 1798 por Valero Sierra, bajo la autoría ya de Didacus Ximenez Arias.

²⁸³ La hipótesis de Antonia María Medina Guerra (2000, 215), basada en una observación al prólogo de Santaella, propone que maese Rodrigo pudo haber escrito su vocabulario durante su estancia en Sicilia, lugar donde pudo haberse familiarizado con la lexicografía eclesiástica de Giovanni Bernardo da Savona.

²⁸⁴ Para conocer la biografía de Santaella de manera sintética, véase Antonia María Medina Guerra, “Apuntes biográficos sobre Rodrigo Fernández de Santaella”, *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 17, no. 1, 1994, pp. 145-152. Una versión extendida se encuentra en *Maese Rodrigo, 1444-1509*, Sevilla, Izquierdo, 1909, del ya mencionado académico y catedrático D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

²⁸⁵ Teniendo en mente el tipo de lecturas realizadas por el clero y las variaciones de significado de una misma palabra en diversos contextos, maese Rodrigo (1499, s. f.) se proponía definir las diferentes acepciones, “hallándose algún vocablo en diversos lugares de la santa escritura, o de las otras cosas que en la iglesia se leen, en diversos significados declara porque se toma en cada lugar.”

Como han señalado varios críticos, su recepción se prolongó hasta el siglo XVIII.²⁸⁶ En 1566, se publicaría en Salamanca el *Lexicon ecclesiasticum latino-hispanicum* de Diego Jiménez Arias, uno de los principales exponentes de la lexicografía humanista, cuya principal fuente de trabajo es precisamente el vocabulario de Santaella.²⁸⁷ El trabajo de maese Rodrigo no cuenta aún con ediciones modernas²⁸⁸ y su lugar dentro de la historia de la lexicografía hispánica ha sido reconocido en las últimas décadas.²⁸⁹

A diferencia de los diccionarios anteriores, el vocabulario de Santaella emerge en un contexto donde la lengua y la literatura castellanas han dado a luz al corpus que define la producción medieval, para algunos autores finalizado con *La Celestina*. Juan Pablo Fusi señala:

Cristalizadas desde los siglos X y XI las lenguas romances –concretamente, los primeros testimonios escritos del castellano y del vasco se remontarían al siglo X, y los del catalán y del gallego-portugués al siglo XI–, aparecieron igualmente ya las primeras manifestaciones literarias: poemas épicos, cantares de gesta; el *Poema del mio Cid*, h. 1140; *Milagros de Nuestra Señora* (h. 1230) de Gonzalo de Berceo; *Libro de Alexandre*, *Libro de Apolonio*, *Poema de Fernán González*, a mediados del siglo XIII, las obras de Alfonso X en Castilla y Ramón Lull en Cataluña, también del XIII; el *Libro del Buen Amor*, h. 1330, del Arcipreste de Hita; *El Conde Lucanor*, 1335, de don Juan Manuel. (2012, 72)

En ese sentido, el texto de Santaella representa un ejemplo claro de diccionario prerrenacentista. Dirigido a la reina Isabel I, el prólogo recupera la estrategia del retrato y caracterización de la cristianísima reina que hemos observado en Palencia y abre con una serie de parábolas y advertencias bíblicas sobre la infertilidad de los siervos a su señor. Para

²⁸⁶ Medina Guerra (1996, 2000), Hazañas y la Rúa (1909) Martínez Egido (2006) señalan la prolongada difusión de la obra, sujeta a procesos de apropiación, censura y reformulación por un conjunto numeroso de autores.

²⁸⁷ Para un análisis de la apropiación de Jiménez Arias, véase Antonia Ma. Medina Guerra, “Referencias a Fernández de Santaella en el *Lexicon ecclesiasticum* de Diego Jiménez Arias”, *Revista de Filología Española*, vol. LXXVI, no. ½, 1996, pp. 131-140.

²⁸⁸ En el año 2000, Medina Guerra señaló que se encuentra elaborando una edición moderna, bajo el proyecto titulado *Preparación documental para una edición crítica del Vocabularium ecclesiasticum de Rodrigo Fernández de Santaella*, financiado por la Fundación Caja de Madrid. Con anterioridad, Medina Guerra había publicado *Las ediciones del Vocabularium seu lexicon ecclesiasticum de Rodrigo Fernández de Santaella y Diego Jiménez Arias (1499-1798)*, Universidad de Málaga, 1998.

²⁸⁹ A partir de los trabajos de Medina Guerra, la figura de Santaella ha sido reconocida dentro del panorama de la lexicografía hispánica. Manuel Alvar Ezquerro (2010: 13) escribe: “La lexicografía con el latín y el español arranca en los glosarios medievales, y tiene a finales del siglo XV unas cotas singulares, que marcarán el devenir no sólo de los diccionarios con esas dos lenguas, sino de la lexicografía española y europea. Deslumbra la figura singular de Elio Antonio de Nebrija (?1444?-1522), pero no podemos olvidar a Alfonso Fernández de Palencia (1423-1492) o Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509)”.

equiparar su labor con la doctrina evangélica, las comparaciones de Santaella abren con ejemplos de los apóstoles:

Considerando yo muy alta, y muy católica princesa, reina y señora, aquella terrible sentencia de Jesucristo nuestro señor redentor, pronunciada por san Marco en semejanza de una higuera, la cual por su esterilidad fue maldita de nuestro señor, y por consiguiente luego seca. Y por san Mateo, dice que el mal siervo que no restituye el caudal con ganancia a su señor, será echado en las tinieblas exteriores de perpetua pena. Y en otro lugar amenaza al labrador, que no paga la renta el señor de la heredad en que labra, diciendo que se la quitara, y la arrendara a gente que le dé fruto. No menos fuerte, habla por san Juan, cuando dice, el pámpano que no hace fruto será cortado. Y conociendo, allende de esto, cuánto somos obligados a procurar el bien del próximo, ca dice san Pablo que murió Jesucristo por nos. Porque lo que bien, no vivan a su provecho sólo, salvo a provecho de aquel que murió por ellos. (1499, fol. IV)

Todas estas comparaciones marcan la pauta para que Santaella busque contribuir al conocimiento de la lengua latina por medio de su vocabulario. Esta analogía le permite referirse al problema de los clérigos con respecto a la comprensión del latín a partir de su comparación con el castellano. Santaella cierra su comparación:

Y viendo que algunos clérigos, aunque hayan estudiado gramática, no alcanzan perfectamente el seso castellano de mucho vocablos. Así porque los vocabulistas exponen en latín un vocablo por otro, como porque no señalan en qué significado se pone en cada lugar cuando se halla en diversos lugares [...]Y a esta causa movido yo con celo de la casa de Dios, y deseo de cumplir la voluntad de aquel dulce Jesucristo, que con su preciosa sangre me redimió y dio su temor, deseo, y poder para hacer algún fruto en su iglesia, pensé socorrer a la necesidad de todas tres condiciones de eclesiásticos, componiendo un vocabulario, el cual contendrá muchos provechos. (1499, fol. IV)

Haciendo un repaso a las maneras en que los clérigos de su cofradía se acercan a los textos sagrados, Santaella reconoce que los vocabulistas que consultan sólo se limitan a señalar equivalencias latinas, incomprensibles por lo tanto, y que no clarifican los distintos sentidos que una misma palabra puede tener en diferentes contextos.²⁹⁰ Este desconocimiento cundía por igual a los versados en gramática como a los “rudos e ignorantes, que por carecer del todo de los principios de gramática, ninguna cosa eclesiástica entienden” (Santaella, 1499, fol. IV).

²⁹⁰ No hay una mención directa a Nebrija, quien había aportado ya una solución para este problema dentro de la macroestructura. Santaella tampoco podría estar refiriéndose al vocabulario de Palencia, puesto que el cronista soriano había intentando solventar este problema mediante las agrupaciones lexemáticas. los vocabulistas medievales o incluso al propio Palencia. Esta observación es singular puesto que da muestra de la necesidad de obras bilingües en el seno clerical.

Con una conciencia muy nítida sobre el destinatario de su obra, Santaella se preocupó por agregar una serie de precisiones sobre la forma en que ésta debía de ser consultada. En el prólogo a su repertorio, agregó asimismo una “Instrucción para saber leer y entender las abreviaturas de este libro”, con lo cual evidenciaba su interés por aprovechar las herramientas de remisión características de los textos bíblicos,²⁹¹ al mismo tiempo que reconocía en ello una novedosa técnica de consulta.

Aprovechando así la metodología de Bernardo da Savona, maese Rodrigo elaboró un léxico que, según sus propios términos, contendría “muchos provechos”. Con el primero de ellos, buscaría expresar definiciones con “el propio significado de cada vocablo en la lengua castellana, la cual cosa algunos, aunque letrados, a las veces ignoran por no lo mirar, o buscar con diligencia” (1499, fol. v). En relación con las obras del pasado, esto significaba no dar por sentado que una glosa latina resultaría útil para comprender un vocablo, sino emplear la lengua materna para alcanzar una mayor comprensión por medio de la definición de su significado.²⁹² Indirectamente, esto implicaba profundizar en el conocimiento de la lengua española, recalando en sus matices y sus variaciones semánticas acordes a su contexto.²⁹³

El segundo provecho del *Vocabulario eclesiástico* tenía que ver con el intento de organizar la polisemia que suponen los diferentes significados que adquieren las palabras dentro de los textos eclesiásticos. Porque “hallándose algún vocablo en diversos lugares de la santa escritura, o de las otras cosas que en la iglesia se leen, en diversos significados declara porque se toma en cada lugar. Y algunas veces expone brevemente algunas sentencias obscuras” (1499, fol. v). Por sus lecturas bíblicas, Santaella era consciente de que el valor semántico de ciertas palabras no era unívoco. De ahí que fuese necesario precisar sus divergencias de sentido, lo cual requeriría el empleo de un cierto tipo de *acepciones*, realizadas mediante un

²⁹¹ La principal estrategia lexicográfica de Santaella se asemeja a los métodos de concordancias de las escrituras sagradas, donde éstas cumplen la función de indicar el lugar en que se repiten pasajes a lo largo del viejo y nuevo testamento. Santaella emplea un procedimiento similar para ubicar la presencia de cada una de las palabras consignadas en fuentes bíblicas: “Y así puede servir muchas veces cuasi por concordancias, y por glosa de las cosas eclesiásticas, cuyos vocablos expone para clérigos e iglesias y monasterios pobres”. (1499, fol. v).

²⁹² Con este trabajo, Santaella estaría un paso más cerca de la lexicografía monolingüe que cualquiera de sus predecesores. Pues las diferentes acepciones de una sola palabra aparecerían definidas por predicados parafrásticos y no únicamente por medio de equivalencias, como en el caso de Nebrija.

²⁹³ Santaella abre aquí una cuestión sobre las maneras de lectura habituales de su época. En las siguientes ediciones de su vocabulario, es posible advertir la consolidación de un interés por la lectura utilitaria — “reducir a lo más corriente de este tiempo”, dirá Martín David (1685)—, en oposición a un acercamiento más meditativo que pudiese examinar el léxico en búsqueda del conocimiento de sus matices.

procedimiento de agrupaciones lexemáticas.²⁹⁴ En ese mismo espacio, Santaella aprovecharía también la oportunidad de comentar pasajes difíciles, a la manera de glosas.

En tercer y cuarto lugar, Santaella se propondría anotar rasgos ortográficos, de conjugación, tanto para sujetos como para verbos, y señalar la procedencia de cada vocablo. Al igual que Nebrija, Santaella distinguiría entre formas provenientes del latín, el griego, el hebreo “o de otra lengua bárbara” (1499, fol. v). El quinto procedimiento se refiere a lo que hoy denominaríamos *autoridad*.²⁹⁵ Como testimonio de uso, maese Rodrigo se apoyó en el sistema de concordancias bíblicas. De tal manera que el clérigo que consultase un artículo pudiera tener a la mano, y como guía, el ejemplo sagrado. Finalmente, Santaella expresa que su vocabulario también permitirá mejorar la ortografía de los “vocablos eclesiásticos” en quien lo leyere, contribuyendo así a fijar un uso culto del latín.

Un punto significativo de este vocabulario es su desmarcaje frente a otro tipo de obras, con un procedimiento similar al de Nebrija. Ambos autores son conocedores y reinventores de los géneros discursivos y las tradiciones textuales que los precedieron y en las cuales se inscriben.²⁹⁶ No obstante, Santaella acentúa el contexto desde donde produce su diccionario, motivo por el cual lo considera un libro peregrino, que habría de llegar en romeraje hasta manos de la reina Isabel I:

Y porque es fruto negociado en este micisiliano peregrinaje, y de mi peregrino desde mi niñez y por la gloria y servicio de aquel peregrino que abrió el seso de las escrituras, y con claras razones, y suave manera, alumbró, la morosa y tarda rudeza de sus dos discípulos, el cual me

²⁹⁴ La agrupación lexemática le permite al diccionarista reunir en una misma entrada los diferentes valores semánticos de un vocablo, así como recuperar significados de frases compuestas en las que figura la voz trabajada.

²⁹⁵ Al igual que Palencia, Santaella no descartaba el uso de autoridades, es decir, de ejemplos de uso, en su caso, tomados de extractos de la santa escritura y textos relacionados. Por muchos siglos, la ausencia de ejemplos en las definiciones lexicográficas ha motivado severas críticas. Nebrija, en quien se basa parte de la tradición que suprimió el empleo de autoridades, sí tenía proyectado agregar este tipo de testimonio de uso, pero su interés por recuperar el léxico especializado quizá le impidió llevarlo a cabo.

²⁹⁶ Santaella precisa: “Mayormente que el Nicolao de Lira, egregio intérprete, y otros muchos glosadores de la santa escritura, comúnmente exponen la sentencia de ellas, y no los vocablos, presuponiendo que de otra parte se debe alcanzar la perfecta inteligencia de ellos”, fol. v. Como otra posible fuente, Medina Guerra (2000, 230), señala: “Aunque sería necesario un estudio más pormenorizado, se puede afirmar que la obra del exegeta francés parece influir, si bien no de forma importante, en el *Vocabularium ecclesiasticum*; pues, como nos dice el mismo Fernández de Santaella, Nicolás de Lyra no se ocupa de los vocablos en sí, sino de aclarar por medio de glosas las sentencias más difíciles de la Biblia. Sin embargo, al final del *Librum differentiarum* se recoge en orden alfabético la interpretación de nombres hebreos, caldeos y griegos del Viejo y el Nuevo Testamento («*Incipiunt interpretationes hebraicorum chaldeorum grecorumque nominum veteris ac noui tejtamenti Jecundum ordinem alphabeti*»). Existen ciertas coincidencias en las interpretaciones que proporcionan de estos nombres Nicolás de Lyra y Rodrigo Fernández de Santaella.”

redimió y confortó para darle cabo, y porque allende de esto, es obra peregrina, conviene a saber extraña, y de inusitabile estilo pensé llamar a este libro Peregrino, y enviarlo en romeraje a vos reina esclarecida. A vos, por quien vuestros reinos han sido restaurados y reformados en todos los estados a la integridad de la fe, y de la religión, y santas costumbres, por quien España ha recobrado la corona, fama, y gloria entre todas las naciones, cuya prudencia modera y rige con tan solemne prudencia tan diversas naciones, que muestran sin debate ser con vuestra alteza la mano de Dios. A vos dotada de excelso ingenio, enseñada y guarnecida de profundo saber, pura en fe, entera en castidad, profunda en consejo. (1499, fol. v)

No obstante, no fue en manos de la Reina Católica, sino de Diego Jiménez Arias que el *Vocabulario eclesiástico* fue revisado de manera castigada, por un lector con una visión de mundo diferida por más de medio siglo, hecho que nos permite aproximarnos a la recepción de la lexicografía del cuatrocientos por parte de los humanistas del XVI. Antonia Ma. Medina Guerra ha observado en la lectura de Jiménez Arias al *Vocabulario eclesiástico* un conjunto de prácticas referentes a la crítica severa, la censura, la represión y la enmienda que concentran el quehacer de dicho diccionarista. Se trata de una lectura del diccionario en la que existe ya un conocimiento cabal de la tradición lexicográfica que permite realizar juicios y valoraciones, las cuales influirán decididamente en la redacción de textos de nueva planta. En el “Prólogo” a la edición salmantina de 1566, Jiménez Arias expresaba:

Tratando conmigo algunos amigos sobre limpiar estos Vocabularios, algunos me importauan que yo tomasse este trabajosísimo cargo. Otros que tenían cuenta con mi honra, me aconsejauan lo contrario: porque la gloria que a mi se me deuiesse por lo bien añadido, no boluiesse a los primeros autores delos libros así acrecentados, como ha acontecido a los doctísimo acrecentadores de Calepino. Antes me suadían, que sin yr arrimado a nadie, hiziesse de mi cosecha un nuevo Vocabulario. (En Medina Guerra, 1996, n. 7)

La idea de depurar la lengua, interés que atravesaba a los tres vocabularios que hemos analizado, había ganado en especialización al paso de medio siglo. Para continuar con tal fin ahora era necesario depurar los diccionarios, al ser este tipo de texto el almacenaje de la forma aprobada. Las palabras de Jiménez Arias también nos previenen sobre el hecho de que Calepino o Nebrija eran ya epónimos del diccionario.²⁹⁷

²⁹⁷ En la “Carta del Bachiller de Ircadia al capitán Salazar”, atribuida a Diego Hurtado de Mendoza, puede apreciarse ya el afianzamiento del Calepino, como diccionario de referencia: “Lo que yo, como vuestro amigo, quiero reprehenderos, porque me parece digno de reprehensión, es que siendo español, y escribiendo á una dama española, y de tales prendas que os obligaba á grandísima consideración, uséis de ciertos vocablos italianos inusitados y remotos que no los conocerá Galván, ni aun Lanzarote, y será menester que si la señora Duquesa quisiere por pasatiempo leer en vuestro libro tenga un vocabulario o Calepino delante con que los construya ó un intérprete que se los declare”. Interesa también la cercanía entre la figura del traductor y del diccionario, como dos maneras de solventar las equivalencias léxicas.

La recepción de la obra de Santaella estaría circunscrita, así, a nuevas maneras de lectura y redacción lexicográficas. Un diccionario estaría sujeto tanto a la crítica como a la enmienda lexicográfica, serían obras inmersas en dinámicas de revisión y censura que pondrían en entredicho la utilidad y factura de las definiciones.²⁹⁸ Ahora bien, esta conciencia del error, inscrita ya en un panorama intelectual que comenzaba a ejercitar la duda sobre el conocimiento producido, no determinaba la emergencia de nuevas obras, sino el intento de reformulaciones. Jiménez Arias expresaba:

Mouido yo con semejantes razones, y con los ruegos de los amigos, dispuse me hazer vn nuevo Vocabulario ecclesiastico. Pero después de comenzado, parecióme tan dificultoso el negocio, que cierto amaynando las velas, dexara mi nauegación comenzada, si los ruegos de amigos, no boluieran a acabar conmigo que acabasse los comenzado. Recibe pues amigo Lector el nuevo Dictionario ecclesiástico (que se llama en Griego Lexicon ecclesiasticum) hecho de mi cabeça y industria con trabajos enteros diez años, tan grandes, que apenas los podrá nadie cree: el qual te doy agora, por cosa que te ha de aplazer y contenaar con más que con la nouedad. (En Medina Guerra, 1996, n. 7)

Atemorizados por la magnitud de sistematizar una lengua, los lexicógrafos hispanos posteriores al siglo XV trabajarían bajo una consigna similar.²⁹⁹ Serían conscientes de que su tradición había construido una suerte de metodología para trabajar con el léxico y que disponían de las herramientas necesarias para cumplir el propósito de restituir el latín mediante un diccionario “normativo, capaz de fijar la ortografía, la etimología, el significado” (Medina Guerra, 1996, 139), hecho que, como hemos visto con Nebrija, tendría una amplia gama de implicaturas sociales y culturales.

Por sus procedimientos y deseos de elaborar un diccionario novedoso, en Jiménez Arias queda plasmado con mayor claridad el surgimiento de una suerte de intertextualidad lexicográfica;³⁰⁰ esto es, un sistema de remisiones por medio del cual un diccionario

²⁹⁸ Para la historia de la lexicografía, la recepción de Santaella ofrece la posibilidad de rastrear los intereses lexicográficos de diferentes autores. Pues de entre las numerosas críticas que el vocabulario de Santaella recibió por parte de Jiménez Arias y los demás enmendadores que le sucedieron, las definiciones lexicográficas se convirtieron en un objeto de crítica que por lo regular manifestaba su insatisfacción ante definiciones consideradas como insuficientes.

²⁹⁹ En Palencia y Nebrija, la relación entre los años de trabajo, las dificultades y el temor de no concluir su obra fueron factores determinantes en la construcción y disposición de sus léxicos. El testimonio de Covarrubias, quien al llegar a la letra C de su *Tesoro* reconoce la imposibilidad de finalizar su diccionario sin reducir la información compilada, englobaría las expectativas de estos primeros diccionaristas, quienes trabajaron de forma individual y temiendo la proximidad de la muerte durante sus años de trabajo.

³⁰⁰ Una intertextualidad que también se nutría de breviaros, leyendas y discursos de historiadores, en el caso de Santaella. De entre los lexicógrafos analizados, Santaella es el único autor que señala, directa e indirectamente, sus fuentes de trabajo.

aprovecha los materiales de otras obras, agilizando así la elaboración de cada lema.³⁰¹ Asimismo, el concepto de *significación*, propuesto por Nebrija para ceñirse al aspecto formal de una palabra, había echado raíces en los lexicógrafos posteriores, quienes reconocían la operatividad de un diccionario como un texto compuesto por dicciones y voces, acompañadas de su definición (*significación*).³⁰²

Los tres diccionarios con que cierra el cuatrocientos parecerían haber engendrado en sus epígonos una idea del estudio de la lengua latina como un verso de cabo roto: entendían el significado de la ausencia como un llamado para completar una amplia producción de sentido. Sabían que sus predecesores habían puesto los cimientos para cultivar un tipo de práctica sociolingüística, pero no estimaban como finalizada la tarea. Habría que continuar con la labor de añadir dicciones y voces, de enmendar y perfeccionar lo ya hecho. Una idea de pulir la lengua parecería redondear el nuevo cometido de la lexicografía hispánica, si no fuera interrumpida por un fenómeno que se había mantenido en vilo: la oralidad.

³⁰¹ El conocimiento de Jiménez Arias (en Medina Guerra, 1996, 132) queda expuesto en su panorama de la manufactura libresca: “Digo que leí ejtos, por ver que muchos los trayan en las manos, y los acatauan como a oráculos de Apollo y hojas de la Sibylla, y entre ellos algunos Theólogos y predicadores. Di arcadas de ajeo en entendiendo ser tan bárbaros libros, llenos de tantas necedades y bouerías, amanzillados con tantas mentiras y vicios, tan llenos de desuarios, y de adeuinaciones burladoras y phantájticas, tan negligentes en la orthographía, accentos, y etymología: tan inciertos en la significación de los vocablos, que a vna mesma dición bueluen en más figuras y formas, que las que tuuo entre los poetas Empuja. Y finalmente vi sus interpretaciones y declaraciones no sólo no dar en el fiel, más ni en todo el tercero. Pues no quiero aquí dezir sus declaraciones de la Scriptura ridiculas (y no quiero ponerles otro nombre peor) las falsas interpretaciones de los nombres propios de la Biblia, y el dexarje en el tintero no sólo muchos cientos, más muchos millares de vocablos. Finalmente en cada parte andan a ciegas aquellos ciegos adestradores y guías de ciegos, y hablan lo que no sienten. O doctores, o siglo desuenturado, o ignorancia (por no la llamar desuergongada arrogancia) de escritores, que no tienen empacho de publicar cojas seme jantes: como si escriuiesen para reses o troncos, y no para hombres. O estragados ingenios y tales para tales, los que en tales autores gastan mal los buenos años. Pues como yo vudiesse hallado semejantes cosas en estos Vocabularios: parecióme que deuíá dar les luego de mano, por no adquirir liciencia peor que qualquier ignorancia, acordándome de aquello que S. Hieronymo, No aprenda la niña en su tierna edad, cosa que aya de desaprender después”.

³⁰² Martín David (en Medina Guerra, 1996, 131-132), un adicionador de la obra de Jiménez Arias, y quien había advertido la impronta de Santaella en dicha obra, señala: “Sobre esta edición de P. Ximénez de Arias, en el discurso de más de un siglo, se han añadido en diversas impresiones muchas voces, y significados, con difusas noticias sagradas y humanas, por lo que se encuentra a cada passo las notas de adición * de que está lleno el Vocabulario: a causa de que en las más impresiones se procura añadir, por solicitar este título frecuentemente (assí en éste, como en otros Libros) quien procura lograr por esta novedad mayor crédito en su impresión. Y así, advirtiendo que en aquellas más se atendió a añadir dicciones, que a reconocerlas; y más a buscar voces, que a perficionarlas: y que aunque algunas se han reducido a lo corriente (esto se dice más en particular del Castellano) sobre ser pocas, o han quedado con el trage de descompuesta Orographía, o con el mal sonido de la antigua pronuncación: Y asimismo, que muchas voces que estaban es éste, y en otros Vocabularios y Autores antiguos, es forzoso emmendarlas, y perficionarlas, reduciéndolas a lo más corrientes de este tiempo”.

Las voces que pueblan el diccionario: a propósito del Vocabulario anónimo de 1500 (ca. 1438-1528)

Algunos años antes de 1935, según palabras de Fernando Huarte Morton (1951), para la elaboración del *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, Samuel Gili Gaya había consultado un manuscrito anónimo titulado *Vocablos de la lengua castellana y su significado...*, fechado como del siglo XVII por Antonio Rodríguez Villa, en su *Índice general de manuscritos* y publicado. En la bibliografía de su *Tesoro*, Gili Gaya ofrece la siguiente descripción:

ANÓNIMO.— *Vocablos de la lengua castellana y su significado...* Manuscrito de la Academia de la Historia (12-7-2 = N. 73); 57 hojas en fol.; carece de portada y el título está en la primera pág. del texto. Letra del siglo XVII. = Por su escaso interés y por lo incierto de la fecha hemos aprovechado de él muy poco material léxico.= Abreviatura: ANÓNIMO S. XVII.³⁰³

Años más tarde, enfocándolo desde una perspectiva que hoy denominaríamos sociolingüística, el historiador aragonés Miguel Artigas se refirió en su discurso de ingreso a la Real Academia Española a este vocabulario manuscrito como una obra anónima del siglo XV, conservada en copia del XVI en las bibliotecas de Madrid y Santander.³⁰⁴ Interesado por ofrecer algunas consideraciones, documentos y noticias sobre la preocupación de la pureza de la lengua en la historia literaria española, Artigas (1935, 10) profundizaba en los orígenes de los idearios lingüísticos hispanos, cuestión que lo llevó situar al anónimo autor de esta obra como un purista precoz, interesado por desterrar de la lengua castellana los vulgarismos y las formas impropias.

Para Artigas, habría que ubicar este vocabulario inicialmente dentro de las polémicas latinizantes del español características del Renacimiento; esto es, en el marco de una tendencia cultural con miras a construir un registro culto y poético separado de la lengua común y corriente, atribuida por nuestro anónimo autor al habla de aldeanos y labradores. Desde su punto de vista, el vocabulario anónimo representaría uno de los primeros estadios en la historia del purismo castellano (Artigas, 1935),³⁰⁵ en donde este fenómeno tendría

³⁰³ *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, Madrid, CSIC, 1947, p. XVIII.

³⁰⁴ Véase, *Discursos leídos ante la Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Miguel Artigas*, 13 de enero, Madrid, contestación de D. Vicente García de Diego, págs. 7-70. Al final del discurso, Artigas transcribió el prólogo del Vocabulario anónimo, págs. 47-51. Ésta es la edición que seguimos.

³⁰⁵ Sobre este empeño latinizante y erudito del siglo XV, Artigas (1935) agrega un conjunto amplio de elementos que permitirían entrelazar la idea de purismo (en tanto una búsqueda de estabilidad en la lengua, un campo de reflexión y perfeccionamiento de la misma con una mirada evolucionista o conservadora) y la función del vocabulario, agente para cumplir dichos fines. Junto al prólogo del vocabulario anónimo, Artigas también se refirió a otro trabajo inédito del siglo XVIII titulado *El uso de las palabras nuevas en lengua castellana*,

como telón de fondo una fórmula religiosa presente ya en el *Universal vocabulario* de Palencia: limpieza en la lengua equivalía a limpieza en la sangre.

En su discurso de ingreso, Artigas reprodujo el prólogo de este vocabulario anónimo.³⁰⁶ Pero fue hasta 1951 cuando se expuso de manera detallada un análisis filológico que contiene las condiciones del manuscrito, llevada a cabo por Fernando Huarte Morton, quien precisó que “la publicación íntegra del texto es innecesaria” (1951, 322). Con todo, en 1995 Tomás González Rolán y Pilar Saquero Suárez-Somonte transcribieron este vocabulario junto a otros textos bajomedievales, a manera de testimonios lingüísticos para el estudio del latín y el castellano.³⁰⁷

A diferencia de Gili Gaya y Artigas, fue Fernando Huarte Morton quien llamó la atención sobre el problema de determinar la fecha de publicación del vocabulario anónimo. Pues tres son los siglos en que se discute su publicación: XV, XVI y XVII. Por la muerte de un personaje histórico mencionado en el manuscrito,³⁰⁸ Huarte Morton definió el año de 1438 como la fecha más antigua de redacción.³⁰⁹ De acuerdo con su investigación de archivo, un siglo después aparecería una copia transcrita por un editor anónimo, sobre la cual se realizaría una copia más.³¹⁰

Junto a la problemática de la transmisión del manuscrito y al carácter fragmentario de la obra, la figura del autor representa una interrogante más, referente no sólo al anonimato sino a la alta probabilidad de que varios autores hayan trabajado en la elaboración del vocabulario a lo largo de diferentes épocas.³¹¹ Siguiendo la tesis de Huarte Morton, un primer transcriptor del manuscrito agregaría sus comentarios después de 1528.³¹² Por lo cual, cabe pensar en este léxico no solamente como un texto inconcluso, sino más bien en términos de

escrito por Félix Joseph Reynoso, en el cual se discute la inclusión léxica. Ambos temas desembocan por igual en la construcción del diccionario.

³⁰⁶ Véanse pp. 47-51. Seguimos esta transcripción para el análisis del prólogo.

³⁰⁷ Véase, *Latín y castellano en documentos prerrenacentistas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, pp. 86-171.

³⁰⁸ “El rey D. Duarte de Portugal (1438) es el personaje más moderno que cita el autor. Como habla de él en tiempo pretérito, la fecha de su muerte ha de ser el término *post quem* de la redacción de este Vocabulario. Si el autor lo tomó de un libro o se trata de un dicho de tipo anecdótico de transmisión oral, no lo puedo decir. Pero, en cualquier caso, cabe la posibilidad de que fuera una cita bastante inmediata a la fecha señala”. (Huarte Morton, 313)

³⁰⁹ “Todos estos cálculos de fechas inciertas son problemáticos hasta no más, y están perturbados por el oscuro afán que tenemos de atribuir a nuestros documentos la máxima antigüedad”. (Huarte Morton, 315)

³¹⁰ Biblioteca de Santander, colección Menéndez Pidal.

³¹¹ En definitiva, parte del prólogo, aunque lo más probable es que todo el texto, debió ser redactada en el segundo tercio del siglo XVI, puesto que varias de las fuentes citadas no fueron escritas hasta bien entrado este siglo.

³¹² Fecha en que se publica *El cortesano*, de Baltasar de Castiglione, obra que aparece citada en el prólogo.

una obra actualizada, sujeta a procesos de inscripción y borradura, por su condición de manuscrito. En suma, el vocabulario anónimo conservado actualmente vendría a ser un texto escrito al menos por dos autores, un diccionario que podría haber reunido las definiciones de un primer vocabulista y las enmiendas de un adicionador.³¹³

En el panorama histórico de investigaciones lexicográficas, la aparición de este manuscrito no representa un hecho aislado o accidental. Es resultado en gran medida del auge y la consolidación de la filología hispánica fundada bajo el modelo de Ramón Menéndez Pidal. Siguiendo la égida de este maestro, aparecieron en el campo lexicográfico investigadores como Américo Castro,³¹⁴ Federico de Onís,³¹⁵ Rafael Lapesa,³¹⁶ Samuel Gili Gaya³¹⁷ o Alonso Zamora Vicente,³¹⁸ entre otros, a quienes la lexicografía hispánica les debe en su mayoría la reconstrucción histórica del diccionario.³¹⁹

Es precisamente sobre la dimensión histórica de la lexicografía española que este vocabulario se convierte en un objeto problemático. Sus características formales, su trabajo con el léxico o el hecho de que se trate de una obra monolingüe redactada probablemente más de 150 años antes que el *Tesoro* de Covarrubias, entre un considerable número de cuestiones, ponen en entredicho la historiografía de los diccionarios hispánicos. Una historia

³¹³ A diferencia de las obras impresas, era común desde la Edad Media la práctica de retomar obras del pasado y reformularlas mediante ampliaciones.

³¹⁴ En el estudio de los glosarios hispánicos medievales, su edición de los *Glosarios Latino-Españoles de la Edad Media*, publicado en 1936 por la *Revista de Filología Española* y reeditado por el CSIC en 1991, continúa siendo el principal referente de investigación.

³¹⁵ Filólogo que, entre su labor como editor, ensayista o crítico, también destinó estudios a la edad media española, publicando junto a Américo Castro una edición de los *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes*.

³¹⁶ Su *Historia de la lengua española*, publicada en 1942, fue quizá la obra más consultada sobre dicha materia durante el siglo pasado. Además de numerosos trabajos sobre el aspecto sincrónico del español, su labor como lexicógrafo se vio reflejada en la creación del *Diccionario histórico del español*, en su segunda versión no finalizada. Actualmente, el instituto que junto a la RAE se encarga de retomar dicho proyecto lleva su nombre.

³¹⁷ Con obras numerosas sobre estética, métrica, fonología, fue autor de un monumental trabajo lexicográfico, el ya mencionado *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, obra que ha sido continuada por una edición en 11 volúmenes preparada por Lidio Nieto Jiménez y Manuel Alvar Ezquerro, con un espectro de análisis ampliado hacia el siglo XIV. En 1963, Gili Gaya publicó también *La lexicografía académica de siglo XVIII*.

³¹⁸ Entre sus múltiples nombramientos, perteneció desde 1961 al Seminario de lexicografía de la RAE. Sus trabajos de dialectología tuvieron un alto impacto en la confección de la lexicografía hispanoamericana.

³¹⁹ Como hemos señalado en el apartado teórico, refiriéndonos al primer núcleo, el hecho de que la filología se ocupará de estos primeros vocabularios contribuyó en gran medida a reafirmar una manera de estudiarlos. En el caso de Huarte Morton, es interesante que examinara el valor literario de una obra lexicográfica. Quizá lo movió el interés del vocabulista por la poesía. Pero, al igual que para Gili Gaya, este criterio le ha valido el ser considerado un texto de escaso valor a nivel de estilo.

que, cabe resaltar, proviene del modelo pidaliano y que por lo tanto ha privilegiado el trabajo de los diccionaristas antiguos con el léxico como objeto de estudio y criterio de análisis.

Esta construcción histórica, interesada en definir y registrar los avances científicos, describe la historia de la lexicografía española de la siguiente manera:

Primero fueron los léxicos latinos medievales, luego vinieron los diccionarios de los humanistas con el latín y la lengua vulgar (con traducciones a otras lenguas, o con la adición de nuevas), a la par que circulaban los diccionarios multilingües. Más tarde surgieron las obras bilingües de lenguas modernas siguiendo los modelos de los anteriores. Después vinieron los repertorios etimológicos monolingües, cuando ya se habían escrito glosarios de obras y vocabularios de carácter especializado. En el siglo XVIII surgen los grandes diccionarios de la lengua, en el XIX aparecen los diccionarios enciclopédicos, y en el XX se diversifica la producción, dando cabida en los diccionarios generales al léxico científico y técnico a la vez que a las hablas regionales, irrumpiendo las nuevas tecnologías en la concepción, elaboración y edición de diccionarios. (Alvar Ezquerro, 1922, 15)

En términos generales, esta caracterización atiende a un corpus de obras hasta ahora recuperadas y analizadas: los glosarios medievales editados por Américo Castro, las obras de Palencia, Nebrija y Santaella, las reformulaciones nebrixenses y calepinas, vocabularios como los de Lorenzo Palmireno, el *Tesoro* de Covarrubias, los diccionarios académicos, el hibridismo de Vicente Salvá, los trabajos de María Moliner, Manuel Seco y la llegada de la lexicografía computacional. Esencialmente, se trata de una historia continental que presupone numerosas cuestiones de orden político, social y cultural enmarcadas dentro de una visión eurocéntrica de la lengua española y la sistematización de su léxico.³²⁰

El lugar del vocabulario anónimo dentro de este relato cuestiona su linealidad y orden. Si admitiésemos que se trata de una obra realizada a mediados del siglo XV, cuando la lexicografía hispánica se refería a los léxicos latinos medievales, esta obra se adelantaría a todo lo elaborado antes de Palencia, Nebrija y Santaella, concediéndole al trabajo con el español una importancia que no tendría hasta finales del siglo XVI, periodo en que sería natural que esta obra viese la luz, descontando las agudas observaciones filológicas de Huarte Morton.

³²⁰ Dentro de esta historia de la lexicografía, los diccionarios publicados en América serían, en su conjunto, una serie de obras que sólo podrían ser consideradas por su trabajo con los regionalismos. Por lo tanto, no tendrían injerencia en la definición de la lengua española, la cual habría sido definida ya por dichos repertorios.

Esta historia puede mantenerse intacta³²¹ si seguimos la propuesta de que se trata de una obra escrita por dos autores en épocas distintas. Otros historiadores de la lexicografía han optado por ubicar a este vocabulario dentro de la producción del segundo tercio del siglo XV, sin problematizar sus características.³²² Lidio Nieto (2000), quien ofrece una historia de enfoque microscópico que revisa la pervivencia de nomenclaturas alojadas al interior de obras literarias o gramaticales,³²³ describe el vocabulario anónimo como un listado, un “razonamiento” y ofrece una reseña del tipo del léxico recogido y de los argumentos del prologuista. Egido Martínez, por su parte, no se refiere a esta obra directamente, pero recupera las observaciones de Morton y propone tres estadios, dentro de los cuales, como en la mayor parte de las historias, el vocabulario no tiene cabida.³²⁴

No es el objetivo principal de este análisis señalar las características que hacen del vocabulario anónimo una obra a caballo entre el siglo XV y XVI.³²⁵ El punto en el que buscamos hacer hincapié tiene que ver con el llamado que hace este diccionario a repensar la historia de la lexicografía española. Pues son probablemente las preguntas de investigación diseñadas bajo una perspectiva filológica (cuestiones sobre ¿Qué tipo de léxico recupera un autor?, ¿Qué fuentes utiliza?, ¿Cuál es su técnica lexicográfica?) las que han determinado el

³²¹ No olvidamos que el examen detallado de cualquier obra redactada en este periodo cuestiona por lo regular las líneas generales de la historia lexicográfica del cuatrocientos.

³²² Su inclusión dentro del *Nuevo tesoro lexicográfico del español (s. XIV-1726)* ha comenzado a despertar el interés para la historia de los diccionarios hispánicos. Su reciente aparición reorganizará la idea contemporánea que se tiene sobre la evolución de los léxicos. Principalmente, desmitificará la idea de que la lexicografía monolingüe tiene sus raíces en Antonio de Nebrija y después en Sebastián de Covarrubias.

³²³ La serie de vocabularios recogidos por Nieto inicia con los tres glosarios latinos (Escorial, Palacio y Toledo), redactados entre finales del siglo XIV y principios del XV; le siguen la nomenclatura reunida en el *Rimario* de Pero Guillén (1478); el apéndice nebricense de las *Introductiones latinae* de 1481; las *Dictiones que per artem sparguntur in ordinem alphabetarium redactae* recolectadas por Nebrija en la edición de sus introducciones latinas de 1485. Este recuento finaliza con el *Totius opusculi significationes uocabulorum secundum ordinem alphabeti digestae hae fere sunt* de Andrés Gutiérrez Cerezo, publicado en Burgos por Fadrique de Basilia en 1485. El lugar del vocabulario anónimo se ubicaría entre los glosarios latinos y el trabajo de Pero Guillén. Cabe resaltarse que ninguna de estas obras fue publicada por separado, de tal suerte que no cuentan con un prólogo que las presente.

³²⁴ El primer estadio corresponde a la lexicografía medieval “hasta finales del siglo XV: diferentes aproximaciones al estudio y compilación del léxico: gramáticas, obras etimológicas, summas, pseudodiccionarios, listas de palabras: *nominalia* y *colloquia*, glosarios, ausencia de técnica lexicográfica moderna. Asistematicidad. Finalidad: enseñanza-aprendizaje del latín. Segundo estadio: Alfonso Fernández de Palencia y Rodrigo Fernández de Santaella. la lexicografía prehumanística: finales del siglo XV: comienzo de una de una técnica lexicográfica moderna. Intentos de sistematización. Rebelión contra la tradición de la enseñanza del latín. Continuación de los elementos enciclopédicos”, pp. 18-19. El tercer estadio correspondería al la técnica nebricense.

³²⁵ Para el interesado, ofrecemos en el apéndice una tabla contrastiva que contiene observaciones y comentarios sobre esta dualidad.

ejercicio de reconstrucción histórica, y cuyas respuestas para el caso del vocabulario anónimo han sido ya resueltas: un léxico de cetrería y dignidades de caballería, fuentes de cuatro tipos (bíblicas, grecolatinas, líricas o literarias,) y una técnica que no se apega estrictamente al ejercicio de lematización lexicográfica.

Pero el vocabulario anónimo contiene otro tipo de cuestiones, relacionadas con las funciones sociohistóricas del lenguaje, que podrían relativizar la idea de una historia del diccionario hispánica lineal, evolucionista y basada exclusivamente en un perfeccionamiento de la técnica lexicográfica. Este tipo de aspectos podrían identificarse si comenzamos a formular otro tipo de preguntas de investigación, relacionadas con las formas en que los autores pensaron su lengua o establecieron sus relaciones con su cultura. Aparece, así, un elemento hasta ahora ausente en los autores anteriores: la oralidad.³²⁶

Como señala Portelli, “Las fuentes orales nos dicen no sólo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron”³²⁷ (1991, 42). En el caso del diccionario, es sabido que este tipo de obras representa a textos interesados por compilar una parcela de la lengua. Sea la de un registro culto, popular, usual o especializado, el diccionario tiende a iluminar dicha parte del léxico y oscurecer sus otras facetas.³²⁸ En el caso del español, diccionaristas como los autores desconocidos del vocabulario anónimo son una buena muestra de tal interés primigenio en construir una obra donde resuene la voz autorizada y culta fomentada por el uso latinizante, alejada de cierto tipo de formas orales. Las palabras iniciales del prólogo anónimo señalan:

Así es que muchos vocablos de la Lengua Castellana parecen a los extranjeros improprios, i tales que no tienen algún fundamento razonable, lo cual tienen por culpa o defecto de los que mal i torpemente los pronunzian corrompiendo i dañando la propiedad de los vocablos; i

³²⁶ Conviene recordar que el conocimiento de la oralidad ni de los usos de sus hablantes (aldeanos, campesinos, labradores, etc.) de esta época no se da por contacto directo, Carlo Ginzburg (1999, 4) explica: “Esto significa que las ideas, creencias y esperanzas de los campesinos y artesanos del pasado nos llegan (cuando nos llegan) a través de filtros intermedios y deformantes”.

³²⁷ Portelli, A. (1991). “Lo que hace diferente a la historia oral” en Fraser, R, Portelli, A. & Moss, W. *La historia oral*. Centro editor de América Latina.

³²⁸ Es en este punto que oralidad y memoria se entrelazan de una manera significativa. Tomando como punto de referencia las palabras de Le Goff en el sentido de que: “[...] La memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios, son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva” (1991,157), el diccionario se convertiría en dicho mecanismo de manipulación.

corrupta la propiedad, piérdese la significación de ellos. I viene esto por la mayor parte por la grosseza i rusticidad de los aldeanos, cuya torpeza y rudeza es enemiga y madrastra de la hermosa elocuencia i polizia de el hablar; que no se queriendo hazer fuerza ni poner dilijenzia en pronunziar bien las palabras domando y acabando la rudeza i aspereza de sus lenguas i labrios toscos i yertos, ni habiendo cura de se fazer en ello alguna premia, que es zierto que lo mucho alcanza hombre de aquello a que se da con dilijenzia, que ya se han visto personas que de su nascimiento son zezcosas, e haziendose alguna fuerza, e continuandolo, pierden el zezcar. I lo que mas es, las aves salvajes, a quien la Natura privó de hablar, y el hombre que por dilijenzia de algunos que en ello se trabajan, saben formar i pronunziar algunos vocablos; tanto que son bien entendidos; asi como son papagayos y gayos, calandrias, ruiseñores, tordos y picosas; a los cuales lo que la Natura les negó, otorgóselo el Arte i la dilijenzia continuada de algunos. (1935, 35)

En su afán por ejercer esta depuración de la lengua, de mantener “la hermosa elocuencia i polizia de el hablar”, los autores anónimos nos ofrecen tangencialmente un acercamiento hacia las otras voces que poblaban su contexto –los prologuistas resumen los tres principales actores en cuestión: el hablante culto o latinizante hispano, el intelectual extranjero y el hablante de la lengua popular o usual– y frente a las cuales la representación del léxico cumplía una función de distinción y censura. Así el diccionario tendría que cumplir con el dicerio de depurar la lengua española confiando en el arraigo con su pasado latino y censurando a causa de ello la variación e innovación léxica, sobre todo la del uso popular.³²⁹

Ahora bien, al conocimiento de la lengua adquirido por medio de gramáticas, diccionarios y ortografías, como lo han observado autores como Carlo Ginzburg o Peter Burke,³³⁰ no se le atribuía solamente un significado erudito, sino que se trataba de textos ligados con determinados ejercicios de poder o reprehensión, en el marco de tensiones intraculturales. Ya con Nebrija habíamos acudido a la definición antropológica del humanista

³²⁹ En su estudio sobre la cultura popular medieval y renacentista, Bajtín (2003) ofrece un cuadro de dicotomías entre el lenguaje culto y popular que puede acercarnos a la densidad discursiva de esta época, aunque el filósofo ruso se refiera al contexto francés. El lenguaje popular se caracterizaría por su carácter festivo, caricaturesco, cómico, público, carnavalesco, paródico, no oficial, burlesco, blasfemo, lúdico, teatral, renovador, liberador, gesticulado, murmurado, chillado, oral de acuerdo con Ginzburg (1999, 143); en contraste con el lenguaje oficial, definido por rasgos como su estabilidad, inmutabilidad, perennidad, jerarquía, normatividad, reglamentación, o su apego al tabú, a marcar la desigualdad y a construirse en el soporte escrito.

³³⁰ Ya para el siglo XVI, el proyecto lingüístico de reactivación del latín había llevado a decir a Carlos V: “Hablo en italiano con los embajadores; en francés, con las mujeres; en alemán con los soldados; en inglés con los caballos y en español con Dios”. Sobre esta sentencia existen diversas versiones, pero la mayoría establecen el vínculo del español con la comunicación divina. Al estudiar los argumentos de Menocchio, Ginzburg (1999, 144) señala el enfrentamiento entre la cultura dominante y la cultura popular, con el latín como un agente del discurso del poder, pero también como un conocimiento que iba atemperándose con la llegada de la imprenta, hecho que le permitía comprar por dos centavos los *Florilegios de la Biblia*.

del cuatrocientos, un intelectual nutrido por el conocimiento de la cultura grecolatina, pero son los lexicógrafos anónimos quienes ahondan en la definición de los excluidos y en las consecuencias de sus prácticas sociolingüísticas:

Mas este material i grosero linaje de hombres salvajes, que son los labradores que son una pestilenzia de el fermoso hablar, no son instruidos ni informados para aprender bien a hablar; que aquellos hombres solízitos i diligentes que trabajan en mostrar a hablar a las aves, cuando veen a estos con jestos i formas humanas i de hombres razonables, tienen que no es necesario mostrarles aquello que Naturaleza les otorgó, i así ellos no azeptando el don de la Naturaleza, i no usando de él, i los Maestros oyendo ser superflua el Arte do la Natura proveyó, quedanse teniendo el medio entre bestias i hombres. No digo esto de todos, mas de muchos, que casi son bestias i brutos salvajes. Esta razón aprueba Séneca en el libro de la vida bien aventurada, al 6º. cap. hablando de Calaron, do dize que aquellos hombres que son de mui ruda natura, tan poco saben de si mismos, que es razón que les pongamos en cuenta i compañía de los ganados i de los animales brutos; que entre ellos i estos, o no hai diferencia, o es mui pequeña i así corrompen i dañan los vocablos; que en la forma i manera que ellos los dizen no parece que tengan significación alguna, ni semblanza de razón; salvo que se hablan acaso i sin causa; i así dañan i turban los antiguos i bien ordenados vocablos. (1935, 47-48)

El habla de los labradores y aldeanos vendría a representar a los prevaricadores de la lengua,³³¹ mediante un argumento avalado en la doctrina moral de Séneca. La plasticidad en el relato de los prologuistas se enfoca con denodado interés en la pronunciación, como un atributo natural que diferenciaría a lo salvaje de lo culto o, en términos modernos, civilizado. Por lo que se refiere al objeto y función del diccionario, el punto medular de los señalamientos de los prologuistas reside en que la oposición entre naturaleza y cultura, entre un habla que niega el arte y un uso ordenado e informado, serviría de justificación para construir un soporte textual que sirva de fuerza correctiva, conservadora, centrípeta y antinatural, capaz de contrarrestar el cambio habitual y la mutación de significados en el léxico.

Así pues, la redacción de diccionarios vendría a suponer una suerte de práctica cultural orquestada bajo dinámicas de preservación. Se encargaría de fomentar una cultura erudita, de afrontar la realidad y organizarla mediante su visión de mundo, de propagar sus símbolos y

³³¹ La lectura realizada por la crítica literaria podría resumirse con el análisis de Amado Alonso sobre las prevaricación idiomáticas de Sancho, en las cuales “Nos hace ver además, por estas deformaciones del lenguaje el aspecto histórico cultural, el contraste entre cultos y vulgares, el triunfo del ideal renacentista, todo aquello que el genio de Cervantes supo objetivar en su novela, metiéndose, por decirlo así en el alma de cada una de sus creaciones” (1950, 148). Se trata de una visión que opone dos usos discursivos, pero que no penetra en sus relaciones, no siempre signadas por la ignorancia.

significados sociales mediante diversos discursos y, en el caso específico de la lengua, de definirla y preservarla bajo los preceptos de los rétores y gramáticos latinos.

Una cuestión singular del posicionamiento de los anónimos tiene que ver con el lugar otorgado a la oralidad. De acuerdo con Nebrija (Frenk, 2005), para finales del siglo XV, la letra había sido distinguida en su doble dimensión, tanto como trazo, esto es, como representación de la voz, al mismo tiempo que como la voz misma, como las letras que se utilizaban para conversar, en un sentido todavía muy habitual durante el siglo XVII. Si tenemos en cuenta que “la cultura de la Edad Media europea siguió estando mayoritariamente bajo el imperio de la voz” (Frenk, 2005, 17), durante el periodo de la redacción del anónimo el concepto de oralidad había sufrido cambios considerables. La lengua oral habría de ser registrada por los lexicógrafos, pero sólo un tipo de registro.

En ese sentido, la solución ofrecida por autores como Quintiliano o Cicerón, descartada por Nebrija,³³² pero puesta en marcha por Palencia y Santaella, era la etimología. Para estos autores, la verdad de cada palabra residía en su origen, el cual era supuestamente inamovible como los astros que configuraban la bóveda celeste,³³³ y no en su uso, cambiante y perecedero, de tal suerte que al rastrear su proveniencia sería posible acceder al conocimiento verdadero de su significado.³³⁴ Esta visión etimológica de la lengua contrastaría con los modos festivos, burlescos e inventivos de la lengua cotidiana del pueblo llano, quienes encontrarían en la lengua medios de resistencia y oposición frente al discurso de las élites. Con un tono de reprehensión, los prologuistas dan cuenta de ello:

I si ellos algunas vezes de su albedrio quieren poner nuevos nombres a las cosas, tan desvariados i disformes los ponen, que no han razón alguna, así como en una comarca de Toledo, que dizen La-sisla, que al mozo pequeño le llaman zagal; i en otras partes por los manzebos que no son casados, ni tienen casa, dizen barranos; i yo vi labradores que por que

³³² Como vimos antes, Nebrija confirmaba la necesidad del conocimiento etimológico, pero la descartaba como un procedimiento de lematización para sus diccionarios.

³³³ Nebrija (1492, fol. IIv) había levantado ya sospechas sobre esta creencia. En el prólogo a su *Lexicon* había escrito: “Porque las cosas de que son los vocablos, o son perdurables con la misma naturaleza, o están puestas en solo el uso y albedrio de los hombres. Las naturales por la maior parte son conocidas en nuestra tierra por nombres peregrinos. I estas otras voluntarias sintiendolo nosotros se mudan cada día con sus nombres. Pues qué diremos de aquellas cosas las especies, de las cuales como dicen los filósofos son eternas, que unas del todo se perdieron, y otras por el contrario nunca vistas súbitamente parió la naturaleza”.

³³⁴ El *Tesoro* de Covarrubias está fundado en este ideario, donde la significación de la palabra se consideraba oculta, lo que reclamaba su declaración (definirla mediante lemas). Por ello, en un ejercicio de abstracción, el conocimiento de las cosas dependía del conocimiento de los vocablos, de modo que habría que indagar en sus significados y su historia, en las causas de los vocablos, inquirir en su verdad y disponer de una curiosidad para recuperar la claridad del lenguaje y, por lo tanto, de la realidad.

sus bueyes fuesen conozidos, llamaron a un buey Limón i a ótro Cordón, ved que tiene que ver buey con cordón ni con limón, ni en materia ni en forma? I ansí mesmo en algunas villas zercadas, que pusieron antiguamente nombres a las puertas de las villas, i algunos llaman la puerta de la carrera de Toledo, los labradores con pereza i por acortar la razón dizen la Puerta de carra-toldo. I en este nuestro tiempo que en Castilla han tomado vocablos latinos o itálicos o franceses o catalanes, ya ellos los tienen dañados i corruptos; que por dezir "non fallo favor", dizen "non fallo pavor" : cuando hay muchedumbre de algunas cosas, queriendo dezir "no hai número", dizen "no hay húmero"; i por dezir "satisfación", dizen "santificazió"; i si alguno no se sintió bien dispuesto de la complesión, i tomó purga, dizen que tomó una pulga; i si alguno tiene fistola en la pierna, dizen que "tienen una epístola"; i por "alcaldes arbitros", dizen "alcaldes de hábito". I ansí en muchas i diversas maneras barbarizando dañan tanto la buena manera de el hablar, que dubdo si aquel Retórico Romano Tulio, ni el sabio orador Castellano Quintiliano tanto aprovecharon en la Retórica, como estos con su necedad han deturbado i afeado; que como el Filosofo dize, "mas lijera cosa es el destruir que el hedificar" ; i ansi yo entiendo que esta ha sido la principal causa de la corrupzió de los vocablos castellanos, que en otra manera no es de creer, ni ante de pensar que los antiguos nobles Españoles en cuya nazió hubo muy eszelentes Reyes i Prínzipes, i muy notables i prinzipales Caballeros, i grandes i discretos sabidores, espezialmente en las Cortes i casas de los Reyes, donde se usa toda polizia i horden de hablar, que usasen de vocablos impropios i sin fundamento de razón, i tales, que no tuviesen propia significazió i razonable fundamento. (1935, 48-49)

La búsqueda de la vindicación de una idea de lengua definida como propia, razonable y depurada caracterizaría históricamente al discurso de las instituciones políticas y religiosas, un proyecto de legitimación sociolingüístico y cultural que tendría en el modelo prescriptivo-correctivo y en las etimologías a sus principales aliados. Así, el diccionario adquiriría la connotación de un texto de compilación selectiva y de corrección que empezaría a buscar en el pasado los argumentos para implementar un control ideológico del discurso, al mismo tiempo que una cultura enciclopédica.

Desde Palencia hasta los anónimos diccionaristas, la recuperación del pasado de una lengua paso a convertirse en un oficio tanto de la memoria como del olvido. Había palabras que demandaban el esfuerzo de construir un pasado, como léxico que no debería mantenerse en la memoria. Pese a ello, ciertos vocablos descartados por los anónimos autores del vocabulario, como la palabra *zagal*,³³⁵ perduraron en la lengua por sus propios méritos, en tanto formas cultivadas cotidianamente por un amplio grupo y que se conservaron por su utilidad.

³³⁵ El DLE la recoge en su última edición como "zagal1, la Del ár. hisp. zaġál[1] 'joven, valiente' o del ár. clás. zuġlūl 'muchacho'. 1. m. y f. Pastor joven. 2. m. y f. Persona que ha llegado a la adolescencia o a la juventud. 3. m. Mozo que ayudaba al mayoral en los carruajes de caballerías. 4. m. Esp. orient. niño. 5. f. Muchacha soltera. 6. f. León. Niñera".

Ahora bien, si los primeros lexicógrafos analizados buscaron restituir el latín clásico por medio de gramáticas y diccionarios, el razonamiento de los anónimos lexicógrafos partiría en una dirección correctiva que daría por sentado la fijeza de dicha lengua clásica, parámetro para reconstruir ahora sus vínculos con el español. Así, ubicado dentro de una serie de condicionantes y actitudes que hemos apreciado en los prólogos anteriores (dificultades para la redacción, definición de una obra para el beneficio público), éste es el objetivo señalado en el vocabulario anónimo:

I así yo, consideradas todas estas razones, aunque se i conozco que tan pequeño e inútil favor, como el mío, remediaría poco a tanta confusión i corrupzi3n de vocablo, no presumiendo de mi, mas cuydando que haré algun prinzipio i abriré via a los sabios i discretos que lo sabrán correjir i enmendar con mas sziencia i mas alto estilo, esfozeme a trabajar en ello a favor de la Nazi3n, i no ménos en reprehensi3n y vituperio de aquella ruda jente enemiga de la polida i dulce elocuencia. Trabajé pues como pude, i no como quisiera; mas con buena voluntad, que con saber ni discrezi3n, de dar raz3n de algunos vocablos castellanos, moroando (sic, memorando?) como la Lengua Castellana ha buena i bien hordenada habla, i que espezialmente es zerca del Latin, que es una de las tres principales Lenguas del Mundo; i que en los más vocablos trae de él su prinzipio i fundamento. (1935, 50)

Sobre este objetivo, definido bajo la consiga de exhibir el parentesco entre el latín y el español,³³⁶ llama la atenci3n el que este autor considere su labor como inútil,³³⁷ puesto que

³³⁶ Los autores recuerdan también la influencia del árabe y a la inutilidad oponen el t3pico del buen ocio: “I tornando al prop3sito, hay algunos vocablos, que deszienden de la Lengua Arabiga que quedaron de el tiempo que los Moros fueron señores de Espa3a, que si no el que buen Arábigo fuese, e supiese bien Castellano, no los podria interpretar. Pero de algunos vocablos, como pudiere, daré alguna raz3n; i si esta pobre i menuda obra la juzgaren algunos por inútil, de poco fructo, i aun supèrflua; yo se los otorgaré ligeramente : que visto es que de ella no se puede seguir alg3n fructo. Pero quien no sabe, ni puede dezir ni hazer grandes ni notables obras, con obras alegres i apazibles, tanto que sean honestas, puede desviar i escusar el ozio, del cuál a la ánima i al cuerpo se suelen seguir grandes da3os : que la oziosidad vezina es de el pecado; i por tanto con gran dilijenzia i estudio es de esquivar el ozio; i si el tiempo con obras magníficas no se puede ocupar, en alguna manera satisfaze quien con obras i actos apazibles i graziosos desecha i aparta de sí el ozio ; que con los actos virtuosos i eszelentes se gana honor i fama, i con las obras honestas, aunque pequeñas, se desvia la infamia que muchas vezes se sigue de el ozio: i al que mucho bien no puede hazer, alg3n bien le es guardarse de mal obrar”, (1935, pp. 50-51).

³³⁷ Retomando la figura del diccionario como una obra de gran envergadura y provecho social, los autores afirman: “Dubdo empero que mi obra se concuerde con mi deseo; quiero dezir que dubdo si sabré o podré dar a los vocablos corruptos i dañados aquella declarazi3n i emienda que les conviene. Pero el amor de la Nazi3n me hará sacar fuerza de flaqueza, i provaré de lo fazer; aunque es verdad que de muchos vocablos no se puede dar raz3n, ni reciben emienda, según son dañados por la vil plática de la jente ya dicha, que ansi los han sacado de sus términos, que apenas quieren dezir algo, ni hazen significazi3n alguna, Ansique son tan graves de correjir, como unas ropas que el mal Sastre asi las daña, que otro buen Sastre con todo su arte no las puede poner en corte: i como algunos dezir es rimados que son tan mal compuestos, i tan desvariados, que ninguno, por mucho que sepa de aquel arte, no los puede reduzir a buena forma, ni traer a consonante. Tales son aquellos Versos rimados de el Rab Don Sanio, en los cuales hay asaz seso i notables dichos: pero son tan mal rimados, que no se pueden traer a consonantes, I las obras de escrituras que no son de gran

ello contrasta con la necesidad y urgencia advertida en los tres vocabularios anteriores. Mediante tópicos para captar la benevolencia, el autor anónimo ahonda el retrato de su obra y en el tipo de léxico que le interesará registrar o, cabe la posibilidad, rememorar:

I así yo viniendo a ejerzitar el inútil i menudo propósito, i a poner mano a la pobre i grosera obra, haré prinzipio en la Caballería, que es cabeza de todos los ofizios i ejercicios seglares, i no solamente cabeza, antes oso dezir, defensión i amparo i seguridad de todos los otros ofizios, porque so la defensión i amparo de la Caballería cada uno puede libre i seguramente i con gran reposo ejerzitar su ofizio i arte, para servizio de la República i sostenimiento de su propia vida. I habida tal considerazi3n, començaré en los vocablos i nombres de las dignidades i ofizios de la Caballería. (1935, 51)

Desde una perspectiva filológica, este interés por recuperar el léxico de la caballería nos hace pensar, como posible autor, en una figura caballeresca con una formación cortesana, lo cual podría explicar su cercanía y contacto con el pueblo llano. Pero, desde un enfoque sociolingüístico, el cometido del anónimo autor no pasaría por un interés quijotesco de restituir la andante caballería, sino por organizar el conocimiento de una de las instituciones que garantizaban el orden social establecido por la Corona, lo cual para último tercio del siglo XV fue una tarea delegada a la Inquisición y la Santa Hermandad.

A pesar de que en el apartado metodológico señalamos que el análisis de la producción lexicográfica se enfocaría al estudio de los prólogos, queremos referirnos al contenido del vocabulario, debido a dos grandes razones: 1) la ausencia de concordancia entre el propósito señalado en el prólogo: devolverle al español su pureza, pero comenzar a recopilar el léxico de la caballería y 2) la construcción de un diccionario como un ejercicio atravesado por la memoria.

De acuerdo con el inventario de Nieto, este vocabulario contiene “152 voces castellanas, recogidas entre los folios 1r-35v, muchas de ellas relativas a la milicia, tipo hueste, real, zelada” (2000, 158). Como señalaban los propios autores, el léxico que más le interesaba registrar era el empleado en las Dignidades y Oficios de Caballería. No obstante, en su afán por recuperar dicho léxico dejaron huella de un considerable número de formas cotidianas de usar la lengua. Así, este hecho lo llevó a consignar en su repertorio palabras que consideraban vulgares, malsonantes, extranjeras o regionales. Modernamente, podríamos señalar que su interés se relacionaba con los usos lingüísticos de acuerdo con variables

profundidad de szienza, ni de alto ni elegante estilo, no hai cosa que más las orne, i las haga parezer mas de lo que son, tanto como los rimos: que obras hay, que son buenas i graziosas en rimos, que en prosa valdrían poco”, (1935, p. 50).

espaciales (diatópicas), sociales (diastrático) y temporales (diacrónicas). Como ha indicado Huarte Morton, estos autores por lo regular indicaban el significado de un vocablo, su uso en un determinado lugar y un comentario sobre su etimología (1951, 312).

De igual manera, a estos anónimos autores les interesó registrar la lengua utilizada en Castilla. Tomaban como modelo de comparación el conocimiento propio de su lengua y de sus regionalismos. No definieron el léxico con un criterio lexicográfico riguroso, aunque tampoco se apegaron a las convenciones medievales. A ello se debe que, de acuerdo con Huarte Morton (1951) su labor haya sido definida en términos de intenciones culturales, prerrenacentistas, frente a los modos cómicos de carácter medieval. De igual manera, para ejemplificar una palabra, o simplemente para referir algo relacionado con ella, estos primeros vocabulistas no utilizaron exclusivamente fuentes literarias. Se valieron de proverbios,³³⁸ chistes,³³⁹ anécdotas o censuras sobre los usos cotidianos o populares.

Podríamos aducir que esta cualidad de ser un manuscrito con una menor circulación y sin la necesidad de someterse a procesos de censura, les permitió deslizar críticas sobre la legislación de los reyes, ambientadas por el clima político que les tocó vivir. De cualquier manera, la censura por las que estos autores se decidieron fue la de la lengua. Como hemos señalado, su actitud purista se basaba en el prestigio del latín. Cualquier forma léxica que se le acercara era considerada por estos autores como un vocablo propio, correcto y razonado. De forma contraria, como hemos señalado, todo lo que no se le pareciera era representado por vulgarismos, impropiedades y malos usos, atribuidos, de acuerdo con su punto de vista, al uso que le daban los aldeanos.

Para comentar sus propias definiciones, los autores del manuscrito anónimo emplearon cuatro tipos de fuentes: bíblicas (San Bernardo, San Isidoro); grecolatinas (en su vocabulario aparecen los nombres de Cicerón, Estacio, César, Quintiliano y Séneca, quienes representan su modelo idiomático); líricas, se refiere a Homero, Virgilio y Dante; y literarias: escritores hebreo-españoles y españoles (Sem Tob, Don Juan Manuel, Alfonso X) (en Huarte Morton, 1951, 318).

³³⁸ En Huarte Morton, 1951, “Quien te da el mueso non te querría ver muerto”, (fol. 34r).

³³⁹ Después de expresar su significado, en su artículo sobre las palabras novio y novia, los vocabulistas agregan: “Algunos alegremente y burlando ynterpretan este vocablo en otra manera, diciendo *non vio*, que parece que *no vio* bien lo que tomo: y mal pecado, asaz vezes acaesçe ansi” en Huarte Morton, 1951, (fol. 19r.).

El manuscrito anónimo ofrece además informaciones de índole muy variada. Podríamos considerar sus declaraciones como digresiones o comentarios enciclopédicos. La primera parte aparece como la más prolija en ese sentido, dado que recupera algunas de las citas célebres sobre la caballería.³⁴⁰

En su artículo sobre la palabra “trovar”, los autores ahondan en disquisiciones sobre poética y retórica. Como ha señalado Huarte Morton (1951), emiten apreciaciones literarias y reinciden en su apología de la lengua castellana. Cabe destacarse que este primer episodio purista de la lengua hispana continuó acentuándose durante varios siglos. Con todo, lo interesante sobre este ideario lingüístico reside también en que dentro del propio vocabulario aparecen las réplicas de un segundo autor, quizás el copista. Para este segundo personaje, la lengua española no podía ser reducida a su vínculo con los preceptos clásicos: moralizantes, latinizadores y razonador. De manera que, sin dejar de prestar atención al criterio purista, habría que señalar que desde sus inicios la lexicografía hispana constató la pugna entre dos ideologías sobre la lengua: una latinizante y otra basada en el uso.

Ahora bien, para elaborar esta obra, también consignada con el nombre de *Vocablos difíciles del castellano*, el anónimo autor se apoyó en diversos materiales. Recopiló información de diversas fuentes literarias –principalmente de autores bíblicos, grecolatinos, españoles, italianos o árabes, como señalamos anteriormente–, buscando así semejanzas o ampliaciones que le sirvieran de ejemplo, anécdota o complemento para sus definiciones, acercándose con esto al interés enciclopédico. Hoy diríamos que trabajó mediante la construcción de campos semánticos, yendo de una idea a una familia de palabras, agrupándolas por contenidos y aprovechando su propia competencia.

De acuerdo con la tipología de Huarte Morton (1951), podríamos clasificar las 153 definiciones que registró mediante las siguientes marcas: 1) incorrectas: aquellas voces alejadas del modelo latino; 2) impropias: vocabulario donde el significado no se corresponde con la forma léxica; 3) vulgares: formas rústicas corrompidas por el mal uso, 4) antiguas: léxico de prestigio, cercano al latín; 5) neologismos: voces recientes que importaban una apreciación despectiva; 6) poco usadas: voces raras o utilizadas sólo en un lugar específico; y 6) correctas: en términos del vocabulista, equivale a lo *proprio*, que responde a una etimología y que no es un extranjerismo.

³⁴⁰ En una interesante alusión, aparece la figura de Eduardo, el elocuente, quien considera la caza como una virtud, (Huarte Morton, 1951, 313).

Los procedimientos de este lexicógrafo se valieron de la sinonimia, las equivalencias, las comparaciones con el latín, la creación, no siempre lograda, de etimologías y los ejemplos de uso: cultos, dialectales o populares. En algunos casos reconoció acepciones, pero en la mayoría de sus entradas sacó provecho de sus lecturas y su experiencia personal. Asimismo, el tema renacentista de la discreción, los tópicos clásicos entre naturaleza y artificio y la educación cortesana enmarcaron la filosofía de este autor.

La actitud de censura de estos autores tenía precedentes históricos,³⁴¹ al igual que sus intereses por el léxico de la caballería y la cetrería, actividades propias de la nobleza y sobre las que futuros lexicógrafos se interesarían. Para Huarte Morton (1951), los autores de esta obra debieron de conocer la educación de los príncipes, pero no existen indicios para considerarlos parte de la corte. El propio Huarte Morton los definió como católicos senequistas que debieron de vivir en un ambiente cortesano, interesados por restaurar “la decadente caballería” (1951, 318).

Hasta el momento, no existen testimonios de la influencia de este vocabulario en obras posteriores. Sus ideas acerca de la lengua y la cultura en relación con el diccionario, sin embargo, perduran en aquellos autores que no han visto con buenos ojos las formas coloquiales. En ese sentido, representan parte de la antesala del normativismo y prescriptivismo más férreo que ha conocido la lexicografía hispana.

³⁴¹ El más célebre quizá sea el “Apéndice” de Probo, un listado medieval en donde su autor señala el modelo culto de pronunciar el latín, frente a la forma que para ese entonces representaba el uso cotidiano.

Los proyectos culturales lexicográficos del siglo XV hispano: a manera de conclusión

Una de las principales dificultades de la investigación se relacionó con el estudio del contexto. En diferentes apartados, aludimos a la necesidad de considerar la construcción del contexto como un ejercicio de reconstrucción histórica. Para realizarlo, elegimos la metodología de la hermenéutica profunda, por el enfoque que presta al vínculo entre instituciones, discursos e ideología. A grandes rasgos, la selección de este método interpretativo buscaba diferenciarse de los procedimientos históricos de análisis que tradicionalmente acompañan el estudio de un diccionario. Por lo general, existe una distancia entre la forma de abordar un contexto y el objeto de análisis.

El contexto suele aparecer como un telón de fondo que pormenoriza los principales hechos histórico-políticos. Es una escenificación que sitúa al diccionario en un tiempo y en un espacio, pero que no busca el vínculo entre texto y contexto. Se trata de un tipo de reconstrucción histórica que cumple con el cometido de ubicar la emergencia de una obra dentro de un determinado horizonte. Nuestra crítica al uso del contexto se dirigía principalmente hacia aquellas investigaciones que no profundizaban en el vínculo entre los aspectos históricos y los aspectos discursivos de los diccionarios. Sin embargo, los análisis realizados arrojaron numerosa información sobre este fenómeno.

Por un lado, proponer un estudio de contextos específicos: horizonte cultural, mentalidades, cultura escrita, dinámicas institucionales de la Corona, las universidades, el clero o la vida cotidiana presupone el conocimiento exhaustivo de la historia política y económica. Por diversas razones señaladas (materiales, económicas o institucionales), los prólogos analizados se encuentran inscritos en dinámicas políticas y religiosas que condicionan su forma. Por otro lado, el rastreo de la vida cotidiana durante ese periodo demandaba el conocimiento de numerosas fuentes y referencias. Así, la metodología de la hermenéutica profunda podría haber resultado más provechosa mediante la elaboración de un contexto que ahondara a detalle en cada uno de los aspectos indicados por Thompson.

Teniendo en mente esta limitación, optamos por una serie de análisis que, en su conjunto, ofrecieran un panorama relacionado con aspectos significativos del diccionario. Por tal motivo, las unidades de análisis no son proporcionales ni contienen el mismo tipo de datos. Mientras que en el estudio de Palencia se examinan rasgos de la cultura escrita, el análisis de Nebrija cuenta con información de carácter biográfico. La revisión de Santaella nos permitió aproximarnos a los fenómenos de recepción de una obra realizados por

lexicógrafos teóricos y prácticos. El caso opuesto fue el del vocabulario anónimo, cuya recepción continúa incrementándose paulatinamente.

Pese a las diferentes proporciones de cada análisis, este procedimiento arrojó datos significativos. Sentó las bases para futuras investigaciones y, sin llegar a profundizar bajo los lineamientos de un trabajo exclusivamente histórico, advirtió la emergencia de fenómenos lexicográficos de larga duración, cuya historicidad no suele estar legitimada en el ámbito de investigación. La revisión de la biografía de los lexicógrafos medievales, limitada sobre todo en los casos de Santaella o Palencia y meramente especulativa en el caso del anónimo, nos llevó a confirmar un fenómeno advertido por la hermenéutica: cada época realiza una relectura de los mismos textos tomando como punto de partida su visión del mundo y su horizonte de expectativas.

Así pues, la falta de profundidad histórica, evidente en ciertos momentos del análisis, en los cuales caímos en varias ocasiones en el comentario de texto, intentó suplirse por medio de un cuestionamiento hacia la propia historia lexicográfica. Bajo esta perspectiva, el conocimiento biográfico nos hubiera encaminado hacia una explicación particular de cada obra, sin quizá proponer otro tipo de relaciones históricas con procesos de larga duración, laterales, oblicuos, latentes o no lineales.

Uno de los rasgos medulares sobre la génesis de los diccionarios medievales hispánicos estriba en la dependencia con los procesos sociales de su contexto. Nuestra investigación persiguió el conocimiento de las dinámicas producidas por instituciones universitarias, políticas y religiosas en relación con la emergencia de diccionarios. La gran pregunta en este punto tiene que ver con el tipo de elemento al que la investigación debe apuntar: al enfocarse en el proceso social, el conocimiento del diccionario pasa a un segundo plano, y en sentido inverso: el análisis profundo del diccionario puede obscurecer el conocimiento del contexto. El interés del historiador de la lexicografía habría de apuntar quizás a un punto intermedio: al momento en que proceso social y forma lexicográfica se entrelazan.

Con todo, existen fenómenos políticos, históricos, económicos o culturales, entre otros, de carácter insoslayable. La triada de los acontecimientos de 1492 (Toma de Granada, expulsión de los judíos y los viajes de Colón) está en dependencia directa con la redacción de los vocabularios de Palencia y Nebrija. Pero la política de los Reyes Católicos se sumerge a lo largo de los prólogos en varios niveles de argumentación. Un historiador, un sociólogo, un antropólogo o un lingüista interpretarían la presencia de esta política desde diversos

conceptos. La tarea del historiador de la lexicografía, considerada como una interpretación cultural, tendría que sortear esa multiplicidad de interpretaciones. Nuestra investigación, sin embargo, se limitó a advertir esta directriz, sin agotar todas las dimensiones disciplinarias. En otros términos, la sensibilidad teórica señalada por la teoría fundamentada es un ejercicio continuo que demanda una preparación en diferentes ámbitos, en donde teorías y paradigmas no llegan a conciliarse en todo caso.

En el caso del acercamiento al vocabulario anónimo, uno de los puntos principales reside en el vínculo entre oralidad y escrituralidad. La relación entre diccionario y oralidad amerita una reflexión con diversas salidas: una de carácter histórico, relacionada con los procesos de distanciamiento y de cercanía entre la palabra oral y la palabra escrita; una particular, el valor de la oralidad en el contexto de los siglos XV y XVI, siguiente de las pautas de Walter Ong y Margit Frenk, entre otros; y una de carácter técnico, esto es, las posturas que cada lexicógrafo en particular adopta a la hora de trabajar con el léxico.

Durante el siglo XV y XVI, las valoraciones del libro se encuentran en un proceso de construcción y definición. Su sentido de autoridad, proveniente del manuscrito medieval, perdura junto a una incipiente conciencia de divulgación, presente ya en Nebrija y Santaella. En este sentido, y por lo que se refiere a la relación entre latín y romance, cabe señalarse la poca atención que le prestamos a los efectos del Renacimiento Carolingio:

La reforma carolingia [...] supuso una reacción ante las consecuencias de la evolución del latín hacia cada una de sus manifestaciones romances. Esa evolución afectaba de lleno a la forma de leer y escribir el latín, que se aproximaba más a la de las lenguas derivadas que a su estilo clásico. Por esta razón, los consejeros de Carlomagno propusieron recuperar los textos latinos originales, reunirlos en bibliotecas, volver a copiarlos las veces que fuera necesario, crear glosarios que permitieran su cabal comprensión, corregir el latín allá donde se hubiera tergiversado; en definitiva, distinguir con claridad la lengua latina culta y clásica de las lenguas populares, así como abandonar el latín arromanzado. [...] Todas estas propuestas de origen carolingio llegaron a Castilla a partir del siglo XI con la creación de los monasterios cluniacenses, cuyas bibliotecas y escritorios fueron fundamentales. (Moreno, 2015, 43)

Así, varios fueron los afluentes que históricamente ligaron política, lengua y diccionario. Como señalamos en el análisis de Palencia, existieron políticas de fondo que permitieron identificar los privilegios de impresores alemanes, traídos a la península por arzobispos con fines específicos y que abrieron las puertas para la impresión de diccionarios. En esta encrucijada, el libro representaba lo mismo un recurso cultural o una estrategia política que un artefacto lingüístico innovador, ubicado en los albores de la modernidad europea. La

imagen del diccionario en romería de Santaella cierra un siglo de medievalismo lexicográfico y abre al mismo tiempo una conciencia sobre la difusión del conocimiento de la lengua, si bien latina, con un paso ya en las vernáculos.

Sobre este punto, queda por desarrollarse el papel de las políticas del lenguaje en la conformación de incipientes sociedades nacionales. Para finales del siglo XV, el estudio de la presencia de una política lingüística en los diccionarios afronta numerosos retos. En primer lugar, requiere de un conocimiento específico de la política de los Reyes Católicos, de indagar en los factores que convocan a sus intelectuales y de profundizar en las implicaturas de las obras realizadas por encargo o de manera individual.

Es en este punto que el ejercicio exegético demanda una labor imperiosa. Para estos efectos, la propuesta de Thompson puede resultar limitada. Pues su finalidad es la reinterpretación de la forma simbólica, en este caso del diccionario, sin prestarle atención a los fenómenos que se desencadenarían en un futuro. Por tal motivo, las unidades de análisis presentadas bajo esta metodología no alcanzan el equilibrio requerido por una interpretación o un análisis comparativo. Atacan diversos flancos de la lexicografía prerrenacentista desde diversos frentes, pero sin buscar agotar todas las implicaturas posibles.

Algunos investigadores, como Alice Carette, González Rolán o López Fonseca, han desarrollado una metodología eficiente para solventar esta cuestión. Proponen la definición de un prólogo como un paratexto y estudian sus relaciones con otros, una vez delimitado el corpus. De esta manera, rebasan en el análisis formal y conectan a los textos con parte de su horizonte cultural.

Convendría volver a señalar la conveniencia de pensar la historia lexicográfica en sus horizontes culturales y no únicamente como una sucesión de obras que se vinculan por la transmisión de sus plantas y materiales.

Este horizonte cultural se encuentra construido por una serie de fenómenos identitarios, étnicos, sociales y religiosos que dotan de significado al discurso de los prólogos. A su vez, los actores mencionados en estos paratextos cumplen con una agencia que el análisis requiere poner en funcionamiento, para alcanzar el objetivo de observar la transformación de un discurso en una práctica social. Junto a las diversas manifestaciones en que el lenguaje comenzaba a intelectualizarse, existen una serie de procesos étnicos, religiosos y sociales que permite construir un tipo de explicación densa, que en realidad cuestiona el ejercicio lexicográfico como una labor exclusiva de confección y técnica.

Todo este planteamiento buscó sentar las bases para referirnos a los lexicógrafos como constructores de memoria.³⁴² En los apartados teóricos abogamos por la idea de que todo diccionario selecciona arbitrariamente un léxico que debe ser tenido en cuenta. Selección que implica dejar fuera de un marco de legitimidad a otro tipo de palabras. Esta operación conjuga memoria e ideología y viene a posicionarse como parte del quehacer histórico. Un fenómeno que reforzaría esta propuesta, y sobre el cual se requerirían nuevos conceptos, se relaciona con el aspecto prospectivo del diccionario. Pues la lengua que es cifrada en éste tiene como destino un hablante futuro. El diccionario aspiraría así a una transformación razonada de la lengua que, mediante procesos educativos, tendería a surtir efecto.

El diccionario no sólo está sujeto a dinámica de omisión. Forma parte de la planificación de una lengua y, por lo tanto, de una cultura. Los diccionarios que buscan recuperar la lengua actual los consideramos trabajos orquestados bajo una premisa de historia reciente. Pero habría que tener en cuenta que esta función busca construir un tipo de discurso a futuro, una idea de lengua que se está promoviendo.

Decidimos cerrar el análisis de la lexicografía hispánica del cuatrocientos con un prólogo anónimo que cuestiona la historia de los vocabularios producidos durante este siglo.³⁴³ Se trate de una obra con la que debería haber comenzado nuestro recuento o un manuscrito que sufrió un proceso de variación lexicográfica que requiere de mayor investigación, lo cierto es que podemos apreciar en las palabras de su prólogo un cierre en que el diccionario se convierte en una obra abocada al trabajo con la lengua vulgar y consciente de los peligros de la oralidad.

El diccionario, que por décadas había mantenido una dependencia con los soportes escritos, pasa a convertirse en un vigilante de la producción oral. Así, la lengua utilizada en la vida cotidiana, el uso, se convierte en un objeto de estudio que justifica la redacción de diccionarios, lo cual no implica que el trabajo lingüístico o enciclopédico lexicográfico quede en segundo término, sino que varias salidas y funciones sociales del diccionario emergen: preservar una lengua idealizada, construir una memoria cultural, vigilar las transformaciones cotidianas de la lengua, instaurar el español como lengua oficial y servir de referencia para la

³⁴² Ideas y planteamientos sugerentes de autores como Marc Augé (1998), Pierre Nora (1987), Agnes Heller (2003) o algunas observaciones de Maurice Halbwachs (1950) podrían haber nutrido nuestra propuesta teórica de memoria lexicográfica.

³⁴³ Consideramos además que el análisis de los prólogos de las obras que sirvieron de molde a los autores hispánicos hubiera aportado numerosos elementos sobre el imbanirio cultural y sociolingüístico bajo el que se construyeron los diversos tipos de diccionarios.

lectura de obras religiosas y clásicas. Todas ellas, claro está, circunscritas al estudio y la enseñanza primero del latín y después del español.

Pero la impresión de estos primeros vocabularios no podemos adjudicarla a un mero ejercicio intelectual. Como hemos podido apreciar, fueron varias las prácticas cotidianas que permitieron la emergencia de este tipo de soportes textuales. El ocio aparece como una constante a lo largo de los prólogos analizados, por lo general asociado al mecenazgo que figuras de diversas élites prodigaban. A esta serie de condiciones indispensables para construir obras tal magnitud, se suman por igual los itinerarios culturales de estos humanistas. Pues fueron estos itinerarios, nutridos por la subvención recibida por estos intelectuales, los que permitieron el conocimiento de tradiciones lexicográficas elaboradas en otros escenarios de Europa.

La repercusión de este contacto cultural dio lugar a un cambio en la representación social del vocabulario por parte de los diccionaristas hispanos. Esta última vino a transformarse en sus referentes y en su escala. La representación del diccionario pasó a convertirse en imagen de un texto de dominio común primero dentro del campo académico, para paulatinamente adquirir un posicionamiento social de escala global.

Ahora bien, conviene tener presente el componente eugenésico que implicaba el conocimiento y el desconocimiento de la lengua, argumento esencial para la elaboración de diccionarios. Pues a reserva de que el diccionario llegaría a tener diversos tipos de recepción y de usos, al mismo tiempo que conectaría espacios y culturas de distintas épocas y geografías, el diccionario se encontraba concebido bajo una idea en la que pureza de la lengua equivalía a cuestiones raciales y religiosas.

Este hecho, por supuesto, se encuentra en estricta dependencia con los escenarios espacio-temporales donde se desarrolló la producción lexicográfica: Aragón, Valencia, Sevilla, Salamanca, Bolonia, Granada y Toledo. Todos ellos acentúan, por un lado, los contactos de la península con la Europa continental; pero, por otro, reflejan los espacios de mayor injerencia política, económica y cultural dentro de los siglos XIV, XV y XVI.³⁴⁴ Estos escenarios dan cuenta, sobre todo, de los contactos hispánicos con Francia e Italia, así como de los espacios donde la imprenta comenzó a estampar las primeras obras lexicográficas. No

³⁴⁴ Es extraña en este caso la ausencia de Castilla en relación con el surgimiento de textos lexicográficos, pero ello quizá vaya de la mano con los movimientos estratégicos de la Corona y el peso económico de Sevilla para ese momento.

obstante, en el caso de fenómenos sociolingüísticos, estas geografías jugaron un papel primordial a la hora de marcar pautas para el diseño de una política lingüística hispanista, dentro de un contexto multilingüe y multicultural.

Pero son precisamente la Corona, la universidad y la iglesia, adscritas a estos espacios, los principales campos de interacción dentro de los cuales la lexicografía del cuatrocientos cobra forma, en tanto espacios que comprendían las condiciones necesarias para elaborar obras que requerían de condiciones específicas. La iglesia, la Corona y la universidad, bajo una misma religión y una misma lengua, representaron, así, las principales instituciones sociales encargadas de la gestión de nuevos vocabularios, los cuales apelaban en su conjunto a devolverle a la nación un producto necesario para su educación y su culto religioso.

Hemos señalado ya el componente eugenésico que signa a gran parte de esta producción lexicográfica (depuración de la lengua implica depuración de la raza), a tono con los requerimientos de la estructura social y el diseño antropológico del momento. Pues no sólo se caracteriza esta época por su diseño en tanto sociedad de clases con jerarquías, sino por el impacto de éstas en el flujo vertical y asimétrico característico de la noción de alta cultura.

En el diseño de la investigación, una de nuestras primeras observaciones buscaba señalar cómo los diccionarios eran leídos mediante un concepto de alta cultura, que los definía en términos de ejercicios eruditos diseñados por y para la élite. Sin embargo, nuestro análisis apunta a que fueron los modos de producción y las instituciones auspiciadoras dos de los elementos principales que construyeron una idea de cultura superior que se condesaba en los textos elaborados bajo el apoyo de las principales instituciones medievales.

La mayor parte de los diccionarios producidos en este periodo representaban un revulsivo para fortalecer la estructura religiosa y paulatinamente se convirtieron en el medio para construir una identidad y una otredad. Esto no descarta que el humanismo representara la creación de comunidades intelectuales o que se observase el ascenso de nacientes burguesías que comenzaron a cimentar una producción simbólica con fines laicos, como en el caso del anónimo. Pese a ello, los diccionarios entroncaban con proyectos de definición y de exclusión social —la producción de cultura superior se convertía en una forma de materializar y justificar la asimetría y la diferencación sociales—, que respondían a cuestiones estructurales que incidían en sus usos y funciones histórico-sociales.

Es por ello que dentro de los medios técnicos de transmisión la imprenta se convierte en un recurso para la Corona, la Universidad y la Iglesia, instituciones que impulsaron su asentamiento en la península. En el caso de los diccionarios, la lexicografía impresa frente a la manuscrita presenta diferencias que atañen tanto a su difusión, como a su conservación y a los argumentos contruidos por los diccionaristas de finales del cuatrocientos. De igual manera, la imprenta permitió la construcción de un tipo de crítica y de una cercanía con los textos que despertó procesos de recepción y consumo que hicieron del diccionario una obra cada vez más familiar. Podríamos describir este proceso como una difusión cultural que partió de los núcleos de poder hacia los grupos con menores privilegios.

Ahora bien, un punto fundamental sobre la transformación del manuscrito lexicográfico al diccionario impreso son las diferentes tradiciones textuales que nutrieron al género lexicográfico hispánico. Sin duda, el diccionario pasó a convertirse en un instrumento didáctico para el aprendizaje del latín, con un público que iba en aumento. Se convirtió en una herramienta innovadora con prácticas de lectura, consulta, confección, concepción y uso que renovaron la técnica y que recolocaron su lugar dentro de la sociedad. Más allá de sus fines utilitarios, los diccionarios de esta época se abrieron paso dentro de procesos civilizatorios. Generaron tanto prácticas de formación intelectual como de exclusión y de censura; esto es, pasaron a convertirse en un modo de regular la producción discursiva dentro del tejido social.

Por lo que se refiere a los movimientos intelectuales que acompañaron a esta producción lexicográfica, habría que apuntar primordialmente las diversas salidas ofrecidas por el humanismo a partir de las cuales se nutrieron los diccionarios. Su vertiente pedagógica es sin duda la que permitió la circulación de moldes textuales traídos de Francia e Italia, pero conviene tener en mente que ésta implicaba ya connotaciones políticas, ideas sobre la historia o idealizaciones sobre la lengua que le otorgaban al diccionario un cometido específico. Esto es, no sólo se importaron modelos textuales o arquitecturas lexicográficas, la función y el sentido de éstos fueron también refundidos y reorganizados dentro de un nuevo escenario, definido por exigencias propias del contexto.

Cabe resaltarse que, de las diversas tradiciones textuales que nutren al género lexicográfico hispánico, todas se refunden para generar diccionarios que permitan el cultivo del latín tanto eclesiástico como humanístico, a excepción del anónimo, que extrapola estas ideas al español. Esto es, todas comparten ese profundo elemento religioso que los

convertiría en textos autoritarios, obras no sólo en función de la renovación de la enseñanza de las lenguas clásicas, sino en búsqueda de la estabilidad y perpetuación de la cultura cristiana. En cierta medida, cada diccionario responde a un proyecto cultural que incide en sus formas de elaboración y en los actores específicos para llevarlo a cabo.

Desde los glosarios con los que se abre la lexicografía del cuatrocientos, probablemente traídos de Francia e implementados en mayor medida en tierras aragonesas, cada texto lexicográfico responde al flujo de diferentes tradiciones textuales que en general cuestionan la lógica de tradición y ruptura mediante la cual teóricamente se define la historia de la lexicografía hispánica. Esto no implica que autores como Nebrija no se hayan caracterizado por gestos provocativos y de ruptura, pero el examen de las influencias siempre resulta de mayor provecho.

Así, cada texto que hemos analizado responde a diferentes tradiciones y se organiza en torno a un soporte escrito. En el caso de Santaella, los glosarios bíblicos se erigen como una práctica lexicográfica que, para 1499, tenía por lo menos cinco siglos de haberse asentado. Para este caso y sus contemporáneos, la Biblia sigue siendo en realidad el texto al rededor del cual gira la mayor parte de la lexicografía del último tercio del siglos XV, como en otras épocas lo fue la *Iliada*, la *Odisea* o la literatura de los Siglos de Oro.

Junto a la cuestión de las tradiciones textuales, el fenómeno de la traducción es, con todo, uno de los principales elementos que define la naturaleza del diccionario. Refleja tanto el contacto cultural por medio de la equiparación entre lenguas, como la autocodificación de la memoria y de los símbolos propios, como en el caso del anónimo. Sin duda, el ejercicio de la traducción implicó un conocimiento de las diferencias interlingüísticas, pero abrió fundamentalmente un espacio de reflexión sobre la propia lengua y el testimonio cultural.

Ciertos géneros lexicográficos no recibieron quizá el tratamiento debido dentro de esta investigación, como las nomenclaturas o los *colloquia*, géneros medievales que dejaron su impronta en la cultura lexicográfica del cuatrocientos. La decisión de trabajar con los prólogos nos orilló a prescindir de este tipo de materiales, por lo general carentes de presentación. No obstante, la lectura de las obras que acompañaban hubiera ofrecido datos e informaciones significativas que incrementarían nuestra interpretación sobre el imaginario cultural y lingüístico de los diccionarios del siglo XV.

En realidad, cada obra va generando una serie de conexiones con otros textos y con procesos sociales diversos que ratifican la necesidad de una perspectiva histórico-cultural

para comprender los usos específicos y cotidianos que los diversos vocabularios analizados tuvieron dentro de su contexto. Dejamos para futuras investigaciones, la profundización particular de cada una de las obras analizadas, puesto que si bien son textos que comparten elementos comunes, sus diferencias nos llevan hacia mundos diversos en los que el diccionario ha sido requerido. Con todo, esperamos con este trabajo haber aportado algunos de los principales elementos histórico-sociales que definieron la construcción de una nueva generación de diccionarios, comprendidos en su dimensión cultural, como prácticas que, al definir la palabra, buscaban también definir el mundo.

Verdun (Maestro de la Biblia de Jean de Papeleu) Maestro de Cambrai, Fecha: 1332-1335, Lugar de origen: París, soporte: pergamino, extensión: 418 ff., dimensiones: 380 × 270 mm., idioma: francés. Tomado de <http://www.europeanaregia.eu/es/manuscritos/paris-bnf-bibliotheque-arsenal-ms-5080/es>

En su artículo sobre las dedicatorias a los príncipes aludido en el capítulo sobre Alfonso de Palencia,³⁴⁵ Chartier se refiere a un conjunto de miniaturas que dan cuenta de varios rasgos que se reproducen en nuestro corpus de prólogos: la fusión de la figura de autor entre el monarca y el confeccionador de la obra, la exaltación de sus virtudes mediante el recurso del retrato, el intento por captar su atención o benevolencia como un procedimiento para persuadir al monarca o la descripción del texto como una obra provechosa. Chartier apunta que esto representa

también un símbolo de alabanza al príncipe porque lo declara inspirador primordial, autor primero del libro que se le presenta —como si el escritor o el sabio le obsequiaran una obra que, de hecho, fuese suya. En esta figura extrema de la soberanía, el rey se vuelve poeta o sabio, y su biblioteca ya no es sólo un tesoro que preserva las riquezas amenazadas, o una colección útil al público, o un recurso para placeres privados: se transforma en un espejo en el que se refleja el poder absoluto del príncipe.³⁴⁶

Este recurso de ofrecer un intercambio simbólico de prestigio y poder por medio de la dedicatoria de la obra se mantiene en cuatro de los cinco prólogos analizados, al tratarse de obras impresas que contaron con el apoyo financiero por medio del mecenazgo. Desde una perspectiva sociológica de la cultura, quien otorgaba un capital monetario recibía a cambio un incremento de capital simbólico que negociaba la perduración de su memoria heroica en la historia.

³⁴⁵ Véase, “Una cura lexicográfica: el *Universal vocabulario en latín y en romance* (1490) de Alfonso de Palencia, p. 120, n. 278.

³⁴⁶ Chartier, *op. cit.*, p. 75.



Comme
le prologue
de la vie mō
seigneur. s.
looyz iadis roys de
france. R.

Glorie louen
ge. et honne.
soient ran
dues en hu
ble reuerence et entē
tue deuocion a dieu

nūe pere souuerain de
lumiere. Du quel to
ute chose tres bonne
est donnee. et tout dō
parfait. **E**t pource
soit il honnorez de
touz ceulz qui ain
ment et honneurent
la foꝝ crestienne. Des
quex l'esperance tent
la sus en paradi. car
il qui est planteur.

Detalle de *Guillaume de Saint-Pathus: Vie et Miracles de saint Louis*, Signatura, París: Bibliothèque nationale de France, MSS Latin 5716, fl. 1277-1315, Ilustrador, Mahiet (discípulo de Jean Pucelle), fecha: 1330-1340, plaza de edición: París, Material: pergamino, extensión: 665 ff., dimensiones: 225 x 150 mm. Tomado de: <http://www.europeanaregia.eu/en/manuscripts/paris-bibliotheque-nationale-france-mss-latin-5716/en>

Podríamos señalar que estos intelectuales medievales le ofrecían a los príncipes, reyes o aristócratas una representación de su historia y de sus hechos. Por tal motivo, el género de la crónica y la necesidad de comprenderla por las generaciones venideras entroncaron a la perfección a la hora de justificar la necesidad de vocabularios y diccionarios. Con la existencia de éstos, la Corona se aseguraba una representación perdurable de sus acciones a través de un discurso que se erigía por encima de la doxa, en una tensión entre la palabra escrita, supuestamente ceñida a un pensamiento “racional” y organizado, y la palabra oral, caótica y dominio del vulgo.

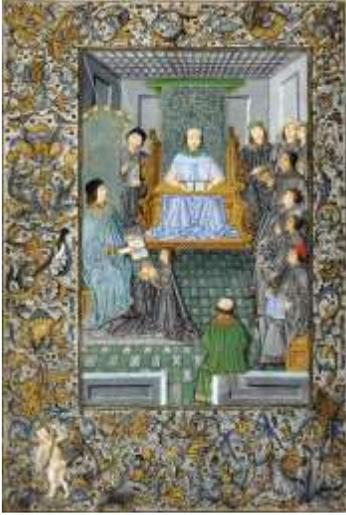


Alejo Fernández, detalle del retablo de la iglesia del Colegio de Santa María de Jesús, 1520. Tomado de: http://personal.us.es/alporu/historia/maese_rodrigo_biografia.htm

Ya en el caso hispánico, las convenciones observadas por Chartier se reproducen en los prólogos a los vocabularios impresos. En el caso de Rodrigo Fernández de Santaella, la textura discursiva de su prólogo mantiene una plasticidad en su representación que podría quedar representados por esta miniatura, donde maese Rodrigo se encuentra ofreciéndole a los Reyes Católicos los planos para construir el Colegio de Santa María de Jesús, que después se convertiría en la Universidad de Sevilla. Como apuntamos en el análisis sobre el arcediano de Sevilla, su texto tendría las características de una entrega:

porque es fruto negociado en este micisiliano peregrinaje, y de mi peregrino desde mi niñez y por la gloria y servicio de aquel peregrino que abrió el seso de las escrituras, y con claras razones, y suave manera, alumbró, la morosa y tarda rudeza de sus dos discípulos, el cual me redimió y confortó para darle cabo, y porque allende de esto, es obra peregrina, conviene a saber extraña, y de inusitabile estilo pensé llamar a este libro Peregrino, y enviarlo en romeraje a vos reina esclarecida.

Es esa idea de peregrinaje y romeraje, que condensa todo el flujo cultural renacentista, la que vendría a cristalizarse con la representación de la entrega de los planos para la construcción de un estudio, del cual Sevilla aún carecía.



Antonio de Nebrija impartiendo una clase de gramática en presencia de Juan de Zúñiga, protector y mecenas de obras de Nebrija. *Introducciones Latinae*, 1486. Biblioteca Nacional. Madrid. Tomado de: http://www.nebrija.com/la_universidad/presentacion/antonio-nebrija.php

Chartier había observado que en las dedicatorias ilustradas de los manuscritos, el libro aparecía no sólo como una obra que esperaba protección, “un buen ángel que la guarde” había escrito Nebrija,³⁴⁷ sino bajo ciertas descripciones que permitirían confirmar las prácticas de lectura.³⁴⁸ Como señalamos en el apartado de Palencia, el concepto de gramática y de diccionario en el caso de Nebrija apostaba ya por un texto que el estudiante pudiese llevar en la mano,³⁴⁹ a diferencia de los voluminosos vocabularios medievales, similares a los ilustrados por Mahiet o Jean Pucelle.

³⁴⁷ “Porque como dice el poeta: el libro que ha de vivir a menester un angel bueno que lo guarde”, “Prólogo”, *Vocabulario romance-latín*, Salamanca, Juan de Porras, ca. 1495, fol. IIIr.

³⁴⁸ Sobre la entrega de los poemas de Froissart al rey Ricardo II de Inglaterra, Chartier (1996: 71) expresa: “La escena de la dedicatoria tal como la describe Froissart comprende los elementos ordinarios a menudo representados por los miniaturistas: la ofrenda, hecha por un autor, de un manuscrito suntuosamente decorado y encuadernado; la proximidad entre el príncipe y el escritor, representada aquí por el intercambio de palabras; la protección otorgada por el soberano a aquel que, por el gesto de la dedicatoria, es admitido en su casa o en su corte. El texto de Froissart agrega un aspecto suplementario: muestra al rey leyendo en diferentes sitios el libro recibido y prometiéndose proseguir con la lectura en el espacio privado de su “habitación de retiro”. El testimonio confirma pues lo que vamos sabiendo por las representaciones pictóricas y epístolas al lector sobre las conquistas de la lectura personal, silenciosa y puramente visual, entre los príncipes y los grandes personajes a partir de mediados del siglo XIV”.

³⁴⁹ En el “Prólogo” a su *Lexicon*, Nebrija (1492: fol. IVa) explica: “Estrechamos eso mesmo el volumen debajo de una maravillosa brevedad, porque la grandeza del precio no espante a los pobres delo comprar: ni la frente alta del libro a los ricos hastiosos delo leer, y tambien porque mas ligero se pudiesse traer de un lugar a otro en la mano y seno y so el braço”.



Portada de la Gramática de Nebrija, Sevilla, ¿1532? Luis Plaza Escudero, Catálogo de la Exposición Bibliográfica de Elio Antonio de Nebrija celebrada en conmemoración del V Centenario de su nacimiento (1444-1944), Barcelona, 1950. tomado de: http://www.cervantesvirtual.com/portales/elio_antonio_de_nebrija/imagenes_gramaticas/imagen/imagenes_gramaticas_03-portada_de_la_gramatica_de_nebrija_edicion_deevilla_de_1532/

Resulta significativo que a la innovación nebrixense, lograda en gran medida por la llegada de la imprenta, le acompañase la publicación de florilegios y compendios de textos cristianos, los cuales abrirían la posibilidad de que lectores como el Menocchio de Ginzburg tuvieran acceso a pasajes y extractos de la Biblia. La evangelización humanista diseñada por Nebrija alcanzaba su cometido, el cual, sin embargo, no contaba con la emergencia de una figura como Erasmo.

Bibliografía

- ALATORRE, Antonio, *Los 1001 años de la lengua* [1979], México, FCE, 2013.
- ALEMANY FERRER, Rafael, “Un antecedente olvidado de Antonio de Nebrija: la obra lexicográfica de Alfonso de Palencia”, *Revista de Ciencias Humanas*, Alicante, 1981, pp. 119-131.
- ALCALÁ, Fray Pedro de, *Vocabulista aravigo en letra castellana*, Granada, Juan de Valera de Salamanca, 1505.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel, “Los repertorios hispano-latinos del P. Bartolomé Bravo”, *Quaderns de Filologia. Estudis lingüistics*, vol. xv, 2010, pp. 13-30.
- _____, *De antiguos y nuevos diccionarios del español*, Madrid, Arco/Libros, 2002.
- _____, *Estudios de historia de la lexicografía del español*, Málaga, Universidad de Málaga, 1996.
- _____, “Nebrija, autor de diccionarios”, *Cuadernos de historia moderna*, no. 13, Madrid, Editorial Complutense, 1992, pp. 199-209.
- _____, “Tradición en los diccionarios del español”, *Revista Española de Lingüística*, no. 22, 1992, p. 15.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, “De Nebrija a la Academia”, Madrid, Fundación Juan March, 71 minutos, 2014.
- ÁLVAREZ MÁRQUEZ, María del Carmen, *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del quinientos*, Salamanca, Universidad de Sevilla/Kadmos, 2007.
- ANGLADA ARBOIX, Emilia, “Lexicografía, metalexicografía, diccionario, discurso”, *Sintagma*, no. 3, 1991, pp. 5-11.
- ANÓNIMO, “Prólogo”, en Miguel Artigas, *Discursos leídos ante la Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Miguel Artigas*, 13 de enero, Madrid, contestación de D. Vicente García de Diego, 1935, pp. 47-51.
- ARANDA RASCÓN, Antonio, “Estudio y Evolución de las Técnicas de Impresión en Málaga. Una Imprenta y su Historia”, Málaga, Universidad de Málaga, 2000.
- ARTIGAS, Miguel, *Discursos leídos ante la Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Miguel Arigas*, 13 de enero, Madrid, contestación de D. Vicente García de Diego, 1935, pp. 7-70.
- BAJO PÉREZ, Elena, *Los diccionarios: introducción a la historia de la lexicografía del español*, Gijón, Trea, 2000.
- BAJTÍN, Mijaíl, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Monroy, Madrid, Alianza, 1999.
- _____, “La palabra en la vida y la palabra en la poesía: hacia una poética sociológica”, en *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos. Comentarios de Iris M. Zavala y Augusto Ponzio*, trad. Tatiana Bubnova, Barcelona, Anthropos/Edupa, 1997, pp. 106-137.

- BORGES, Jorge Luis, “El idioma analítico de John Wilkins”, en *Otras inquisiciones* (1952), *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 706-710.
- _____, “Prólogo”, en *El informe de Brodie* (1970), *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 1021.
- _____, *Encuentro con Jorge Luis Borges*. México, Edoctum, ForoTV, 1973.
- BORRERO FERNÁNDEZ, María de las Mercedes, “Los lugares de Fregenal, tierra de Sevilla, en el siglo XV”, en *En la España medieval*, no. 1, Madrid, Universidad Complutense, 1980, pp. 17-30.
- BOSCÁN, Juan, “Dedicatoria”, en *Los quatro libros del cortesano / compuestos en italiano por el conde Baltasar Castellon; y agora nueuamente traduzidos en lengua castellana por Boscan*, Barcelona, Pedro Montpezat, 1534.
- BOSQUE, Ignacio, “Sobre la teoría de la definición lexicográfica”, *Verba*, no. 9, 1982, pp. 105-123.
- BOURDIEU, Pierre, *Lenguaje and Symbolic Power* (ed. John B. Thompson), trad. Gino Raymond and Matthew Adamson, Harvard University Press, Cambridge, 1991.
- _____, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, trad. M^a. del Carmen Ruiz de Elvira, Taurus, Madrid, 2002.
- _____, *El sentido práctico*, trad. Ariel Dilon, Siglo veintiuno, Argentina, 2007.
- BURKE, Peter, *Hablar o callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia* [1993], trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 2001.
- _____, “The Spread of Italian Humanism”, en Anthony Goodman y Angus Mackay (eds.), *The Impact of Humanism on Western Europe* [1990], Routledge, Londres y Nueva York, 2013.
- CALERO VAQUERO, María Luisa, “Ideología y discurso lingüístico: la Etnortografía como subdisciplina de la glotopolítica”, *Boletín de Filología*, tomo XLV, no. 2, 2010, pp. 31-48.
- CARETTE, Alice, “La préface en latin et en castillan de *l’Universal Vocabulario en latin y en romance* d’Alfonso de Palencia (1490)”, *Corpus Eve* [En ligne], Éditions de textes ou présentations de documents liés au vernaculaire, mis en ligne le 17 décembre 2014, pp. 1-10. URL: <http://eve.revues.org/940>
- _____, “La lengua vernácula en los paratextos de los diccionarios y tratados sobre la lengua bajo el reinado de los Reyes Católicos: del romance contrapuesto al latín al castellano compañero del imperio”, *Corpus Eve* [En línea], pp. 1-15. Publicado el 18 octubre 2013, consultado el 01 octubre 2016. URL : <http://eve.revues.org/809> ; DOI : 10.4000/eve.809
- CASARES, Julio, *Introducción a la lexicografía moderna* [1950], pról. Walther von Wartburg, Madrid, CSIC, 1991.
- CASTIGLIONE, Baltasar de, *El cortesano* [1528], trad. Juan Boscán, presentación y notas de Sergio Fernández, México, UNAM, 1997.

- CHARTIER, Roger, *Escuchar a los muertos con los ojos*, trad. Laura Fólica, Katz, Buenos Aires, 2008.
- _____, “El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia”, *Co-herencia*, Colombia, Universidad eafit, vol. 4, no. 7, 2007, pp. 1-23.
- _____, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)* [2005], trad. Víctor A. Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006.
- _____, “El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII”, en Hira de Gortari y Guillermo Zermeño (dir.), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, México, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 2000, pp. 51-75.
- _____, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, trad. Claudia Ferrar, Gedisa, Barcelona, 1992.
- CODOÑER, Carmen, “Léxico y gramática en la Edad Media. El *Catholicon*”, *Voces*, 8-9, 1997-1998, pp. 97-120.
- COFFEY Amanda y Paul ATKINSON, “Los conceptos y la codificación”, en *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*, trad. Eva Zimmerman, Colombia, Universidad de Antioquía, 2003, pp. 31-63.
- COLÓN, Germán, “Léxico y lexicografía catalanes”, *Revista española de lingüística*, a. 2, fasc. 2, Julio, 1979, pp. 441-461.
- COMPANY COMPANY, Concepción, “Diccionarios contrastivos e identidad cultural. El *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua”, en Dolores Corbella et alii (coord.), *Lexicografía hispánica del siglo XXI: nuevos proyectos y perspectivas. Homenaje al profesor Cristóbal Corrales Zumbado*, Madrid, Arco/Libros, Ayuntamiento de San Cristóbal de la Laguna, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 2012, pp. 171-190.
- COOPER, Louis, “El *Recueil* de Hornkens y los diccionarios de Palet y de Oudin”, *NRFH*, año XVI, núms. 3-4, 1962, pp. 297-328.
- COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611], ed. Martín de Riquer [1941], Barcelona, Alta Fulla, 1998.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura, *Para descolonizar occidente. Más allá del pensamiento abismal*, Buenos Aires, CLACSO, 2010.
- DURÁN BARCELÓ, Javier, “El ciceronianismo de Alfonso de Palencia”, en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: homenaje al profesor Antonio Prieto*. IV/coord. José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea, Luis Charlo Brea, vol. 1, Madrid: csic, 2008, pp. 1247-1262.
- ELLSWORTH HAMANN, Byron, *The Translations of Nebrija. Language, Culture, and Circulation in the Early Modern World. The story of a translation dictionary and its influential role in global history*, Massachusetts, University of Massachusetts Press, 2015.

- ESPARZA TORRES, Miguel Ángel, “Los inicios de la lexicografía en España”, en Josea Dorta y Dolores Corbella (ed.), *Historiografía de la lingüística en el ámbito hispánico. Fundamentos epistemológicos y metodológicos*, Madrid, Arco/Libros, pp. 231-267.
- _____ y Hans-Josef NIEDEREHE, *Bibliografía nebrixense: las obras completas del humanista Antonio de Nebrija desde 1481 hasta nuestros días*, Amsterdam, Philadelphia, J. Benjamins, 1999.
- FERNÁNDEZ DE PALENCIA, Alfonso, *Universal vocabulario en latín y en romance*, Sevilla, Imprenta de Pablo de Colonia con socios, 1490.
- _____, “Universal vocabulario” de Alfonso de Palencia. *Registro de voces españolas* (ed. John M. Hill), Real Academia Española, Madrid, 1957.
- _____, *Universal vocabulario en latín y en romance*, ed. facsimilar, presentación de Samuel Gili Gaya, Real Academia Española, 1967.
- FERNÁNDEZ DE SANTAELLA, Rodrigo, [*Vocabularium ecclesiasticum per ordinem alphabeti = Vocabulario ecclesiastico, por orden del alphabeto / Co[m]puesto por Ruy Fernandez de Sancta Ella ... ; emendado ... por ... Buenaventura Ceruantes de Morales ... seguido de Arte del computo, nuevamente compuesta, por el Bachiller Hieronymo de Valencia ...*], Salamanca, Andrea de Portonariss, 1549.
- _____, “Prólogo”, en [*Vocabularium ecclesiasticum per ordinem alphabeti = Vocabulario ecclesiastico, por orden del alphabeto / Co[m]puesto por Ruy Fernandez de Sancta Ella ... ; emendado ... por ... Buenaventura Ceruantes de Morales ... seguido de Arte del computo, nuevamente compuesta, por el Bachiller Hieronymo de Valencia ...*], Salamanca, Andrea de Portonariss, 1549, s/f.
- _____, *Vocabularium ecclesiasticum per ordinem alphabeti*, Juan Pegnitzer, Magno Herbst y Tomás Glockner, Sevilla, 1499.
- FERNÁNDEZ SEVILLA, Julio, “Un maestro preterido: Elio Antonio de Nebrija”, *Thesaurus*, Bogotá, no. XXIX, 1974, pp. 1-36.
- _____, *Problemas de lexicografía actual*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1979.
- FONTÁN, Antonio, *Príncipes y humanistas: Nebrija, Erasmo, Maquiavelo, Moro, Vives*, Marcial Pons Historia, 2008.
- FRENK, Margit, *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, México, FCE, 2005.
- FREY, Claude, “Description lexicographique et idéologies: jusqu’où s’engager? Retour sur Le français au Burundi”, en Claudine Bavoux (dir.), *Le français des dictionnaires. L’autre versant de la lexicographie française*, De Boeck Supérieur, Bruselas, 2008.
- FUSI, Juan Pablo, *Historia mínima de España*, Madrid, Colegio de México/Turner, 2012.
- GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método* [1975], trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2007.
- GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (ed.), *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España* [1983], Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis, “Los *Studia Humanitatis* en España durante el reinado de los Reyes Católicos”, en *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, no. 2, 2005, pp. 45-68.
- GILI GAYA, Samuel, *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, Madrid, CSIC, 1967.

- _____, “Nota preliminar”, en Alfonso Fernández de Palencia, *Universal Vocabulario*, Facsímil de la edición sevillana de 1490, Comisión permanente de la Asociación de Academias de la lengua española, 1967, pp. 5-6.
- GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, trad. Francisco Martín y Francisco Cuartera, Barcelona, Muchnik editores, 1999.
- GLAZER Barney y Anselm STRAUSS, *The Discovery of Grounded Theory*, New Brunswick, 1967.
- GÓMEZ MORENO, Ángel, *España y la Italia de los humanistas (Primeros ecos)*, Gredos, Madrid, 1994.
- GONZALBO, Pilar, *Educación, familia y vida cotidiana en México virreinal*, El Colegio de México, México, 2013.
- GONZÁLEZ CARRILLO, Antonio Manuel, *Las Gramáticas del Imperio: El pensamiento lingüístico de Antonio de Nebrija y su recepción por Melchor Oyanguren (1481-1738)*, Londres, King’s College, 2015.
- GONZÁLEZ ROLÁN, Tomás y Pilar SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE (ed.), *Latín y castellano en documentos prerrenacentistas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1995, pp. 86-171.
- GRAMSCI, Antonio, “La formación de los intelectuales”, en *La formación de los intelectuales* [1963], trad. Ángel González Vega, Grijalbo, México, 1967, pp. 21-57.
- GUERRERO RAMOS, Gloria, “La lexicografía bilingüe desde Nebrija a Oudin”, *Euralex* ‘90, 1992, pp. 463-471.
- _____, “Nebrija, autoridad en el *Tesoro de Covarrubias*“, *Revista de Filología Española*, vol. 70, 1990, pp. 133-141.
- HAMESSE, Jacqueline, “El modelo escolástico de la lectura”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dir.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* [1997], México: Taurus, 2011, pp. 146-164.
- HAZAÑAS Y LA RUA, Joaquín, *Maese Rodrigo, 1444-1509*, Sevilla, Lib. e Imp. de Izquierdo y Comp., 1909.
- HELLER, Agnes, “Memoria cultural, identidad y sociedad civil”, *Indaga*, 1, 5-17, trad. Ignacio Reyes, 2003, pp. 54-76.
- HERRERA MORILLAS, José Luis, & Juan Pedro Cavero Coll, “Libros impresos en Sevilla durante los siglos XV al XVIII, conservados en la bibliotecas universitarias de Andalucía”, *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*, no. 68, septiembre 2002, pp. 37-66
- HUARTE MORTON, Fernando, “Un vocabulario castellano del siglo XV”, *Revista de Filología Española*, enero, no. 35, 1951, pp. 310-340.
- HURTADO DE MENDOZA, Diego, “Carta del Bachiller de Ircadia al capitán Salazar”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 65, 1914, pp. 516-523.
- IGUAL LUIS, David, “Valencia y Sevilla en el sistema económico genovés de finales del siglo XV”, *Revista d’Història Medieval*, 3, Universitat de València, 1992, pp. 79-116.
- JACINTO GARCÍA, Eduardo José, “El *Universal vocabulario* (1490) de Alfonso de Palencia y su conexión con el vocabulario tardorromano de Nonio Marcelo”, *Alfinge*, 24, 2012, pp. 77-95.

- JIMÉNEZ ARIAS, “Prólogo”, *Lexicón ecclesiasticum*, Salamanca, Andrés de Porto, 1566, s/f.
- JULIA, Dominique, Jacques REVEL y Michel de CERTEAU, *Una política de la lengua. La Revolución francesa y los patois: la encuesta de Gregorio* [1975], trad. Marcela Cinta, México, Universidad Iberoamericana, 2008.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, “La Sevilla medieval”, en *Historia de Sevilla*, Salamanca, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, pp. 161-224.
- LARA, Luis Fernando, *Teoría semántica y método lexicográfico*, México, El Colegio de México, 2016.
- _____, *Temas del español contemporáneo. Cuatro conferencias en El Colegio Nacional*, El Colegio de México-El Colegio Nacional, México, 2015.
- _____, *De la definición lexicográfica*, México, El Colegio de México, 2014.
- _____, *Teoría del diccionario monolingüe*, México, El Colegio de México, 1997.
- LATOUR, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, trad. Gabriel Zadunaisky, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- LE GOFF, Jacques, *El orden de la memoria*, Madrid, Paidós Básica, 1991.
- LEPENIES, Wolf, *Las tres culturas*, trad. Julio Colón, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- LÓPEZ DE AYALA, Pero, *Traducción de las Décadas de Tito Livio* [principios del siglo XV], ed. Curt J. Wittlin, Barcelona, Puvill, 1982.
- LÓPEZ FACAL, Javier, *La presunta autoridad de los diccionarios*, Madrid, CSIC, 2010.
- LUZÁN, Ignacio de, *Arte de hablar, o sea, retórica de las conversaciones: se añaden los Avisos de Isócrates a Demónico, traducidos del griego*, Madrid, Gredos, 2005.
- MACKAY, Angus, *Moneda, precios y política en la Castilla del siglo XV* [1981], trad. Manuel Almagro, ed. Manuel González Jiménez, Granada, Universidad de Granada y Universidad de Sevilla, 2006.
- MARÍAS, Julián, “Antepasados vivos”, Madrid, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1998-1999, 52 minutos.
- MEDINA GUERRA, Antonia M^a., “Cinco siglos en la historia de los diccionarios bilingües latín-español y español-latín (XV-XIX)”, *Philologia Hispalensis*, no. 22, 2008, pp. 259-288.
- _____, “Giovanni Bernardo da Savona y Nicolás de Lyra en el *Vocabularium Ecclesiasticum*”, *Revista de filología española*, t. 80, Fasc. 1-2, 2000, pp. 223-258.
- _____, “Referencias a Fernández de Santaella en el *Lexicón ecclesiasticum* de Diego Jiménez Arias”, *Revista de Filología Española*, vol. LXXVI, no. ½, 1996, pp. 131-140.
- _____, “Apuntes biográficos sobre Rodrigo Fernández de Santaella”, *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 17, no. 1, 1994, pp. 145-152.

- _____, “Modernidad del *Universal vocabulario* de Alfonso Fernández de Palencia”, *ELUA*, 7, 1991, pp. 45-60.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “Alfonso Fernández de Palencia”, *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo*, volume, LVII, *Biblioteca de traductores españoles*, t. IV, CSIC, Madrid 1953, pp. 14-27.
- MIELES BARRERA, María Dilia, Graciela TONON y Sara Victoria ALVARADO SALGADO, “Investigación cualitativa: el análisis temático para el tratamiento de la información desde el enfoque de la fenomenología social”, *Universitas humanística*, no. 74, julio-diciembre, 2012, pp. 195-225.
- MIGNOLO, Walter, *The darker side of Renaissance. Literacy, territoriality, and colonization* [1995], Michigan, The University of Michigan Press, 2001.
- _____, “El lado más oscuro del Renacimiento”, trad. Martha Cecilia García V., *Universitas humanística*, Colombia-Bogotá, no. 67, enero-junio de 2009, pp. 165-203.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco, *La maravillosa historia del español*, Madrid, Espasa, 2015.
- MORO CERVANTES, Estacio, “Noticia”, *Vocabulario eclesiástico*, Salamanca, Matías Gast, 1561, s/f.
- NEBRIJA, Antonio de, *Diccionario latino-español* [1492], estudio preliminar por Germán Colón y Amadeu-J. Soberanas, Barcelona, Puvill, 1979.
- _____, *Vocabulario de Romance en Latín* [1495], edición facsimilar, Madrid, Real Academia Española, 1951.
- NEBRIJA, Elio Antonio, “Prólogo”, en *Gramática sobre la lengua castellana*, ed. Carmen Lozano, Barcelona, Real Academia Española/Galxia Gutenberg, 2010, pp. 3-11.
- _____, “Prólogo”, *Vocabulario romance-latín*, Salamanca, Juan de Porras, ca. 1495.
- _____, *Vocabulario romance-latino*, Salamanca, Juan de Porras, ca. 1495.
- _____, “Prólogo”, *Diccionario latino-español*, Salamanca, Juan de Porras, 1492,
- _____, *Lexicon hoc est dictionarium ex sermone latino in hispaniensem, interprete Aelio Antonio Nebrissensi*, Salamanca, Juan de Porras, 1492.
- _____, *Gramática de la lengua castellana*, Salamanca, A. de Nebrija, 1492.
- NIEDEREHE, Hans-Josef, “Das ‘Universal Vocabulario’ des Alfonso Fernández de Palencia (1490) und seine Quelle”, en *The History of Linguistics in Spain*, (eds. Antonio Quilis y Hans-Josef Nederehe), John Benjamins, Amsterdam/Philadelphia, 1986, pp. 39-54.
- NIETO, Lidio, “Vocabularios y glosarios del español de los siglos XIV al XV”, *Revista de Filología Española*, no. 80, 2000, pp. 155-180.
- OESTERREICHER, Wulf, “El español, lengua pluricéntrica: perspectivas y límites de una autoafirmación lingüística nacional en Hispanoamérica. El caso mexicano.” *Lexis*, vol. XXVI, no. 2, 2002, pp. 275-304.
- OKUDA BENAVIDES, Mayumi y Carlos GÓMEZ RESTREPO, “Métodos en investigación cualitativa: triangulación”, *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 2009, pp. 118-124.

- OLMEDO, Félix G., *Nebrija (1441-1522). Debelador de la barbarie, comentador eclesiástico, pedagogo, poeta*, Madrid, Editora Nacional, 1942.
- PAZ Y MELIÁ, Antonio, *El cronista Alonso de Palencia, su vida y sus obras: sus décadas y las crónicas contemporáneas; ilustraciones de las décadas y notas varias*, The Hispanic Society of America, Tipografía de Revista de Archivos, Madrid, 1914.
- PÉREZ HERNÁNDEZ, Francisco Javier, *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos: propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, Caracas, Fundación Centro Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos/Universidad Católica Andrés Bello, 2000.
- _____, *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y lexicografía antigua, metalexicografía y etnolexicografía)*, Caracas, La Casa de Bello, 1997.
- PORTELLI, Alessandro, “Lo que hace diferente a la historia oral” en Fraser, R, Portelli, A. & Moss, W. *La historia oral*, Centro Editor de América Latina, 1991.
- QUEVEDO, Francisco de, “Cuento de cuentos”, en *Obras críticas de Francisco de Quevedo*, Barcelona, 1789, pp. 37-38.
- RAMOS I DUARTE, Feliz, *Diccionario de mejicanismos*, Méjico, Herreros Hermanos, 1898.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, “Cargos de libros propios de la reina doña Isabel que se hicieron á su camarero Sancho de Paredes”, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Imprenta de I. Sancha, tomo VI, 1821, pp. 471-481
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, “Dificultad de fijar la Orthographía, y falsedad de várias reglas generales que se han pretendido establecer algunos Autores”, en el “Prólogo” a *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, pp. LXVI-LXIX.
- _____, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726.
- REAL TORRES, Carolina, “Apuntes sobre el humanista Alfonso de Palencia y su obra”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, no. 17, 1999, pp. 657-670.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, María, “Reseña a *La batalla campal de los perros contra los lobos: una fábula moral de Alfonso de Palencia*”, *Librosdelacorte.es*, no. 12, año 8, primavera-verano, 2016, s/pp.
- RUIZ FERNÁNDEZ, Ciriaco, “Las equivalencias léxicas castellanas en el *Universal vocabulario de Alfonso de Palencia*”, Dolores Azorín Fernández (dir.), *El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo. Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica*, Alicante, 2006, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008, pp. 157-163.
- SÁNCHEZ MEDINA, Gabriela, “Los estudios del discurso”, conferencia presentada en el Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación, Universidad Veracruzana, febrero-agosto, 2016.
- SÁNCHEZ SAUS, Rafael, “Los orígenes sociales de la aristocracia sevillana del siglo xv”, *En la España medieval*, t. v, Madrid: Universidad Complutense, 1986, pp. 1119-1139
- TENORIO TRILLO, Mauricio, *Culturas y memoria: manual para ser historiador*, México, Tusquets, 2012.

- THOMPSON, Jhon B. “La metodología de la interpretación”, en *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas* [1990], trad. Gilda Fantinati Caviedes, México, UAM-Xochimilco, 2002, pp. 395-473.
- TORQUEMADA, Antonio, *Manual del escribiente* [1552] (ed. Alonso Zamora Vicente y J. M. Canellada), Madrid, Real Academia Española, 1970.
- VALDÉS, Juan de, *Diálogo de la lengua* (ed. Antonio Comas), Barcelona, Bruguera, 1972.
- WALKER, Joseph M., *Historia de España*, Madrid, EDIMAT, 2004.
- WEIJERS, Olga, “Lexicography in the Middle Ages”, *Viator*, 20, 1989, pp. 139-153.

Anexo 1: prólogos

Universal vocabulario en latín y romance collegido por el cronista Alfonso de Palencia Romance.³⁵⁰

Argumento de la obra emprendida.

La muy excelente señora doña Isabel, reina de Castilla, y de León, y de Aragón, de Sicilia, entre las innumerables demostraciones que ha hecho a los mortales de sus inmortales virtudes, quiso también añadir aquesto: que por mandado de su tan noble alteza, Alfonso de Palencia, cronista de los hechos de España, tomase cargo de interpretar los vocablos de la lengua latina según la declaración del vulgar castellano (que se dice romance). Sabiendo bien la mesma inventora de cosas muy provechosas, la gran dificultad que incurren los de España medianamente principados en la latinidad, cuando por vocablos latinos menos conocidos buscan de entender los no conocidos.

Fue sin duda aquesta diligencia de la muy poderosa reina, que lo mandó especialmente provechosa a los varones que eligieron religión. Los cuales, empleados en el culto divino, no pueden más a la estrecha escudriñar las elegancias y propiedades de los vocablos latinos, si no se interpretasen según la lengua materna.

Por cierto, el gran trabajo presente se alivia mucho con la noticia del pueblo avenidero. Así que recrecen fuerzas al autor de esta obra ya venido en vejez, cuyo sentido no cesa de se maravillar de las muchas operaciones tan crecidamente provechosas al nombre de España, como en un mesmo tiempo se ejecutan por su real mandamiento.

En especial el remedio y destierro de la herética prauidad. Que su alteza, con muy gran perseverancia, contendió facerse con autoridad del sumo pontífice, para que sus reinos, ante enconados por prolongada negligencia de ponzoña que estaba ya en la muchedumbre de judaizantes, con muy solícita cura de castigo recobrasen nueva limpieza. Así quiso más a la luenga sufrir que la ocupación de los infieles granadiscos, infamia de los reyes cristianos, así durase en reposo de los ocupantes, para que ella no contendiese, con muy poderosa mano, de muy grande hueste de todo vencer a los tales ocupadores secuaces de Mahoma. Como reina ha maravillas guarnida y dotada, ca la naturaleza le dio soberana hermosura; y la fortuna, singular poderío. Y la más excelente virtud de tal manera la guarnició, que siendo ella en la tierra muy bien andante haya de ser parcionera de la verdadera bienaventuranza. Lo cual pocas veces y a pocos acaece.

Fin del argumento.

³⁵⁰ Seguimos la edición príncipe, publicada en Sevilla, 1490 a cargo de Pablo de Colonia y sus socios, fol. iv.

Lexicon hoc est dictionarium ex sermone latino in hispaniensem, interprete Aelio Antonio Nebrissensi³⁵¹

Esta tassado este vocabulario por los muy altos y muy poderosos príncipes el Rey y la Reyna nuestros señores y por los de su muy alto consejo en dozientos y diez maravedís.

Al mui magnifico y assi illustre señor Don Juan de estuniga, maestre dela cavalleria de alcantara de la orden de cister. Comiença el prologo del maestro Antonio de Lebrixa gramático en la interpretación de las palabras latinas en lengua castellana.

Leelo en buena ora.

Muchos cada dia me preguntan aquello mesmo, que io muchas vezes fue lo conmigo pensar: cuál de dos cosas me fuera más honesta y mas provechosa ala republica: enseñar gramatica en el estudio de salamanca, el mas luzido de españa y por consiguiente dela redondez de todas la tierras: o gozar de la familiaridad y dulce conversación de vuestra mui ilustre y grand Señoria.

Porque hablando sin sobervia fue aquella mi doctrina tan notable, que aun por testimonio de los embidiosos y confession de mis enemigos todo aquello se me otorga. Que io fue el primero que abri tienda dela lengua latina, y ose poner pendon para nuevos preceptos, como dize aquel oraciano catio. I que ia casi del todo punto desarraigue de toda españa los doctrinales, los pedros elias, y otros nombres aun mas duros, los galteros, los ebrardos, pastranas, y otros que no se que apostizos y contrahechos gramáticos no merecedores de ser nombrados. I que si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se a de referir a mi. Es por cierto tan grande el galardón deste mi trabajo, que en este genero de letras otro maior no se puede pensar, mas toda aquella mi industria de enseñar estaba dentro de muy estrechos términos apretada.

Porque como gastasse casi todo mi tiempo en declarar los autores ocupado cada dia cinco o seis oras en cosa no menos dificil que enojosa, quiero decir la verdad: que no era todo aquel negocio de tanto valor, que oviesse de emplear tan buenas oras en cosa que parecía tocar al provecho de pocos, siendo por aventura nacido con maior fortuna y para obras maiores y que fuesen [fol. I. v.] a los nuestros mucho mas provechosas. Quanto mas que había razón de mirar por mi salud y ingenio, las fuerças de los cuales entrambos sentia mas y mas ser enflaquecidas, y por experiencia acontecerme lo que dela candela esta en el refrán: que alumbrando los otros ella recibe mengua. Assi que muy ilustre señor, siendo io con muchas y señaladas mercedes de vuestra. S. combidado, que me quisiesse contar en el numero de los vuestros, luego arrebate la buena dicha y tanto de mejor gana, que ia ninguna cosa mas desseaba, que ofrecérseme ocio, en que pudiesse escribir agluna cosa: que aprovechasse no solo a los presentes, mas aun a los que están por venir.

No porque io no sabia muy bien cuán continuo a de ser aquel, que sigue esta vida palanciana y querer agradar a su señor, y si buena mente se puede hazer, que nunca se entreponga tiempo, en que no este delante del, le linsonjee, le halague, seria de lo que el se reiere, le pese de lo que le pesare, lo acompañe donde fuere, y de donde viniere. Mas porque conocía la grandeza de vuestro animo tamaña que tendría en poco todo esto, y la humanidad tan grande que no avria cosa si fuesse onesta, que no me dicesse lugar para la hazer. Assi que luego que comencé a ser vuestro, puse delante los ojos una grande esperança de inmortalidad: y tente una obra, la cual pensaba ser la maior y mas necesaria de todas: y a la cual no solamente io, mas aun todos los maestros de todas las ciencias apenas puedan satisfacer. Porque cada profesor en su arte o no cura o no sabe lo mas de los vocablos de las cosas, con los cuales si

³⁵¹ Extraído de la edición salmantina de 1492, a cargo de Juan de Porras, fols. I-VI r.

alguna vez encuentra por aventura, o los disimula o toma uno por otro, o con una generosa vergüenza confiesa que no los sabe. Y si quieren ser un poco mas diligentes, y tomar consejo de aquellos que escribieron de las significaciones de los vocablos, o ninguna cosa hallarán, o si algo hallaren tanto monta como si ninguna cosa hallassen. Porque todos los que en este cuidado se pusieron, están por la maior parte ocupados en palabras mui antiguas, desusadas, barbaras, y estrangeras. O declaran las cosas assi confusa y dudosamente, que ninguna [fol. Ir] certidumbre dellas nos dexan. O si por definición nos señalan que tal es aquella cosa, no a lo menos en tal manera que con el dedo se pueda demostrar. Lo cual acontece o porque ellos no supieron que cosa era, o porque nos enseñan las cosas no conocidas por las menos ciertas. De los cuales todos vicios quanto fue posible nos apartamos, tocando brevemente las diciones muy antiguas, de que por acatamiento del antigüedad a veces usan los autores, y no dejando alguna cosa debajo de duda, antes especificadamente diciendo que cosa es, o señalando el género con alguna diferencia, confesando que no sabemos la especie. I porque no me quede lugar de perdón, volví en lengua castellana las diciones latinas o griegas y bárbaras usadas en la lengua latina, repartidas por muy diligente orden del abc, quiero decir la verdad con gran peligro de mi honra, porque no faltará quien examine las letras, acuse las sílabas, y en fin reprehenda toda esta nuestra interpretación. Más fue necesario de nosotros atrever, y por el provecho de muchos someternos al juicio de los que saben y no saben.

I si en algún lugar tropezamos, y no satisfice a la opinión que muchos de mi tienen, ha de considerar el lector amigo la dificultad de la cosa, y no lo que io hice, más lo que los otros no pudieron hacer. Porque las cosas de que son los vocablos, o son perdurables con la mesma naturaleza, o están puestas en solo el uso y albedrío de los hombres. Las naturales por la maior parte son conocidas en nuestra tierra por nombres peregrinos. I estas otras voluntarias sintiendolo nosotros se mudan cada día con sus nombres. Pues qué diremos de aquellas cosas las especies, de las cuales como dicen los filósofos son eternas, que unas del todo se perdieron, y otras por el contrario nunca vistas súbitamente parió la naturaleza. Ningún árbol fue entre los antiguos más notable que el plátano, io no osaría afirmar que lo hay hoy cerca de algunas gentes, a lo menos en españa no oigo decir que se halle, y que en aquellos tiempos lo hubiese, parece muy claro por aquello, que Cesar en memoria de su nombre lo plantó en [fol. II. v.] Córdoba por su propia mano, de lo cual hay un epigrama de Marcial.

En el andalucia hay una muy notable casa. Donde la rica cordova goza del dulce guadalquivir. Donde los rubios vellones con el natural oro son amarillos. I la biva boija tiñe las ovejas de españa. En medio de casa esta un platano de Cesar que abraza todo el aposentamiento de ella, a lo que el poeta dice: donde los rubios bellones con el natural oro son amarillos, y en otro lugar, de cordova mas gruesa que el grueso venafro. Que vences las ovejas del blanco galeso. No con trocatinte de sangre de púrpura. Mas tiñiendolas con bivo color, y en otro lugar de guadalquivir. De guadalquivir coronado de olivas. Que tiñes los dorados bellones con aguas lucias. Ninguno hay en nuestro tiempo que diga haber visto ovejas teñidas de aquel natural resplandor de oro ¿Dónde está ahora aquella fertilidad de oro nunca vacia en tantos siglos? Y antepuesta a todas las tierras, de la cual las Asturias rentaban cada un año al pueblo romano sesentamil libras de oro, donde están aquellos pozos de platano que comenzó anibal, de los cuales un solo rentaba cada un día a los cartageneses trescientas libras de plata, dónde esta en el andalucia aquella copiosa invención del plomo, donde en aragon cerca de sogorbe aquellos mineros de la piedra que se traslucía, donde aquella maravillosa naturaleza del arroyo que pasa por Tarragona para adelgazar, polir y blanquear el lino, donde los carbasos fueron primero hallados. Lo cual todo asi desaparecio,

que ningún rastro de ello se halla en nuestro tiempo. Por el contrario, muchas cosas hay en nuestro siglos, las cuales el antigüedad o del todo no conocio, o consufamente conocido el genero, no entendio sus diferencias. Solamente leemos un nombre y genero de fruta agra, y asi apenas conocida entre los antiguos. Pero nosotros pusimos diversos nombres a diversos generos de aquella fruta, llamandolas cidras, naranjas, toronjas, limas, limones. Esso mesmo los cobonbros que eran de una figura y nombre entre ellos, súbitamente nacieron en camapania redondos, y de la simiente dellos, hecho un nuevo linaje, comenzaronse [fol. IIIa] a llamar melones y pepones. Mas nosotros allende el cobombrijo amargo, y el que se labra, y el que súbito nacio en campania: otros generos vemos que llamamos pepinos, badebas, sandias. Y no solo en las cosas que permanecen con la naturaleza, los vocablos junta mente nacen y mueren con las cosas, mas aun tanto puede el uso y desusança, que permaneciendo las mismas cosas, uno dellos echa en tinieblas, y otros saca a la luz. Las aves de caça que propiamente asi se llaman, y de las cuales usan los caçadores de nuestro tiempo, en dos generos las repartio Aristoteles, el autor de todos el mas diligente. Y llamolas bajo volantes y alto volantes, nosotros nombramoslas açores y halcones. Mas porque en aquellos tiempos esta arte de la cetrería aun no era hallada, ni el uso destas aves tan espeso, harto les parecio partirlas en dos linajes por la diversidad del vuelo. Pero los nuestros, que tienen esta arte en gran estima, hicieron en este genero muchas diferencias: gavilanes, açores, girifaltes, neblíes, sacres, alfaneques, babaries, tagarotes, distinguiendolos o por la razón del plumaje, o por la orden de nacer, o naturaleza, presa, mantenimiento, y diversidad de costumbres. Por el contrario en las abejas, animal tan familiar a nosotros que ninguno es mas, el cual solo de los ceñidos fue criado por causa de los hombres, muchas cosas hay que aun los colmeneros de nuestro siglo no sienten, siendo de nuestros maiores caladas y conocidas. Porque el día de hoy ninguno recoje de la castrazón sino miel y cera. Pocos de los médicos saben que cosa es propolis. Pues la ritaca, que era de los panales la miel mas estimada y de virtud maravillosa para atraer, ni aun por sospecha saben qué cosa sea. Sacleros.metis y pissoceros, cosas de mucho provecho para las medicinas, del todo les son escondidas por virtud y nombre. Pues de aquellas cosas que están a la mano y siempre fueron, muchas dice el latin mas propiamente por una palabra, que nosotras por muchas. Como omen, lo cual a manera de decir significa aquel agüero que tomamos de lo que alguno hablo a otro, propósito, [fol. IIIr] si quisiéramos volverlo en castellano, apenas lo podremos hacer en muchas palabras. Y si lo volviésemos en alfil toledano, seria la interpretación derecha y castellana, mas pocos entienden que cosa aquello sea. Y por el contrario, muchas cosas tiene nuestra lengua, la fuerça delas cuales aunque siente la latina, no tiene una palabra por la cual las pueda decir. Como de codo nosotros hecimos codada, por lo que en el latin se dice golpe de codo, codear por lo quedar del codo. Pues si tanta mudanza hay en los vocablos de las cosas que duran con la naturaleza, qué será en aquellas que cada día halla la necesidad humana, o parela lujuria o busca la ociosidad. Deste genero son las vestiduras: armas, manjares, vasos, naves, instrumentos de música, y agricultura, y de cuantas artes vemos en cada ciudad muy rica y bastecida. Esto avemos assi largamente dicho: porque ninguno se maraville, sino siempre dimos palabras castellananas a las latinas, y latinas a las castellananas. Porque en cotejar las palabras destas dos lenguas ninguna cosa tuvimos mas ante los ojos, que en lo que la lei de la interpretación mui hermosamente dijo Tulio: que las palabras se han de pesar y no contar. Ni pienso que fue cosa demasiada publicar dos obras en una misa. Porque tambien miramos por el provecho de todos, así de lo que por la lengua castellana desean venir a la latina, como delos que ia osan leer libros latinos: y aun no tienen perfecto conocimiento de la lengua latina. Estrechamos eso mesmo el volumen debajo de una maravillosa brevedad, porque la grandeza del precio no espante a los pobres delo comprar: ni la frente alta del libro a los

ricos hastiosos delo leer, y tambien porque mas ligero se pudiesse traer de un lugar a otro en la mano y seno y so el braço. Intitulamoslo no aquella sobervia que otro llamándolo catholicon pandectas cuerno de amatheia, quiero decir universal comprehensorio, cuerno de la diosa copia, mas con titulo lleno de verguença lexicón en griego, que es dictionario en latin, conságrelo a Vuestra magnifica Señoria, [fol. IVa] no con la fuzia que aquella campana del mundo Apion gramático, el cual dezia que dava inmortalidad a aquellos aquien intitulava sus obras, mas con la confianza que Fidias, el primer inventor del buril y cincel, el cual haciendo a los atenienses aquella mui mentada estatua de minerva, de oro y marfil, como no pudiese escribir en ella su nombre, en tal manera travó su mesma muy semejante imagen al escudo: que si la arrancassen toda la travazon de la obra se desatasse. Y asi io por esta razón viendo que con vuestras muy esclarecidas virtudes aveis hecho mas ilustre la nobleza que de vuestros maiores eredastes, y que entro los ombres de vuestra nación, vuestro nombre no avia de morir, pues que io por mi mesmo no podía ser ennoblecido, busqué un camino como dice el poeta, para me levantar del suelo, haciéndome inmortal, y en el titulo de aquesta obra en tal manera solde mi nombre con el vuestro, que el uno del otro no se puede apartar. Mas las razones y argumentos que me movieron a interpretar en una o en otra manera, esso mismo la declaración de los vocablos y otras partes de la gramatica, diferimoslo para aquellos tres volúmenes que de estas cosas en breve tenemos de publicar, obra grande, copiosa, y de cosas diversas, fraguada casi de cuatrocientos muy aprovados autores. Y tenia en voluntad publicar primero aquella, sino fuera de vuestra magnifica señoria perseguido, que comensase ya a publicar alguna cosa, y no le burlase ya mas con vana esperanza. Pues asi como le quedaran obligados aquellos que recibieran algún provecho de la publicación de aquesta mi obra, así es cosa justa que le carguen la culpa, si yo alguna cosa publique arrebatadamente y sin consideración. Mas antes que comencemos el negocio principal, pondremos delante pocas cosas, por las cuales en cada una de las dicciones, declaremos todo nuestro pensamiento.[fol. IVr]

Primeramente que cinco maneras hay de vocablos, porque o son oscos, o son antiguos, o son nuevos, o son barbaros, o son aprovados. Oscos se pueden llamar o opicos aquellos vocablos, de que usaron los oscos y opicos pueblos de Italia muy antiguos, mas condenolos del todo punto y echolos del uso el siglo más enseñado. De los cuales dice Quintiliano en el primero libro de sus oratorias instituciones. No sean las palabras tomadas de los últimos tiempos y ya olvidados, cuales son por generación acabar, mucho, y los versos de los sacerdotes que ellos apenas entienden. Las palabras antiguas como dice el mismo autor, dan al razonamiento alguna majestad con mucha delectación. Porque tienen autoridad de antiguo, y por ser desusadas, tienen gracia como si fuesen nuevas. Mas es menester una templanza, que ni sean espesas, ni manifiestas, porque ninguna cosa es mas odiosa que lo exquisito. Tales leemos muchas en el plauto, Terencio, Caton, y de los más nuevos en el Virgilio y Lucrecio. Nuevas son las palabras que los autores muy aprovados osaron sacar a luz no aviendolas en antes, por aquella notable regla de Horacio, fue licito y siempre será sacar nombre del cuño que se usa. Asi Tulio de beatus hizo beatitas y beatitudo, de los cuales el uno fue desechado y el otro recibido. Asi en nuestros días Francisco Silelfo hizo stapeda, por aquello en castellano decimos estribo. Al osadia del cual aunque todos lo mas reclamaron, puedese ejecutar, porque ningún nombre latino hallo por el cual diese a entender lo que quería, no siendo aquella cosa entre los antiguos. Asi yo mismo en esta parte ose muchas cosas: de las cuales entre tanto me parece que deben usar, hasta que por otros se hallen otras mejores. Barbaras son las palabras que tomadas de alguna lengua peregrina los autores mezclaron al latin. Asi Virgilio de la lengua tudesca como cateya que es asta para tirar. Asi de los de Africa magalia, que son casas de pastores. [fol. Va] Asi Tulio de los sardos

mastruga, que es cierto vestido. Assi juvenal rheda, que es palabra francesa, y significa un linaje de carro, mas como dice Quintiliano escusase este vicio o por costumbre o por autoridad, o por vejedad, o finalmente por alguna vezindad de hermosura. Aprobadas son las palabras de que usan aquellos autores que florecieron casi dentro de doscientos y cincuenta años desde el nacimiento de Tulio hasta Antonino Pio, quiero decir cien años antes del nacimiento de Cristo hasta ciento y cincuenta años después de la salvación de los cristianos. Del cual linaje de palabras dice Quintiliano, que asi como de las nuevas son mejores las mas viejas, asi de las viejas las mas nuevas. De las aprobadas unas son usadas, otras raras. Entre las cuales tambien hay otra diferencia, que unas son poeticas, otra oratorias y históricas. El autoridad como dice Quintiliano mismo de los oradores y historiadores se suele tomar porque la necesidad del metro excusa los poetas. Asi que de los vocablos opicos y barbaros, solamente usaremos de que usaron los autores, y aun esto pocas veces añadiendo una señal de infamia, por que asi lo diga, o a manera de decir, o en semejante manera por donde solemos excusar la impropiedad de la lengua. De las antiguas y nuevas pocas veces usaremos y con vergüenza, y que nos podamos excusar que lo heximos o por honra del antigüedad, o cuando no tenemos palabra latina, por la cual digamos lo que queremos. De las aprobadas que están en el uso espeso, usaremos especialmente de las raras pocas veces, de las poeticas solo en el verso, de las oratorias y históricas en prosa y en verso sin alguna diferencia. Y porque en tanta dificultad avisemos al lector añadimos a cada palabra una seña por la cual se juzgue de que orden es. Y a las oscas pusimos “os”, a las antiguas, “pr”, a las nuevas, “no”, a las barbaras, “bar”, a las raras, “ra”, a las poeticas “po”, a las que niguna cosa entendemos que son usadas y oratorias. Porque de las recibidas de los griegos usaremos como de latinas. Y por que el ortografía no es sencilla, y como dice Quintiliano sirve a la costumbre, y con los tiempos se muda muchas veces, [fol. Vr] seguiremos aquella razón de las letras en que conciertan los mas de los autores. Así que el que el que buscare alguna palabra recuérdese, que aquella se puede escribir con vocal aspirada sutil, con ae, o oe, diptongo o sin diptongo, por sencilla o doblada consonante, con ch, ph, rh, th, aspiradas, o con c, p, r, t, sutiles. De manera que si el lector no tuviera cierta razón del ortografía, no cesará de buscar hasta que requiera todos lugares. Entre la i espesa y la y sutil, aunque hay tanta diferencia, cuanto puede ser mayor entre dos letras vocales, y tambien entre la i, u, cuando se toman por vocales, o cuando se escriben por consonantes, tanta diferencia hay cuanto puede ser mayor entre dos cuales quiera letras, pero nosotros confundimos la orden de las unas y de las otras.

La prosodia eso mismo según la sentencia de Quintiliano señalamos en esta manera, que cuando la letra por ser luenga o breve hace diversos entendimientos, quitemos aquella duda con un resguito. Como por que málus, la primera luenga significa el manzano, le pongamos aquel resguito, por que no piensen que significa no bueno. Decidlo también por que la de medio luenga significa matar, y aquella misma breve caer o perecer, esta ocasión de errar se quitará puesto el resguito sobre la primera o segunda sílaba. Esto mismo hicimos en las palabras que los que poco saben pronuncian al revés, o tienen el acento un poco escondido. Mas hacer esto en todas es desvarío, porque como dice Aristóteles: la virtud y el arte negocian en las cosas dificiles. Porque todos saben dominus con que acento se pronuncia, y por esto ya va fuera de artificio. Mas porque los ignorantes pronuncian por mostaza, arado, diego, isidro y otras muchas palabras la penúltima sílaba breve, y aquella mismas por acento grave, y por el contrario por cosa de bisso de diamante, orígenes, ermógenes, la penúltima aguda, este es el trabajo, esta es el obra de arte, quitar esta ignorancia del pensamiento de los hombres. Y porque podría alguno dudar con qué acento se pronuncian [fol. VIa] las diciones a pocos conocidas. Toda aquesta duda se quitará con aquel resguito.

La razón de la etimología, la cual Tulio interpreta verdad de palabras, aunque a muchas cosas se estiende. Demostramos su principal fuerza declarando la significación de cada palabra, la cual otros hicieron o escura o negligentemente. Mas la origen de los vocablos, porque la estrechura de esta obra no lo sufre, plugonos de la dejar para otra obra. Solamente añadimos al nombre su genitivo, y a la primera posición del verbo, la segunda persona singular del indicativo, para significar de qué declinación era el nombre y de qué conjugación el verbo. Lo cual muchas veces muda la significación. Y en las otras escribimos por breviatura qué partes eran de la oración.

La construcción, quiero decir orden de palabras especialmente, la demostraremos en los verbos añadiendo el género y la especie. Y esto por breviatura, porque la estrechura del renglón no lo sufrirá hacer por letras esparcidas. Así que como sean cinco géneros de verbos: activ, pasivos, neutro, deponentes, común, y cada uno de aquestos tenga diversas especies, por a. i. significaremos, que es activo de la primera especie, digo que después de sí se ordena con acusativo solo. Por a. ij. significaremos, que es activo de la segunda especie, digo que después de sí se ordena con acusativo y allende con genitivo o ablativo. Por a. uj., significaremos que es activo de la tercera especie, quiero decir que allende el acusativo se ordena también con dativo. Por a. iiij., significaremos que es activo de la cuarta especie, quiero decir, que allende el acusativo se ordena con otro acusativo. Por a. v., significaremos que es activo de la quinta especie, digo que allende el acusativo se ordena con ablativo o séptimo caso. Por a. vj., significaremos que es activo de la sexta especie, quiero decir, que allende el acusativo se ordena con ablativo entreveniendo esta preposición a. o ab.

El verbo pasivo, porque tiene tantas especies cuantas el verbo activo del cual se deriva, harto abasta demostrar la primera posición [fol. VIr] del verbo en la voz activa, salvo cuando el verbo, que en otra manera es activo, ordenado con cierto caso solamente se halla en la voz pasiva. Como por aquello que se dice desmayar, y por aquello que decimos espantarse, ninguno diría en latín linquo animo, ni consterno animo.

El verbo neutro, porque tiene también diversas especies, por n. i. significaremos que es neutro de la primera especie, quiero decir que se puede ordenar después de sí con genitivo y ablativo. Por n. ij., que es neutro de la segunda especie, quiero decir que se ordena después de sí con dativo. Por n. uj., que es neutro de la tercera especie, quiero decir que después de sí se ordena con séptimo caso. Por n. iiij., que es neutro de la cuarta especie, digo que se ordena después de sí con ablativo y preposición de a.o ab. en la persona que hace así como los verbos pasivos cuya significación tiene. Por n. v., que es neutro de la quinta especie, quiero decir que después de sí con ningún caso se ordena, salvo con preposición.

El verbo deponente tiene también muchas especies. Así que por d. i. significaremos, que es deponente de la primera especie, digo que después de sí se ordena con genitivo. Por d. ij., que es deponente de la segunda especie, quiero decir que después de sí se ordena con dativo. Por d. iiij., que es deponente de la tercera especie, digo que después de sí se ordena con acusativo. Por d. v., que es deponente de la cuarta especie, digo que después de sí se ordena con séptimo caso. Por d. vj., que es deponente de la quinta especie, digo que después de sí con ningún caso se ordena, salvo entreveniendo preposición.

El verbo común tiene dos especies. Así que por c. i. daremos a entender que es común de la primera especie, quiero decir que después de sí se ordena con acusativo. Por c. ij., que es común de la segunda especie, quiero decir que allende el acusativo se ordena también con dativo.

El verbo impersonal de la voz activa también tiene muchas diferencias. Así que por imp. i. significaremos que es impersonal de la primera especie, quiero decir [fol. VIIa] que antes de sí se ordena con genitivo y después con infinitivo. Por imp. ij., que es verbo impersonal de la

segunda especie, digo que ante de sí se ordena con dativo y después con infinitivo. Por imp. iij., que es impersonal de la tercera especie, quiero decir que antes de sí se ordena con acusativo, y después de sí con infinitivo. Por imp. iiij, que es impersonal de la cuarta especie, quiero decir que ante de sí se ordena con acusativo, y después de sí con genitivo o infinitivo. Por imp. v. que es impersonal de la quinta especie, digo que siendo en otra manera personal, se ordena con los infinitivos de los verbos impersonales de la voz activa.

Las breviaturas que están puestas en cada vocablo.

n. iij. neutrum tertie. cum septimo casu.

n. iiij. neutrum quarte. cum ablativo. a. vel. ab.

n. v. neutrum quinte. cum nullo casu.

d. i. deponens prime. cum genitivo.

d. ij. deponens secunde cum dativo.

d. iij. deponens tertie cum accusativo.

d. iiij. deponens quarte. cum septimo casu.

d. v. deponens quinte cum nullo casu.

c. i. commune prime. cum accusativo.

c. ij. comune secunde cum dativo y accusativo.

Imp. i. cum genitivo y infinitivo.

Imp. ij. cum dativo y infinitivo.

Imp. iij. cum accusativo y infinitivo.

Imp. iiij. cum accusativo y genitivo, vel infinitivo.

Imp. v. cum infinitivo verbi impersonalis.

Esta tasado este vocabulario por los muy altos y muy poderosos príncipes el rey y la reina nuestros señores y por los del su muy alto consejo en cinco reales de plata.³⁵²

Al muy magnífico y así ilustre señor don juan de estuniga maestre de la caballería de alcantara de la orden de sister. Comienza el prologo del maestro Antonio de Lebrija gramático en la interpretación de las palabras castellanas en lengua latina.

Leelo en buena hora.

Como quiera que la cuenta de mi vida quería yo que fuese de todos los otros hombres aprobada, especialmente de vuestra muy ilustre señoría, en el cual solo puse el amparo de mi mismo y la esperanza de toda mi casa. Porque como la naturaleza nos haya forjado para hacer alguna cosa, y según dice aquel divino platon no solamente fuimos nacidos para nosotros, mas en parte para nuestra tierra y en parte para nuestros amigos, no fue razón en esta parte de pecar, que gastásemos la vida en ocio y negligencia. Mas como haya tres linajes de hombres, que no tienen razón de vivir, los que o ninguna cosa hacen o hacen mal, o hacen otra cosa, aquellos por cierto son dignos de vida, que no solamente hacen bien, mas aun según la sentencia de nuestro salvador obran el manjar que nunca perece. Y pues que les es negado vivir mucho tiempo, dejan alguna obra por donde muestren que vivieron. Y quererme yo contar en el numero de estos aunque es de hombre poco modesto y que destempladamente usa de su deseo, quiero ahora confesar esta mi liviandad: que ninguna cosa tuve mas delante de mis ojos que traer al común provecho de todos mis velas y trabajos, porque después de muchos merecimientos en nuestra republica alcansase, gloria inmortal.

Este es muy cierto camino para ir al cielo, este consagro a eternidad aquellos de cuyos ingenios por sus obras nos maravillamos. Mas si mis han de perecer, porque como dice el poeta: el libro que ha de vivir a menester un angel bueno que lo guarde. Yo con tanto cuidado y vela los trabaje como su hubiesen de vivir. Y teniendo yo ingenio y tambien doctrina para alumbrar una de aquellas artes que son para ganar dineros y mas aparejadas para alcanzar honras, no me contente ir por aquel común y muy hollado camino, mas por una vereda que a mi solo de los nuestros me fue divinamente mostrada, venir a la suerte, de donde hartase a mi primero después a todos mis españoles. Y dejando ahora los años de mi niñez pasados en mi tierra debajo de bachilleres y maestros de gramatica y lógica, dejados aquellos cinco años que en salamanca os en las matemáticas a Apolonio, en la filosofía natural a pascual de aranda en la moral a pedro de osma maestros cada uno en su arte muy señalado, luego que me pareció que según mi edad sabia alguna cosa sospeche lo que era, y lo que el apóstol san pablo liberalmente confeso de si mismo, que aquellos varones aunque no en el saber en decir sabían poco.

Así que en edad de diecinueve años yo fui a Italia, no por la causa que otros van, o para ganar rentas de iglesia, o para traer formulas de derecho civil y canonico, o para trocar mercaderías, mas para que por la ley de la tornada después de luengo tiempo restituyese en la posesión de su tierra perdida los autores de latin, que estaban ya muchos siglos había desterrados de España. Mas después que así gaste diez años en los deprender, pensando ya en la tornada, fue convidado por letras del muy reverendo y así sabio varon don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla, el cual la primera vez que me vio y mando que fuese suyo, después de muchas cosas humanamente prometidas, allende que me dio ciento y cincuenta florines de renta me mando dar muy copiosa razón cada dia.

Mas porque gran parte del tiempo su señoría gastaba en los oficios divinos, mucha eso mismo en los negocios del reino, y tambien alguna en su dolencia, porque por espesos

³⁵² Seguimos la edición príncipe, publicada hacia 1495 por Juan de Porras en Salamanca, fol. IIr-IVv.

entrevales de tiempo era fatigado de estranguria, todos aquellos tres años que goce de su familiaridad ninguna otra cosa hice sin no reconocer toda mi gente, y por ejercicio aperejaba alguna grande contención. Así que después que falleció y aunque triste y lloroso comencé a ser libre, nunca deje de pensar alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbaria por todas las partes de España tan ancha y luengamente derramada. Luego se me ofreció el consejo de que san pedro y san pablo príncipes de los apóstoles usaron para desarraigar la gentilidad e introducir la religión cristiana. Porque así como aquellos para echar los cimientos de la iglesia no acometieron unos pueblos oscuros y no conocidos, como suelen hacer los autores de alguna seta falsa, mas el uno de ellos a Atenas y en trambos a Antioquia ciudades en aquel tiempo muy nombradas en el estudio de las letras, y después el uno y el otro a roma la reina y señora de todo el mundo.

Así yo para desarraigar la barbaria de los hombres de nuestra nación, no comencé por otra parte sino por el estudio de salamanca, el cual como una fortaleza tomado por combate no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a seme rendir. Donde teniendo yo dos cátedras públicamente salariadas, lo cual antes de mi aun ninguno alcanzo cuanto provecho hice doce años leyendo, otros lo juzgaran mejor y mas sin pasión, a lo menos sentirlo a los venideros. En el cual tiempo arrebatadamente publique o mas verdaderamente se me cayeron de las manos dos obras de gramatica. Las cuales como fuesen por un maravilloso consentimiento de toda España recibidas, conocí que para el edificio que tenía pensado arto grandes y firmes cimientos había echado, y que no faltaba ya otra cosa si no los materiales por donde tan grande obra creciese. Lo cual por una providencia divina así se hizo. Que como ya no estuviere en mi mano dejar la vida comenzada, porque después de casado y habidos hijos había perdido la renta de la iglesia ni pudiese ya vivir de otra parte si no de aquel escolástico salario, vuestra muy magnífica señoría lo remedio todo con las muchas y muy honoríficas mercedes dándome ocio y sosiego de mi vida y porque toda la cuenta de estos siete años después que comencé a ser vuestro vos sea manifiesta hicimos cuatro obras diversas en una misma obra. La primera en que todas las palabras latinas y griegas mezcladas en el latin breve y apretadamente volvimos en castellano, la cual obra dediqué a vuestra magnífica señoría, así como unas primicias de este mi trabajo.

La segunda que ahora eso mismo intitulo de vuestro muy claro nombre, en el cual por el contrario con igual brevedad volvimos en latin las palabras castellanas. La tercera en que ponemos todas las partes de la gramatica con la declaración de cada palabra obra repartida en tres muy grandes volúmenes. La cuarta eso misma repartida en otros tantos volúmenes en la cual interpretamos las palabras del romance y las bárbaras hechas ya castellanas añadiendo una breve declaración en cada una. Añadimos también la quinta obra en que apretamos debajo de reglas y preceptos la lengua castellana que andaba suelta de las leyes del arte. La cual dedicamos a la mas esclarecida de todas las hembras y así de los varones la reina nuestra señora. No quiero ahora contar entre mis obras el arte de la gramatica que me mando a hacer su alteza contraponiendo renglón por renglón el romance al latin, porque aquel fue trabajo de pocos días, y porque mas use así de oficio de interprete que de autor.

Y si añadiere a estas obras los comentarios de la gramatica que por vuestro mandado tengo comenzados, todo el negocio de la gramatica será acabado. Así que como toda el arte de hablar sea compuesta de materia y forma, llamo yo materia los nombres y verbos y otras partes de la oración, llamo forma a los accidentes de aquellas pares y orden entre si, lo que toca a la materia hizose en aquellos ocho volúmenes que escribimos de las significaciones de los vocablos, lo que a la forma en las dichas cinco obras de gramatica que en parte están ya publicadas y en parte se han de publicar. Pues parece a vuestra señoría que estuve ocioso

desde aquel tiempo que me entremeti en esta muy ilustre familia. O que me aparte y retraje como muchos sospecharon, antes al ocio y descanso, que a las velas y trabajo. Mas aunque se me allega ya el año de cincuenta y uno de mi edad, porque naci un año antes que en tiempo del rey Don Juan el segundo fue la prospera batalla de olmedo. Y si pudiera yo muy bien aun por la divina ley del jubileo ya descansar, pero todo esto que me queda de espíritu y de vida, todo esto que me sobra del genio y doctrina, todo aquellos emplearemos en el provecho común al arbitrio y parecer de vuestra magnifica señoría.

Del abc castellano la orden del cual habemos de seguir.

Como mas copiosamente dispuete en el primero libro de aquella obra que publicamos de la castellana gramatica veintiséis pronunciaciones tiene el romance castellano, las cuales acostumbro a escribir con veintidós figuras que tomo prestadas de la lengua latina y griega. De las cuales estas doce a la llana nos sirven por si mismas a, b,d,e,f,m,o,p,r,s,t,z. Y estas seis por si mismas y por otras cuando o les arrimamos algún apice o doblamos y ayuntamos algunas letras como c, ç,ch, gu, g, i, j, l, ll, n, ñ, u, vau. De cuatro tambien usamos por otras y no por si mismas de h por he de q por c de r por re de y por i. asi que esta será la orden de las letras que seguiremos en las palabras del romance .

a,b,c,ç,ch,d,e,f,g,h,i,j,l,ll,m,n,ñ,o,p,r,s,t,u,v, salvo que para escribir el son propio de la c cuando se siguen e,o,i, usamos de qu, para escribir eso mismo el son verdadero de la g cuando se siguen las mismas vocales usamos d gu.

Prologo acabado

Prólogo.³⁵³

A la serenísima y cristianísima princesa doña Isabel esclarecida reina de España nuestra señora:

Su indigno siervo y capellán y protonotario maestro Rodrigo de Santa Ella, con cuanta humildad, y subjeción puede.

Considerando yo muy alta, y muy católica princesa, reina y señora, aquella terrible sentencia de Jesucristo nuestro señor redentor, pronunciada por san Marco en semejanza de una higuera, la cual por su esterilidad fue maldita de nuestro señor, y por consiguiente luego seca. Y por san Mateo, dice que el mal siervo que no restituye el caudal con ganancia a su señor, será echado en las tinieblas exteriores de perpetua pena. Y en otro lugar amenaza al labrador, que no paga la renta el señor de la heredad en que labra, diciendo que se la quitara, y la arrendara a gente que le dé fruto. No menos fuerte, habla por san Juan, cuando dice, el pámpano que no hace fruto será cortado. Y conociendo, allende de esto, cuánto somos obligados a procurar el bien del próximo, ca dice san Pablo que murió Jesucristo por nos. Porque lo que bien, no vivan a su provecho sólo, salvo a provecho de aquel que murió por ellos. Y esto es lo que el eclesiástico dice que a cada uno mandó Dios de su próximo, conviene a saber, que piense cómo le puede aprovechar. Y viendo que algunos clérigos, aunque hayan estudiado gramática, no alcanzan perfectamente el seso castellano de mucho vocablos. Así porque los vocabulistas exponen en latín un vocablo por otro, como porque no señalan en qué significado se pone en cada lugar cuando se halla en diversos lugares. Otro se hallan tan rudos e ignorantes, que por carecer del todo de los principios de gramática, ninguna cosa eclesiástica entienden. Otro por haber poco estudiado entienden algo más por uso y por conformidad del latín con el vulgar castellano que sabiéndolo por razón de arte o de cierto conocimiento. Y a esta causa movido yo con celo de la casa de Dios, y deseo de cumplir la voluntad de aquel dulce Jesucristo, que son su preciosa sangre me redimió y dio su temor, deseo, y poder para hacer algún fruto en su iglesia, pensé socorrer a la necesidad de todas tres condiciones de eclesiásticos, componiendo un vocabulario, el cual contendrá muchos provechos.

El primero que expresa el propio significado de cada vocablo en la lengua castellana, la cual cosa algunos, aunque letrados, a las veces ignoran por no lo mirar, o buscar con diligencia. El segundo, que hallándose algún vocablo en diversos lugares de la santa escritura, o de las otras cosas que en la iglesia se leen, en diversos significados declara porque se toma en cada lugar. Y algunas veces expone brevemente algunas sentencias obscuras. El tercero, que pone el acento, y el género de los nombres con los tiempos y condición de los verbos. El cuarto, que explica de qué lengua es el vocablo: si latino, hebreo, o griego, o de otra lengua bárbara. Y si es primitivo, o derivado o derivación regular o peregrina. El quinto, que acota el lugar donde se pone tal vocablo, aunque por evitar prolijidad, comúnmente no señala, salvo dos lugares más principales. Y así puede servir muchas veces cuasi por concordancias, y por glosa de las cosas eclesiásticas, cuyos vocablos expone para clérigos e iglesias y monasterios pobres. Mayormente que el Nicolao de Lira, egregio intérprete, y otros muchos glosadores de la santa escritura, comúnmente exponen la sentencia de ellas, y no los vocablos, presuponiendo que de otra parte se debe alcanzar la perfecta inteligencia de ellos. Item aprovecha no poco para conocer la ortografía, o derecho modo de escribir los vocablos eclesiásticos, porque los pone con la observancia en principio, en medio, y fin, que según el arte y uso conviene para bien escribirlos. Con los cuales provechos muchos clérigos y religiosos podrán por sí o con

³⁵³ Seguimos la edición de 1561, impresa en Salamanca por Matías Gast y enmendada por Estacio Moros de Cervantes, fol. s/f.

poca ayuda alcanzar o crecer en la lumbre y inteligencia de lo que continuamente leen. Y porque es fruto negociado en este micisiliano peregrinaje, y de mi peregrino desde mi niñez y por la gloria y servicio de aquel peregrino que abrió el seso de las escrituras, y con claras razones, y suave manera, alumbró, la morosa y tarda rudeza de sus dos discípulos, el cual me redimió y confortó para darle cabo, y porque allende de esto, es obra peregrina, conviene a saber extraña, y de inuscitable estilo pensé llamar a este libro Peregrino, y enviarlo en romeraje a vos reina esclarecida. A vos, por quien vuestros reinos han sido restaurados y reformados en todos los estados a la integridad de la fe, y de la religión, y santas costumbres, por quien España ha recobrado la corona, fama, y gloria entre todas las naciones, cuya prudencia modera y rige con tan solemne prudencia tan diversas naciones, que muestran sin debate ser con vuestra alteza la mano de Dios. A vos dotada de excelso ingenio, enseñada y guarnecida de profundo saber, pura en fe, entera en castidad, profunda en consejo. Fuerte en constancia, constante en justicia. Llena de real clemencia, humildad, y gracia. Gloria de nuestros siglos. Reina de las reinas que vimos, y leímos. Pues reciba vuestra alteza este pobre peregrino con aquella imperial clemencia, y serenidad de vulto con que a los otros viandantes, mayormente a los devotos de su famoso nombre, y maravillosas más divinas que humanas hazañas suele recibir. Ca si fuere acogido, o hospedado, en un rinconcico del menor retrete de su alta residencia, ganara tanto favor, y autoridad que osara peregrinar seguramente por todos los lugares piadosos de sus reinos y señoríos. Donde por su real y muy piadoso acogimiento, resultara no poca gloria al santo nombre de Jesucristo, y provecho a su santa iglesia, y no menos a su esclarecida, y muy católica persona, cuya gloriosa vida, y real estado prospere en nuestro señor en todos sus bienes, con perpetuo aumento de su divinal gracia, y celestial gloria. Amén.

VOCABULARIO INÉDITO DEL SIGLO XV

PRÓLOGO³⁵⁴

Así es que muchos vocablos de la Lengua Castellana parecen a los extranjeros improprios, i tales que no tienen algún fundamento razonable, lo cual tienen por culpa o defecto de los que mal i torpemente los pronunzian corrompiendo i dañando la propiedad de los vocablos; i corrupta la propiedad, piérdese la significación de ellos. I viene esto por la mayor parte por la groseza i rusticidad de los aldeanos, cuya torpeza y rudeza es enemiga y madrastra de la fermosa elocuenzia i polizia de el hablar; que no se queriendo hazer fuerza ni poner dilijenzia en pronunziar bien las palabras domando y acabando la rudeza i aspereza de sus lenguas i labrios toscos i yertos, ni habiendo cura de se fazer en ello alguna premia, que es zierito que lo mucho alcanza hombre de aquello a que se da con dilijenzia, que ya se han visto personas que de su nascimiento son zezcosas, e haziendose alguna fuerza, e continuandolo, pierden el zezcar. I lo que mas es, las aves salvajes, a quien la Natura privó de hablar, y el hombre que por dilijenzia de algunos que en ello se trabajan, saben formar i pronunziar algunos vocablos; tanto que son bien entendidos; asi como son papagayos y gayos, calandrias, ruseñores, tordos y picosas; a los cuales lo que la Natura les negó, otorgóselo el Arte i la dilijenzia continuada de algunos.

Mas este material i grosero linaje de hombres salvajes, que son los labradores que son una pestilenzia de el fermoso hablar, no son instruidos ni informados para aprender bien a hablar; que aquellos hombres solízitos i dilijentes que trabajan en mostrar a hablar a las aves, cuando veen a estos con jestos i formas humanas i de hombres razonables, tienen que no es necesario mostrarles aquello que Naturaleza les otorgó, i así ellos no azeptando el don de la Naturaleza, i no usando de él, i los Maestros oyendo ser superfina el Arte do la Natura proveyó, quedanse teniendo el medio entre bestias i hombres.

No digo esto de todos, mas de muchos, que casi son bestias i brutos salvajes.

Esta razón aprueba Séneca en el libro de la vida bien aventurada, al 6^o. cap. hablando de Calaron, do dize que aquellos hombres que son de mui ruda natura, tan poco saben de si mismos, que es razón que les pongamos en cuenta i compañía de los ganados i de los animales brutos; que entre ellos i estos, o no hai diferencia, o es mui pequeña i así corrompen i dañan los vocablos; que en la forma i manera que ellos los dizen no parece que tengan significación alguna, ni semblanza de razón; salvo que se hablan acaso i sin causa; i así dañan i turban los antiguos i bien ordenados vocablos.

I si ellos algunas vezes de su albedrio quieren poner nuevos nombres a las cosas, tan desvariados i disformes los ponen, que no han razón alguna, así como en una comarca de Toledo, que dizen La-sisla, que al mozo pequeño le llaman zagal; i en otras partes por los manzebos que no son casados, ni tienen casa, dizen barranos; i yo vi labradores que por que sus bueyes fuesen conozidos, llamaron a un buey Limón i a ótro Cordón, ved que tiene que ver buey con cordón ni con limón, ni en materia ni en forma? I así mesmo en algunas villas zercadas, que pusieron antiguamente nombres a las puertas de las villas, i algunos llaman la puerta de la carrera de Toledo, los labradores con pereza i por acortar la razón dizen la Puerta de carra-toldo.

³⁵⁴ Seguimos la transcripción realizada por Miguel Artigas, reproducida en *Discursos leídos ante la Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Miguel Artigas*, 13 de enero, Madrid, contestación de D. Vicente García de Diego, págs. 7-70. Al final del discurso, Artigas transcribió el prólogo del Vocabulario anónimo, pp. 47-51.

I en este nuestro tiempo que en Castilla han tomado vocablos latinos o itálicos o franceses o catalanes, ya ellos los tienen dañados i corruptos; que por dezir "non fallo favor", dizen "non fallo pavor" : cuando liay muchedumbre de algunas cosas, queriendo dezir "no hai número", dizen "no hay húmero"; i por dezir "satisfación", dizen "santificazió" ; i si alguno no se sintió bien dispuesto de la complesión, i tomó purga, dizen que tomó una pulga; i si alguno tiene fistola en la pierna, dizen que "tienen una epístola"; i por "alcaldes arbitros", dizen "alcaldes de hábito". I así en muchas i diversas maneras barbarizando dañan tanto la buena manera de el hablar, que dubdo si aquel Retórico Romano Tulio, ni el sabio orador Castellano Quintiliano tanto aprovecharon en la Retórica, como estos con su necedad han deturbado i afeado; que como el Filosofo dize, "mas Hjera cosa es el destruir que el hedificar" ; i así yo entiendo que esta ha sido la principal causa de la corrupzió de los vocablos castellanos, que en otra manera no es de creer, ni ante de pensar que los antiguos nobles Españoles en cuya nazió hubo muy eszelentes Reyes i Prínzipes, i muy notables i prinzipales Caballeros, i grandes i discretos sabidores, espezialmente en las Cortes i casas de los Reyes, donde se usa toda polizia i horden de hablar, que usasen de vocablos improprios i sin fundamento de razón, i tales, que no tuviesen propia significazió i razonable fundamento.

I así con razón debe hombre creer que es algún vocablo que subtzial i espezial sea, que por alguna causa o por alguna razón no le fuese puesto nombre i sin duda quien lea las Partidas que hordenó el Rey D. Alonso, bien verá si la Lengua Castellana es bien hordenada, i con buena elocuenzia: mas los aldeanos, hombres silvestres i rústicos, no azertando en el vocablo ni poniendo dilijenzia en lo bien pronunciar, i por pereza de lo decir enteramente i como deben, han dañado los vocablos, i con pereza i nezedad, por abreviar las palabras, trónzanlas i acórtanlas en guisa que algunas vezes son muy difiziles i graves de entender. I otras hay que según ellos las dizen, no quieren dezir nada, salvo cuando los hombres discretos sacan por razón i por otras vezes las haber oído.

I así yo, consideradas todas estas razones, aunque se i conozco que tan pequeño e inútil favor, como el mío, remediaría poco a tanta confusió i corrupzió de vocablo, no presumiendo de mi, mas cuydando que haré algun prinzipio i abriré via a los sabios i discretos que lo sabrán corregir i enmendar con mas szienzia i mas alto estilo, esfozeme a trabajar en ello a favor de la Nazió, i no ménos en reprehensió y vituperio de aquella ruda jente enemiga de la polida i dulce elocuenzia, Trabajé pues como pude, i no como quisiera; mas con buena voluntad, que con saber ni discrezió, de dar razón de algunos vocablos castellanos, morcando (sic, memorando?) como la Lengua Castellana ha buena i bien hordenada habla, i que espezialmente es zerca del Latin, que es una de las tres principales Lenguas del Mundo; i que en los más vocablos trae de él su prinzipio i fundamento.

Dubdo empero que mi obra se concuerde con mi deseo ; quiero dezir que dubdo si sabré o podré dar a los vocablos corruptos i dañados aquella declarazió i emienda que les conviene. Pero el amor de la Nazió me hará sacar fuerza de flaqueza, i provaré de lo fazer; aunque es verdad que de muchos vocablos no se puede dar razón, ni reciben emienda, según son dañados por la vil plática de la jente ya dicha, que así los han sacado de sus términos, que apenas quieren dezir algo, ni hazen significazió alguna, Ansique son tan graves de corregir, como unas ropas que el mal Sastre así las daña, que otro buen Sastre con todo su arte no las puede poner en corte: i como algunos dezir es rimados que son tan mal compuestos, i tan desvariados, que ninguno, por mucho que sepa de aquel arte, no los puede reduzir a buena forma, ni traer a consonante. Tales son aquellos Versos rimados de el Rab Don Sanio, en los cuales hay asaz seso i notables dichos: pero son tan mal rimados, que no se pueden traer a consonantes, I las obras de escripturas que no son de gran profundidad de szienzia, ni de

alto ni elegante estilo, no hai cosa que más las orne, i las haga parecer mas de lo que son, tanto como los rimos: que obras hay, que son buenas i graziosas en rimos, que en prosa valdrían poco.

I tornando al propósito, hay algunos vocablos, que deszienden de la Lengua Arabiga que quedaron de el tiempo que los Moros fueron señores de España, que si no el que buen Arábigo fuese, e supiese bien Castellano, no los podria interpretar. Pero de algunos vocablos, como pudiere, daré alguna razón ; i si esta pobre i menuda obra la juzgaren algunos por inútil, de poco fructo, i aun supèrflua ; yo se los otorgaré ligeramente : que visto es que de ella no se puede seguir algún fructo. Pero quien no sabe, ni puede dezir ni hazer grandes ni notables obras, con obras alegres i apazibles, tanto que sean honestas, puede desviar i escusar el ozio, del cuál a la ánima i al cuerpo se suelen seguir grandes daños : que la oziosidad vezina es de el pecado ; i por tanto con gran dilijenzia i estudio es de esquivar el ozio; i si el tiempo con obras magníficas no se puede ocupar, en alguna manera satisfaze quien con obras i actos apazibles i graziosos desecha i aparta de sí el ozio ; que con los actos virtuosos i eszelentes se gana honor i fama, i con las obras honestas, aunque pequeñas, se desvia la infamia que muchas vezes se sigue de el ozio : i al que mucho bien no puede hazer, algún bien le es guardarse de mal obrar. I ansí yo viniendo a ejerzitar el inútil i menudo propósito, i a poner mano a la pobre i grosera obra, haré prinzipio en la Caballería, que es cabeza de todos los ofizíos i ejerzicios seglares, i no solamente cabeza, antes oso dezir, defensión i amparo i seguridad de todos los otros ofizios, porque so la defensión i amparo de la Caballería cada uno puede libre i seguramente i con gran reposo ejerzitar su ofizio i arte, para servizio de la República i sostenimiento de su propia vida. I habida tal considerazió, comenzaré en los vocablos i nombres de las dignidades i ofizios de la Caballería.

F I N DEL PRÓLOGO.



Lo escrito vence a la
muerte
(Detalle de *The English,
Latin, French, Dutch*)

Carlos Rojas Ramírez
Xalapa, Veracruz, 2017

